



LUIS TOLEDO SANDE

**CESTO
DE
LLAMAS**


BIOGRAFÍA DE JOSÉ MARTÍ

Luis Toledo Sande


Cesto de llamas
Biografía de José Martí

Ediciones en español; primera; La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1996; segunda revisada y corregida, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1998; tercera, revisada y corregida, Sevilla, Ediciones Alfar, 1998; cuarta, revisada, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2000; quinta, revisada, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004; sexta revisada, Caracas, Casa de Nuestra América José Martí, 2006; séptima edición revisada y actualizada, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2012.

Ediciones en otras lenguas; en inglés (*Basket of Flames. A Biography of José Martí*), traducción de Pamela Barnett-Idahosa, La Habana, Editorial José Martí, 2002; en chino (*Jíqíng sì hou*), traducción de Huang Zhiliang, Beijing, Editorial Mundo Contemporáneo, 2003.



CESTO
DE
LLAMAS
BIOGRAFÍA DE JOSÉ MARTÍ



Luis Toledo Sande

*A Carmen,
y a Laura y Claudia:
por un mundo en que Martí camine*

¡Nada es la memoria: mas la mía
es un cetro de llamas!

"Pollice verso"
/Memoria de presidio/

José Martí

Nota para Cuba

Con María Luisa Laviana Cuetos, que también es cubana.

Esta biografía se me encargó inicialmente para estudiantes — universitarios en particular— de otro país latinoamericano. Lo primero no me representaba por sí mismo una dificultad sobresaliente, pues no ignoro la importancia que tienen las especificidades de los distintos sectores del público, pero tampoco las magnifico. Lo que aspire a servir solamente a un sector, tal vez ni a ese le sirva; y si para uno viene de veras bien, puede esperarse que satisfaga a varios. En este caso no lo afirmo como certidumbre, sino como aspiración. Con respecto a la finalidad editorial del texto —finalidad cuyo cumplimiento no depende de mí—, ni puedo ni quiero callar que me honraría verlo publicado en cualquiera de las tierras de nuestra América, y también fuera de ellas. Menos aún ocultaré que desde el mismo instante en que acepté el reto de escribirlo me animó igualmente la ilusión —el propósito— de que se imprimiera y circulara en Cuba *para los lectores cubanos*. Al pedazo de mundo en que Martí nació no le corresponde el derecho de considerarlo patrimonio exclusivo suyo, pero sí una especial responsabilidad en la conservación, la divulgación y la puesta en práctica de sus ideales: en él tiene y tendrá al mayor de sus hijos, a su Apóstol. Por lo demás, aunque sin desconocer las particularidades correspondientes, lo dicho con respecto a los sectores del público vale asimismo, de alguna manera, para la diversidad de países a los cuales quepa remitir una obra, máxime si aborda la vida de un ser extraordinario hasta por el ámbito geográfico, histórico y cultural de su formación, su sabiduría, su tránsito por la tierra y su destino. Esa verdad estremece siempre, y con

especial viveza cuando se le recuerda en Dos Ríos, donde escribo estas líneas, «con todo el sol sobre el papel» —y en el entorno, y dentro—, el 19 de mayo de 1995.

L.T.S.

Pórtico

Este «Pórtico» no tiene por qué mortificar a lectores poco amigos de las páginas preambulares, y sí, por el contrario, aspira a complacer a quienes gustan de ellas o las estiman útiles. Los primeros pueden evadirlo; los segundos, hallar en él tanto información de su interés como reconocimientos que el autor considera de elemental justicia.

Que sea verdad no ha de bastar para olvidarlo, sino para tenerlo bien en cuenta: una biografía *no es* una vida, aunque desde la antigüedad se le haya dado también ese nombre, acaso como declaración de propósito. Una biografía *intentará*, y no es poco, *reflejar* en lo posible una vida. Pero semejante aspiración, aun dicha como jugando, es siempre un reto difícil, particularmente si la existencia tratada es la de un ser humano excepcional, de quien hasta los que no lo conocen, o no pasan de intuirlo, llegan a tener una imagen: para ellos al menos, *la imagen*. ¿Qué hacer si la vida es la de José Martí? Con su imagen, múltiple e indivisible, pueden aquí o allá chocar, aun cuando los rija la mayor seriedad, los intentos de retratarlo por escrito en su peripecia distintiva, en su condición de *trabajador* —que suele pasarse por alto—, en su quehacer político, en su obra literaria, en sus ideas, en sus esperanzas y angustias de amor.

Una biografía —es decir, toda biografía que se respete— quizás abrace la ilusión, declarada o secreta, de poder ser leída como una (buena) *novela*, y debe tener para ello «mañas» nobles. Pero en las páginas que siguen no ha de buscarse la «novela» inventada para atraer lectores, o eso que el propio Martí —con tono y en contexto que revelan aprensión— llamó «la maña de la biografía», sino el empeño de representar una vida real que basta y sobra para asombrar y conmover por sí misma. El autor ha tenido una guía: la

honradez, y confía en que los lectores la perciban hasta cuando no coincidan con él. Además, no ha trabajado de preferencia para los conocedores de Martí, sino para quienes desean conocerlo. Si esta biografía fuera capaz de invitar a unión con el héroe —unión que incluye la lectura de sus luminosos textos, pero no se agota en ella—, si consiguiera dar una idea de los placeres que su legado proporciona a nuestro espíritu y esclarecer por qué lo necesitamos, quien la escribió se sentiría feliz: creerá que algo ha hecho bien. Aspira a que los lectores descubran, sin mucho esfuerzo, el cuidadoso desvelo que puso en ella, y aprecien que no buscó la soltura expositiva como un ardid para mostrarse dueño de la información. Frases de diverso corte, guiños a veces, remiten sin escamoteos a una labor de acopio que en más de una centuria han enriquecido incontables estudiosos, incluyendo al autor de estas páginas, quien se ha privado igualmente de hacer referencia a sus contribuciones: todo lo modestas que se quiera, pero suyas.

Este libro no nació de *una* investigación realizada con la finalidad de escribirlo, sino de más de veinte años de lectura y meditación, durante los cuales al autor no se le ocurrió sumarse a la nómina de quienes, durante décadas, habían venido aportando biografías de Martí. La cifra de las más significativas entre ellas —según conozco— anda cerca de la treintena, y continuará creciendo y diversificándose, pues sitio bajo el sol hay para todas las que existen, y para muchas más: un ser humano de su trascendencia no cesa de suscitar acercamientos y reinterpretaciones. Además, surgida tanto de la ponderación como —entre otras pasiones— del sano e incumplible deseo de hallar un texto a la altura del magno tema, la insatisfacción con los logros alcanzados en ese empeño ha sido frecuente, a pesar de las virtudes que distinguen a los mejores frutos cosechados dentro y fuera de Cuba. Se ha dicho y se ha escrito que no son muchos los avances alcanzados en comparación con el más difundido, prestigioso y discutido de ellos: *Martí, el Apóstol* (1933), obra de Jorge Mañach contra la que pesa, entre otros elementos, el tiempo transcurrido desde su escritura. (En el prólogo a su edición habanera de 1990 —retomado para la de 2001— abundo en la valoración de esa importante obra.)

Cuando se me sorprendió con el encargo de lo que acabaría siendo *Cesto de llamas* —tarea que cumplí contra reloj— me había formado una imagen de Martí: es la que procuré trasladar a las páginas que siguen. Sin saber que lo eran, había incluido adelantos parciales de esa imagen en

diversos estudios, algunos de ellos reunidos en libros, aunque en todos había predominado el sesgo ensayístico, no el biográfico. Naturalmente, una vez montado en el relámpago del cual surgió esta biografía, acudí sobre la marcha a textos previamente leídos o consultados. En lo concerniente a estudios acerca de Martí, no me limité al saldo de lo que ya había digerido —valga la socorrida «metáfora» fisiológica— y sedimentado —para no excluir la físico-química—, sino que, desde luego que sin amarrarme a ellas ni renunciar a la vigilia crítico-selectiva, volví a visitar contribuciones como el *Atlas histórico-biográfico José Martí* (1983), del Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía y el Centro de Estudios Martianos; y, en especial, otra fuente básica para estudiar la vida de este cimero miembro de la especie: *José Martí. Cronología 1853 – 1895* (1993), de Ibrahim Hidalgo Paz. Sus aciertos se deben, en gran medida, a que el autor supo apreciar el valor documental que caracteriza a los escritos del propio Martí: por su honradez y por su carácter confesional, expresado en mensajes y señales que con frecuencia es necesario descifrar en los pasajes más insospechados a lo largo de una obra de proporciones monumentales.

La más reciente y abarcadora edición de sus *Obras completas* la integran veintisiete volúmenes impresos entre 1963 y 1966, y reproducidos —sin el 28, que se añadió en 1973— en 1975 y en 1991, y, en soporte digital —con el título *Obras* y con vías para localizaciones textuales—, a partir de 2001. Aparte de lo agrupado en aquellos veintiocho tomos, su producción abarca numerosas páginas más: a menudo aparecen textos dispersos (inéditos o no) que suelen divulgarse en publicaciones seriadas, particularmente en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, y en volúmenes eventuales: por ejemplo, *Nuevas cartas de Nueva York* (1980 y, con el título *Otras crónicas de Nueva York*, 1983), la segunda edición (1992) de *Obras escogidas en tres tomos*, y algunos de los que se mencionarán más adelante.

Con respecto a las *Obras completas* vigentes podrán detectarse, en varias de las citas usadas en *Cesto de llamas*, diferencias que (¡vade retro, demonio de las erratas!) se explican por la introducción de soluciones tipográficas diversas —como el recomendable completamiento de ciertas abreviaturas, o alguna corrección indispensable— y, sobre todo, por el empleo de ediciones revisadas, facsimilares, críticas o crítico-facsimilares de no pocos textos martianos. Sin que la relación pase de las más directamente útiles para el nacimiento del presente libro, cabe recordar *La*

Edad de Oro (1979 y 1989), el *Manifiesto de Montecristi* (1985), los *Diarios* finales —el de Montecristi a Cabo Haitiano y el de Cabo Haitiano a Dos Ríos (1985, el segundo; juntos ambos, en 1996 [i.e.: 1997])—, *Nuestra América* (1991), *Versos sencillos* (1992), la *Revista Venezolana* (1993) y el *Epistolario* (1992). Mención aparte merecen los tomos iniciales del más importante proyecto investigativo del Centro de Estudios Martianos: *Obras completas. Edición crítica*, y los dos de *Poesía completa. Edición crítica*, feliz anticipo de esas esperadísimas *Obras*, donde tendrán su debido lugar.

Los esclarecimientos y aportes que los volúmenes citados brindan para una mejor lectura de los escritos de Martí, reiteradamente dañados por erratas y trascripciones defectuosas, corroboran que urge terminar la serie (algunas decenas de tomos) de *Obras completas. Edición crítica*, seguramente imperfecta y mejorable, como toda empresa humana, pero muy superior a las otras ediciones de que hasta ahora se ha dispuesto, y ciertamente *menos incompleta*: ¿cuánto permanecerá ignorado aún, o estará definitivamente perdido? Sin embargo, nada impedirá que a las *Obras completas* precedentes, desactualizadas y a veces caóticas, les agradezcamos el conocimiento que ellas hicieron posible tener de un tesoro creativo cuya grandeza ha sido capaz de sobreponerse a numerosas y a menudo violentas alteraciones textuales (ni hablar de otras calamidades). Martí mismo, en momentos risueños de cartas de junio de 1889 a su amigo mexicano Manuel Mercado, se burlaba-dolía de las «extrañezas» que las vicisitudes del trabajo editorial solían introducir en sus colaboraciones periodísticas, tan relevantes en su producción literaria: «¿Por qué, corrector, te cebas / En mí, si el Sumo Hacedor / Hizo hermanos, al autor / Y al que corrige las pruebas?», escribió en una de aquellas cartas. En la otra le pidió al destinatario, quien le servía de vínculo con un periódico del que él era corresponsal en Nueva York: «Al noble corrector mi hermano invite / A que nada le ponga ni le quite».

Todos los títulos, más bien motivos episódicos o estéticos, utilizados en *Cesto de llamas* son citas de poemas de Martí, con la ostensible excepción de la «Nota» inicial. Para las sucesivas salidas he revisado, actualizado cuando ha sido posible y menester, y corregido con no pocas modificaciones, el texto que por primera vez publicó la Editorial de Ciencias Sociales en 1996. Son formales en su mayoría, aunque también (especialmente en las dos ediciones de 1998: la de Pueblo y Educación, en La Habana, y la de Alfar, en Sevilla; y aún más en la presente) las hay de

contenido, entre ellas algunos aumentos, pues felizmente los frutos de la investigación y las publicaciones no cesan. Pero en ningún caso he intentado quitarle su corte original, propio de los libros escritos en un raptó. Huelga decir que el hecho de que no pretenda ni en rigor pueda ser exhaustiva —¿dónde está la que lo haya logrado, o estará la que lo consiga?— no exime a esta biografía de la aspiración de dar, en los tamaños y en el perfil a que está llamada, una imagen fiel y lo más orgánica posible de Martí. Y si no intenta pelearle a ninguna otra su lugar, sí regocijaría al autor que, más allá de la actualización probable de datos, se apreciara lo que en sus páginas haya de diferente, y aun de nuevo. Pero eso correrá por cuenta de quienes la lean, con lo que ya merecerán holgadamente la gratitud del biógrafo, que en el «Pórtico» de 1996 —el mismo, en lo fundamental, de las ediciones posteriores, y de la presente— dio constancia de la que le merecían y continuarán mereciéndole quienes directamente lo apoyaron y estimularon en el empeño. Ya entonces la nómina era extensa, y ahora lo sería más, para dar cabida a quienes han seguido dando su aporte, siquiera sea indirectamente, a la difusión y al mejoramiento de una obra que desea ser útil.



Fernando Casade

1

Pues a vivir venimos

En el *Manifiesto de Montecristi*, fechado 25 de marzo de 1895, a un mes de iniciada la contienda en que habría de morir, José Martí escribió: «La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra». No estamos solo ante una definición del proceso histórico seguido por Cuba, sino también ante claves esenciales para entender en particular el camino de Martí, cuyos primeros quince años de vida coincidieron con los últimos de la etapa de forja que antecedió al 10 de octubre de 1868. En esa fecha Carlos Manuel de Céspedes, quien pasaría a la historia con el merecido apelativo de Padre de la Patria, dio en el ingenio azucarero de su propiedad —Demajagua, situado en las inmediaciones de la actual ciudad de Manzanillo— el Grito de Independencia, y —según Martí— fue aún más grande cuando en esa misma ocasión otorgó la libertad a quienes habían sido sus esclavos y los llamó, como a hermanos, a la lucha contra el coloniaje español.

Al día siguiente las tropas libertadoras tuvieron su bautismo de fuego en el poblado de Yara, cerca de aquel ingenio. La acción fue militarmente desfavorable para los independentistas, pero estos la reclamaron como símbolo de resolución combativa, encarnada en el lema de *Patria y Libertad*.

Martí no se sentía heredero únicamente de esa gesta, sino también de su «preparación gloriosa y cruenta», y quiso hacerlo saber desde el inicio del *Manifiesto*, que escribió cuando ya era el guía político más eminente de su pueblo. En esa preparación vivió su infancia y en especial su adolescencia, marcada por un brusco tránsito a la madurez. Creció en medio del fervor y los valores cultivados para la patria —de distintos modos y desde diferentes perspectivas— por maestros, conspiradores y poetas, que a menudo se daban en una misma persona, y en la estela dejada por el proceso de independencia continental, del que pasarían a su obra como símbolos guiadores sus «Tres héroes» de *La Edad de Oro*: Bolívar, Hidalgo y San Martín, entre otros pilares de lo que para él fue nuestra América. Todo ello se encauzó en él por las complejas exigencias nacionales y planetarias que

marcaron su rumbo en la segunda mitad del siglo xix, desde la cual —afincado en el núcleo antillano de su origen y de sus propósitos— abrió para nuestros pueblos los reclamos del siglo xx, y de un futuro que apenas comienza.

Al final de su vida, el sabio argentino Ezequiel Martínez Estrada se deslumbró —es una manera de decir que se alumbró aún más— con él. Lo consideró «el Hombre por antonomasia», y, desde una poesía afincada en la terrenalidad de la pampa, lo llamó «figura numinosa», «un dios en el destierro, un peregrino en tierra de herejes», aparte de compararlo con «una fuerza social que representa la omnipotencia incontrastable de una divinidad». Si alguien creyera que tales juicios son mera expresión de un respetuoso delirio —que ya sería altamente significativo, por venir de quien viene—, cabría recordarle palabras —ideas— sostenidas unos cuarenta años antes, en 1926, por el joven peleador Julio Antonio Mella. Este beligerante materialista confesó que, al hablar de Martí, sentía «la misma emoción, el mismo temor que se siente ante las cosas sobrenaturales».

La devoción, el sobrecogimiento ante su figura no es un gesto «profesional», sino goce y responsabilidad que se dan sin parcelamiento al género humano. Un padre y una madre no olvidarán la vez que llevaron a sus dos pequeñas hijas a visitar la casa donde nació Martí: *la casita de Martí*, como dicen los niños. La mayor de aquellas niñas, entonces de apenas cuatro o cinco años, lo observaba todo atentamente, y cuando vio que se acababa el recorrido por aquel Museo, les dijo a sus padres: «Pero yo quiero ir a la casa donde Martí camina». Para ella no era cuestión de reliquias, sino de vida. Pocos días más tarde, con la insondable sinceridad de que es capaz una criatura de sus años, les confesó que estaba triste: porque «el hombre tan bueno» con quien quería casarse «cuando fuera grande, estaba muerto».

¿Con qué palabras hubieran sido capaces los padres de explicarle que el casamiento debía ser de otra índole, y que era posible, porque *aquel hombre vivía*? ¿Quién puede estar más vivo que un héroe que cerca de noventa años después de su muerte es capaz de estremecer así a una niña? Y el verbo *casarse*, ¿no viene de compartir, en íntima unión, la casa? Ahí están las iluminaciones de la poesía mística, de sus cantos a las bodas del alma con Dios. Cuando ya es centenaria la «caída» de Martí en combate, aquella expresión infantil vale por sí sola para hacernos pensar en los siglos en que

a la siembra hecha por el Apóstol le ha de ser dado germinar inagotablemente, y a la humanidad abrazarlo como esperanza de salvación.

Las circunstancias en que él nació y se desarrolló hallaron respuesta en su carácter y en su sensibilidad de poeta en actos y en versos, en su sabiduría, en el sentido misional que lo caracterizó. Él fue la medida suprema en la recepción de realidades habituales en su entorno, incluido su ambiente familiar. Desde su experiencia desbordó lo meramente factográfico al declarar en 1884: «¡Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paramaconi, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas!»

Él mismo situó en su infancia —«en los albores de mi vida»— las primeras señales que percibió de lo que sería su trayectoria. En un apunte ubicable hacia finales de los años 80, consignó lo que recordaba como sus «primerísimas impresiones», con palabras donde el calificativo *primerísimas* fija el saldo de un orden cronológico a la vez que una selección cualitativa. El recuento comienza por una imagen de signo político: «mi padre en la calle del Refugio: Porque a mí no me extrañaría verte defendiendo mañana las libertades de tu tierra». La siguiente concierne al terreno social, a partir de hechos sobre los que también será necesario volver: «El boca abajo en el campo, en la Hanábana».

Ambas «impresiones» han solido tenerse en cuenta a la hora de considerar la precocidad y el destino del héroe; pero se pasa por alto el resto del apunte, que continúa con esta referencia: «la primera lámina, los sajones de la *Historia de Roma*, de [Oliver] Goldsmith, desnudos en el agua, armados de macana contra los romanos de casco &».

Esa imagen visual —que en 1889 se asoció a sus concepciones historicistas en *La Edad de Oro*— pudo sugerirle nada menos que el carácter planetario y suprarracial, y las viejas raíces, de males y contradicciones como aquellos que lo rodeaban en su ámbito más próximo. Al cabo de los años puede sobredimensionarse un recuerdo de la infancia, pero —tratándose de una mente lúcida y capaz de ponderación, como proverbialmente fue la que nos ocupa— no se magnifica sino aquello que lo merece: es decir, lo que ha tenido relevancia en sí mismo o por su poder de asociación o sugerencia.

Lo que para un alumno común acaso pase sin mayor meditación, puede marcar o enriquecer apreciablemente la inteligencia del más despierto. Agréguese la extraordinaria voluntad que Martí puso en su fragua: el carácter de reclamo y deber de aplicarlas que veía en las capacidades propias. Refiriéndose a un poeta que no en todos los órdenes le mereció buen aprecio —entre otras razones, «porque nació para mártir, y no fue ni siquiera hombre»—, afirmó reflejando su propia resolución personal: «No basta con nacer:—es preciso hacerse».

De la Creación suma y reflejo

José Martí nació en La Habana el 28 de enero de 1853. Es entrañable sitio de visita, de verdadera peregrinación espiritual, la casa donde ocurrió: entonces con el número 41, hoy 314, en la calle de Paula, actualmente Leonor Pérez en homenaje a la madre del Apóstol venido allí al mundo. Alguna vez se ha dicho que nació en la enfermería de la fortaleza de La Cabaña. Pero ninguna prueba incontestable avala tal afirmación, y, aunque esta se documentase, su casa natal seguiría siendo la que su propia madre reconoció que lo era, con lo que han coincidido serias investigaciones.

Fue el primogénito del matrimonio contraído el 7 de febrero del año anterior por Mariano de los Santos Martí y Navarro, natural de Valencia, España; y Leonor Antonia de la Concepción Micaela Pérez y Cabrera, de Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias. Para mayor facilidad del recién nacido, no se impuso la profusión nominal de la madre, y días después de su nacimiento, el 12 de febrero, fue bautizado como José Julián: él se encargaría de utilizar nada más el primero de esos nombres y su primer apellido, y a veces solo este último, que para muchos se convirtió en el nombre que lo identificaba.

Desde el bautizo su destino parece haber querido asociarlo con la celebridad, pues se llevó a cabo en la iglesia del Santo Ángel Custodio, situada en la Loma del Ángel, al inicio de la calle Compostela. Frente a esa iglesia sucedieron hechos incorporados por Cirilo Villaverde a *Cecilia Valdés*, obra que, más que una novela importante, es un monumento literario y un verdadero mito de la cultura cubana.

Los padres de Martí pertenecían a los muchos inmigrantes llegados a la Isla desde España y otros dominios de esta. La madre lo hizo como parte de

una de las familias canarias que se trasladaban entonces a Cuba en busca de mejor fortuna; el padre, con carácter de funcionario militar. Integraba el Real Cuerpo de Artillería como sargento primero, al nacer su primogénito; desde abril del año siguiente, como sargento de brigada del Regimiento de Artillería destacado en la fortaleza habanera de La Cabaña; y, ya en abril de 1855, como subteniente de infantería.

Cuando hoy se visita el Museo Casa Natal de José Martí, puede tenerse una idea exagerada del poder adquisitivo de don Mariano y doña Leonor, si no se sabe que ellos únicamente ocupaban como inquilinos la reducida planta alta de la vivienda en que se fundó el Museo, extendido hoy a otros dos locales próximos. La planta baja la habitaba otro matrimonio, con el cual estaban emparentados. Sin embargo, las estrecheces económicas de los recién casados no eran entonces tan agudas como lo serían años después, cuando entre 1854 y 1865 les nacieron siete niñas y ningún otro varón —circunstancia nada ventajosa en la época— y don Mariano afrontó contratiempos y despidos como consecuencia, incluso, de una honradez difícil de mantener en un régimen caracterizado por la corrupción y el favoritismo. Para colmo, el hijo que seguramente la familia esperó y en todo caso necesitaba que se dedicara a ocupaciones pragmáticas de beneficio inmediato, mostró vocación por los estudios y, sobre todo, por la lucha revolucionaria opuesta al poder que el padre estaba obligado a representar.

Por el rápido crecimiento de la familia, por requerimientos del cambiante desempeño de don Mariano, y quizás también alguna vez por imperativos económicos, ya a más tardar en 1856 la familia comenzó a mudar frecuentemente de domicilio, aparte del viaje a España que veremos y de las salidas de Martí con su padre fuera de La Habana. O sea, para él comenzó muy temprano la trashumancia característica de su vida, como anticipo de sus múltiples desplazamientos asociados al quehacer revolucionario.

A inicios de 1857 murió en La Habana el padre de doña Leonor, Antonio Pérez Monzón, y, estimulado quizás por lo que ella recibió en herencia, el matrimonio se trasladó ese año a España, en lo que para Martí fue su primera estancia en la Metrópoli. En mayo don Mariano logró la liberación del cargo de celador, y hacia septiembre ya la familia se encontraba en Valencia, donde nació la tercera niña —María del Carmen, *la Valenciana*—, y permanecieron hasta mediados de 1859.

Se ha conjeturado que el niño pudo acaso aprender sus primeras letras allí —donde entonces sería forzoso que las recibiera en castellano, si ocurrió en ambiente escolar—, y no es una idea descartable, aunque años después el propio Martí recordaría, como suya tal vez, la vivencia de los niños cubanos que aprendieron a leer en la Isla por los libros del maestro vernáculo Eusebio Guiteras. Tampoco es improbable que el futuro conspirador conociera determinadas expresiones de rechazo —públicas o privadas— de hijos de Valencia al dominio que en esa región imponía la misma Corona, opresora y decadente, que «unificaba» a España y ejercía el poder colonial sobre Cuba.

Ya sea porque no les salieran bien las cosas, incluso por contradicciones familiares, o por cualquier otra razón, los Martí-Pérez regresaron a La Habana, con una escala en Tenerife, según parece confirmar un documento que, hallado hace poco tiempo, no niega la conjetura hecha antes, según la cual también pudieron haber pasado por aquella ciudad canaria en el recorrido hacia Valencia. En la capital cubana se encontraban a mediados de 1859. En julio don Mariano volvió al cargo de celador, ahora en el barrio de Santa Clara, en el segundo distrito de La Habana. Al otro año fue temporalmente cesanteado por presuntos errores en su tarea, y el niño comenzó a estudiar en el colegio de San Anacleto, dirigido por Rafael Sixto Casado, sobresaliente pedagogo cubano cuya labor está por estudiarse. En ese plantel conoció Martí a Fermín Valdés Domínguez, y entre ambos nació pronto una amistad que crecería ininterrumpidamente, arraigada en la vocación de libertad y justicia.

En abril de 1862 don Mariano fue destinado al cargo, quizás poco codiciado, de capitán juez pedáneo en el partido territorial de Hanábana —con denominación y lindes que hoy no se conservan—, en la actual provincia de Matanzas. Para el niño este hecho tuvo consecuencias relevantes: acompañó a su padre en lo que de hecho fue su primera experiencia laboral —auxilió allí a don Mariano como amanuense—, y, sobre todo, conoció en su violento rostro rural el crimen de la esclavitud, que hasta entonces solo habría podido ver en la modalidad doméstica urbana, más benigna, o menos terrorífica.

La responsabilidad básica de don Mariano incluía precisamente velar por que no hubiera tráfico de esclavos. Ya para entonces la Corona española había contraído con la británica el compromiso de frenar la trata, como un paso hacia la abolición de la esclavitud. Los intereses mercantiles generados

en torno a la industrialización habían logrado más que el altruismo de quienes desde antes se habían opuesto al monstruoso crimen.

Durante su estancia en Caimito del Sur —o Caimito de la Hanábana, o del Hanábana— Martí apreció la inutilidad de los esfuerzos de su padre por impedir nuevos desembarcos de esclavos en aquella región, pues los negocios en juego tenían más fuerza y recursos de toda índole que el humilde funcionario. El niño, por su parte, presenció hechos como el desembarco de un alijo de esclavos y la bestialidad del bocabajo. Poéticamente parece haber identificado este último con la muerte —«un esclavo muerto, / Colgado a un seibo del monte»— cuando veintiocho años más tarde, al escribir *Versos sencillos*, rememoró los acontecimientos. Frente a ellos se hizo su primer juramento revolucionario de que tengamos noticia: «Lavar con su vida el crimen» de la esclavitud.

La estancia en la zona de Hanábana fue útil para la formación de Martí, hasta desde el punto de vista físico. Le dio ocasión de regodearse en el ambiente natural que tanta fascinación y tanto reto le proporcionaría durante sus días en la guerra. Por una carta que le dirigió a la madre —carta en la cual asombra hasta el equilibrio de los trazos— sabemos que allí el niño de nueve años se aplicaba a tareas como esta: «Ya todo mi cuidado se pone en cuidar mucho mi caballo y engordarlo como un puerco cebón, ahora lo estoy enseñando a caminar enfrenado para que marche bonito, todas las tardes lo monto y paseo en él, cada día cría más bríos».

En diciembre volvieron padre e hijo a La Habana, porque el primero fue injustamente depuesto. En 1863 marchó a Honduras Británica (hoy Belice), es de suponer que en busca de mejores horizontes, y nuevamente lo acompañó el hijo. Se carece de información sobre este viaje, que pasa a ser una de las etapas requeridas de luz en la biografía de Martí. Posiblemente el regreso a La Habana haya ocurrido en el mismo año.

Una señora madre D^a Laura Pérez

Humahuaca y Cebasti 23 de 1862

Estimada mamá: Desde antes de todo que Vd. esté buena, lo mismo que los niños, Anguina Luisa y mamá Anguina. Papá recibió la carta de Vd. con fecha 24, pero el correo el sábado que era 18 no vino, y el martes que cuando lo recibí, el correo siguió diez días para pasar por el río tributario "Soborilla" que entorpeció el paso para la "Nueva Provenza" y lo envié me para aquí, papá no sabe nada de la caída; lo que tiene es una fiebre que desde que se cuenta hasta que se levanta no le deja dormir la noche y se tiene tres noches y está así—

Dijo todo me cambió de peso en cuando mucho me caí y engordé como un puercito ahora lo estoy enseñando a caminar enseñado para que marche bonito, todas las tardes lo manto y juego con él cada día está muy bien. Esperaría tenga otra casa en que no

... terrible obra que decarte
... a mamá Anguina, Anguina
... y los niños y a Pedro de un hijo
... de su obediente hijo que le
... con amor

Tenía Martí

Tenía Martí nueve años cuando escribió esta carta a la madre

Su inteligencia salvó al niño del fracaso escolar a que pudo haberlo condenado una vida tan itinerante, y en 1864, con once años, finalizó la enseñanza primaria elemental en el Colegio San Anacleto. Quizás haya sido en este curso cuando ganó —posiblemente por *Aplicación y buena conducta*— la medalla que luce en la más antigua de sus fotos conocidas, aunque esta se ha considerado como de 1862.

En marzo del año siguiente ocurrió algo de fértiles consecuencias en su formación: comenzó a estudiar en la Escuela de Instrucción Primaria Superior Municipal de Varones, en la calle Prado 88. En el mismo inmueble se hallaba la vivienda del director, el poeta y maestro Rafael María de Mendive, quien devendría figura tutelar para el adolescente, ávido de conocimientos. En abril él y otros condiscípulos hicieron algo que habla del ambiente que existía en aquella institución escolar: llevaron brazalete de luto durante una semana por la muerte de Abraham Lincoln, a quien años después Martí llamará «el leñador de ojos piadosos».

En noviembre del mismo 1865, con escasos días de diferencia, nació su séptima y última hermana, Dolores Eustaquia (*Lolita*), y falleció María del Pilar, a quien le faltaban dos días para cumplir seis años: tal vez en 1889 Martí la recordó conscientemente en la Pilar de «Los zapaticos de rosa», uno de los grandes poemas de *La Edad de Oro*. Aquel prematuro deceso fue el primero entre sus hermanas, que por lo general murieron jóvenes o relativamente jóvenes. Solo una de ellas, Amelia, sobrevivió a la madre.

En agosto de 1866 Mendive solicitó al director del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana que señalara la fecha para que José Martí se sometiera al examen de admisión. Ya antes, impresionado por sus excelencias —y posiblemente preocupado por la situación económica y explicables incomprensiones de su familia—, había logrado el consentimiento de don Mariano para costearle al muchacho los estudios, hasta el grado de bachiller inclusive.



La más antigua fotografía de Martí que se conoce. La medalla que muestra es una distinción escolar, posiblemente por *Aplicación* y

buena conducta.

En septiembre el alumno aprobó el examen de admisión para cursar la segunda enseñanza, y se incorporó al Instituto, sito en una parte del Convento de Santo Domingo, en Obispo 8, no en la actual sede, que hace años lleva su nombre y se localiza en la calle Agramonte (Zulueta, en la tradición oral) número 407.

De su afición de entonces al teatro él mismo recordaría más tarde que comenzó a traducir *Hamlet*, pero dejó esa traducción inconclusa y emprendió la de *A Mystery*, de Byron, porque le pareció indigno de un genio como Shakespeare la referencia a ratones incluida en una de las escenas de aquella obra. Para poder asistir a representaciones teatrales aunque no fuera más que entre bambalinas, prestaba algunos servicios de mensajería a un peluquero que hacía trabajos para actores.

En 1867 el estudiante siguió dando muestras de su talento, con calificaciones de sobresaliente y otros triunfos en distintas asignaturas. Alcanzó premios con su desarrollo de los temas *La teoría del quebrado*, *El verbo sum nos da la teoría de la conjugación de todos los verbos latinos* y *Teoría y clasificación de las figuras de dicción [...]*.

Es seguro que ya desde entonces se afianzaba en él la actitud de quien sabía combinar la voluntad del crecimiento multilateral, la conciencia del valer de sí y la honrada voluntad de no lastimar a nadie con el mérito propio. En carta de mayo de 1901, cuando todavía la aureola de leyenda en torno al excepcional héroe no había llegado a la elevación a que justicieramente llegaría —y continuará llegando—, un excondiscípulo suyo lo recordaba en términos que hacen pensar en el rostro que muestra su retrato de alumno premiado. Ese retrato es anterior, en cerca de un lustro, al momento rememorado por el autor de la carta, quien alude a sucesos como los del teatro Villanueva, que aún hemos de retomar:

fui condiscípulo de Martí en el colegio San Pablo de Rafael María de Mendive [...] Martí era externo; pero, por lo correctísimo que fue siempre y su carácter dulce y afable, era muy apreciado de Mendive y de su familia, y se pasaba el día en la casa particular de este, situada en la planta baja del edificio. // Además le servía de amanuense para su correspondencia y poesías, y como era formal, [el maestro] le comisionaba para sus diligencias en la calle.— // Los recuerdos que aún tengo me representan a Martí como un niño de catorce a dieciséis años de estatura propia de esta edad, aunque

un poco alto, frente ancha, fruncía algo las cejas, ojos muy vivos y un carácter dulce y apacible, y más que alegría demostraba cierta tristeza, como si siempre le preocupara algo, y a los chistes y bromas de sus compañeros, contestaba siempre, con su sonrisa dulce que infundía respetuoso cariño hasta a los de mayor edad.— Ya en esa edad componía versos, que se los corregía Mendive.— // Dejé de verlo en diciembre de 1868, cuando lo de Villanueva.

Sus inquietudes artísticas lo llevaron a ingresar, el 15 de septiembre, en la clase de dibujo elemental en la Escuela Profesional de Pintura y Escultura de San Alejandro, de La Habana. El 31 de octubre ya la había abandonado, pero se mantendrá siempre fiel a su aprecio por las artes plásticas, de las que llegaría a ser un crítico extraordinario, con una permanente atención que mantendrá hasta las proximidades de su muerte; y, sobre todo, en su gran capacidad para «pintar con la palabra».

En vísperas del estallido del 10 de octubre de 1868, virtualmente vivía en casa de su maestro Mendive, lo que le propiciaba un ambiente favorable para sus ideas, y, es de presumir, cierta merma del control ejercido por sus padres. Estos, en uno de sus numerosos cambios de domicilio, habían pasado a residir en Marianao, a relativa distancia. Hacia finales del mismo año se mudaron para una dirección mucho más cercana —San José entre Gervasio y Escobar—, pero don Mariano se desempeñaba entonces como celador de policía para el reconocimiento de buques en el puerto de Batabanó, en la costa sur habanera, y cuando a inicios de 1869 fue nombrado celador del barrio de la Cruz Verde, en Guanabacoa, la familia se estableció en esa villa.

Por grandes que hayan sido las precauciones de don Mariano, y el deseo de doña Leonor de secundarlas, es fácil suponer que las responsabilidades oficiales del primero y las familiares de la segunda le dieron oportunidad de movimiento al inquieto varón, ya en edad crucial: los finales de su adolescencia, en los extremos de la tensión política del país.

Para sus coetáneos habaneros, máxime para quienes tenían una particular sensibilidad patriótica y gozaban de la cercanía y la confianza de adultos como Mendive, esa tensión marcó el ambiente estudiantil, dividido en facciones hostiles: los adeptos al régimen colonial, bautizados como gorriones, acaso por cierto parecido del uniforme del Ejército español con esa avecilla, estaban de un lado; del otro, los patriotas, que en su versión

más radical abrazaban el independentismo y se identificaban con la bijirita, pequeña ave cubana.

No es un sueño, es verdad

El 10 de octubre de 1868 Martí era alumno del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Aquel día marcó definitivamente el rumbo de la historia de Cuba, y de la vida del joven estudiante. El levantamiento de Carlos Manuel de Céspedes y sus seguidores en la zona oriental del país llegó a La Habana como ratificación del espíritu de los independentistas, y también como clara señal de alarma para los representantes del poder colonial. La polarización de fuerzas creció por caminos cada vez más visibles, incluida una mayor violencia. La preparación gloriosa y cruenta desembocaba en la guerra, y esta, a partir de entonces, afrontaría vicisitudes, treguas, estancamientos y reveses para la causa de la independencia. Pero sería ya irreversible.

Que Martí había crecido en íntima sintonía con aquella preparación, y que el estallido bélico no fue cosa que lo sorprendiera, lo muestra el modo como él respondió a las circunstancias.

Con el propósito de aquietar los ánimos opuestos, las autoridades españolas decretaron el 9 de enero de 1869 una frágil libertad de imprenta, que duró apenas treinta y cuatro días. El remedio no funcionó como ellas esperaban: casi de un tirón se imprimieron numerosos periódicos, que por lo general no pasaron de una o dos entregas, pero confirmaron el espíritu que ardía en la Isla.

De Martí se había editado el 26 de abril de 1868, en *El Álbum*, de Guanabacoa, uno de sus primeros poemas conocidos —«A Micaela», dedicado a la esposa de Menvive con motivo de la muerte de un hijo de ambos, Miguel Ángel—, pero inició la etapa ya decisiva de su vida pública en la fogosa prensa de aquellos días. Textos suyos aparecieron en *El Diablo Cojuelo* y en *La Patria Libre*, de los que se imprimió nada más que el primer número, reproducido en los dos casos para el lector de hoy en ediciones facsimilares. Otra publicación —un periodiquero estudiantil manuscrito, del cual no se conservan ejemplares— incluyó un soneto de precoz madurez y que seguramente el propio Martí contribuyó a salvar.

Una alusión en ese poema a la lucha en la sierra del Escambray, en el centro de la Isla, ha hecho suponer que debió circular hacia febrero de 1869, cuando ya la contienda se extendía a esa región; pero tal crecimiento se deseaba e intentaba desde los inicios —estaba quizás en el ambiente—, y sabemos lo breve que fue la libertad de prensa. Naturalmente, un periódico manuscrito pudo ser clandestino, como convenía además a la incitante aprobación —desde el exclamativo título «¡10 de Octubre!»— del acto insurreccional:

*No es un sueño, es verdad: grito de guerra
Lanza el cubano pueblo, enfurecido;
El pueblo que tres siglos ha sufrido
Cuanto de negro la opresión encierra.*

*Del ancho Cauto a la Escambrayica sierra,
Ruge el cañón, y al bélico estampido,
El bárbaro opresor, estremecido,
Gime, solloza, y tímido se aterra.*

*De su fuerza y heroica valentía
Tumbas los campos son, y su grandeza
Degrada y mancha horrible cobardía.*

*Gracias a Dios que ¡al fin con entereza
Rompe Cuba el dogal que la oprimía
Y altiva y libre yergue su cabeza!*

Llama la atención, junto al carácter vertical del abrazo a la guerra independentista, la seguridad de la expresión. El poema se sitúa en la tradición de eso que, a propósito de José María Heredia, el gran cantor de las palmas cubanas y de las Cataratas del Niágara, Martí llamó años después *lo herédico*. Por lo demás, su toma de partido en favor de la beligerancia independentista la hizo pública en el artículo de fondo de *El Diablo Cojuelo*. Allí, aparte de expresar cuál era la actitud que él tomaba sin vacilación en el dilema esencial de los cubanos, «O Yara o Madrid», se opuso —en clara alusión a quienes preferían estancarse en afanes reformistas para no poner en riesgo sus riquezas materiales— a los «sensatos patricios». Con tales términos encaraba a los opulentos que se

consumían en peroraciones y juntas cuya inutilidad la Metrópoli había confirmado una vez más al hacer fracasar, en 1867, la gestión de los representantes de la Isla ante las Cortes.

El Diablo Cojuelo —que nació para mostrar a los estudiantes habaneros la corrupción impuesta por el régimen colonial en Cuba, como el personaje que le da título había hecho con respecto a la propia Metrópoli mientras guiaba por ella a un estudiante en la novela homónima de Luis Vélez de Guevara— apareció con fecha 19 de enero de 1869.

Cuatro días después circuló *La Patria Libre*, cuyo subtítulo —*Semanario Democrático-Cosmopolita*— refleja el ambiente en que Martí se movía. A diferencia de *El Diablo Cojuelo*, que fue gestado por el propio Martí y otros condiscípulos —entre ellos Fermín Valdés Domínguez—, *La Patria Libre* tiene hasta materialmente un corte distinto, y parece lógico suponer que en sus auspicios intervinieron adultos, como el maestro Mendive, según se ha dicho.

Pero el estudiante Martí, sin haber cumplido aún dieciséis años, dotó al periódico del texto que más perdurable lo haría: el poema dramático «Abdala», encabezado con una anotación en que la tipografía aportaba una elocuente ambigüedad. La frase ESCRITO EXPRESAMENTE PARA LA PATRIA, impresa en mayúsculas y sin comillas ni otro signo que destacara LA PATRIA como título de la publicación, propiciaba que la pieza teatral se recibiera como destinada al periódico en que aparecía o —lo más seguro— a Cuba.

El detalle es significativo: impedido el autor de convocar abiertamente a la rebelión patriótica, el texto recreó la decisión de un joven príncipe africano —de *Nubia*, topónimo que acústicamente marca una ostensible similitud con *Cuba*— de defender a su tierra contra el invasor extranjero, y morir en esa lucha si era necesario, a pesar de los ruegos de la madre, que pretende salvarle la vida. Con razón se ha visto en el héroe, Abdala, un *alter ego* de Martí y una prefiguración de su destino.

La soltura que los independentistas se permitían en la prensa era parte de la efervescencia patriótica y, naturalmente, desencadenaba la respuesta de las autoridades y sus servidores locales. En los días en que circulaban *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre* ocurrieron hechos de particular relevancia en ese ambiente. El 22, por ejemplo, llegaron a punto de clímax las expresiones subversivas que se habían venido sucediendo en el teatro Villanueva, propiedad de familiares de Mendive y posiblemente

comunicado con la vivienda de este. Se ha escrito que en la noche, mientras tenía lugar la función, hubo manifestaciones de explícita o indirecta pero clara simpatía con la gesta patriótica, y no se hizo esperar la reacción preparada por los Voluntarios, tropas de españoles y cubanos que prestaban servicios policiales y militares a la Metrópoli.

Los acontecimientos envolvieron de algún modo a Martí, cuya madre salió sola de su casa para ir a buscarlo en la residencia de Mendive. A la crueldad de la represión colonialista y a la entereza de doña Leonor se referiría el poeta en *Versos sencillos*, más de veinte años después:

*El enemigo brutal
Nos pone fuego a la casa:
El sable la calle arrasa,
A la luna tropical.*

*Pocos salieron ilesos
Del sable del español:
La calle, al salir el sol,
Era un reguero de sesos.*

*Pasa entre balas, un coche:
Entran, llorando, a una muerta:
Llama una mano a la puerta
En lo negro de la noche.*

*No hay bala que no taladre
El portón: y la mujer
Que llama, me ha dado el ser:
Me viene a buscar mi madre.*

*A la boca de la muerte,
Los valientes habaneros
Se quitaron los sombreros
Ante la matrona fuerte.*

*Y después que nos besamos
Como dos locos, me dijo:
«Vamos pronto, vamos, hijo:*

La niña está sola: vamos!»

Mendive, aunque no es seguro que estuviera esa noche en el Villanueva —lo cual tampoco puede afirmarse de Martí—, fue arrestado seis días más tarde, bajo acusación de vínculos con los insurrectos, e incluido en el expediente de aquellos sucesos: eran tan conocidas sus relaciones con dicho teatro como sus ideas independentistas. De la cárcel habanera se le trasladó al Castillo del Príncipe, también en La Habana, y allí lo visitó el más eminente de sus discípulos.

El 25 de abril Mendive fue condenado por un Consejo de Guerra a cuatro años de confinamiento en España, hacia donde se le embarcó pocos días después. Pronto logrará escapar a Francia, y de allí pasó a Nueva York. Martí perdió, desde el arresto del maestro, un apoyo y una protección que le resultaban providenciales: si volvió a verlo, solo pudo ser entre 1878 y 1879. (En el primero de esos años él educador y el ya crecido e independiente discípulo regresaron a Cuba tras sus respectivos destierros. Martí se estableció en La Habana, y Mendive pasó a dirigir el *Diario de Matanzas*, que se publicaba en esa ciudad, separada de la capital de la Isla por unos cien kilómetros: es difícil imaginar que no se hayan encontrado en una o en otra, ¿o en ambas?)

Mientras Martí se quedaba sin el apoyo de Mendive, es de suponer que en el convulso 1869 al funcionario policial don Mariano le llegarían algo más que advertencias acerca de los pasos en que andaba el joven patriota, y es natural que, además de «cumplir con su deber», quisiera, sobre todo, salvar de la cárcel o la muerte al hijo. Quizás por ello, aún más que por apremios económicos también ciertos, el adusto valenciano intentó sacarlo del ambiente conspirativo en que se había introducido con plena voluntad. Desde abril Martí laboraba como dependiente de diligencias en la oficina del comerciante Felipe Gálvez Fatio, situada en Virtudes 10.

Era inevitable que en tales circunstancias crecieran sus contradicciones con el padre. Por aquellos meses, establecido Mendive temporalmente en París, el discípulo escribió a su maestro una carta que desborda angustia:

Trabajo de seis de la mañana a 8 de la noche y gano 4 onzas y media que entrego a mi padre. Este me hace sufrir cada día más, y me ha llegado a lastimar tanto que confieso a Ud. con toda la franqueza ruda que Ud. me conoce que solo la esperanza de volver a verle, me ha impedido matarme.

La carta de Ud. de ayer me ha salvado. Algún día verá Ud. mi Diario, y en él, que no era un arretrato de chiquillo, sino una resolución pesada y medida.

Hechos como ese —al cual el joven testimonia haberse referido en un diario que no sabemos adonde habrá ido a parar— han contribuido a fomentar una leyenda negra en torno a don Mariano, propalada a veces por un modo equivocado e innecesario de defender a su excepcional hijo. Hay quienes han creído adecuado, para subrayar la altura de su carácter, de su persona, menoscabar la de cuantos le rodearon: padres, esposa, hijo. Para colmo, contrarían con ello la delicadeza de espíritu que siempre lo distinguió. En lo que toca a don Mariano, el propio hijo se encargará de hacer notar su bondad y su honradez.

La madre, necesitada y deseosa de tener cerca el cariño y el auxilio del hijo, quizás nunca dejó de dirigirle expresiones de desaprobación, o al menos de reclamo, por la misión revolucionaria a que voluntariamente él se entregó. Don Mariano es probable que le diera durante años el tratamiento áspero y hasta violento con que padres de sus circunstancias y su origen solían conducir a los hijos rebeldes, y Martí esencialmente lo fue, por más que intentara hacerlo dentro de su capacidad de respeto y sin molestar a quienes le rodeaban.

Sí, los métodos empleados por su padre debieron tener un particular efecto lacerante para un adolescente de especial sensibilidad. Pero, además de pensar en el deseo que tanto don Mariano como doña Leonor tenían de cuidarle la vida a su muchacho, y sin descontar reales urgencias familiares, sería justo preguntarse qué pueden hacer un padre y una madre comunes, como aquellos, a quienes les ha salido un hijo genio y fuera de toda medida común, aunque en su excepcionalidad él incluya —como hizo Martí— el tacto suficiente para *intentar* disimular su condición.

En cualquier caso, siempre tuvo hacia sus padres una orgullosa gratitud por deberles muchas de las cualidades morales que lo distinguieron. Un año antes de morir en combate, le escribirá a doña Leonor: «¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quién pude heredarlas, sino de mi padre y de mi madre?»

2

Y yo pasé, sereno entre los viles

La tarde del 4 de octubre de 1869 —cuando se avecinaba el primer aniversario de la contienda independentista— ocurrió un suceso que en otra situación quizás hubiera sido intrascendente, pero que entonces determinó, en gran medida, el rumbo inmediato de la vida de Martí. Una escuadra de Voluntarios que pasó por frente al hogar de la familia Valdés Domínguez acusó de burla a los jóvenes que allí se encontraban. No hay que esforzarse demasiado para suponer que la acusación podía ser tanto infundada como verídica. Los ánimos de los independentistas se hallaban cada vez más agitados y tenían correspondencia en el apogeo de las fuerzas represivas.

Por la noche la vivienda fue objeto de un minucioso registro, y llevados al vivac los hermanos Fermín y Eusebio Valdés Domínguez, a quienes se sumarían más tarde, también como detenidos, Manuel Sellén, Santiago Balbín y Atanasio Fortier. Contra todos se levantó el cargo de haber faltado al respeto a los Voluntarios. En realidad, contra todos pesaba la sospecha de ser no menos que simpatizantes de la insurrección, y casi enseguida fueron trasladados a la Cárcel Nacional, de la que aún quedan restos como pieza histórica.

Al inicio parece haber pasado sin mucha atención uno de los documentos que se hallaron durante el registro: una carta escrita para dirigirla a Carlos de Castro y de Castro, quien se había alistado como cadete en el Ejército español. El original de la carta se ha perdido hasta hoy, como también el expediente del Consejo de Guerra a que aquel proceso dio lugar. De la misiva se conocen dos versiones en lo esencial coincidentes, divulgadas años después por Fermín Valdés Domínguez, quien calzó el texto con la firma de Martí y la suya.

Era una verdadera condena contra el cubano procolonialista, a quien le reprochó que fuese apátrida a pesar de haber sido alumno de Mendive. Ello confirma la significación que el célebre maestro tuvo para aquellos jóvenes. La carta invitaba al otrora condiscípulo a desertar de las tropas en que había consumado su acto antipatriótico.

El día 9 un agente policial se percató del alcance del mensaje y promovió la acción contra el autor, a quien llamó «enemigo declarado de

España»: fue arrestado Martí, quien —según declaró Fermín al dar a conocer el texto— reclamó durante el juicio que se le considerara su único autor. Es significativo que antes del arresto se hablara de *un* enemigo, y que en la documentación —que sí se conserva— relacionada con las gestiones hechas por los padres de Martí en busca de indulgencia para su hijo, las autoridades españolas siempre aludieran a él como *el autor* de la misiva.

Tampoco sería de extrañar que desde un inicio se quisiera cargar la mano en su contra: ya porque en verdad fuera el único firmante del texto, ya porque de su lado en vez de mediar influencias favorables pesara como fuente de ojeriza su condición de hijo de un militar español, ya porque resultara blanco de más sospechas, ya porque desde su ingreso a la Cárcel Nacional el 21 de octubre, y durante el Consejo de Guerra Ordinario que finalmente dictó condena el 4 de marzo de 1870, confirmó ser el más peligroso de los encartados; o por una combinación de varias de esas causas, o de todas, y aun de otras.

Pensemos, de paso, que el haber dejado que aquella carta pasara inicialmente sin mayor atención dio pie —según uno de los documentos referidos— para que el gobernador superior político en La Habana propusiera que el celador de policía que actuó en la pesquisa fuera separado de su cargo. ¿Creerían que lo había movido la solidaridad con su compañero de servicio don Mariano Martí? Y semejante duda, aunque es algo que no se menciona en la documentación, ¿no pudo haber arrojado la saña «ejemplarizante» contra el hijo de este último?

El caso es que mientras el francés Atanasio Fortier —auxiliado por el Cónsul de su país— fue puesto en libertad muy poco después del 4 de octubre, y los cubanos Manuel Sellen y Santiago Balbín el 22 de diciembre —a pesar de que el primero de ellos tenía un hermano conocido por sus acciones contra la Metrópoli: Francisco, el poeta—, la condena impuesta a Martí fue mucho más severa que las otras: deportación para Eusebio Valdés Domínguez y Atanasio Fortier, seis meses de arresto mayor para Fermín, y nada menos que *seis años de presidio para Martí*. Tal fue la condena definitiva, pero se ha hablado también de un primer fallo de pena de muerte. El proceso fue sobreseído para Sellén y Balbín.

El 10 de noviembre, cuando aún no se había dictado la condena, Martí le escribió a la madre desde la Cárcel. Además de confesarle su extrañeza porque el día anterior el Fiscal había ido a preguntarle «con bastante interés por mi causa y su estado», le dijo: «Y esto es lo único que pido. Que se

ande aprisa, que al que nada hizo, nada le han de hacer. A lo menos, de nada me podrán culpar que yo no pueda deshacer».

No olvidemos que estaría tratando de tranquilizar a la madre o, al menos, de no acrecentarle su natural angustia; pero no podía estar refiriéndose a la autoría de la carta al excondiscípulo apátrida: esa autoría era indubitable y él, además, la proclamó. Desde luego, no tenía por qué ayudar al trabajo de la Policía española en carta que fácilmente podía caer en manos de esta. Con razón se ha pensado que contra él pesaban otros cargos, o sospechas cuando menos, de conspiración y actos clandestinos.

Aquella carta a la madre lo retrata, desgarradoramente, en más de un sentido:

Mucho siento estar entre rejas;—pero de mucho me sirve mi prisión.—Bastantes lecciones me ha dado para mi vida, que auguro que ha de ser corta, y no las dejaré de aprovechar.—Tengo 16 años, y muchos viejos me han dicho que parezco un viejo. Y algo tienen razón;—porque si tengo en toda su fuerza el atolondramiento y la efervescencia de mis pocos años, tengo en cambio un corazón tan chico como herido.—Es verdad que V. padece mucho;—pero también lo es que yo padezco más: ¡Dios quiera que en medio de mi felicidad pueda yo algún día contarle los tropiezos de mi vida!

La felicidad no fue pródiga con él, y todavía le faltaban por vivir los horrores más grandes de su experiencia de prisionero. En la carta a la madre aún dirá:

Estoy preso, y esta es una verdad de Perogrullo,—pero nada me hace falta, sino es de cuando en cuando 2 ó 3 r[eale]s. para tomar café;—pero hoy es la primera vez que me sucede.—Sin embargo cuando se pasa uno sin ver a su familia ni a ninguno de los que quiere, bien puede pasar un día sin tomar café.—Papá me dio 5 ó 6 rs. el lunes.—Di 2 ó 3 de limosna y-presté 2.—

Está presente el recuerdo de sus hermanas: «Tráigame el domingo a alguna de las chiquitas», pidió, pero añadirá: «Esta es una fea escuela;—porque aunque vienen mujeres decentes, no faltan algunas que no lo son». El punto le da ocasión de revelar —rudamente para su edad— principios éticos cuyo valor se conoce en la medida en que los sostuvo alguien dotado

de una viva sensualidad, solo compensable en él por su honrada capacidad de ascetismo: «Tan no faltan, que la visita de 4 es diaria. A Dios gracias el cuerpo de las mujeres se hizo para mí de piedra.—Su alma es lo inmensamente grande, y si la tienen fea, bien pueden irse a brindar a otro lado sus hermosuras.—Todo conseguirá la Cárcel, menos hacerme variar de opinión en este asunto».

Aún dará testimonio de su estado de ánimo y de su persistente avidez intelectual: «En la cárcel no he escrito ni un verso.—En parte me alegra, porque ya V. debe saber cómo son y cómo serán los versos que yo escriba.— // Aquí todos me hablan del Sr. Mendive, y eso me alegra.—Mándeme libros de versos y uno grande que se llama *El Museo Universal*.—Déle su bendición a su hijo».

Mientras escribía aquella carta, se urdía la tragedia. A él y a los Valdés Domínguez se les ratificó la sentencia el 22 de marzo, cuando aún se hallaban en la Cárcel Nacional. Ya estaba decidido que Fermín cumpliera su arresto en la fortaleza de La Cabaña. El 4 de abril se trasladó a Martí para el Presidio Departamental de La Habana, en el mismo edificio de la Cárcel, con el número 113 de la Primera Brigada de Blancos.

Al día siguiente lo raparon, lo vistieron con la indumentaria de recluso y le pusieron en el tobillo de la pierna derecha un grillete unido por gruesa cadena a otra que le rodeaba la cintura. Se le asignó trabajo forzado en las Canteras de San Lázaro, uno de cuyos reductos se mantiene como base y símbolo de la Fragua Martiana, memorial y casa de difusión de la vida del héroe.

Diariamente se le llevaba junto con sus compañeros de prisión hasta aquellas Canteras, donde eran obligados a trabajar brutalmente doce horas bajo el sol. Sin embargo, si su propio suplicio fue horrible, más aún sufrió el dolor de los otros: «Yo suelo olvidar mi mal cuando curo el mal ajeno», afirmó precisamente en su testimonio *El presidio político en Cuba*. En esas páginas veremos cómo padeció y se solidarizó con los ancianos Nicolás del Castillo, de setenta y seis años, y Juan de Dios, esclavo ya idiotizado por el sufrimiento y «de más de cien», según Martí; y especialmente con los niños Tomás, negro de once años, y Lino Figueredo, de doce.

Para Lino, como los otros llevado sin razón al fatídico centro de torturas, no tuvieron piedad las autoridades ni siquiera cuando la viruela lo redujo al delirio de la fiebre. En sus crisis Martí lo auxilió sin reparar en el riesgo del contagio. De aquella experiencia salió forjado el temple de un

redentor que no cedería ante peligros ni sacrificios. Su pensamiento se enriqueció y profundizó sostenido por ese carácter inquebrantable.

El 28 de agosto fechó la dedicatoria, a la madre, de una fotografía que él se hizo tomar con su ropa y su grillete de prisionero:

*Mírame, madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.*



En presidio (1870), con el grillete y la indumentaria de recluso.

Tenía diecisiete años, y ya estaba en condiciones de vivir episodios como uno que tal vez había ocurrido cuando intentaba consolar a la madre con esa dedicatoria. El episodio aludido selló la comprensión entre su padre y él, y para Ezequiel Martínez Estrada sería comparable únicamente, en el

teatro mundial, si acaso, con los momentos de mayor intensidad en *El rey Lear*, pero la tragedia de Martí era la de su propia vida. Acerca de una visita —¿cuántas habrán sido posibles?— que el padre le hizo durante su etapa de trabajo forzado en las Canteras, escribió en *El presidio político en Cuba*:

¡Y que día tan amargo aquel en que logró verme, y yo procuraba ocultarle las grietas de mi cuerpo, y él colocarme unas almohadillas de mi madre para evitar el roce de los grillos, y vio al fin, un día después de haberme visto paseando en los salones de la cárcel, aquellas aberturas purulentas, aquellos miembros estrujados, aquella mezcla de sangre y polvo, de materia y fango, sobre que me hacían apoyar el cuerpo, y correr, y correr! ¡Día amarguísimo aquel! Prendido a aquella masa informe, me miraba con espanto, envolvía a hurtadillas el vendaje, me volvía a mirar, y al fin, estrechando febrilmente la pierna triturada rompió a llorar! Sus lágrimas caían sobre mis llagas; yo luchaba por secar su llanto; sollozos desgarradores anudaban su voz, y en esto sonó la hora del trabajo, y un brazo rudo me arrancó de allí, y él quedó de rodillas en la tierra mojada con mi sangre, y a mí me empujaba el palo hacia el montón de cajones que nos esperaba ya para seis horas. ¡Día amarguísimo aquel! Y yo todavía no sé odiar.

Y no sabría nunca, porque su obra siempre fue de amor a la libertad y de lucha digna y tenaz contra la opresión, no de rencor vengativo. Ni siquiera por el tormento que le dejó llagas que nunca sanaron totalmente, como quizás tampoco se curó por completo de lo que —según el autorizado criterio al cual continuarán ateniéndose estas páginas— fue un sarcocele ocasionado por el rozamiento de la cadena sobre la ingle, y que, cualquiera que en definitiva haya sido el mal, le costó más de una intervención quirúrgica.

Aquel amargo día fue tal vez anterior al 5 de agosto, fecha en que doña Leonor se dirigió por carta al gobernador superior civil en La Habana solicitándole piedad para el hijo prisionero. Por su parte, don Mariano se procuró el concurso del ingeniero militar José María Sardá, arrendatario de las Canteras y persona influyente incluso ante el capitán general.

Las gestiones de los padres —en las cuales no es de descontar la posibilidad de que mediara alguna suma de dinero: ello, conjuntamente con la marginación de don Mariano, pudiera explicar el creciente deterioro

económico de la familia— dieron sus primeros frutos en el propio mes de agosto, cuando el joven patriota fue destinado a labores en la cigarrería del Presidio. El 5 de septiembre el capitán general aprobó la conmutación de su pena por la de confinamiento en la entonces Isla de Pinos —ahora Isla de la Juventud—, y después de rotar por La Cabaña, el Presidio Departamental y la Cárcel, donde había empezado su vida de recluso, se le envió a la mencionada Isla. Llegó el 13 de octubre.

José María Sardá, quien residía allí, lo había tomado bajo su custodia personal, y lo llevó a vivir a su finca El Abra, en su casa, que es hoy museo consagrado al paso de Martí por aquel lugar. Los descendientes de Sardá y doña Trinidad Valdés Amador, su esposa, conservan por tradición oral la imagen de un joven silencioso y amable, que de inmediato se ganó el cariño y el respeto de todos, se dedicaba a la lectura y a la contemplación del paisaje, y alguna que otra vez pedía que le prepararan el carruaje para que lo llevaran a Nueva Gerona, capital de aquella parte del archipiélago cubano, en busca de correspondencia.

Alma tan dada a la gratitud, llama sin embargo la atención el silencio legado por Martí con respecto a Sardá. No podía serle indiferente la gestión con que el hacendado y militar contribuyó a salvarle quizás hasta la vida, al ayudar a librarlo de las Canteras de San Lázaro. Allí había enfermado sensiblemente y la cal le afectó la vista. Pero a su invulnerable espíritu justiciero debió serle difícil estar protegido por alguien que seguía beneficiándose con el trabajo de los otros presos, y que en su finca El Abra explotaba a esclavos, también en labores de cantería. Ya para entonces tal vez Martí daba prueba de su capacidad de usar el silencio como censura.

A Trinidad sí la recordará y —además de autografiarle en 1870, como despedida, un retrato suyo: «Trina, solo siento haberla conocido a usted por la tristeza de tener que separarme tan pronto»— le enviará desde España un crucifijo de apreciable tamaño que se conserva en el Museo de El Abra. Tal vez la generosa mujer no comprendiera que, más que un regalo, recibía una declaración de fe, la de quien seguramente en presidio se convenció de lo que sostendría como resolución explícita, años más tarde, en su carta-testamento literario: «En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días».

El 6 de diciembre doña Leonor solicitó al capitán general que se autorizara el traslado del hijo a la Península, para que allí pudiera continuar los estudios. El 12 —ayudada quizás por la voluntad de las autoridades

españolas de alejar del territorio cubano a cuantos pudieran ser peligrosos para el orden colonial— consiguió la respuesta afirmativa, y el 18 salió Martí de Isla de Pinos hacia La Habana. Muy poco después se le extendió el pasaporte para su viaje a Madrid, y en ese mismo mes visitó el presidio, donde no le faltarían compañeros de quienes despedirse.

El 12 de enero logró la certificación de calificaciones que había pedido al secretario del Instituto de La Habana, y tres días más tarde embarcó hacia la Península en el vapor *Guipúzcoa*. El 17, apenas iniciada la travesía, denunció ante sus compañeros de viaje los atropellos que se cometían en la prisión de La Habana, y acusó como responsable directo al comandante del presidio, el teniente coronel Mariano Gil de Palacios, quien se dirigía a España en la misma embarcación.

Dondequiera que se hallara —libre en La Habana, en prisión y en trabajo forzado, relegado en Isla de Pinos, a bordo de un barco o en cualquier punto de su vida itinerante— sería un vocero, un combatiente de la Revolución cubana, y, en esa medida, un soldado de la guerra iniciada el 10 de octubre de 1868 y en cuya defensa ya había afrontado para entonces pruebas terribles.

En lecho ajeno y en extraña tierra La fiebre y el delirio devoraban

Martí desembarcó en Cádiz el 1 de febrero de 1871, y allí permaneció escaso tiempo. Ya el 16 se encontraba en Madrid, donde muy pronto se vinculó con otro cubano, Carlos Sauvalle, catorce años mayor y deportado a España desde comienzos de 1870. Había publicado en La Habana, de donde Martí probablemente lo conocía, el periódico clandestino *El Laborante*, y su arresto y su deportación se debieron a sus fuertes lazos con un levantamiento que se gestó para la Nochebuena de 1869 y que el espionaje colonialista hizo abortar.

Resulta significativo que desde su llegada a la capital española Martí recibiera el apoyo del experimentado conspirador. Eso habla de una confianza que podía basarse en la solidaridad entre desterrados y en el aporte que el joven escritor era capaz de dar a la propaganda patriótica. Pero quizás también tuviera base en nexos conspirativos de ambos en La Habana, y ese es un indicio en favor de la posible participación de Martí en

labores revolucionarias que —según razonables hipótesis— desbordarían su colaboración en la prensa legal y la carta al apátrida por la que se desató el proceso que lo llevó a presidio.

Pero no hace falta conjetura alguna para apreciar la importancia de la tarea desempeñada por Martí, muchas veces junto a Sauvalle, en suelo español y específicamente en Madrid. Ya el 24 de marzo el periódico gaditano *La Soberanía Nacional* difundió su artículo «Castillo», que el 12 del siguiente mes fue reproducido en Sevilla por *La Cuestión Cubana*. Constituyó un antecedente del folleto *El presidio político en Cuba*.

En el propio mes de abril se le agudizó al deportado la enfermedad, probablemente sarcoidosis, originada en presidio, y estuvo al cuidado de Sauvalle, que había estudiado Medicina. El 31 de mayo —residía entonces en un apartamento del edificio situado en Desengaño 10— solicitó matrícula en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid, como alumno de enseñanza libre. También se inscribió en el Ateneo, donde tendría los servicios de biblioteca y locales de estudio.

Su artículo «Castillo» tuvo resonancia fuera de España: se reprodujo en Nueva York, en la entrega del 2 de julio del periódico independentista *La República*, donde se le dedicó al autor una presentación elogiosa. Posiblemente en el mismo julio, o en agosto, apareció en Madrid su conmovedor testimonio *El presidio político en Cuba*. Se ha conjeturado que tal vez comenzó a escribirlo en Isla de Pinos, o en La Habana, o a bordo del vapor que lo trasladó a España. Acaso nunca se esclarezca ese dato, y por muy interesante que pudiera ser su elucidación, lo seguro es que el texto comenzó a gestarse en la propia reclusión del escritor, quien tenía sobrada capacidad literaria para plasmarlo en poco tiempo. Ya está dicho que «Castillo», más que resumen de algo escrito, parece un paso hacia una obra de mayor vuelo: el opúsculo citado; y tanto en la parte de este dedicada a Castillo como en el artículo, Martí habló explícitamente de hechos ocurridos un año antes.

Cuando se dice —si se dice bien— que la familia decisiva de Martí no se halla entre los grandes escritores, sino entre los grandes emancipadores del género humano más allá de la literatura, se está en lo cierto. Pero solamente si no se ignora que su condición de redentor incluyó —a pareja altura— su obra literaria. Si sus textos iniciales de 1869 fueron un artículo de periódico, un poema dramático y un soneto, en los primeros párrafos de *El presidio político en Cuba* se lee: «Dante no estuvo en presidio. // Si

hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su Infierno. Las hubiera copiado, y lo hubiera pintado mejor».

Martí salió a combatir, también, en la arena de la literatura. Solo que la suya sería una literatura de un arraigo vital como quizás no haya otro caso entre los grandes creadores de palabra escrita. A esa estirpe asimismo pertenece él, precisamente por su entendimiento y su respeto de las exigencias de la belleza artística, que se le dio como invulnerable don natural.

En lo tocante a *El presidio político en Cuba*, añádase que se trataba de la aplicación de sus precoces facultades artísticas, en ámbito urbano, a la literatura de campaña que se escribía y seguiría escribiéndose en Cuba insurrecta. Ese texto habría bastado para asegurarle al autor un sitio en la literatura cubana. Si hoy tal vez no nos damos fácilmente cuenta de ello, es por todo cuanto él rebasó ese lugar.

Lo concibió para denunciar, en el corazón de la Metrópoli, las bestialidades del presidio impuesto a los cubanos independentistas. Pero sus páginas no están regidas por la irracionalidad del odio ni por el horror de aquel infierno, sino por la siembra del espíritu fraternal, que el autor reafirma con su propia solidaridad hacia sus compañeros en el terrible régimen carcelario que sufrió cuando era un adolescente. Al publicar su recreación literaria, tenía dieciocho años; pero eran los dieciocho años de un genio, quien sabía indispensable buscar un punto de diálogo con sus destinatarios —los mismos españoles—, y tampoco se hacía falsas ilusiones sobre los efectos de su testimonio. De ahí que, en términos que anticipan los de su vibrante alegato *La República española ante la Revolución cubana*, se refiera a

los hombres que sueñan con la federación universal, con el átomo libre dentro de la molécula libre, con el respeto a la independencia ajena como base de la fuerza y la independencia propias, [pero] anatematizaron la petición de los derechos que ellos piden, sancionaron la opresión de la independencia que ellos predicán, y santificaron como representantes de la paz y la moral, la guerra de exterminio y el olvido del corazón.

Una clara guía ética, inseparable también del cultivo de confianza en los demás, reforzó la temprana universalidad de la pupila del autor, quien no

solo conocía apátridas en su tierra, sino también la presencia de españoles en las filas de la justicia, incluso en la defensa armada de la independencia de Cuba.

La postura ética de Martí confirió matices esenciales a su personal religiosidad, que —distintivamente ajena a liturgias, jerarquías e instituciones formales, y en constante reflexión— siempre lo acompañó. Se identificó esencialmente con el sentido de la espiritualidad que alentó a clérigos católicos como el español Bartolomé de las Casas, defensor de los indígenas en las Antillas; el cubano Félix Varela, sembrador del espíritu de independencia en su país; y el irlandés Edward McGlynn, representante en Nueva York de la toma de partido por los pobres; para nada más poner algunos ejemplos. Y se opuso a la estructura eclesiástica en que tuvo apoyo la conquista de nuestra América y halló cómplices el exterminio masivo de aborígenes en esta parte del mundo; para también ceñir el campo a una muestra conocida.

A sus lectores españoles dijo en sus memorias del presidio: «Si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios. // Dios existe, sin embargo, en la idea del bien [...] // El bien es Dios». Y agregó lo que encarna una referencia a su religiosidad: «Si mi Dios maldijera, yo negaría por ello a mi Dios». Está en el camino por el que Fernando Ortiz lo definiría como «religioso sin religión».

En su formación —en su actitud, guiada por la independencia y la racionalidad de su pensamiento— fueron provechosas las posiciones antiescolasticistas llegadas a su entorno habanero por la senda que, desde finales del siglo xviii y comienzos del xix, abrieron educadores de vanguardia como los sacerdotes José Agustín Caballero y Félix Varela, y ya en el xix continuó el laico José de la Luz y Caballero. Este último falleció en 1862, pero había tenido gran influencia directa en buena parte de las figuras más eminentes y activas que estaban en pie en 1868. Baste recordar dos de sus discípulos: el legendario combatiente Ignacio Agramonte y, en ambiente más cercano a Martí, el propio Mendive.

Si en lo político resulta ostensible lo que representó para Martí asumir esa herencia, en cuanto a religiosidad y filosofía también lo preparó para un sendero fértil. A España, por ejemplo, llegó en condiciones de identificarse con el libre pensamiento y la cientificidad que allí impulsaban relevantes intelectuales, particularmente en el apogeo del llamado krausismo español.

Eso explica por qué en anotaciones de algunos años más tarde, en las cuales concedió preminencia a Krause sobre Hegel y Schelling, apuntó: «Yo tuve gran placer cuando hallé en Krause esa filosofía intermedia, secreto de los dos extremos, que yo había pensado en llamar Filosofía de relación». No se trata de una filiación «escolar», pues quien prefería a todos los libros el de la vida —y en filosofía particularmente el de la naturaleza— ya había expresado en uno de sus cuadernos de apuntes españoles: «Krause no es todo verdad».

El presidio político en Cuba no fue el único momento importante dentro de su quehacer propagandístico en España. En septiembre de aquel 1871, junto a Sauvalle, protagonizó, desde las páginas de *El Jurado Federal* una intensa polémica con otro diario madrileño, *La Prensa*, hostil a la independencia de Cuba.

Para tener una idea de la resonancia que tuvo aquella obra de divulgación ideológica en que Martí sobresalía, basta recordar que el 5 de noviembre catorce periódicos de la capital hispana constituyeron la Liga de la Prensa Española Antifilibustera, para enfrentar la actividad de los cubanos independentistas y sus simpatizantes.

Las postrimerías de ese mes trajeron sucesos de gravedad que repercutieron de distintos modos en la vida de Martí. En el ámbito cubano, el día 27 se consumó en el Castillo de la Punta, de La Habana, el fusilamiento de ocho estudiantes de Medicina, por la infundada acusación de haber profanado la tumba de un recalcitrante periodista español. Ese acto devino símbolo de la saña represiva de los colonialistas, particularmente de las tropas de Voluntarios, y se convirtió en fuente de inspiración para los defensores de la independencia.

En el proceso —durante el cual en distintos momentos sobresalió la honradez de dos militares españoles: Federico Capdevila y Nicolás Estévanez— hubo otros encausados, que recibieron diversas condenas, como Fermín Valdés Domínguez, a quien se le impuso seis años de prisión. A la memoria de los estudiantes asesinados, a su significación en la historia de Cuba, dedicó Martí varios textos. Algunos de ellos se recordarán en las presentes páginas.

Posiblemente antes de terminarse el mes, fue objeto de una intervención quirúrgica, pero la sarcoidosis —o lo que fuera— no cedió por completo. Hacia mediados del siguiente año residía en la calle Lope de Vega 40, y en junio recibió al amigo Fermín, que el anterior 30 de mayo había sido

beneficiado con el indulto. La salud de Martí seguía quebrantada, y en agosto había vuelto a establecerse en el inmueble de Desengaño 10 y continuó sus estudios de Derecho.

En el primer aniversario del fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina circuló en Madrid la hoja titulada *El día 27 de Noviembre de 1871*, que escribió Martí pero firmaron Fermín Valdés Domínguez y Pedro J. de la Torre, víctima de igual condena que Fermín en el amañado proceso. Un grupo de cubanos auspició honras fúnebres a los mártires en la iglesia Caballero de Gracia, y Martí pronunció un discurso en la casa de Sauvalle.

En Madrid se mantuvo vinculado a cuanta forma conspirativa o de agitación patriótica le fue posible asociarse. Durante décadas se dijo que entonces perteneció a la logia Armonía 52, fundada por otro cubano deportado y en la cual alentaba el espíritu independentista y de ayuda a niños pobres. Recientemente, sin embargo, se descubrió que su vinculación no fue con esa logia, sino con otra de similares características: Caballeros Cruzados 48 —ha habido discrepancias en cuanto al número—, por la cual firmó como secretario, con el grado masónico 3, dos documentos fechados respectivamente 1 y 4 de julio de 1871. Hasta hoy, esa va siendo la única prueba de nexo de Martí con la masonería como integrante activo de esa Orden, y, por su edad, su iniciación en ella debe situarse en un momento cercano a las fechas mencionadas.

El libro en que Fermín Valdés Domínguez denunció la sanguinaria venganza que costó la vida a los ocho estudiantes apareció, probablemente, en los primeros meses de 1873, y en sus páginas finales incluyó el poema de Martí «A mis hermanos muertos el 27 de Noviembre», verdadera declaración de fe revolucionaria. En un pasaje se lee:

*Cuando se muere
En brazos de la patria agradecida
La muerte acaba, la prisión se rompe;
Empieza, al fin, con el morir la vida!*

El 11 de febrero, mes en que el poeta deportado residía en una pensión de la calle Concepción Jerónima, ocurrió el triunfo de la primera República en España. Como si él hubiera estado esperándolo, dio a ese acontecimiento una de sus acostumbradas rápidas respuestas. Fechado el día 15, se imprimió en Madrid, como folleto, su ensayo *La República española ante*

la Revolución cubana, que poco más tarde —el 12 de abril— fue reproducido por *La Cuestión Cubana*, en Sevilla. Ya en este último mes —y fiel a sus hábitos o necesidades de trashumancia, correlato espacial de su hiperactividad característica— había vuelto a establecerse en Desengaño 10, edificio donde ocupó habitaciones diferentes en distintos momentos.

A pesar de su enfermedad, y de la distancia, que también pesaba contra su posible incorporación a la lucha armada, cuanto hacía era una forma de apoyar revolucionariamente la guerra que ardía en Cuba. Así, el día 15 le escribió a Néstor Ponce de León, miembro de la Junta Central Revolucionaria (cubana) de Nueva York: le envió ejemplares de aquel folleto y le hizo saber su voluntad de cumplir lo que más útil fuera para la patria.

Ya el texto del ensayo era una contundente defensa —una sólida fundamentación teórica— del independentismo. Reveló la temprana sabiduría de quien era capaz de dialogar, de manera estimulante, con aquellos sobre los cuales debía tratar de influir, aunque no tuviera por qué confiar en sus actitudes receptivas. Su mensaje quedaría, cuando menos, como prueba de la responsabilidad histórica de quienes eran incapaces de escuchar las increpaciones y advertencias de la justicia y resolver consecuentemente.

Hijo de una colonia oprimida por una República que se erigía en hombros de la teoría liberal, sus palabras alcanzaron un profundo y transformador significado cuando, por ejemplo, reclamó que por «ideal republicano» se entendiera nada menos que «el universo». Como ya había hecho en *El presidio político en Cuba*, les reiteró a los españoles —esta vez en particular a los republicanos— que no debían desertar de su conciencia patriótica, pero tampoco escudarse en ella para desconocer los derechos de otros patriotas.

Aun así, lo fundamental de su mensaje no estaría en lo estrictamente teórico. En nombre de su pueblo, recordó que la revolución en la Isla había sido la promotora de prácticas antiesclavistas, abolicionistas —que la República española pasaba por alto—, y asumió la defensa de quienes todavía en Cuba padecían la esclavitud. Sostuvo un renovador concepto de patria y, sobre todo, confirmó que Cuba tenía el derecho a la independencia que había probado merecer con el heroísmo de sus hijos en los campos de batalla: en España «la República se levanta en hombros del sufragio universal, de la voluntad unánime del pueblo. // Y Cuba se levanta así. Su

plebiscito es su martirologio. Su sufragio es su revolución. ¿Cuándo expresa más firmemente un pueblo sus deseos que cuando se alza en armas para conseguirlos?»

Aquella República le permitió, por vez primera, ser testigo presencial de un proyecto político afincado en el liberalismo y contrario a la libertad de otros. Casi al comienzo del folleto se refirió en términos bien claros a la continuidad opresiva entre monarquía y república: «Si la libertad de la tiranía es tremenda, la tiranía de la libertad repugna, estremece, espanta».

Donde rompió su corola

La poca flor de mi vida

Un cuento que se le ha atribuido razonadamente, «Hora de lluvia», tiene fecha 29 de abril de 1873 —aunque apareció en el periódico mexicano *Revista Universal* el 17 de octubre de 1875—, y está dedicado, a «mi Blanca». Esos datos hacen pensar en su novia zaragozana Blanca de Montalvo, quien marcó el inicio conocido de su vida amorosa. De ello se infiere que el desterrado llevaba algún tiempo en suelo aragonés, o ya había estado allí, cuando el 17 de mayo de 1873 solicitó al Rector de la Universidad Central de Madrid el traslado para la Universidad Literaria de Zaragoza.

Tenía decidido radicarse en esa ciudad, se ha estimado que probablemente en busca de mejores condiciones para los estudios, y quizás por la estancia allí de Eusebio Valdés Domínguez, el hermano de Fermín, quien lo acompaña. Ya hemos visto que Eusebio había sido deportado de Cuba en 1870, y en diciembre de 1872 recibió el título de Doctor en Derecho Civil y Canónico en la Universidad aragonesa.

El 23 de mayo fue aprobada la solicitud de Martí en la Universidad de Madrid, y el 28 pidió al rector de la Universidad de Zaragoza que se le concediera permiso para examinarse en las asignaturas que llevaba pendientes desde la capital. Ya entonces residía en una casa de huéspedes en la Calle de la Manifestación. La escala española de entonces —tanto en una ciudad como en otra— le resultó particularmente provechosa en cuanto a formación profesional, gracias a su desbordada inteligencia y a su habilidad autodidáctica. Sin ellas no hubiera logrado los frutos académicos relevantes que alcanzó mientras desplegaba intensas tareas de propaganda y acaso

otras labores patrióticas aún más complejas. A propósito de su aplicación a los estudios —que no se agotó en aquella etapa—, y de sus resultados, diría Gabriela Mistral:

Martí es muy vital y su robustez es la causa de su independencia. Mascó y comió del tuétano de buey de los clásicos; nadie puede decirle lo que a otros modernos que se quedase sin este alimento formador de la entraña: conoció griegos y romanos. Cumplió también su obligación con los clásicos próximos, es decir, con los españoles, y fue el buen lector que pasa por los sesenta rodillos de la colección Rivadeneira sin saltarse ninguno, solo que pasa entero, sin ser molido y vuelto papilla por ellos.

El 23 de diciembre de 1873 —año en que falleció en Cuba otra de sus hermanas, Lolita— sucederá un hecho que mostró la relevancia intelectual, pública, que alcanzaba el joven deportado: llevó versos suyos una de las coronas que se entregaron como homenaje al destacado actor y dramaturgo sevillano Leopoldo Burón en el Teatro Principal de Zaragoza. Era uno de los aspectos en que su personalidad crecía guiada por la belleza y la justicia, en un medio frecuentemente árido para la una y para la otra.

Mientras se trasladaba a la Península o se instalaba en ella, tenía lugar la Comuna de París. Aquella circunstancia en su vida le restó posibilidad de familiarizarse con el anunciador acontecimiento. En su manera de relacionarse con él, de valorarlo, habría que suponer por lo menos otras dos razones: de un lado, la predominante información hostil que los medios más poderosos difundían contra los comuneros; del otro, el hecho de que para el hijo de una colonia el conflicto fundamental no se hallaba en las confrontaciones sociales, sino en las políticas.

En la obra de Martí, la primera referencia que conocemos a la Comuna no fue original suya: se lee en su *traducción*, de 1875 —volveremos sobre ella más adelante—, de un relato de Víctor Hugo, a quien tanto admiró. En ese texto el escritor francés no aludió centralmente a la insurgencia parisiense de 1871 por lo que tuvo de arranque heroico, sino por su confusa agitación.

Alguien que sabe entender a Martí hizo alguna vez este comentario: la Comuna suele verse como la fuente de lecciones que de veras fue para los trabajadores y el ideal de justicia, pero se olvida que su impreparación, su carácter prematuro y todas las consecuencias negativas que de este se

derivaron, también ofrecieron provecho a los explotadores. Quizás no se haya valorado con toda la serenidad necesaria hasta dónde acontecimientos como los de 1871 en Francia han dado pautas a caminos que, a menudo en nombre de la justicia social —y sobre todo a expensas de esta—, han favorecido en Europa la permanencia de la burguesía en el poder. El tema es harto complejo, y apenas se le roza aquí por sus posibles interconexiones con uno de los elementos característicos del pensamiento martiano: el justificado temor a los frutos indeseables que a la sociedad pueden venirle de gestaciones mal conducidas o forzadas por la precipitación.

Tampoco hace falta, en lo que atañe a la comprensión del pensamiento de Martí, «actualizar» tanto el análisis. Los representantes de la Primera Internacional que él pudo haber conocido en el Madrid de su primera deportación, y a quienes en gran parte alentaría el sembrador gesto de los comuneros, se caracterizaban por estar lejos de saber valorar los requerimientos de la lucha nacional. Para salvar de tal estrechez a uno de aquellos representantes, Pablo Lafargue, no bastaron ni las enseñanzas dialécticas de su suegro —Carlos Marx, tan superior a la generalidad de sus discípulos— ni haber vivido parte de su infancia en Santiago de Cuba.

Hemos escuchado alguna vez a colegas hablar de lo útil que habría sido para el enriquecimiento de las ideas de Martí conocer personalmente —lo que no se sabe que ocurriera— a alguien como el por otra parte formidable Lafargue. Es una pena que no conjeturen también hasta qué punto la influencia de Martí pudo haber sido beneficiosa para aquellos marxistas, consagrados a ideales generosos en su entorno inmediato, pero incapaces de comprender el conflicto colonial, uno de los mayores problemas de su siglo y del xx (¿y no del xxi?). Para el mismo Lafargue la insuficiencia parece haber sido irreversible, y, por consiguiente, permaneció a la derecha de Martí en asunto de tanta significación para la humanidad: esta no se circunscribe a las potencias del capitalismo desarrollado.



De izquierda a derecha: Martí y los hermanos Fermín (sentado) y Eusebio Valdés Domínguez, en Madrid, 1872.

Además, el movimiento obrero español de entonces tenía confusiones y déficits bastantes como para suscitar inquietudes y desaprobaciones de Federico Engels, y como para alertar al lector de hoy con respecto a otras especulaciones: entre ellas, las que años después de muerto Martí lo

retratarían, a partir de la recreación de la memoria, como un activo participante en las agitaciones obreras de aquella España.

El héroe cubano siempre fue un defensor de la justicia. Su decisión de echar la suerte «Con los pobres de la tierra» se manifestó ante los horrores de la esclavitud en fecha temprana, en su infancia, y se mostró también resueltamente en otras condiciones: fue inquebrantable. Pero la misión histórica a la cual se entregaba requería, sobre todo, atención directa a otras urgencias, como el apogeo y las contradicciones que en torno al enfrentamiento república-monarquía (democracia liberal emergente *versus* sobrevivencia de la autocracia feudal) presencié en la capital española y en Zaragoza.

En esta última ciudad el año 1874 fue para él intenso. Los republicanos se pronunciaron y levantaron barricadas contra el golpe de Estado promonárquico asestado por el general Pavía al disolver las Cortes y pasar el poder a otro general, Francisco Serrano. Se desataron choques armados, en los cuales tomó parte un negro cubano de nombre Simón: trabajaba en la casa donde vivía Martí, quien lo recordará también por su elocuencia. Casi veinte años después lo mantenía elogiosamente en su memoria:

En Zaragoza, cuando Pavía holló el congreso de Madrid y el aragonés se levantó contra él, no hubo trabuco más valiente en la plaza del Mercado, en la plaza donde cayeron las cabezas de Lanuza y Padilla, que el del negro cubano Simón; y cuando Aragón había abandonado las trincheras, y no se veía más que el humo y la derrota, allí estaba Simón, el negro cubano, allí estaba, él solo, peleando en la plaza!

La rebeldía del pueblo aragonés impresionó favorablemente a Martí, quien habló en una velada en beneficio de los familiares de los caídos en la defensa de la República, y versos suyos fueron leídos en esa oportunidad por Leopoldo Burón.

Dentro de la multilateralidad característica de sus labores, escribió en su febrero zaragozano el drama, *Adúltera*, del cual años más tarde inició una segunda versión, que dejó inconclusa. Por una nota del propio autor sabemos que la pieza nació de una experiencia vivida por él cuando contaba dieciocho años —o sea, en Madrid— y estuvo a punto de corresponder a la inclinación «adúltera» de una dama.

Hizo un breve viaje a la capital entre finales de mayo y comienzos de junio, y los días 25 y 27 de este último mes aprobó en el Instituto de Zaragoza las dos asignaturas que le faltaban del bachillerato, pero no pudo pagar los impuestos establecidos para recibir el diploma. Al día siguiente, no obstante, solicitó ser admitido al examen de la licenciatura en Derecho. El 29 le fue concedida la autorización, y el 30 aprobó el ejercicio oral que era requisito vencer. Al azar le tocó hacerlo sobre el tema *Párrafo inicial del libro primero título segundo de la Instituta de Justiniano. Del derecho natural al civil*. Con ello obtuvo el grado de licenciado en Derecho Civil y Canónico.

Ya el 31 de agosto solicitó matricular en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad zaragozana, como alumno de enseñanza libre. Se le convalidaron, por haberlas aprobado en la Facultad de Derecho, las asignaturas del año preparatorio. En octubre se desplazó nuevamente, por breve tiempo, a Madrid, y el 24, de regreso a Zaragoza, le correspondió examinarse —otra vez oralmente y por azar— acerca de *La oratoria política y forense entre los romanos. Cicerón como su más alta expresión: los discursos examinados con arreglo a sus obras de Retórica*. El tribunal premió su exposición con el sobresaliente, que le valió el grado de Licenciado en Filosofía y Letras. Su situación económica, sin embargo, tampoco le permitió pagar lo establecido para obtener el segundo título universitario que había ganado y merecía. Ni estaría en los títulos precisamente su mayor interés.

Hacia fines de 1874 se trasladó a Madrid. Es seguro que ya tenía resuelto pasar a México, adonde sus padres y sus hermanas habían ido para unirse con él, y también probablemente en busca de alivio económico. El 30 de diciembre el periódico mexicano *La Iberia*, que después sería hostil al revolucionario cubano, pidió ayuda para «una familia española» —la de nuestro Martí, según datos de días posteriores en el mismo rotativo— que carecía «enteramente de recursos» y era víctima de enfermedades: «no tiene qué comer, no tiene qué vestir, no tiene con qué curarse, y la miseria la devora», enfatizó *La Iberia* antes de apoyar la idea de una suscripción que reforzara el auxilio que a esos necesitados ofrecía la Sociedad de Beneficencia Española.

El 7 de enero, sin nombrarla, dio cuenta del fallecimiento de una de las hijas del matrimonio en aprietos —Ana murió el día 5, víctima de una afección cardíaca probablemente agravada por la altura de la meseta

mexicana—, y el 19 anunció que ya se había recaudado la suma de \$72,50 «para el Sr. Martí»: para don Mariano.

En 1874, terminados sus estudios universitarios, Martí estaría deseoso y en condiciones de trasladarse a suelo americano y reunirse con los suyos. Pero los tres años en España, particularmente la etapa de Zaragoza, le dejaron marcas indelebles que afloran con intensidad y vivos detalles en *Versos sencillos*, cuyo poema VII empieza y termina con estas ratificaciones de la admiración y el afecto que lo desbordan:

*Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.*

[...]

*Amo la tierra florida,
Musulmana o española,
Donde rompió su corola
La poca flor de mi vida.*

El tono de esa declaración autobiográfica trae al recuerdo su noviazgo con Blanca de Montalvo, *su Blanencha*, según firma ella, de atenernos al texto editado, una de las cuatro cartas que le escribió y se conservan, o que se han reproducido. Están fechadas entre el 26 de diciembre de 1874 y el 16 de marzo de 1876, y con la primera de ellas respondió «dos cariñosas y tristes cartas» del novio, cuando este había abandonado Zaragoza y emprendido su desplazamiento rumbo a México. Las otras, en las que le ratifica rotundamente su amor, datan de cuando ya él se encontraba en ese país.

En esta última etapa se ubican también cuatro fragmentos epistolares que se han publicado y llevan la inicial *M* por única firma. Remitidos desde Madrid, dan voz a una mujer que le recrimina a Martí su silencio: un silencio cerrado, según esos textos. En el fechado 1 de julio de 1875 le dice: «Entiende que la mujer a quien en cuatro años viste sufrir y llorar por ti y solo por ti no quiere perder el derecho de saber que te idolatra hoy como siempre, y que jamás ha pensado ceder esta gloria a ninguna criatura humana».

Si bien la referencia cronológica —«cuatro años»— cubre la estancia de Martí en España, los términos empleados por la desconocida sugieren más bien un amor no correspondido: no al menos con la pasión que ella manifiesta, ni con el aura que se percibe en su relación con Blanca de Montalvo. En general, considerando incluso sus años juveniles, su vida amorosa conocida se caracterizaría, como todo lo suyo, por la intensidad de lo extraordinario, pero parece haber sido cuantitativamente discreta. Reconocerlo así nada tiene que ver con atribuirle castidad antinatural alguna.

3

En brazos de un espacio me reclino

En noviembre o diciembre de 1874 inició su viaje de regreso a suelo americano: a México. Su salida de España, donde cumplía condena de destierro, tuvo quizás, hasta cierto punto, carácter clandestino. Pero tampoco hay por qué descartar la posibilidad de que las autoridades españolas, o algunas de ellas, optaran por quitarse de encima al intransigente activista de la independencia cubana.

De Madrid se trasladó a París en circunstancias o de modo que los investigadores del tema no han podido esclarecer con mayores precisiones. Se sabe que llegó a la capital francesa acompañado por Fermín Valdés Domínguez. Conoció allí al poeta Auguste Vacquerie y, a partir de la referencia que hizo en una crónica suya, se ha estimado que pudo conocer también, o al menos saludar, a Víctor Hugo, cuyo relato «Mes fils» tradujo pronto en México.

Abandonó Francia, al parecer por Le Havre y quizás a bordo del *Celtic*, hacia el puerto británico de Southampton, y desde este pasó a Liverpool. En dicho trasatlántico, y con pasaje de tercera clase, inició viaje en Liverpool el 2 de enero de 1875 hacia Nueva York. La trayectoria incluyó una escala en la ciudad irlandesa de Queenstown, hoy Cobh. Mientras tanto, el 5 de enero falleció en la capital de México su hermana Mariana Matilde, *Ana*, que parece haber merecido un afecto especial de su parte. Fue novia del entonces joven pintor mexicano Manuel Ocaranza, quien le hizo un retrato que se conserva en aquella ciudad.

El 14 de enero Martí llegó a Nueva York, donde permaneció doce días: su primera experiencia directa en los Estados Unidos. Ya antes había mostrado aprensiones fundamentales con respecto a ese país, cuyo devenir como potencia expansionista repercutiría de manera decisiva en el desarrollo de su perspectiva revolucionaria.

El 26 partió de Nueva York rumbo a México en el vapor estadounidense *City of Merida*. Del 31 de enero al 2 de febrero tuvo lugar un hecho sobre cuyo dramatismo para la vida del joven desterrado no se ha llamado suficientemente la atención: durante aquellos días la nave permaneció surta en puerto habanero, y Martí a bordo. Hacía cuatro años que estaba fuera de

su patria, y tendría que resignarse a ver desde cubierta la ciudad donde había nacido y pasado la mayor parte de su vida hasta que se le condenó al destierro.

El 8 de febrero, tras dos nuevas escalas del *City of Merida* —en los puertos mexicanos de Progreso y Campeche—, desembarcó en Veracruz. Desde allí continuó viaje por tren hacia la capital mexicana, a cuya estación de Buenavista llegó posiblemente el 10. Lo esperaba su padre en compañía de Manuel A. Mercado, ya entonces figura sobresaliente en la vida política del país: entre otros cargos, había desempeñado los de secretario del Gobierno en el Estado de Michoacán y diputado al Congreso de la Unión en tiempos de Juárez. Cuando Martí llegó, ocupaba la secretaría del Gobierno en el Distrito Federal.

Don Mariano y sus familiares, quienes entonces residían en Puente del Santísimo número 1, habían sido vecinos de Mercado, pues ocuparon durante algún tiempo el entresuelo del edificio en cuyos altos él vivía, y que estaba situado en la Calle de Moneda, junto al Palacio Presidencial. Habían hecho amistad con él, quien los auxilió consiguiendo que trabajaran para una sastrería militar. De funcionario policial y con algunos recursos que había sido antes de que el hijo sobresaliera como conspirador, Mariano Martí pasó a empleado humildísimo. Y aquel hombre que lo ayudó en la búsqueda de sostén —incluso para dar sepultura a la hija que murió en aquella ciudad—, pronto mostró interés en conocer al joven desterrado.

Acaso Mercado había leído páginas como *El presidio político en Cuba* y *La República española ante la Revolución cubana*, y, sobre todo, oído con qué orgullo los familiares del autor hablarían de él. Si solamente hubiera sido cuestión de socorrerlos materialmente con el transporte del viajero recién llegado —algo que pudo estar en el pensamiento de quien conocía las penurias de sus antiguos vecinos—, no hubiera tenido necesidad de acudir personalmente a recibirlo. Aquel hombre de ya larga y relevante ejecutoria pública se convirtió, de inmediato, en amigo fraterno y confidente del revolucionario que, dieciséis años menor que él, le escribió el día antes de morir, o sea, dos décadas después de aquel primer encuentro, la carta que se conoce como su testamento político, y que ha inmortalizado al destinatario:

Posiblemente en el mismo mes en que Martí arribó a México, lo presentara Mercado a Vicente Villada, director del diario *Revista Universal*, en el que Martí llegaría a tener una activa participación. El 2 de marzo

apareció allí la que hasta hoy se tiene como su primera crónica escrita en aquella ciudad; el 7, un poema de homenaje póstumo a su hermana Ana; y del 12 al 21, por entregas, «Mis hijos», su traducción del relato de Víctor Hugo.

Era el comienzo de una intensa vida intelectual en suelo mexicano, la que arreciará también en las páginas del citado periódico, donde tendrá columnas como sus célebres «Boletines» —que firmó con el seudónimo *Orestes*— y «Correo de los teatros», y ya en la edición del 7 de mayo se le acreditó como integrante del equipo de redactores. Abordó cuestiones parlamentarias, siguió publicando poemas y —como parte de una labor que ha permitido sospechar que alguna vez redactó probablemente números completos del rotativo— trató variados temas de interés para el país y con una pupila de alcance suficiente para que aquellas páginas se reconozcan, de lleno, como parte de su creciente empresa latinoamericanista, sobre cuya etapa mexicana habrá que volver más de una vez.

El 22 de marzo fue aprobada unánimemente su postulación para miembro del Liceo Hidalgo, y el 5 de abril participó en la primera de las cuatro sesiones que en ese mes dicha institución cultural dedicó a discutir sobre materialismo y espiritualismo, y acerca de la influencia del espiritismo en el estudio de las ciencias. Se sabe que intervino también en la segunda sesión, celebrada el 12 en el teatro del Conservatorio, porque el salón del Liceo fue pequeño para la concurrencia. Ya en España, a propósito de lo que allí significó el legado krausista, había dado constancia de su voluntad de apreciar debidamente las relaciones entre el sujeto y el objeto, entre la realidad palpable y el pensamiento. Se mantenía alerta contra los peligros castrantes propios de los extremos escolasticistas, y contra la chatez de los excesos empiristas del positivismo: en general, contra lo que sabiamente alguna vez definió como «inutilidad de la ciencia sin el espíritu».

No olvidemos que algunos positivistas mexicanos —y de otros países— se entusiasmaban con los avances tecnológicos y científicos aunque su introducción se llevara a cabo por caminos que pusieran en juego la independencia nacional. Así se entenderá aún mejor la posición sustentada en la primera de aquellas sesiones por quien, desde su personal espiritualismo, no se contentaba con ver nada más un costado de la realidad, y procuraba apreciarla en su conjunto: «Yo estoy entre el materialismo que

es la exageración de la materia, y el espiritismo que es la exageración del espíritu».

El 29 de octubre se dio a conocer que el Liceo Hidalgo sería representado por Martí y otros dos miembros —Antonio Rivera y Francisco Sosa— en la celebración del cuarto aniversario de El Porvenir, otra institución artístico-literaria. Los vínculos de Martí con organizaciones mexicanas de ese corte no se agotaban. Haría falta mayor espacio para comentar, por ejemplo, sus nexos con la Sociedad Gorostiza —dedicada al fomento del teatro— y con distintas personalidades de aquel país, como el político y escritor Ignacio M. Altamirano, el poeta Juan de Dios Peza y el dramaturgo José Peón Contreras, entre otros que aún no se han mencionado en estas páginas.

El 19 de diciembre se estrenó exitosamente, en el Teatro Principal, su proverbio dramático *Amor con amor se paga*, interpretado por los actores Concepción Padilla y Enrique Guasp de Peris, quien al año siguiente costeó la edición de la obra en folleto y la llevó nuevamente a escena. El nombre de Martí no apareció ni en los carteles ni en los programas de la puesta inaugural; pero, finalizada la función, el público demandó con aplausos la presencia del autor en el escenario, al cual —se dice que contra su deseo— fue llevado por los dos actores.



En México, 1875.

Ella le entregó, en nombre de la compañía, una corona de laurel. Quizás este hecho haya dado pie al rumor de que entre la actriz y el autor existió algún vínculo amoroso, o tal vez fueran más que rumores. No conocemos pruebas en ningún sentido. De entonces sí se han dado a la luz varias cartas dirigidas a él por otra actriz sobresaliente, Eloísa Agüero de Osorio — cubana, y a la sazón en México—, que sí hablan de relación amorosa.

Por su parte, Martí, que sepamos, en *Revista Universal* del 6 de junio de 1875 le dedicó una nota relativamente extensa, y encomiástica: «desde su llegada a México, los periódicos de la capital comenzaron a hacerse eco de los recuerdos agradables de quienes a su paso por La Habana, han tenido ocasión de aplaudirla en sus dos principales teatros, o de los que por los periódicos de aquella ciudad tenían noticia de los elogios que merecen bien su gracia y su talento». En el texto, que incluye una entrevista, se lee que la artista «nació en el Camagüey, tierra de Cuba donde todas las mujeres son trigüeñas y todos los ojos son hermosos».

La galantería pasa, sin agotarse en ese punto, a la edad de la elogiada, quien «no se opone a que se diga que tiene veinticinco años, y aun quiere que se diga que tiene veintiséis». (Si, como se ha escrito, nació en julio de 1844, estaba por cumplir treinta y uno, nueve más que el halagador cronista.) Dos días después, con entusiasmo propio de la gacetilla promocional, y del autor, Martí anunció en el mismo órgano una función a cuyo «motivo noble de dedicar sus productos a los sombrereros en huelga, se unía la novedad simpática de presentarse por vez primera al público [mexicano] la actriz cubana Eloísa Agüero». Pero, aunque ella merecía su fama, el periodista no faltaba a su honradez crítica. En la nota del 6 de junio expresó que «no la ha visto trabajar aún», y «todo juicio en los labios del que escribe fuera indudablemente prematuro, y quizá —sin justicia, por cierto-motejado de pasión».

Martí se hacía sentir en muchos asuntos de la vida mexicana, como ya estudios serios han revelado o esclarecido. El 5 de marzo de aquel año estuvo entre los propuestos por distintas sociedades de trabajadores —en su caso, Esperanza de Empleados, de la administración pública en la capital— como candidatos al primer congreso obrero del país. El 4 de junio el periódico *El Socialista*, del cual era colaborador, publicó la relación de los delegados al congreso, y en ella se ratificó el nombre de Martí. Sin embargo, no se ha confirmado que asistiera al foro, ni se ha de magnificar el alcance de un movimiento de trabajadores marcado por la mezcla de

diversos componentes de reformismo y socialismo utópico. Tampoco hay por qué presentar a Martí como el dirigente obrero que no le correspondía ser.

Ninguna exageración es necesaria: la inquietud justiciera que agitó al México de la época habla por sí sola de la importancia de aquel movimiento. No ha de ignorarse que de alguna manera y en algún grado fue escala de acontecimientos que llegaron a tener su presencia en la raíz de las aspiraciones nacionales: el propio Juárez había prestado atención a búsquedas de equidad como las que Martí encontró en aquella tierra. Es un tema que requeriría un tratamiento detenido, como el que ya le han dado otros autores, pero por lo pronto debe recordarse que, al glosar una función teatral hecha en beneficio del gremio de los meseros, y atento al fenómeno «que se observa ahora en las clases obreras», el activo periodista comentó en un artículo publicado en *Revista Universal* el 10 de julio de 1875: «Así nuestros obreros se levantan de masa guiada a clase consciente». Y desaprobó en conjunto la sociedad opresiva: «La libertad no es un placer propio: es deber de extenderla a los demás: el esclavo desdora al dueño: da vergüenza ser dueño de otro».

Las inquietudes evidenciadas por Martí en el periodismo de México —de manera señalada, pero no solamente, en *Revista Universal*— abarcaron problemas fundamentales de la que muy pronto él llamará *nuestra América*, denominación a la cual apuntaba desde entonces. En el centro de sus preocupaciones se localiza la situación de los indígenas, sistemáticamente excluidos de los beneficios nacionales, a pesar de las teorizaciones liberales en boga. En ellos descubrió, más que un sector étnico, «un pueblo entero» condenado a convertirse en una «raza imbecil» por las condiciones de vida a que se le sometía. Esa realidad nutrió de manera decisiva su concepción latinoamericanista, pues en Cuba —donde se esclavizaba a hombres y mujeres arrancados de su tierra africana, y a sus descendientes— la sobrevivencia indígena era muy exigua, irrelevante en un análisis de la vida del país.

Martí se vinculó activamente a las letras y a las artes de México. Prestó atención a su pintura, como se evidencia en varios artículos que publicó en *Revista Universal*. Particular valoración ha merecido su comentario sobre el pintor José María Velasco en el número del 28 de diciembre de 1875. Años más tarde, desde los Estados Unidos, en crónicas diversas y en sus cartas a Manuel Mercado, sugeriría a la pintura mexicana caminos para su posible

éxito estético y comercial. En muchas de sus observaciones, ojos bien dotados han visto nada menos que la prefiguración de rumbos del arte en aquel país, señaladamente de lo que sería su distintivo muralismo.

Martí observó también en México los problemas económicos. No lo hizo desde la posición del especialista o el doctrinario, sino como el fundador que buscaba, a la vez, el acomodo a la naturaleza del país —«La imitación servil extravía, en Economía, como en literatura y en política», advirtió a quienes buscaban modelos en los Estados Unidos y en Europa— y la justicia que se negaba a la mayoría de la población. No solo dirá que «es preferible el bien de muchos a la opulencia de pocos», sino que verá asimismo en la desigualdad, en las penurias, una causa para la legítima sublevación de los pobres: «Tienen hambre: redímaseles el hambre. No sea vana la enseñanza del demócrata romano; ábranse al pueblo los graneros, cuando el pueblo no tiene granos en el hogar. Piense cada Estado en la manera de remediar el grave daño de sus comarcas; cree trabajo para los que sin él perecerían».

El conjunto de sus apreciaciones —que abarcaban el avance de las ciencias y las tecnologías en diferentes latitudes— le afirmaba la certidumbre de que urgía hallar concepciones propias de las realidades de nuestra América. Quien había conocido las insuficiencias del triunfo liberal —por demás efímero— en un país europeo, España, tenía graves y fundadas aprensiones con respecto a los Estados Unidos y abría bien los ojos y los oídos a la marcha de todo el mundo. A propósito de *La democracia práctica*, libro del entonces diputado argentino Luis Varela, escribió: «Se es liberal por ser hombre; pero se ha de estudiar, de adivinar, de prevenir, de crear mucho en el arte de la aplicación, para ser liberal americano».

No se limitaba al mero gusto de la novedad teórica: tenía en cuenta la necesidad de nuestra América de conocerse, conducirse y hacerse respetar para enfrentar los graves desafíos que la acosaban desde dentro y desde fuera. En estos últimos se hallaba la codicia característica de los sectores dominantes en los Estados Unidos, que ya habían logrado arrancarle a México gran parte de su territorio y lo amenazaban con nuevos saqueos. Acerca de esas amenazas escribió en un artículo publicado en *Revista Universal* el 27 de abril de 1876: «La cuestión de México como la cuestión de Cuba, dependen en gran parte en los Estados Unidos de la imponente y tenaz voluntad de un número no pequeño ni despreciable de afortunados

agiotistas, que son los dueños naturales de un país en que todo se sacrifica al logro de una riqueza material».

En cualquier lugar donde se hallara, y sin contradicción —sino en fortalecimiento recíproco— con su carácter de revolucionario latinoamericano y universal, mantenía su esencia de combatiente cubano. Era un representante de la revolución independentista cuya primera etapa de guerra aún ardía en su país. Y no solo lo era porque se preparase para brindarle a esa revolución, en el futuro, un servicio todavía mayor. También lo era en la medida en que se vinculaba invariablemente con ella, aunque no pudiera aprovechar la acogida que se le daba en México para hacer allí, públicamente, una propaganda anticolonialista que le creara complicaciones con las autoridades españolas a la nación que lo hospedaba.

Es cierto que en Cuba la guerra —acontecimiento que Martí valoró y asumió siempre desde una perspectiva política abarcadora, irreductible a la insoslayable dimensión estrictamente militar, que ocupó el debido espacio en su labor de organización revolucionaria— se debatía en disensiones internas y otros motivos de debilitamiento visible. Se anunciaba, ya para entonces, el estancamiento que la conduciría al Pacto del Zanjón en 1878. Pero todavía estaba en pie, y Martí le procuraría los servicios que le resultaban posibles cuando todavía él —como secuela de su etapa en presidio y en trabajo forzado— padecía un estado de salud que le impedía participar más directamente en la contienda.

El 30 de julio de 1876 suscribió, junto con otros compatriotas residentes en México, una comunicación que solicitaba a la Agencia General del Gobierno cubano —radicada en los Estados Unidos— que los remitentes fueran inscritos en el registro de ciudadanos abierto por aquella. Ese derecho se ganaba con servicios prestados a la patria, y la mencionada solicitud no era un mero trámite formal: era incluso más que una declaración de fe. Dado el carácter clandestino que necesariamente debían tener muchos de los actos de apoyo material a la guerra independentista, es explicable que falten datos que los revelen o confirmen. Pero indicios no han faltado para creer, por ejemplo, que Martí participó de alguna manera en un fallido intento expedicionario para enviar refuerzos desde México a las tropas cubanas.

Entre el 27 de mayo y el 19 de junio de 1875 polemizó desde *Revista Universal* con dos publicaciones que en México representaban intereses españoles de signo reaccionario: *La Colonia Española* y *La Iberia*. Ambas

le recriminaron su tratamiento de la cuestión cubana, a propósito de la cual denunciaba monstruosidades cometidas por el régimen colonialista. Pero la primera de aquellas publicaciones lo zahirió directamente porque permanecía en México mientras Cuba estaba en guerra. Él encaró el asunto con su natural dignidad. Aludiendo a su responsabilidad familiar en México, o a su estado de salud —la sarcoidosis le costó allá otra intervención, radical—, o quizás a las dos circunstancias, respondió:

La causa que me aleja de la revolución, me enorgullece por lo mismo que me oprime, y por lo mismo que obedecerla es mi verdadero sacrificio. Es un deber inmediato que cumplo, porque, en mal hora para mí, nadie podrá cumplirlo más que yo. Es un deber sencillo y respetable que no quiero exponer a una burla injuriosa, y que el periódico español ni necesita ni sabría entender.

Con todo, no sería fortuito ni reprochable conjeturar que en Martí crecía la sospecha de que aquella guerra iba ya hacia un atolladero y no sería la que diera a Cuba la independencia. El fracasado intento expedicionario se ha podido ubicar —aunque hipotéticamente y con argumentos en contra— hacia finales de 1875. Si de veras tuvo lugar por entonces, cabe pensar que se asoció directamente a otros hechos que bastaban para ofrecerle nuevas confirmaciones al respecto. Con ello tal vez se relacione la asunción por Martí de nuevas responsabilidades familiares, pues él no subordinaba la patria a sus intereses personales; y en diciembre de aquel año conoció a la cubana —de Camagüey— con quien decidiría casarse.

Además del rumor sobre posibles vínculos amorosos con la actriz Concepción Padilla, y de lo apuntado acerca de Eloísa Agüero de Osorio, se sabe que Martí galanteó, incluso en cartas que se conservan y se leen en sus *Obras completas*, a Rosario de la Peña, a quien, poco después de llegar él a México, le fue presentado por Juan de Dios Peza. Cortejar a esa dama parece que era algo así como una moda entre la joven intelectualidad mexicana. Más que la belleza la distinguía un desenvolvimiento especialmente atractivo, alimentado por la leyenda que le venía del suicidio del poeta Manuel Acuña, quien se privó de la vida al sentirse rechazado por ella: desde entonces se le destinaría —¿a sus espaldas?— el apelativo de Rosario la de Acuña. Pero, en lo tocante a Martí, no se sabe si la desenvuelta mexicana aceptó algo más que los románticos halagos

confesionales que él le dirigió explícitamente por carta y en al menos un poema, y es de suponer que de viva voz.

Se ha dicho que la casa donde entonces vivía la familia Martí era propiedad de Ramón Guzmán, yerno de Francisco Zayas-Bazán Varona y cuñado de Carmen, la cubana de quien Martí se enamoró y por quien fue correspondido. No les fue dada, sin embargo, una fácil vida en común, a pesar del buen inicio, que seguramente incluyó el vencedor enfrentamiento de la muchacha —cuya madre ya había fallecido— a los designios del padre. Él conocía a Martí y tendría que admirar cuando menos sus virtudes de joven respetuoso, pero no hay por qué suponer que le agradaran ni su pobreza ni sus ideales independentistas.

Martí, que el 17 de abril y el 13 de junio de 1875 publicó en *Revista Universal* sendos poemas con el mismo título de «Sin amores», el 7 de mayo del año siguiente dio a conocer, en *El Eco de Ambos Mundos*, «Carmen», consagrado a la novia. Ya era firme la relación entre ambos jóvenes. Dos de las estrofas dicen:

*Es tan bella mi Carmen, es tan bella
Que si el cielo la atmósfera vacía
Dejase de su luz, dice una estrella
Que en el alma de Carmen la hallaría.*

*Y se acerca lo humano a lo divino
Con semejanza tal cuando me besa
Que en brazos de un espacio me reclino
Que en los confines de otro mundo cesa.*

Por lo menos en el amor había conseguido Martí una etapa dichosa. Pero era hombre destinado a una gran misión redentora, e irreductible en los principios. En México aumentó el ambiente levantisco en un sector del ejército contra el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada. El 23 de noviembre el general Porfirio Díaz, tras derrotar a las fuerzas que se mantenían fieles a la Constitución, entró al frente de sus tropas en la capital. Las consecuencias del estilo de poder implantado a partir de entonces se hicieron notar pronto, con repercusiones directas para el propio Martí. De entrada, se dejaron de publicar varios periódicos, y uno de ellos fue *Revista Universal*. (A la sazón el escritor y su familia vivían, según indicios, en el

mismo edificio donde se encontraba la redacción de aquel diario, en San Francisco 13.)

El 7 de diciembre apareció en *El Federalista*, donde ya había colaborado, el artículo «*Alea jacta est*», opuesto a los métodos de gobierno implantados por el general golpista. La suerte del autor estaba echada «Con los pobres de la tierra», y, consecuentemente, contra los sistemas dictatoriales. El mismo periódico publicó el 10 —y dos días más tarde se reprodujo en *El Socialista*— otro artículo, titulado «La situación», en el cual denunció medidas concretas del gobierno, comenzando por el ilegal destierro de varios mexicanos dignos, y acabando por el autocrático plan de dominar la conciencia del pueblo: «se ha adjudicado la voluntad de todos» y «absorbido en sí la facultad de pensar y decidir de sus destinos que nació con cada ciudadano».

Ante criterios originados en ciertos círculos por su voluntaria defensa del pueblo mexicano —«¿Qué trae este extranjero a la mesa donde jamás probó manjar?», así resume él mismo tales murmuraciones para enfrentarlas —, publicó en *El Federalista* el artículo «Extranjero», su última colaboración de esa etapa en la prensa mexicana. En dicho artículo, quien siempre fue fiel a los requerimientos de su patria de origen se reclama, también, «ciudadano amorosísimo de un pueblo que está sobre todos los pueblos de los hombres», y sostiene con su altiva dignidad: «Esta explicación no es para los que me la piden; que los que son capaces de pedirla no merecen oírla:— hay distintas maneras de responder a las gentes; para algo hizo la naturaleza los pies diferentes de las manos». Será entonces cuando declare:

Esto explico porque a México debo todo esto. Aquí fui amado y levantado; y yo quiero cuidar mucho mis derechos a la consoladora estima de los hombres. // Por serlo, me yergo contra toda coacción que me comprima: por serlo, me esclaviza y me sacude cuanto sea para otros hombres motivo de dolor. // Y así, allá como aquí, donde yo vaya como donde estoy, en tanto dure mi peregrinación por la ancha tierra,—para la lisonja, siempre extranjero; para el peligro, siempre ciudadano.

Esa máxima, esa voluntad por la que siempre se guio, le aseguró un valor universal, y también, por tanto, adversidades y escollos dondequiera que estuvo, pues no halló en el mundo espacio adecuado a su sed de

justicia. Vivió obligado a un desplazamiento constante en el camino hacia su muerte de redentor.

Cuando publicó aquellos artículos finales de su colaboración en *El Federalista*, ya se preparaba para trasladarse a Guatemala, cuyo embajador en México, Juan Ramón Uriarte, lo apreciaba y le entregó cartas de recomendación. Pero ni para el propio diplomático guatemalteco estaba asegurada la buena suerte en su país. Allí el rebelde cubano, por más precauciones que tomara, afrontaría males como los que previo y sufrió en los días últimos de su estancia en México, donde permanecían varios de sus familiares, ¡y su novia!

Me nutro del dolor que me consume

En la madrugada del 29 de diciembre de 1876 salió Martí de la capital mexicana, en viaje hacia Guatemala, pero haría una escala furtiva en La Habana. Por tren llegó el 30 de diciembre a Veracruz, en cuyo puerto emprendió la travesía hacia Cuba a bordo del vapor *Ebro*. Se trataba de una acción riesgosa, y el desterrado contaba con documentos personales expedidos en favor de Julián Pérez: su segundo nombre y su segundo apellido. Cabe suponer que en tal trámite fue socorrido por alguno o algunos de sus influyentes amigos mexicanos, y ninguno lo era más que Manuel Mercado.



Carmen Zayas-Bazán Hidalgo, en México, por la fecha en que Martí la conoció.

A La Habana llegó el 6 de enero, y permaneció en ella hasta el 24 del siguiente mes. Fue una breve estancia, necesaria para gestionar el realojamiento de sus familiares que permanecían en México, a quienes en febrero logró enviarles el importe para su regreso. Ya en La Habana —por lo menos desde antes del 22 de enero, según carta suya de esa fecha a Mercado— se hallaban junto a él la madre y Antonia, la hermana menor.

En esa carta Martí le cuenta al amigo:

No he de comenzar diciendo a V. que la fortuna premió mi necesario atrevimiento. Llegué a La Habana, y corrí riesgo; pero el bien que en una parte se siembra, es semilla que en todas partes fructifica; uno de mis viejos y paternos amigos de España ocupa aquí una alta situación, y su afecto me ha salvado de un peligro que de otro modo hubiera sido grave.

En suelo de la patria no tendrá ya que sentir añoranza por ella, pero sí por la libertad a cuya conquista está decidido a contribuir y contribuirá ejemplarmente. Las necesidades familiares, que no lo sustraían de sus deberes, tampoco en ese caso consumirían todas sus irrefrenables atención y energía. Para entonces, y con noticias de primera mano, es presumible que se le fortaleciera la convicción que podría estarle creciendo probablemente en México: la guerra estaba en trance de estancamiento y ahogo.

La misma carta citada confirma su enamoramiento de Carmen:

No me oculto a mí mismo que para emprender e imaginar, para alentar con fe y obrar con brío, la presencia de Carmen me es indispensable. Ejerce ella en mi espíritu una suave influencia fortificante, a tal punto que creo ahora que bien pudiera ponerse por encima de la misma nostalgia de la patria, la nostalgia del amor.

En febrero necesitó y tuvo en La Habana los servicios del oftalmólogo Juan Santos Fernández, compañero de estudios en los años madrileños. En su registro de consultas el especialista anotó que el paciente padecía conjuntivitis, causada por su trabajo en la corrección de pruebas de imprenta, y le prescribió lentes (convexos número 24), que no se sabe si llegó a usar. El agotador trabajo en la corrección y otras labores de su etapa

mexicana que el periodista recordó en el poema «De noche, en la imprenta», recayó en ojos que ya habían sido seriamente lastimados por la cal de las Canteras durante su vida en prisión, y que no aceptarían acogerse a reposo.

El 18 de febrero, durante una tertulia organizada por Fermín Valdés Domínguez en su casa —¿un indicio más de que las autoridades españolas tenían por Martí mayor preocupación que por sus otros amigos?—, leyó su drama *Adúltera*. Esa lectura quizás lo motivó a escribir una segunda versión de la obra.

Con frecuencia se reitera el dato de que el padre de Eusebio y Fermín Valdés Domínguez era natural de Guatemala, y tenía allí destinatarios a quienes dirigir cartas de recomendación en favor de Martí. El viajero partió el 24 de dicho mes hacia el puerto mexicano de Progreso, a bordo del vapor *City of Havana*, y también como Julián Pérez. Llegó a Progreso el 28, y el 1 de marzo marchó a Mérida. Allí se relacionó con los miembros de la colonia cubana y con los círculos literarios yucatecos. El día 4 había regresado a Progreso, para despedir a su padre y a sus hermanas Amelia, Carmen y Leonor, así como a los hijos de esta última, Alfredo y Oscar. Sus familiares tomaron el vapor *Ebro*, en la escala que este hizo allí como parte de su travesía hasta La Habana. Al día siguiente Martí emprendió viaje hacia Centroamérica en canoa.

En aquella despedida de México, y sabiendo que este seguía amenazado desde los Estados Unidos y tenía tensiones fronterizas con Guatemala, hacia donde él se dirigía —o tal vez en el mismo diciembre de 1876, al tomar rumbo a La Habana, pero ya decidido a establecerse temporalmente en dicho país sudamericano—, fue probablemente cuando escribió los apuntes donde se leen estas palabras:

¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja: por el Sur &&. Tú te ordenarás; tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte, pero si tus manos flaqueasen y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas,—como un hijo clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la madre las entrañas.

También en el sentido de estas premoniciones tendría un carácter de conmovedora corroboración la carta que el día antes de su muerte le escribió a Manuel Mercado.

El recorrido hacia Guatemala incluyó escalas en varias pequeñas islas: Jolbos, Contoy e Isla Mujeres. En esta última departió durante algunas horas con el arqueólogo estadounidense Le Plongeon, a quien Martí recordaría —con *mister* y todo— tanto por su erudición como por la codicia con que se apropiaba de piezas indoamericanas. De Isla Mujeres pasó, en cayuco, a Belice —donde se ha visto que, cuando era niño, estuvo con su padre—; y de allí, en canoa y goleta, en travesía marítima y fluvial, a Livingston. Por el Río Dulce se adentró en suelo guatemalteco, y el 25 ya estaba en Izabal.

La etapa del viaje comprendida desde el 26 de marzo hasta inicios de abril resultó particularmente difícil y pintoresca para Martí. Él siempre se caracterizó por la avidez con que disfrutaba el paisaje y, sobre todo, captaba las esencias humanas, aunque las circunstancias fueran adversas. Aquella etapa la realizó a lomo de mula, guiado por un matrimonio que se dedicaba a tal menester.

Sobre varios de los puntos en su trayectoria desde Progreso hasta Izabal, escribió, además de la carta a Mercado fechada el 27 de febrero en Progreso, anotaciones —penetrantes como suyas— que se conservan. Pero ninguna fue más amplia y aguda que las dedicadas a esa etapa en un cuaderno que, por diversos indicios, se tiene como pensado por el autor para enviarlo a sus amigos Fermín y Eusebio Valdés Domínguez. Se han perdido varias páginas, y las que han llegado a nuestros días pudieran beneficiarse con la reconstrucción que reclama la esperada edición crítica de las *Obras completas* del autor. El original debió tener diez breves capítulos que concentraron la capacidad de observación de Martí, y la dosis de humor que pronto la gravedad de la existencia continuó mermando visiblemente en él.

Si en hebras de tu trenza se tañera!

Es probable que estuviera en la capital guatemalteca el 2 de abril, y muy pronto se presentó a su compatriota José María Izaguirre, director de la Escuela Normal de Guatemala. Este, además de cobijarlo en su casa —

donde el recién llegado se alojó temporalmente—, le proporcionó trabajo en dicho plantel como profesor de literatura e, interinamente, de los ejercicios de composición. Se ha dicho que Martí había impartido algunas clases particulares en un hogar cubano de Madrid; pero fue en Guatemala donde inició profesionalmente su esporádica dedicación al magisterio escolar.

Hablando de sí mismo en tercera persona, dirá que el peregrino que llegó a Guatemala recibió de ese país un permanente motivo de gratitud: «Lo hizo maestro, que es hacerlo creador». Al mes siguiente de su establecimiento allí, fue nombrado además catedrático de Literatura — francesa, inglesa, italiana y alemana— y de Historia Natural en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central de Guatemala. Y muy pronto impartió clases gratuitas de composición en la Academia de Niñas de Centroamérica, dirigida por Margarita Izaguirre, hermana de José María. También en la Universidad ofrecerá clases gratis.

Pero no era él un hombre llamado a circunscribirse al ámbito académico, y pronto su presencia en Guatemala alcanzó más amplia resonancia. Ya por las cartas de recomendación que le había entregado en México el diplomático guatemalteco Uriarte, ya porque habían llegado otras referencias acerca de su labor en España o especialmente en México — donde manifestó rápido y enérgico rechazo a un caudillo semejante al del país donde ahora se hallaba—, ya por cualquier otra señal que lo hiciera atractivo, Martí fue objeto de atención de las altas esferas del gobierno. El 10 de abril tuvo una entrevista con el ministro de Relaciones Exteriores, Joaquín Macal.

El canciller guatemalteco, por merecido aprecio, por ganarlo para la vida política de su país, por mantenerlo controlado, o por varios de esos motivos, o todos juntos, le ofreció trabajo y le pidió que comentara la nueva Constitución nacional. Martí, además de responderle de viva voz, tuvo el cuidado de reiterarle por escrito al día siguiente su posición y sus argumentos. Le aceptó comentar la legislación que nacía, y le agradeció sus deferencias; pero rehusó compromisos oficiales. Como con precaución ante posibles temores por su quehacer previo, le dijo a Macal, a quien llamó «Mi respetable amigo»: «¿Por qué me pide Vd. nada de lo pasado? La vida debe ser diaria, movable, útil; y el primer deber de un hombre de estos días, es ser un hombre de su tiempo». Inmediatamente se refirió al nuevo Código de Guatemala en términos que tendremos ocasión de recordar, pero al final de la carta, más bien escueta, le enfatizó a su destinatario:

No me anuncie Vd. a nadie como escritor, que tendré que decir que no lo soy. Amo el periódico como misión, y, lo odio... no, que odiar no es bueno, lo repelo como disturbio. Por sistema me tengo vedada la injerencia en la política activa de los países en que vivo. Hay una gran política universal, y esa sí es la mía y la haré: la de las nuevas doctrinas.

No sabemos hasta dónde ni de qué modo interpretaría el ministro esas palabras, sostenidas por alguien a quien ninguna prudencia bastaría para sustraerlo de su voluntad de ciudadano universal del peligro. Además, sus precauciones fueron pocas para librarlo de la suspicacia, primero, y de la hostilidad, después, de los sectores dominantes en Guatemala, y del mismísimo presidente, Justo Rufino Barrios. Este se distinguía por métodos autoritarios opuestos al sentido sinceramente democrático del revolucionario cubano.

Pero, sin que por ello Martí fuera ciego a los procedimientos dictatoriales, Barrios encabezaba una transformación progresista en su país, y, además, había reconocido la independencia de Cuba, su República en Armas, lo que no hicieron otros gobiernos, como el de los Estados Unidos. En lo tocante a lo interno guatemalteco, la nueva legislación significaba un notable paso de avance en el intento de distribuir la tierra y quebrantar el latifundio —en el que sobresalía como propietaria la jerarquía católica— y otras medidas para mejorar la marcha de la nación: «A todo alcanza el código nuevo. Da la patria potestad a la mujer, la capacita para atestiguar y, obligándola a la observancia de la ley, completa su persona jurídica», observó el periodista, quien valoró aquellas leyes desde su afán de que nuestra América tuviera un entendimiento propio de sí. Al inicio de su artículo «Los Códigos nuevos», publicado el 22 de abril en el periódico *El Progreso*, se lee:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia. Es una verdad extraordinaria: el gran espíritu universal tiene una faz particular en cada

continente. Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original fiera y artística. // Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!

Elogió el Código: «Ni ha sido solo [...] el acabamiento de una obra legal. Ha sido el cumplimiento de una promesa que la revolución había hecho al pueblo: le había prometido volverle su personalidad y se la devuelve». Pero no lo tomaba como la obra ideal y perfecta que ni era ni acaso podía ser:

La Comisión ha obrado libremente; sin ataduras con el pasado, sin obediencia perniciosa a las seducciones del porvenir. No se ha anticipado a su momento, sino que se ha colocado en él. No ha hecho un Código ejemplar, porque no está en un país ejemplar. Ha hecho un Código de transformación para un país que se está transformando.

Y, con respecto a la divulgación de ese cuerpo jurídico, todavía señalará con su habitual claridad un logro que planteaba mayores compromisos a quienes tenían el deber de aplicarlo: «Ya la ley no es un monopolio; ya es una augusta propiedad común». Sería incongruente, pues, ponerle cortapisas al desenvolvimiento democrático, y entre ellas estaban los modos impuestos por un caudillo autócrata.

Aquella labor de transformación fue la que él quiso enaltecer, difundir y estimular, como parte de su plan de contribuir a que los países de *nuestra América* —denominación que ya tenía en ciernes en México y acuñará precisamente en Guatemala— fueran mejor conocidos entre sí y por el resto del mundo. Para eso quiso infructuosamente publicar una *Revista Guatemalteca* —de la cual sobrevivió el prospecto— y escribió un pequeño libro, *Guatemala*, impreso en 1878.

Los textos ya citados no fueron los únicos fundamentales que escribió en aquel país. Probablemente fue en el mes de su llegada a la capital cuando, a petición del gobierno, creó una obra de teatro para la conmemoración de la independencia nacional. Con ese fin escogió un tema

que sabía urgido de tratamiento en un país donde la población indígena seguía siendo discriminada. *Patria y libertad (drama indio)* rememoró la guerra independentista, y destacó precisamente la participación de los aborígenes.

Un personaje hay de constante presencia: el Pueblo; y otro, que desde el nombre, Martino, hace pensar en el autor, habla en representación de «nuestra América», llama a «trabajar para una patria nueva» —la patria del futuro—, convoca a dar gustosamente la sangre «de cara al sol y frente a frente» en la lucha necesaria, se casa con la india Coana y dice a esta: «Hombres libres serán los descendientes / de tu amor y del mío». (La totalidad de la pieza se ha reproducido por una copia ajena a Martí —probablemente de actor, por más señas—, en la cual los versos no comienzan con mayúscula, como era común en la época y característico en él, incluso en el fragmento que se conserva de su manuscrito de la obra.)

La relación de Martino y Coana dejaba en pie un reclamo demasiado claro para pasar inadvertido. Y Martí no era hombre que renunciara a la justicia. El 16 de septiembre de 1877 participó como orador en un acto celebrado por la Escuela Normal para rendir homenaje a la independencia centroamericana. Qué dijo allí lo sabemos por la carta que el 27 de noviembre escribió a Valero Pujol, director de *El Progreso*:

Decir mal de España, con mis labios cubanos, hubiera parecido una pueril venganza:—Son flojas las batallas de la lengua. Volví los ojos hacia los pobres indios, tan aptos para todo y tan destituidos de todo, herederos de artistas y maestros, de los trabajadores de estatuas, de los creadores de tablas astronómicas, de la gran Xelahúb, de la valerosa Uatlán. La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla.

Sus cuidados expresivos podían ser grandes, pero su actitud con respecto a la discriminación de los indígenas seguramente fue uno de los puntos que le ganaron el rechazo de los elementos reaccionarios. Ellos verían, alarmados, que, incluso al alabar lo que se hacía en Guatemala, su perspectiva apuntaba hacia metas de mayor alcance. Precisamente en ese país afirmó que las verdades no se deberían juzgar solo en sí mismas, sino de acuerdo con el lugar donde se les sostenga.

Gozó de la admiración de muchos, pero las reticencias e intrigas de los adversarios parecen haber tenido peso para hacerlo desistir del propósito — que otros le estimulaban, como se aprecia en las cartas que escribió a Mercado por aquellos días— de revalidar su título de abogado. Ya para octubre los manejos del medio guatemalteco podían fortalecerle sus resquemores hacia ese desempeño profesional: «Yo odio el ejercicio del derecho. Es tan grande en esencia cuanto pequeño en forma». Si aún pensaba en esa vía de empleo, era por las responsabilidades familiares que se le avecinaban. Aludiendo a la novia, que lo esperaba en México, dijo a Mercado: «Por ella, y para que mis hijos no sufran lo que yo he sufrido, y en cuanto viva he de padecer, antes de irme, haré reválida.—La huyo, pero la aprovecharé».

Su carta del 27 de noviembre a Pujol revela también el desfavorable ambiente que algunos se empeñaban en crearle. De seguro se refería, entre otras muestras, a la hoja suelta que se había impreso con fecha del 3 y en la cual, para burlarse de sus excepcionales condiciones de orador, le endilgaron el mote de *Doctor Torrente*:

Amo la tribuna, la amo ardientemente, no como expresión presuntuosa de una locuacidad inútil, sino como una especie de apostolado, tenaz, humilde y amoroso, donde la cantidad de canas que coronan la cabeza no es la medida de la cantidad de amor que mueve el corazón. Si los años me han negado barbas, los sufrimientos me las han puesto. Y estas son mejores.

Por los términos de su digna contestación, podemos inferir la mordacidad del insulto. Pero Martí no renunció a sus deberes, ni faltaron admiradores y otras personas de alto relieve que le ofrecieran apoyo. En la carta que escribió a Mercado el 19 de abril, días después de su llegada a la capital guatemalteca, no solamente agradeció la atención del canciller Macal, sino también la del ministro de Instrucción Pública, Lorenzo Montúfar, «una hermosa inteligencia» que le ofrecía servicios como el de proveerle «ganoso de libros históricos y literarios».

Pero Martí, a quien nunca abandonó la honrada vocación de humildad, el deseo de no lastimar a nadie con sus virtudes, sabía que necesitaba andar con cuidado, máxime cuando otros podían ver allí en él un competidor inoportuno. En esa misma carta le expresó a Mercado:

No es que Guatemala sea pequeña, ni escasas sus gentes: es que es un pueblo que se ha movido poco, y como sus elementos han sido permanentes, aún le duran y con facilidad son conocidos. Sin círculo literario, sin hábito de altas cosas,—aunque con aliento y anhelo para todas,— sin prensa, sin grandes motivos naturales,—mis soberbias tienen que ser muy prudentes para no parecer aquí presunciones.—A más, que muy de veras creo que muchos hombres, en todas partes, valen lo que yo. De manera que mi fuego íntimo es contenido por mis urbanidades y por mis temores.—

No obstante, aún tendrá que añadir: «Estas precauciones no han bastado para evitar que mi nombre ande ya en boca de las gentes, a quienes en modo alguno me he exhibido, loado por algunos, y hasta loado vivamente, repetido con curiosidad por los más, y-no quisiera yo mismo saberlo-tal vez tenido como obstáculo por unos pocos». Dos días más tarde pronunció un discurso de saludo a Guatemala en un acto de la Escuela Normal, y posiblemente ese fue el mes en que lo presentaron al presidente Barrios.

El 28, en una sesión sabatina organizada por la Escuela Normal, disertó acerca de los poetas y escritores guatemaltecos. Entre los libros que por justicia y actualidad debía elogiar se hallaba uno del poeta Francisco Lainfiesta, secretario de la Presidencia. El 26 de mayo tuvo a su cargo el discurso central en la velada literaria que la Escuela Normal dedicó a los jefes políticos de los departamentos, quienes debían reunirse cada año para analizar la marcha del trabajo en el país. Probablemente correspondan a esta oportunidad las *Reflexiones* —de claro vínculo con una reunión de dichos jefes— que en sus *Obras completas* se dan como de mayo de 1878. En ellas apuntó hacia un asunto vital de Guatemala y de nuestra América toda: la agricultura; y a otro también urgente: la educación. Con su capacidad para integrar los elementos del análisis, dijo: «La Instrucción acaba lo que la Agricultura empieza. La Agricultura es imperfecta sin el auxilio de la Instrucción».

No era un pragmático frío, sino un emancipador que iba a los problemas sociales: «De las aptitudes de los indios, solo el que los hubiera estudiado ligeramente dudaría», apuntó en esas *Reflexiones*. Conocía los prejuicios que enfrentaba al abogar por los pobladores originarios y más discriminados del país: «Bien es verdad que, con acento amargo, se quejaban de ellos los jefes políticos de Guatemala», pero en los informes de

estos mismos funcionarios buscaba pruebas contra la discriminación: «Educados los indios, crecería, con el buen acuerdo en el reparto de las tierras, el área cultivada». Para el gobierno, nada de alabanza incondicional —como quizás esperaban el caudillo y sus próximos—, sino el llamado a seguir trabajando por el bien del país:

En lo que al gobierno toca, más que retóricos encomios y celebraciones vagas, deben satisfacerle estos resultados reales de su visible afán por el engrandecimiento material y preparación de la República. Nobles y justos goces hay para él en esta obra palpable, en este concierto halagador de escuelas que se abren, de haciendas que se fundan, de vías que lo ensalzan, de niños que se instruyen, de labriegos e indígenas que leen.

En el propio mayo de 1877 fue recibido como integrante de la Sociedad Literaria El Porvenir, que reunía a destacados intelectuales guatemaltecos. El 25 de julio, y organizada por dicha Sociedad, se llevó a cabo en el Teatro Colón, de la capital, una velada solemne para celebrar el aniversario correspondiente de la fundación de esa ciudad. Martí pronunció un discurso, y su éxito propició que se le nombrara vicepresidente de El Porvenir.

Ante celosos, conservadores y reaccionarios —a menudo los mismos unos y otros—, crecían demasiado el relieve y el influjo de aquel «extranjero» de apenas veinticuatro años, precisamente cuando se agudizaban tensiones en la vida política nacional. A comienzos de noviembre se descubrió una conspiración que tenía el propósito de derrocar a Barrios y asesinarlo junto a sus colaboradores y familiares. Martí desaprobaba procedimientos tales, y el día 6, como parte del claustro de la Escuela Normal, suscribió un manifiesto que, dirigido al presidente guatemalteco, condenaba la intentona golpista, que además venía de elementos reaccionarios opuestos a los pasos de renovación que allí se daban.

Semejantes circunstancias no hacían que Martí dejara de reprobar los métodos de dirección utilizados por Barrios al frente del gobierno. El 10 de noviembre le escribió a Mercado acerca de aquel «terrible suceso»: «Una conspiración sombría, de clérigos y soldados», que «alentaba a los altos puestos y a las altas gentes». Pero añadió: «Solo podía hacerla simpática el rigor con que se la ha castigado».

Todo aquello ocurría cuando Martí afrontaba sus angustias de hijo de una patria oprimida, y otras tensiones. Estaba lejos de su familia de origen, que en La Habana pasaba estrecheces; y lejos de la novia. En ella pensaba con verdadera devoción. Ninguna de las amarguras compartidas por ambos en años futuros, que no fueron ni escasas ni pequeñas, debe hacernos olvidar que Carmen Zayas-Bazán Hidalgo fue para él eso que, con insustituible «cursilería», ha de seguir llamándose *la mujer de su vida*.

Las cartas de Martí a Mercado reiteran una y otra vez lo que para él representaba aquella compatriota. Pensando en el empleo que ya tenía como profesor, y hasta en el que podía tener como abogado si revalidaba el título, escribió el 19 de abril: «Creo que mi casa bastará a sus necesidades, en tanto que yo, preparándome para su ventura, hago la mía.—Como reflejo a mi Carmen, gano voluntades». Todavía pensaba que en ella tendría asegurada toda la comprensión necesaria: «¿Qué deber ha de estorbarme mi Carmen, ella que vive de mi misma clase de pasiones?» La posdata no debe de preocupar, pues, a dudas acerca de la solidez de sus relaciones con la novia: «Iba a escribir a V sobre mis libros, pero dos cartas desgarradoras de Carmen aterran mi espíritu.—¡Hábleme de ella!—»

Ya en su paso de 1877 por La Habana, Martí daba como un hecho su resolución de volver a México, nacida «de mi absoluta certeza de que mi vida está entrañada en la de Carmen», le escribió a Mercado el 11 de febrero. Y en casi todas las cartas que remitió a su amigo desde Guatemala mientras esperaba la ocasión de ir a casarse, confirmó ese sentimiento.

Espiguemos solo algunas muestras que añadir a la del 19 de abril: «Descuido tal vez el escribirle [a Mercado]; pero a Carmen ha de hacer V. reclamo: desde que envió el primer beso a mi corazón lo tiene perturbado y estremecido. Solo a ella, a mi madre, a V. y Fermín escribo», y «mi carta para Vd. sería mi espíritu: así es que las de V. están escritas en las cartas de mi Carmen» (11 de agosto); «Dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva; verter mi sobra de amor, escribir sobre graves cosas en París, estudiar grandes cosas con mi inteligencia sin prejuicios y sin prioridades», dijo que eran entonces sus «graves tareas», y, consciente del martirio que será su vida, añadió: «hacer gran hogar de alma a la mártir voluntaria que viene a vivir en él» (21 de septiembre); «Continúo preparando mi viaje.—Casándome con una mujer, haría una locura. Casándome con Carmen, aseguro nuestra más querida paz,—la que a menudo no se entiende,— la de nuestras pasiones espirituales.—

Afortunadamente, viviré poco, y tendré pocos hijos:—no la haré sufrir» (29 de septiembre); «Si no la trajera a mi lado, textualmente, moriría [...] Si yo no me casara ahora con Carmen, no tendría que preguntar a los cuervos para qué tienen las alas negras:—las extenderían sobre mí, y yo lo sabría.— Es cosa extraordinaria» (12 de octubre); «a veces tengo miedo de que [la suerte] se vengue.—La venceré, sacuda como quiera sus alas de ira, si tengo a Carmen a mi lado:—sin ella, ¿para qué quiero yo vencer?» (21 de octubre); «La ventura, para venir a mí, tiene ruedas de piedra:—solo cuando Carmen me la ha traído, ha tenido alas» (28 de octubre).

A finales de noviembre emprendió viaje hacia México, para casarse con aquella mujer que había logrado —y seguramente merecido con su conducta— que él la idealizara; aunque... ¿hasta dónde requiere merecimientos la pasión? Pero tras de sí quedaba, y poco importaría que fuese contra su voluntad, otro conflicto amoroso, que ha llegado a tener carácter de leyenda, solo que no siempre el adecuado a la delicadeza del idilio. ¿Sería una ambición desmedida aspirar a que todos los lectores de «La Niña de Guatemala» se guiaran por la penetración y la altura con que pudo (y supo) leerlo Gabriela Mistral? Ella caló en el espíritu del poema, que en el plano de la composición vio como el «más donoso y el de ritmo más cimbreante que se haya escrito en la América Latina».

Entre los guatemaltecos ilustres que acogieron a Martí con cariño estaban el general y expresidente Miguel García Granados y sus familiares. La ilustre casa recibió frecuentemente al cubano, quien allí pudo tanto jugar ajedrez con el célebre anfitrión como disfrutar las veladas musicales protagonizadas por sus hijas, y, sobre todo, gozar del gran aprecio que merecía.

Una de aquellas muchachas, María, era alumna, posiblemente del propio Martí, en la Academia de Niñas donde él impartió clases desde mediados de 1877. Hasta por el rostro que muestra en su retrato se le adivina un temperamento propio de la época romántica y enriquecido con el ímpetu volcánico de nuestra América. No hay por qué extrañarse de que se sintiera atraída por aquel joven y fascinante poeta que seguramente la deslumbró con su palabra y con su personalidad, signadas por lo extraordinario.

El 27 de mayo Martí le escribió un extenso poema, con el natural tono galante del caso y la sincera caballerosidad del autor. Pero no sería fortuita su insistencia en que era un poema amistoso, fraterno: «Versos me pide a la

Amistad», dijo, haciendo ver que satisfacía una solicitud de la destinataria; y todavía precisará dirigiéndose a ella: «Desempolvo el laúd, beso tu mano / Y a ti va alegre mi canción de hermano». Tampoco se trataba de lastimarle la sensibilidad y el orgullo de sí misma, propios de una adolescente, en especial de una muchacha con el carácter de aquella. Dueño absoluto del don de la delicadeza, le dijo además: «¡Cuán otro el canto fuera / Si en hebras de tu trenza se tañera!»

Parece ostensible que, por lo menos, sospechaba la inclinación de la joven hacia él. Quizás por ello, como si de antemano respondiera a otros, le dijo: «Y la noble Amistad, tierna y lozana, / Gentil semeja, en la malicia humana, / Perla, luna, exquinzúchitl, flor, María!» Resulta significativo que —en clara alusión a su noviazgo con Carmen, a quien en el poema llama «mi esposa arrodillada» que «Curó mi mal y serenó mi frente»— le hablara de «La tarde en que al amigo mexicano / Mi amor conté».

Quizás sea posterior —y también fuera pedido por ella— otro poema que, con el mismo título de «María», le dedicó entonces. Es, en su mayor brevedad, tan galante como aquel, pero ubicó la visión de la muchacha en su ambiente familiar, junto a la hermana, Adela, y enfatizó la índole del afecto: «¡Oh! Cada vez que a la mujer hermosa / Con fraternal amor habla el proscrito, / Duerme soñando en la palmera airoso, / Novia del Sol en el ardiente Egipto». Pero el amor no es un sentimiento que pueda reducirse a voluntad, menos aún a la del otro. Y parece que en aquella joven alumna, en aquella «niña bíblica» —así la llamó en el primero de los dos poemas citados—, al salir de Guatemala para casarse, Martí dejó, acaso hasta puntos que ni él mismo calcularía, mucho más que la amiga que hubiera querido tener. La dedicatoria —«Tu niña»— con que ella le entregó un retrato antes de que partiera para México, no era ni juego ni simple expresión de simpatía pueril.

Él volvió, volvió casado

El 14 de diciembre de 1877 Martí fue saludado en la ciudad de México por *El Federalista*. Había llegado poco antes del 11, fecha de su matrimonio con Carmen: la ceremonia religiosa —propia de la época y adecuada seguramente al catolicismo de la novia y a la aceptación que el novio, dentro de su personal religiosidad y su actitud con respecto a las

instituciones eclesiales, concedía a ese sacramento— se llevó a cabo en la parroquia del Sagrario Metropolitano. La celebración civil tuvo lugar donde se alojaba Martí, el mismo sitio en que se ofreció una fiesta a los amigos: la casa de Mercado, uno de los testigos de la boda, en la cual nació el álbum de dedicatorias autógrafas que Carmen atesoró hasta después de muerto el esposo.

El 26 de diciembre los recién casados partieron de la capital mexicana hacia Guatemala. El viaje, durante el cual los recibió un nuevo año, y que incluyó desde el 5 de enero una escala de cerca de cuatro días en Acapulco, fue una verdadera aventura, ahora para los dos. Desde aquel paraje mexicano —entonces sin las vías de acceso que el paso del tiempo y los reclamos del turismo le han proporcionado— Martí le escribió a Mercado el 7 de enero:

Del camino ¿qué le diré que no imagine? Cuando fui, las alas que llevaba me cubrían los ojos: ahora, que con mis alas tenía que protegerla, he visto todas las cruelísimas peripecias, rudas noches, eminentes cerros, caudalosos ríos que, con razón sobrada, esquivan los viajeros. Carmen, extraordinaria; yo, feliz y triste ¡felicísimo!—Por el largo trecho, traspuesto, del 26 al 5, con tres días intermediarios de descanso,—cuadrillas de ladrones, felizmente ahuyentados por la escolta.

No era esta última —renovada a tramos del camino— un auxilio que Martí pudiera proporcionarse por sus medios. Como le había escrito él a Mercado en otro alto de la marcha, era «la numerosa escolta que nos sigue, merced a la bondad de Medina, el solícito amigo de Macedo».

Después de más de una quincena de ardua y riesgosa travesía por tierra y por mar, ya a mediados de enero de 1878 Martí recomenzaba su labor en la Escuela Normal guatemalteca. Poco más tarde apareció en México su libro *Guatemala*, publicado por el rotativo *El Siglo XIX*: en febrero como folletín, y en marzo como volumen independiente. El 28 de octubre del año anterior le había pedido a Mercado: «Agénciemelo todo: papeles, firmas, espigas. Un folletín para publicar un libro sobre Guatemala. Un cubierto en su mesa». Pero no escribiría —tampoco lo había hecho antes— acerca de un país ideal. Quien había padecido las cadenas físicas y morales del presidiario, añadió a la solicitud la siguiente observación: «La tierra es

cruel, y hace que en este instante crucen ante mi ventana hombres con grillos.—¡Yo se los quitaré!»

El 10 de noviembre le reiteró a Mercado la petición de vías para el libro. Una porción de los originales se la llevó cuando fue a casarse, y todavía al regreso, desde Acapulco, en plena luna de miel, le enviaba «certificada la parte mayor», con autorización —que seguramente el amigo no entendió preciso utilizar— para cortar y sajar si era necesario: «No es ese libro caso de honra literaria, pero se ha de hacer por no perder la habida». Aunque Martí «padecía» la incapacidad de escribir mal, y aquel libro lo confirmó, su interés en publicarlo obedecía a otros motivos. Así se infiere de la carta que dirigió al propio Mercado el 8 de marzo, desde Guatemala, al recibir «gran parte» de la tirada: «Entiendo que ese libro me será aquí de verdadera utilidad: servirá de arma a los que me tienen cariño contra aquellos para quienes soy, a pesar de mi oscuro silencio, una amenaza o un estorbo».

Las preocupaciones eran visibles, y él mismo se encargó de confirmarlas a continuación: «Tengo decidido, cuando pague mis deudas, irme de aquí. Si tuviera medios de cultivar la tierra, no; me encerraría en ella». Se agravaban las señales de hostilidad que había advertido desde que llegó a Guatemala, y aquel libro también pudo estimular a sus enemigos: la visión que allí expresó acerca de los indígenas, por ejemplo, contrariaría a quienes los discriminaban, aunque la sostuviera incluso dentro del lenguaje de aquellos. Tal visión era uno de los elementos representativos de un sentido democrático inadmisibles para los intereses de los más opulentos, y para los rumbos imperantes en el gobierno. Para otros —o acaso para los mismos— bastaba el resquemor que sentían ante el creciente reconocimiento que el visitante concitaba.

El 30 de marzo escribió a Mercado otra carta, en la cual le relató al amigo que, «por celos inexplicables del Rector de la Universidad» —según entendía él—, se le había reducido en esa institución a «catedrático platónico de Historia de la Filosofía, con alumnos a quienes no se permite la entrada en clase; y sin sueldo». Tal vez como una maniobra de engaño le anunciaron que se le nombraría catedrático de Ciencia de la Legislación. Le daban esperanza: «Se me abriría con esto un vasto campo, y yo sembraría en él la mayor cantidad de alma posible». Pero mejor compensación encontraba en su mujer y en los alumnos:

Doy gratuitamente una clase de Filosofía; el mejor sueldo es la gratitud de mis discípulos.—Hubo reformas económicas, y creyendo ellos que mis clases serían víctima de las economías, anunciaron que saldrían en masa del Colegio donde los educa el gobierno.—El día de mi santo me regalaron los pobres, una bonita leontina.—

Esa es probablemente la leontina que lo acompañó hasta el final de su existencia. El 1 de abril de 1895 le escribió al hijo: «Si desaparezco en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre».

En cuanto a Carmen, tras referirse al apoyo de sus alumnos, le dijo a Mercado en aquella carta: «Con esto; con mi propósito de pagar aquí, esclavo de mis deudas un año, e irme; y con que Carmen cante a mi lado tan gozosamente como ahora canta, paso este año negro y espero otros años azules.—¡Quién sabe si el permanente azul no es de esta tierra!—»

La incertidumbre de la exclamación final no niega un hecho: entonces sentía que hallaba en la esposa el apoyo que necesitaba, incluso, frente a incomprendimientos que le venían de su propia madre y arreciaban su angustia de desterrado, de hijo de una colonia en que la guerra de liberación ya virtualmente había expirado: «Mi madre tiene grandezas, y se las estimo, y la amo,—V. lo sabe-hondamente, pero no me perdona mi salvaje independencia, mi brusca inflexibilidad, ni mis opiniones sobre Cuba.—Lo que tengo de mejor es lo que es juzgado por más malo. Me aflige, pero no tuerce mi camino.— Sea por Dios».

La gravedad de su vida se le acrecentaba en un medio donde la hostilidad lo asediaba cada vez con más fuerza:

Los conservadores me hacen la cruz, y están en su derecho: yo debo parecerles un diablo con levita cruzada. Los liberales sedicentes, que de inteligencia y corazón aquí no los hallo, se resisten a estrecharse para dar sitio en el banquete al que no es a sus ojos sino un comensal más.—No saben que los que viven del cielo comen muy poco de la tierra.—No toman de ella más que lo necesario, para vengarse de ella porque los retiene.—

A un hombre de su limpieza ética lo que más le hería eran las intrigas: «Es una guerra de zapa en la que yo, soldado de la luz, estoy vencido de antemano». Como soldado de la luz, no se dejaba vencer: «Pero yo lucho cuanto decorosamente puedo; a esto responde mi periódico», añadió

aludiendo a su proyecto de *Revista Guatemalteca*, la cual, dadas las circunstancias, no pudo hacer realidad; y todavía confiaba en que su obra de estímulo al país le allanara el camino: «Mi libro, por cuya llegada tengo vivo anhelo, me ayudará». Se mantenía en pie su confianza en la esposa: «Veo a Carmen amante y serena, enfrente de problemas graves, que no tienen muy fácil solución.—Me consuela, y con su tranquilidad, me alienta.—Aunque tuviera que huir a pie por los bosques, ella me acompañaría.—Y no lloraría».

Tantas muestras de confianza podían basarse también en lo que él necesitaba recibir, pero debían tener como fundamento la actitud de su compañera. De todas formas, lo que se urdía en torno suyo era una verdadera conjura, como parte de las fuerzas políticas en pugna. Las llamas de ese infierno alcanzarían a algunas de las personas más afines a él: al propio Uriarte, el Embajador del país centroamericano en México, quien escribió el prólogo del libro *Guatemala* poco antes de ser depuesto de su misión diplomática —por intrigas en que participó el mismo Montúfar que al principio ayudó a Martí—; y al cubano Izaguirre, destituido de la dirección de la Escuela Normal a inicios de abril.

Las suspensiones de los representantes diplomáticos y hasta la del director de un centro docente provenían, de modo directo o indirecto, del jefe del Estado: con métodos propios de un caudillo, enfrentaba las manifestaciones de oposición desplegando una creciente represalia, que hacía blanco en los sospechosos de oler a espíritu democrático.

En respuesta a la arbitraria destitución de Izaguirre, Martí presentó la renuncia a su trabajo en aquel plantel. Le fue aceptada el 6 de abril, y el mismo día *El Porvenir* todavía ratificó su propósito de publicar una *Revista Guatemalteca*. Ya no sería posible. El 20 de ese mes le escribió a Mercado y le confirmó su resolución de irse de Guatemala, y su necesidad de «hacerles sentir [a algunos] mi desdén antes que ellos me hicieran sentir su injusticia»:

Es verdad que había una disconformidad absoluta entre su brutal modo de ser y mi alma libre: es verdad que yo los poetizaba ante mí mismo para poder vivir entre ellos;—pero estos secretos no han salido nunca de mi alma.—¿Los han leído en mis ojos? ¿Han penetrado mi prudencia? ¡Pobre Carmen! A costa suya me han enseñado una gran verdad-con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos.—¿Qué mal les he

hecho? Explicar Filosofía con sentido, a par que nuevo, medurado; explicar Literatura; dar conferencias sobre el estado actual de las Ciencias Naturales; publicar un libro en que con amor y calor para ellos nuevos, revelo sus riquezas desconocidas; escribir un drama sobre su independencia el día mismo en que me lo pidieron, y anunciar un periódico en que intentaba hablar aquí de Europa y hablar a Europa de ellos.—He ahí mi proceso.—Y entiendo que el suyo.—Ni una imprudencia, ni una ambición mía han deslucido estos intentos.—

Por esa carta sabemos, además, que las cátedras a que se vio precisado a renunciar en la Escuela Normal —y de las cuales presentía que sería despojado—, «con ser tres y ser serias, tenían por única retribución, y único medio» para su vida, «sesenta pesos». El mismo texto informa que valoraba la posibilidad de irse a trabajar a Honduras o a Perú; y que, incansable hombre de labor, el día antes había escrito el prólogo para un libro —¿se habrá publicado?— del pintor mexicano Manuel Ocaranza: «Como lo he escrito en momentos de acerbo dolor, tal vez resulte [...] inacorde y demasiado individual», dijo.

Al dolor se añadió el 10 de mayo un acontecimiento que también se revertiría en su ánimo y, años después, en su poesía: falleció María García Granados, a quien un resfriado le agravó letalmente la tuberculosis que padecía. El velorio y el sepelio suscitaron una manifestación de duelo en la alta sociedad guatemalteca. En *Versos sencillos*, escrito —mayoritariamente al menos— en 1890, Martí recreó el acontecimiento, y mostró su intuición de que La Niña de Guatemala había fallecido no solamente de su enfermedad física, sino también de otra, espiritual, propia del romanticismo y de su temperamento, el que la hacía capaz de echarse a morir: «Dicen que murió de frío: / Yo sé que murió de amor».

Doce años después de aquellos hechos tal vez el poeta sospechaba que sus cuidados no habían impedido que la joven se creara ilusiones de amor que él no compartía. Y —desde antes de agosto de 1891, cuando veremos que tuvo la confirmación definitiva de su fracaso conyugal, y quizás todavía no se había impreso el citado volumen: al parecer, salió a la luz hacia octubre de ese año— su fina capacidad para apreciar los sentimientos ajenos podía trenzársele con cierto sentido de responsabilidad, de culpa, lacerante aunque fuera injusto. La carta que ella le escribió muy pocos días después de volver él casado a Guatemala, confirma que había tenido el

cuidado de mostrarle a María el carácter fraterno de su afecto, y de hacerle saber que estaba enamorado de Carmen; pero para la fecha del nacimiento de *Versos sencillos* era ya visible que su matrimonio había zozobrado cuando más comprensión él necesitaba, y en crisis tales son tan frecuentes como inútiles las autorrecreaciones por la selección fallida.

Quizás ya en 1877 se supo en Guatemala el enamoramiento de María hacia el poeta desterrado. Pero, por una parte, desconocemos —de entonces y de cualquier otro momento— que en Carmen Zayas-Bazán entraran a jugar los celos hacia aquella, y, por otra, está en pie el constante aprecio que Martí siguió mereciendo de los García Granados tras la muerte de La Niña. Nadie menos que don Miguel, hombre de armas y honor en el siglo xix guatemalteco, ratificó ese aprecio. El 26 de julio de 1878, cuando Martí y Carmen se aprestaban a salir de Guatemala, aquel general escribió en el álbum de bodas de sus amigos cubanos estas palabras, dirigidas a Carmen, pero reveladoras también de su respetuoso afecto a Martí:

Quisiera ser poeta con talento para decir algo digno de vos y de vuestro esposo, mi amigo, a quien nunca olvidaré. Pero mi pluma es seca y árida, y solo suele amenizarse cuando me siento mordido de alguna víbora. A un ángel como vos no sabré qué decirle. Digna sois de volver a habitar el Edén, sin restricción alguna para que podáis cortar cuantas manzanas fueran de vuestro agrado. Mas ya que esto no es posible, espero que lleguéis con toda felicidad a vuestra querida patria, Cuba, y que la felicidad que allá gocéis no os impida dirigir un recuerdo a vuestro sincero amigo y servidor

MIGUEL GARCÍA GRANADOS

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche

En esta síntesis de la escala guatemalteca de Martí apenas se ha hecho referencia a su inquietud cubana, central en toda su vida. En la carta del 27 de noviembre de 1877 a Valero Pujol expresó: «Yo nací en Cuba, y estaré en tierra de Cuba aun cuando pise los no domados llanos del Arauco». Sin embargo, llama la atención la escasez de menciones al problema cubano en sus páginas de aquel país. Ni siquiera parece detenerse en el Pacto del

Zanjón, que, firmado el 10 de febrero de 1878 por representantes del gobierno español y de un sector del Ejército Libertador cubano, puso fin formal a la guerra iniciada por Carlos Manuel de Céspedes.

La clave de tal «silencio» se halla en dos textos epistolares suyos de Guatemala. Uno es el borrador de una carta que acaso nunca llegó a enviar y que se supone pensada para dirigirla al general Máximo Gómez. Tras expresar su reconocimiento a las virtudes del destinatario —«en lo moderno no le encuentro semejante: en lo antiguo tampoco.—Sea esta una razón para que V. disculpe esta carta»—, le dijo de inmediato: «Escribo un libro, y necesito saber qué cargos principales pueden hacerse a Céspedes, qué razones pueden darse en su defensa-que, puesto que escribo, es para defender.—Las glorias no se deben enterrar sino sacar a luz».

Le escribía a alguien que estaba en la guerra, y le confesó: «Aquí vivo, muerto de vergüenza porque no peleo». Le explicó por qué: «Enfermo seriamente y fuertemente atado, pienso, veo y escribo.—[...] En tanto que, en silencio, admiro a los que lo merecen, y envidio a los que luchan [...] Seré cronista, ya que no puedo ser soldado». Tampoco aquí hay por qué poner en duda su invariable sinceridad. Es cierto que aún se hallaba enfermo, y si logró encaminar a su familia en La Habana —como se aprecia en la carta que desde Progreso remitió el 28 de febrero de 1877 a su suegro, quien se hallaba en la capital de México—, no estaba libre de responsabilidad con ella; pero nada le impidió contraer el nuevo compromiso del matrimonio.

El resorte último de aquel borrador de carta, pues, habrá que buscarlo en otro punto: ya para él, como para muchos, la guerra en Cuba era fuego domado, pero no lo era la revolución que la había hecho estallar, y él no haría suya la resignación de quienes se consumieron en el espíritu del Pacto. Lejos de eso, se propuso sacar a luz las glorias de la patria. ¿Para qué? Para alentar los empeños que seguirían.

No fue casual que fijara su atención en los primeros años de la gesta, cuando vivían sus principales figuras de fundación y se evidenciaron tanto las mayores virtudes como el inicio de las calamidades que la llevaron al estancamiento. ¿Podía hablar con esa claridad a un héroe que permanecía en el campo de batalla? Que aún se estuviera peleando en Cuba permite ubicar el borrador en un momento de 1877 o inicios de 1878, pero siempre antes del Pacto del Zanjón. Para creer, después de este, que en Cuba todavía se peleaba, Martí hubiera necesitado alguna noticia sobre la Protesta de

Baraguá, protagonizada por Antonio Maceo a la cabeza de tropas negadas a aceptar el Pacto. Militarmente el digno gesto no pudo dar en aquellas circunstancias los frutos que merecía, pero por su significación moral y política Martí lo consideró como «de lo más glorioso de nuestra historia».

A toda la información que le llegó por diversas vías, incluido su tanteo en la realidad cubana a su paso por la capital de la Isla en los inicios de 1877, deben añadirse las horas de conversación, en Guatemala, con dos compatriotas suyos que habían estado muy cerca de Céspedes y los sucesos revolucionarios de Cuba: el profesor Izaguirre y el poeta José Joaquín Palma. Su convencimiento sobre la marcha de los hechos en la Isla explicaría por qué ni en las cartas de por entonces a Mercado aludió al Pacto del Zanjón: no fue cosa que lo sorprendiera realmente, aunque él, desde su ilusión de patriota, no deseara ver que la contienda se extinguía de aquel modo.

La desventura de su patria era para él la causa mayor de infelicidad, y esta se la recrudecía la asfixia de la guerra de liberación. El 26 de mayo de 1877 le escribió al amigo mexicano: «Me parece imposible que haya descendido yo a trabajarme, con atamamiento y empequeñecimiento de mi alma, un poco de fortuna. Ni mi amor, en mí celeste, me disculpa. En España me reservaba para un martirio; en México lo cumplía; aquí, como trabajo para mi felicidad, no tengo derecho a ella».

A su alcance estaba el estudio de la Revolución cubana, no con el afán de erudición estéril que nunca tuvo, sino como preparación. El 6 de julio de 1878 escribió a Mercado: «¿He de decir a V. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque hierve en mi alma? ¿que llevo mi infeliz pueblo en mi cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día su libertad?» Era una carta escrita cuando ya, acosado por presiones familiares, había decidido volver a Cuba, aunque no quería regresar sino para combatir por su libertad.

Volvía a ella sin patria —«¡Mi patria está en tanta fosa abierta, en tanta gloria acabada, en tanto honor perdido y vendido!»—, pero, además de tener el ánimo para conquistarla en el futuro, lo acompañaba un fruto del estudio que lo fortalecía para esa misión:

¡Ahora que tenía casi terminada, con el amor y ardor que V. me sabe, la historia de los primeros años de nuestra Revolución!—Había revelado a nuestros héroes, escrito con fuego sus campañas intentando eternizar

nuestros martirios. Con minucioso afán, había procurado enaltecer a los muertos y enseñar algo a los vivos.

Pero ese fruto no podría entrar libremente en Cuba: «¡Y esta obra noble y filial de un espíritu libre, irá ahora clavada como un crimen en el fondo de un baúl!—Mucho he de padecer en una tierra donde no puede entrar semejante libro». Preveía con su natural capacidad de acierto; pero lo hacía también desde la pasión amorosa. Quizás por ello no calaba hasta la última hondura en una de las declaraciones de Carmen en la nota —dirigida a Lola, la esposa de Mercado— que ella escribió al final de la carta de Martí que ha venido citándose. Mientras él veía en su regreso a la Cuba «pacificada» un episodio amargo y transitorio, para Carmen —en avanzado embarazo, además— podía ser una forma de aquietarlo: «Pepe sufre mucho ahora, yo creo que más tarde vivirá mejor y más contento: ayudando a sus padres, y ayudado él por mi cariño, olvidará un poco este dolor de patria que tan grave es en las almas como la suya».

Para acompañar de veras a Martí era necesario estar a su altura, y a esa altura... ¿cuántas personas han estado? Su vocación de sencillez no lo libró de percatarse él mismo de sus extraordinarias condiciones. Muestras de ser consciente de ellas dio no solo en sus cartas guatemaltecas a Mercado, sino, a manera de generalización —antes de llegar a Guatemala—, en la ya citada que desde Progreso escribió a un suegro cuya estimación debía ganar: «Dondequiera que he estado, he tenido, aun a pesar mío, halagador renombre;—y este siempre me lo he conquistado en un día solo. Así logré a mi Carmen. Así haré mi fortuna. Nada en mí sigue hasta ahora la vía de las existencias ordinarias».

4

León enfrenado

A finales de julio de 1878 Martí y su esposa emprendieron la salida de Guatemala hacia Cuba. Hicieron una escala, presumiblemente de varios días, en Tegucigalpa, y de la capital hondureña se trasladaron a la costa atlántica, donde el 28 de agosto, en el puerto de Trujillo, tomaron el vapor *Nuevo Barcelona* rumbo a La Habana. El último día de ese mes llegaron a una ciudad dominada, en la atmósfera visible, por el espíritu del Pacto del Zanjón, pero con un subsuelo —adonde siempre llegaba la vista de Martí— activado por inquietudes políticas diversas: en el plano legal y público el autonomismo intentaba, hasta donde sus intereses y su resignación lo hacían posible, capitalizar el terreno vedado a la radicalidad independentista, y era por tanto un camino para expresar en alguna medida las contradicciones colonia-metrópolis. En la clandestinidad se movían fuerzas de mayor empuje, con vocación de independencia.

Desde un inicio Martí procuró formas de trabajo para el sustento familiar y, sobre todo, utilizó las vías a su alcance para contribuir al cultivo del espíritu de liberación entre sus compatriotas. El 16 de septiembre solicitó que, en espera de recibir el título que había ganado pero no recibido en Zaragoza, se le permitiera ejercer como abogado, para lo cual presentó su correspondiente certificación de estudios. Por exceso de formalidad o para no facilitarle la vida en Cuba a quien podía ser un peligro mayor dentro de ella, muy pronto le fue denegada la solicitud.

Habría tenido que arreglárselas por su cuenta. En esos días le escribió a Mercado «sobre una mesa que está esperando pleitos», y le dijo que, aunque residía en la calle Tulipán 32, para el correo era preferible la dirección de Industria 122. En esta última residían los hermanos Valdés Domínguez, y con razón se ha conjeturado que trabajaba con Eusebio, graduado de abogado en Zaragoza en 1872. Ya sea porque el negocio no era demasiado rentable para el amigo, o porque debía cuidar a este, objeto asimismo de la ojeriza colonialista, buscó otro empleo.

Quizás desde entonces ya impartía clases, como hacía en enero de 1879, aunque no tenía la autorización necesaria. Y quizás también comenzó a obrar en su favor algún cambio de actitud en ciertos representantes de las

fuerzas políticas, interesadas infructuosamente en atraerlo o, al menos, neutralizarlo. A inicios del nuevo año le propusieron una Alcaldía Mayor interina, que, por supuesto, rehusó. El 6 de febrero recibió la aprobación de la solicitud —presentada poco antes— de la habilitación para ejercer la docencia. Se le autorizó a hacerlo en colegios privados de segunda enseñanza, y ya el 8 de febrero un periódico incluyó su nombre en el claustro de la escuela Casa de Educación.

Máxime estando cerca de sus padres y hermanas, tenía no pocas responsabilidades familiares, que crecerían muy pronto con el nacimiento de José Francisco, el hijo de sus esperanzas. La remuneración por el trabajo que realizaba no sería muy generosa, y necesitaba además ocupaciones adecuadas a sus extraordinarias energías creativas. A comienzos de 1879 se desempeñaba como pasante en el bufete de Nicolás Azcárate. Este, más que el negocio, parece que atendía sus labores literarias, en las cuales tan útil fue para el quehacer público de Martí, quien lo conocía desde México. Las ganancias, pues, no debían ser muchas ni para el dueño del bufete, deseoso de ayudar al amigo: no vería mal que este buscara otra salida.

Hacia marzo trabajaba Martí en el bufete de Miguel F. Viondi, quien, autonomista como Azcárate, permitía asimismo que en sus oficinas el radical independentista sostuviera reuniones de carácter conspirativo. El propio Viondi reconocería que no les daba demasiada importancia —es decir: no les concedía posibilidad de éxito— a las gestiones subversivas desplegadas por aquel joven abogado que se ganó su estimación e incluso le atraía visitantes, y clientes.

Tanto en el bufete de Azcárate, donde lo conoció, como en el de Viondi, Martí se reunía con Juan Gualberto Gómez. Este sobresaliente periodista, casi de su misma edad —nació en 1854—, mereció pronto la confianza de Martí, quien hasta el final de su vida tendría en él un seguro colaborador. Gracias a su talento y a circunstancias que lo favorecieron, Juan Gualberto logró levantarse de su condición de hijo legal de exesclavos a una reconocida eminencia intelectual, sobre todo en el periodismo, y aportó al quehacer revolucionario cubano un doble servicio: contribuyó a la unidad política entre cubanos de diversas «razas» y fue un conspirador que auxilió eficazmente a Martí en tareas del Partido Revolucionario Cubano, fundado en 1892.

Ambos participaron destacadamente en la conspiración que en La Habana de 1878 apoyaba las labores del Comité Revolucionario Cubano, el

cual, desde Nueva York y bajo la presidencia de Calixto García —prestigioso general de la Guerra de los Diez Años—, dirigía los preparativos de la que habría de conocerse como Guerra Chiquita. Esta, expresión del afán de mantener viva la beligerancia independentista, se inició con levantamientos en la entonces provincia de Oriente hacia finales de agosto de 1879.

Poco antes de esos hechos Martí actuaba como subdelegado del Comité Revolucionario Cubano en La Habana, y dio pruebas de inteligencia, honradez y lealtad bastantes para ganar la confianza de Calixto García y de los hombres que lo rodeaban en Nueva York. Mientras acometía labores clandestinas de tal envergadura, aprovechó cuantas vías públicas dignas estuvieron dispuestas a honrarse con su desempeño intelectual. Aportó conferencias y discursos, y promovió veladas o asistió a ellas en distintas viviendas —incluida la suya— y en varias instituciones de carácter cultural.

En estas últimas sobresalieron el Liceo de Guanabacoa, que el 15 de enero de 1879 lo eligió secretario de la Sección de Literatura, presidida por Azcárate; y el Liceo Artístico y Literario de Regla, en cuya velada inaugural, celebrada el 8 de febrero de ese año, participó con un discurso que le mereció gran reconocimiento. El primero de esos Liceos fue escenario de muchas de sus intervenciones públicas en La Habana de entonces. Entre sus discursos allí sobresalió —como alarma para las autoridades colonialistas— el que pronunció en el homenaje dedicado el 27 de abril de 1879 al violinista cubano Rafael Díaz Albertini, en velada a la cual asistió nadie menos que el capitán general, Ramón Blanco.

Esa pieza oratoria no se conservó, pero de lo que en ella dijo Martí —y, de cómo lo dijo— se tiene una idea por lo que expresó en otras que sí se reprodujeron y, de modo particular, por el comentario que aquella suscitó en el mencionado oficial español. Viondi, que presencié los hechos, años más tarde testimoniaría que Blanco, al despedirse de Azcárate una vez concluida la velada, manifestó: «quiero olvidar lo que he oído y pensar en que es un loco el que en mi presencia ha dicho cosas tan censurables, pero un loco peligroso».

El más alto funcionario colonialista de la Isla tal vez asistió a esa velada alertado por la influencia que públicamente alcanzaba Martí, incluso entre los partidarios del autonomismo. Quizás había tenido ya la noticia de que el presidente del Partido Autonomista en Santiago de Cuba le había propuesto presentar su candidatura como diputado a Cortes en las siguientes

elecciones. Que Martí —en carta que paró en manos de la Policía— rechazara semejante ofrecimiento, no tenía por qué menguar las preocupaciones del capitán general, quien debía conocer también otro hecho que pudo moverlo a presenciar el homenaje a Díaz Albertini.

El 21 de aquel abril un grupo de connotados autonomistas organizó un banquete en el conspicuo café El Louvre, de La Habana, para desagraviar a Adolfo Márquez Sterling, quien los encabezaba. Ciertas maniobras en su contra le habían impedido alcanzar la plaza de diputado a Cortes en las elecciones de ese año. La invitación a Martí para que participara en el banquete y además pronunciara las palabras que al día siguiente publicó *La Discusión* —periódico de Márquez Sterling— debió ser para las autoridades españolas un mensaje muy claro: o transigen con nosotros, los autonomistas, que aspiramos a reformas sin separarnos de la Corona, o tendrán que vérselas con independentistas radicales, representados en Martí. El usó aquella oportunidad de hablar entre autonomistas y brindó por una política cubana que no se consumiera en la resignación y en las súplicas, ni viera en calma crímenes como la esclavitud. No sin fundamento aquel brindis se ha comparado con la Protesta de Baraguá, pero una Protesta hecha en las mismas fauces del poder colonial en la Isla.

No ha de extrañar que las autoridades colonialistas procurasen limitarle a Martí sus posibilidades de influencia. Acaso no fue simple casualidad que —argumentando que no había presentado a tiempo el título (que no había podido pagar) de licenciado en Filosofía y Letras— el 24 de julio el gobernador general le anulara la autorización que en febrero se le había extendido para que impartiera clases.

Lógicamente, Martí no podría disfrutar en Cuba de la tranquilidad a que aspiraba su familia, en especial la madre y la esposa. Sus actos de entonces ratificaron que no anteponía a las de la patria ninguna otra exigencia, aunque su resolución le costara privarse de una felicidad que, por otra parte, no podría alcanzar mientras Cuba no fuera libre. De eso habla su labor en actividades secretas y públicas de tanto riesgo en momentos en que el hogar se le había ensanchado, y complicado, con el nacimiento, el 22 de noviembre de 1878, de José Francisco. La vida en familia no parece particularmente diseñada para quien tiene responsabilidades esenciales con otro hogar más vasto: la patria e, incluso, la humanidad. Para combinarlo todo, quien abraza esas responsabilidades necesita en torno suyo un grado de comprensión que tal vez únicamente pueda recibir de sus iguales.

El advenimiento del hijo dio a Carmen Zayas-Bazán las primeras señales firmes de lo difícil que sería una convivencia que reclamaba, y reclamaría cada vez más, abnegación sin límites. La estancia de Martí en La Habana de entonces la interrumpió un acontecimiento decisivo para el rumbo de su vida, hasta en el ámbito familiar: fue nuevamente apresado y muy pronto remitido a su segundo destierro. A inicios de septiembre de 1879 se preparaba para impartir en el Ateneo de La Habana una serie de conferencias acerca de América, y no se le dio ocasión. El 17, en su casa de Amistad 42 —por lo menos la tercera en que vivió desde su llegada a La Habana en agosto del año anterior—, mientras almorzaba en compañía de Juan Gualberto Gómez, fue arrestado y conducido a la Estación de Policía de Empedrado y Monserrate. Gestiones de Azcárate sirvieron para librarlo de la incomunicación.

Siempre se dio por sentado que el apresamiento se debió a sus relevantes vínculos con la conspiración que ya ardía insurrectamente en Cuba, y no faltan razones en favor. Sin embargo, referencias testimoniales del propio Martí confluyen en que se le encarceló, y deportó luego, porque había descubierto planes del capitán general —el mismo que fue a escucharlo al Liceo de Guanabacoa— para azuzar a los cubanos «negros» contra los cubanos «blancos» y crear un caos «racial» que distorsionara la índole nacional de la rebeldía.

El espionaje español —ayudado por algún traidor— era eficiente, y la particular relación del capitán general con las revelaciones que Martí estaría acopiando, así como la ratificación que durante el breve arresto de este se tuvo del prestigio que había cosechado en La Habana, explicarían la rapidez con que se actuó contra el patriota. Un conspirador informó al Comité Revolucionario Cubano de Nueva York acerca de su detención y ofreció datos de sumo interés. Entre otras cosas, se refirió a su comportamiento y al de sus familiares:

Aquel gigante en su prisión nos dejó un modelo que debemos hacer en análogos casos. ¡Cuánta grandeza unida a tanta dignidad! ¡Cuánto valor unido a tanto sufrimiento! // Sin que se taladre de dolor nuestra alma no podemos recordar aquella noble despedida a su esposa. ¡Heroica mujer! Aquel adiós a su único y primer hijo, aquella separación de sus padres y hermanas y por fin los múltiples abrazos de sus amigos que lo acompañaron hasta la salida del vapor que lo condujera.

Las líneas finales de la cita apuntan hacia las muestras de simpatía y apoyo destinadas a Martí, sobre lo cual insiste el informante: «Ovación más completa jamás la ha recibido aquí ningún desterrado. Más de 300 amigos le fueron a saludar a su prisión. Más de 50 le acompañaron a bordo». Quizás no haya que dar por demasiado rigurosas las cifras, y lo más sugerente lo hallemos en la comparación categórica hecha con respecto a otros desterrados, que abundaban.

Ha de tenerse en cuenta, además, que Martí fue apresado el 17 de septiembre, y ya el 25, sin formación de causa, salía desterrado hacia España, pero con destino a Ceuta. Si las autoridades colonialistas en Cuba, comenzando por el capitán general, querían quitárselo de encima, alejar el peligro que representaba, debían actuar con premura. Confinarlo en Ceuta sería un modo eficaz de neutralizarlo.

Pero, en medio de la desgracia, pudo tal vez obrar la casualidad en beneficio de Martí: después de su arresto, el primer barco español que salió de La Habana y sin escala hacia la Península fue el *vapor Alfonso XII*. Tenía por destino Santander, al norte de España, o sea, en un punto opuesto a Ceuta, posesión africana de la Metrópoli, que allí tenía un fatídico sitio de reclusión.

Alma que me transportas

El 11 de octubre llegó a Santander, en cuya cárcel fue internado por disposición del gobernador. No volvía a España un desconocido, sino el cubano que en su primera deportación había descollado en una intensa labor propagandística al servicio de su patria. El 13 le escribió a Viondi y le hizo referencia a «los numerosos comentarios a que ha dado origen mi llegada». También le contó sobre el buen trato que el capitán y el sobrecargo del *Alfonso XII*, y otros viajeros, le habían dispensado en la travesía. A ella siguió una serie de hechos que influyeron favorablemente en la vida del preso.

En el mismo viaje arribó a Santander el político Ladislao Setián, diputado a Cortes por Laredo, un distrito santanderino. A bordo del *Alfonso XII* apenas si intercambió saludo con Martí, a quien ya en el desembarco le manifestó sorpresa y disgusto por saber que estaba preso, y le prometió interceder para su liberación. Martí agradeció el gesto, y lo olvidó,

seguramente creyendo que no pasaba de una actitud gentil y bien intencionada. Si alguna esperanza hubiera querido albergar, habría tenido que perderla al día siguiente, cuando el ministro de Ultramar ratificó su envío a Ceuta.

Pero el 13 de octubre, para sorpresa suya —le contó Martí a Viondi—, entró en la cárcel de Santander, donde permanecían otros cubanos que esperaban ser trasladados a la distante Ceuta, el misterioso Ladislao Setién. No para saludar meramente a un prisionero que le había causado grata impresión en el viaje desde La Habana, sino para llevarle la libertad bajo fianza. El propio Setién actuaba, a los ojos de Martí, como fiador. El prisionero, movido por la sorpresa, la alegría de la liberación y su capacidad de gratitud, no salía del asombro, de la emoción: «Debo mi libertad, amigo mío, a un hombre generoso.—Grandes cosas estoy obligado a hacer, puesto que grandes bondades tengo que pagar».

Quizás Martí mismo, quien ya en La Habana —según testimoniaría él años más tarde— había rechazado la intervención en su favor de una «bolsa rica» ofrecida para ayudarlo, pudo pensar que todo se debía a la bondad de Setién, la cual tampoco tenemos por qué negar. Pero en La Habana había personas que podían actuar en su beneficio, y que tenían recursos e influencia bastantes para hacerlo, por medio, desde luego, de funcionarios españoles como Setién. Se piensa, de inmediato, en Azcárate y en Viondi. Especialmente en este último, quien, sin que desconozcamos su afecto hacia Martí, veremos que podía estar particularmente interesado en que este no terminase en Ceuta, sino quedara libre en la capital española.

También otras circunstancias fueron tal vez favorables para Martí, a quien su creciente reconocimiento público, dentro y fuera de Cuba, convertía en un objetivo de la política de «pacificación». A ella se jugaba su carta una tendencia entonces preminente en el Gobierno español, y de aquel reconocimiento ganado por Martí fueron pruebas las mismas manifestaciones de apoyo que recibió durante su breve encarcelamiento habanero. Algo hecho en su contra estaría en camino de tener repercusiones nocivas para el prestigio de la política de «paz» en que algunos funcionarios basaban el éxito de su carrera.

Esa realidad, además, generó contradicciones entre dicha tendencia, fuerte en algunos cabecillas de la Península, y la mano dura que los encargados de ejercer el dominio dentro de la Isla quisieron a menudo imponer, sobre todo tras el estallido de un nuevo intento insurreccional en

agosto de aquel año. Eso costaría el cargo al propio capitán general Ramón Blanco, responsable directo de la decisión de enviar a Martí para Ceuta. En el destino de Martí intervino el general Arsenio Martínez Campos, artífice del Pacto del Zanjón, ministro de la Guerra y con especial carta de triunfo en la «pacificación» de Cuba, cuyos asuntos atendía de manera directa cuanto le era posible o conveniente.

El 22 de octubre el gobernador civil de Santander legalizó la documentación del preso cubano para que se trasladara a Madrid; y al otro día el gobernador militar informó que ya había salido para una entrevista con el ministro de la Guerra. El 29 se presentó Martí ante el gobernador civil de la capital española, y fijó allí residencia, lo cual sugiere que virtualmente su etapa de prisionero había finalizado. En ese mes o al siguiente se llevó a cabo la entrevista con Martínez Campos, a quien Martí, hasta el final de su vida, mencionaría pocas veces, pero siempre con reticencia. La muerte le llegó antes de escribir el artículo en que —según la transcripción conocida de una carta suya de 1894 a Sotero Figueroa— proyectaba incluir acerca de Martínez Campos «intimidaciones que le guardo para la hora de efecto». No es difícil sospechar que, también con él, Martínez Campos intentó utilizar las «caballerosas» maniobras de coacción y amenaza que le permitieron cuando menos confundir, o maniatar, a determinados cubanos, pero no a un revolucionario de la talla de Martí, ni a otros.

El 17 de noviembre una Real Orden —en la cual se adivina la mano, la gestión, de Martínez Campos— instruyó enviar al ministro de Ultramar una comunicación que encarecía la conveniencia de anular la remisión de Martí a Ceuta. Si las contingencias de la política española contribuyeron a librarlo de tan funesto aislamiento, él aprovechó ese resultado para mantener e intensificar su labor patriótica.

Ya en noviembre Martí atendía en Madrid trámites judiciales de Viondi. Ello habla del interés particular de este último en que pudiera permanecer libre en la capital española, y de la posibilidad de que en alguna visita a la prisión habanera le hablase de aquellos trámites —que Martí podía conocer desde antes— por si lograba salvarse de Ceuta. Para el desterrado la liberación equivalía a seguir la obra redentora a la cual se consagraba; y aunque deseara colaborar con el abogado amigo que lo había distinguido y ayudado —entre otras cosas, a conspirar—, lo decisivo para él era hallarle caminos a la lucha cubana.

Una vía se la ofreció, ¿casualmente?, su colaboración desde Madrid con Viondi. Según la carta que le escribió a este el 18 de noviembre, con el auxilio del abogado valenciano Facundo de los Ríos Portilla logró visitar en esa fecha a Cristino Martos, y que el destacado político lo recibiera al día siguiente para oírle hablar sobre los aludidos trámites. El 14 de febrero de 1893, a raíz de la muerte del andaluz Martos, publicó en el periódico *Patria* una crónica acerca de aquel encuentro. Escrita en su madurez, con su asombrosa pericia literaria y su proverbial memoria, ofrece —en la tercera persona con que a menudo se refería a sí mismo sin identificarse— indicios precisos sobre la vida del autor y, particularmente, sobre su entrevista con Martos, celebrada en la residencia (madrileña) de este.

Ante el político español debía exponer, por encargo de Viondi, lo arbitrario de las decisiones tomadas en la Isla con respecto a un pleito de herencia defendido por el abogado habanero. Pero Martí se las ingeniaría para ubicar la arbitrariedad dentro de un conflicto mucho mayor: la contradicción entre la patria cubana y la metrópoli española. De la impresión que el revolucionario, veintitrés años menor que él, causó en el experimentado político hay constancia en la crónica. Martí entró a la cita a las 8 de la mañana, acompañado por el colega valenciano, y hasta las 11 el anfitrión lo atendió con interés. Cuando el cubano salió de la habitación donde fue escuchado, halló este cuadro en el salón de espera: «Afuera, chispeando, el obispo. Y cesantes, y una mujer, y coroneles. Y bufando, de una pared a otra, [el general] Salamanca».

Pero lo más importante había ocurrido en el dormitorio donde Martos atendió a sus visitantes para escuchar al cubano. Aquel político admitió las diferencias determinantes que mediaban entre Cuba y España y hacían insostenible el vínculo colonial que mal unía a las dos naciones: «“Oh, sí: tiene usted razón”—dijo al fin Martos: “o ustedes o nosotros”». Y aún quedaba por darse un capítulo fundamental de aquel episodio. El 24 de noviembre —no el 20: o sea, no al otro día de la entrevista, como pudiera inferirse de las fechas de la carta citada y de la crónica, escrita catorce años después de los hechos— sesionó en las Cortes el Congreso de Diputados. Y Martí acudió a ver la reunión. Allí, en presencia de Martínez Campos, quien presidía el gabinete, Martos incluyó en su discurso «el párrafo cubano»: «¡El discurso, el discurso entero del cubano en la alcoba!», y concluyó con el dilema básico: «¡O ellos, o nosotros!», en fin de cuentas versión del «O Yara o Madrid» de Martí en *El Diablo Cojuelo*.

El diestro político, influido por un primogénito de la pasión y la justicia, rebasó los límites de su contradicción con otras tendencias que se agitaban en los vaivenes internos de España: «Al otro día, ni un solo diario, ni el de Martos, ni el de las Cortes después, publicaron una palabra, alusión siquiera, del discurso de piedad para la isla desgraciada». Pero la capacidad de convencimiento de Martí había librado otra importante batalla al servicio de la independencia de su patria, en las entrañas del Gobierno español.

De aquellos días madrileños pudieran datar los apuntes que escribió — de seguro con el estímulo de una de sus visitas al Museo del Prado— acerca de la pintura de Goya. Junto a Velázquez, Goya suscitó un asiduo interés en Martí, y mereció su aguda valoración. En ambos vio la raíz de mucho de lo mejor del arte pictórico de su tiempo. Su atención a la pintura no era cosa de ocio y distracción, sino de alimento para un espíritu caracterizado por la integralidad. Aquellas notas sobre Goya no serían la única constancia de su interés por las artes durante su breve estancia en el Madrid de 1879. En los primeros días de diciembre, por ejemplo, asistió a la representación de *Fausto* en el Teatro Real.

Martí padecía el destierro que materialmente lo alejaba de sus familiares y de la lucha. Por muy precaria que fuese, una etapa de guerra había estallado en Cuba, y él había contribuido a su preparación. En Nueva York radicaba el Comité que la había gestado, y hacia allí era natural que el deportado procurara dirigirse. En la carta del 18 de noviembre a Viondi expresó: «empleo el largo tiempo en echar de mí aquello que para nada ha de servirme, y en fortalecer lo que de bueno tenga. Estudio inglés, con fervor tenaz. Y reúno cuidadosamente todos aquellos datos que pueden serme útiles para la obra que desde hace años intento». Ahora el deber le indicaba apoyar la insurrección en marcha, aunque no pudiera confiar en que ella tendría el éxito que poco antes no alcanzaron diez años de guerra.

Vino hirviente es amor

En diciembre de 1879 burló las restricciones con que debía permanecer en Madrid, y logró llegar a Francia, para otra breve etapa de tránsito escasamente conocida. El 18, en una fiesta celebrada en el Hipódromo Longchamp, conoció a la famosa actriz Sarah Bernhardt, a quien más tarde le dedicará una crónica. El 20 partió desde el puerto de Le Havre en el

trasatlántico-correo *Francia*, que viajaba hacia Nueva York, donde el 3 de enero siguiente desembarcó.

Ya el 9 de ese mes era designado vocal del Comité Revolucionario Cubano, y el 16 asistió, en la vivienda del general Calixto García, a la primera de sus reuniones en dicha organización patriótica. El 26 de marzo asumirá interinamente, pero hasta el final de la Guerra Chiquita, la presidencia del Comité. Cuando García salió hacia Cuba insurrecta, le fue confiada a otro compatriota suyo, José Francisco Lamadriz, pero este se vio forzado poco después a marchar a Cayo Hueso. El 6 de mayo Martí le escribió a Mercado:

Aquí estoy ahora, empujado por los sucesos, dirigiendo en esta afligida emigración nuestro nuevo movimiento revolucionario. Solo los primeros que siegan, siegan flores. Por fortuna, yo entro en esta campaña sin más gozo que el árido de cumplir la tarea más útil, elevada y difícil que se ha ofrecido a mis ojos.

Eso explica el relativo distanciamiento que se aprecia en Martí con respecto a la mencionada contienda. Él aspiraba a métodos superiores de organización, y a una mayor radicalidad, que rebasaba la independencia política. Su pupila se había nutrido decisivamente con el estudio de la Guerra de los Diez Años, la cual marcó de modo indeleble su evolución política. Durante mucho tiempo se ha creído que en esa evolución fueron determinantes los sucesos del Chicago de 1886 y 1887. A su importancia, en sí mismos y para Martí, nos referiremos en su momento. La insistencia en su peso para el desarrollo del revolucionario cubano ha sido inseparable del afán de asociarlo, no acertadamente en todos los casos, con el socialismo.

Para este último el legado del justiciero Martí será siempre un alimento y, por muchas razones, guía y esperanza. Pero el proyecto martiano giraba en torno a la contradicción —fundamental para él— entre colonia y metrópoli, conflicto que ya para su tiempo encarnaba en la necesidad de nuestra América de alcanzar la segunda independencia: contra el expansionismo imperialista, como él comprendería al calor de los hechos. De la propia realidad colonial extrajo no solamente el fundamento de su perspectiva política, sino también bases decisivas para su ideario de justicia en el funcionamiento de la sociedad.

El 24 de enero de 1880 ofreció para emigrados cubanos en Nueva York su intervención conocida —por el sitio donde la reunión se celebró— como *Lectura en Steck Hall*, que días después apareció como folleto bajo el título de *Asuntos cubanos*. Obviamente, le interesaba difundir las ideas sustentadas en ella: entre otras, que los humildes habían sido los principales mantenedores de la Guerra de los Diez Años. Lo asistían las evidencias históricas.

Esa gesta la inició el abogado Carlos Manuel de Céspedes, hacendado en quiebra —pero hacendado y dueño de un ingenio azucarero—, y poco después sobresalió en ella Ignacio Agramonte, un terrateniente de alma democrática y también abogado. Ambos desbordaron los límites de su clase de origen para representar la voluntad independentista de la patria, y con ella a la nación. La marcha de la guerra —el peligro del empobrecimiento que no todos los dueños de ciertas riquezas estaban dispuestos a afrontar como habían hecho Céspedes y Agramonte— puso pronto a los más solventes de la región oriental del país en incapacidad para aportar líderes al independentismo. No hablemos ya de la oligarquía que predominaba en la parte occidental, donde el poderío basado en el trabajo esclavo salió incluso favorecido de la guerra, porque esta no prendió con fuerza en dicha zona, donde ganó terreno el autonomismo.

Al final de la campaña —caídos Agramonte y Céspedes en 1873 y 1874, respectivamente— las figuras que mayor autoridad y prestigio habían ganado para nuevos empeños independentistas eran Máximo Gómez y Antonio Maceo. El primero era campesino pobre. Al segundo, miembro de una familia con mayores recursos que aquel, la condición de mulato lo acercaba a los sectores más discriminados.

En su *Lectura* —trazada con visible cuidado frente a los demasiado fogosos y, sobre todo, a los vacilantes y timoratos— Martí expresó que eran los déspotas quienes ignoraban que «el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones». Manifestó su seguridad de que algunos que no habían estudiado «con celo minucioso» aquella gesta, se sorprenderían de ver que en el cuadro de la historia de Cuba ofrecido por él no se reflejaba «en un solo punto» la «urbana y financiera manera de pensar» propia de los más poderosos.

Lo que expresaba no era cosa de arranque pasajero y colérico. Una idea recorre el texto: «La intuición se ha convertido ya en inteligencia: los niños de la revolución se han hecho hombres», dijo casi al inicio, y aunque en

urgencias revolucionarias «¡bueno es sentir venir la cólera!», para él un hecho resultaba de especial interés: «Esta no es solo la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión». Su reflexión, meditada y de raíz democrática, nutría una voluntad contraria a la timidez autonomista, y también a la lucha precipitada y sin la preparación debida.

Si los autonomistas ya se habían agrupado en La Habana como Partido Liberal, él encomió a los campesinos que respondían a las peroraciones de aquellos «con vivas entusiastas, no a la patria liberal, sino a la patria libre». Y no únicamente defendió de manera explícita la abolición, sino que también aprobó la rebeldía de los esclavos, representada en «estas simples palabras, bondadosas y justas:—“Libertad no viene; caña no hay”».

Aunque no falten alusiones de apoyo a la guerra que en esos momentos movía a una parte de Cuba, en la *Lectura* predominan la rememoración de la contienda del 68 y la esperanza en una guerra futura. El texto contiene juicios como este: «Allá, en aquellos campos, ¿qué árbol no ha sido una horca? ¿Qué casa no llora un muerto? ¿Qué caballo no ha perdido a su jinete? ¡Y pacen ahora, en busca de jinetes nuevos!»

Martí cumplió las sucesivas tareas que se le asignaron o le correspondió ejecutar en el Comité Revolucionario Cubano. Pero la Guerra Chiquita no podía prender en un país donde no se habían vencido las causas que dieron lugar al Pacto del Zanjón e impidieron que la Protesta de Baraguá tuviera el efecto práctico que merecía. El 1 de agosto, casi al año de iniciarse las hostilidades, el general Calixto García se vio en la necesidad de deponer las armas. Aún quedaban alzados en el oriente de Cuba, y fue a Martí, en representación del Comité Revolucionario, a quien le tocó decidir desde Nueva York el fin formal de las acciones.

Apresado ya García, el coronel Emilio Núñez, todavía al frente de hombres en pie de guerra, le escribió a Martí el 20 de septiembre, consultándole qué resolución tomar. La respuesta, cuidadosa y precisa como suya, satisfizo a la vez las urgencias inmediatas y la salud de los principios. Era inescusable deponer las armas, y le comunicó a Núñez: «No las depone V. ante España, sino ante la fortuna. No se rinde V. al gobierno enemigo-sino a la suerte enemiga. No deja V. de ser honrado: el último de los vencidos, será V. el primero entre los honrados».

La solidez ética y la sabiduría política se reforzaban mutuamente en sus concepciones. Prolongar un intento concebido nada más como obra militar y sin la adecuada base política y de masas, acabaría comprometiendo el

futuro de la nación: «vendríamos, llevando a la Isla un nuevo caudillo, a hacer una guerra mezquina y personal,—potente para resistir, mas no para vencer,—manchada probablemente de deseos impuros,— estorbada por celos,—indigna en suma de los que piensan y obran rectamente».

Además de insistirle a Núñez en la necesidad de cuidar la vida de los combatientes valiosos que podrían reiniciar la guerra cuando se hubieran creado las condiciones requeridas para el triunfo —para la calidad del triunfo—, le expresó también: «Un puñado de hombres, empujado por un pueblo, logra lo que logró Bolívar; lo que, España y el azar mediante, lograremos nosotros. Pero abandonados por un pueblo-un puñado de héroes puede llegar a parecer-a los ojos de los indiferentes y de los infames-un puñado de bandidos».

Martí consagró sus esfuerzos a lograr la organización y la estrategia que pudieran salvar a la revolución de riesgos tales, y de la reedición de páginas como aquella en que los héroes devenían víctimas. Los principios y la orientación quedaron plasmados en la *Lectura en Steck Hall*, que, frente a los escollos patentes y previsibles, terminó con esta declaración de fe: «¡Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la patria, se unirá el mar del Sur al mar del Norte, y nacerá una serpiente de un huevo de águila!»

La tarea sería ingente y los obstáculos severos, pero cuando en 1892 se funde el Partido Revolucionario Cubano, Martí podrá decir que era el fruto de una obra de doce años. Entre los obstáculos que debió enfrentar figuró, ya desde 1880 y hasta el final de su vida, la vigilancia de la Pinkerton's National Agency y de la Davies' Detective Agency. Aquellos ancestros de los actuales medios de espionaje y contraespionaje estadounidenses recibían paga del gobierno español, pero en el intento de frustrar el plan martiano de independencia para Cuba servían también —o sobre todo— a los intereses dominantes en los Estados Unidos.

A las calamidades de la patria se unían ya para Martí signos visibles de lo que sería su tragedia matrimonial. Desde que llegó a Nueva York buscó empleo para ganar el sustento y propiciar el viaje hacia allí de la esposa y el hijo, que estarían a su lado en los primeros días de marzo de 1880, y el 6 de mayo le escribió a Mercado: «Carmen no comparte, con estos juicios del presente que no siempre alcanzan a lo futuro, mi devoción a mis tareas de hoy. Pero compensa estas pequeñas injusticias con su cariño siempre tierno, y con su exquisita consagración a esta delicada criatura que nuestra buena

fortuna nos dio por hijo». Quizás no preveía entonces hasta qué punto se desarrollaría la realidad a la que alude, risueñamente al parecer, líneas después: «Regaño a Carmen, porque ha dejado de ser mi mujer para ser su madre»



Con su hijo, probablemente en Nueva York, 1880.

También padecía entonces Martí las quejas, los regaños de su propia madre: «como tantos otros, cree que obro impulsado por ciegos entusiasmos, o por novelescos apetitos [...] Hago tristemente, sin gozo ni

esperanza alguna, lo que creo que es honrado en mí y útil para los demás que yo haga». Y aquí sí asoma una previsión consciente: «Fuerzas quiero, —que no premio, para acabar esta tarea. Sé de antemano que rara vez cobijan las ramas de un árbol la casa de aquel que lo siembra».

Frente a todo, se entregaba a lo que tuvo siempre como su quitapenas: el trabajo. El 8 de julio apareció «La última obra de Flaubert», inicio de sus artículos conocidos en el importante diario *The Sun*, que dirigía Charles A. Dana. Su colaboración en ese periódico es todavía objeto de estudio, dadas las contingencias idiomáticas y la imprecisa identificación de algunos textos.

Más se ha divulgado, en parte, su quehacer para *The Hour*, revista cuya primera entrega apareció fechada el mismo día en que él llegó a Nueva York, el 3 de enero de 1880. Esa publicación, a la que fue recomendado por el pintor cubano Guillermo Collazo, lo contrató para que escribiera, fundamentalmente al menos, sobre arte europeo. Ello propició, por ejemplo, que los pintores españoles Raimundo Madrazo y Mariano Portuny, y los novelistas franceses de entonces —en especial Daudet y Zoia: Flaubert, ya se ha visto, mereció algo similar en *The Sun*, así como otros creadores de esos o diferentes países, tal el caso del ruso Pushkin—, fueran tema para memorables valoraciones escritas por él para aquella revista.

Sin embargo, tal vez se conozca mejor, o más, la serie de tres crónicas suyas que allí vieron la luz los días 10 de julio, 21 de agosto y 23 de octubre de 1880, bajo el título «Impressions of America» y con esta indicación como firma: «By a Very Fresh Spaniard», que por el sentido de las crónicas deberían traducirse como «Impresiones sobre los Estados Unidos» y «Por un español recién llegado». En efecto, un personaje literario creado por Martí —un español que había acabado de llegar a Nueva York en el verano de aquel año— se extiende en las impresiones que dicha ciudad le ha causado.

El procedimiento, que va más allá de usar un mero seudónimo, le permitía al autor presentar a alguien que no es exactamente un *alter ego*, y que, marcado por la persistencia de la huella feudal en España, se conmovía ante las instituciones democráticas de los Estados Unidos, donde cada quien parecía «ser su propio dueño». En contraste con esa imagen favorable se le presentaba al recién llegado la visión de calamidades y desigualdades que le hablaban de una sociedad algo más que imperfecta. A pesar de la precaución cervantina empleada por Martí, en 1932 alguien como Jorge

Mañach —que años después ayudaría a descontextualizar frases de las «Impresiones» para pasarlas como elogios a los Estados Unidos en el número inicial (5 de enero de 1953) de *Life* en español— afirmó que aquellas crónicas mostraban «una franqueza estimativa que, a veces, no pudo menos que lastimar el incipiente narcisismo norteamericano».

No es que Martí ignorase los costados positivos y estimulantes del pueblo estadounidense, cuyas virtudes, representadas en sus mejores hijos, divulgó para nuestra América. Pero cosa bien distinta es —como se ha hecho hasta con buenas intenciones y ánimo de precisión científica— hablar de un Martí que en julio de 1880 se *deslumbraba* acríticamente con lo que veía en los Estados Unidos. Sobre ese país había evidenciado aprensiones fundamentales incluso antes de su estancia en México.

En su primer cuaderno de apuntes español (1871) anotó: «Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento.—Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad». No ha de verse en esas palabras un simple prurito latinizante, sino la experiencia del hijo de una colonia cuya gesta independentista no fue reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos, que siguió vendiendo pertrechos al de España. Será por eso que Martí añada casi inmediatamente: «ellos vendían mientras nosotros llorábamos».

Frente a los ilusos que veían en los Estados Unidos un modelo a imitar, el desterrado de dieciocho años rechazaba la imitación: «Nuestra vida no se asemeja a la suya, ni debe en muchos puntos asemejarse». En general, desaprobaba el rumbo seguido por la nación nortea: «Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!»

Con el recuerdo explícito de su escala de enero de 1875 en Nueva York rumbo a México, en apuntes que parecen de 1877, escribió acerca del sentido predominante impuesto a los Estados Unidos por su metalización, que en otro momento llamará dinerismo: «Los pueblos inmorales tienen todavía una salvación: el arte». Y agregó desde un profundo desacuerdo: «¡Ay, que esta luz de siglos le ha sido negada al pueblo de la América del Norte! El tamaño es la única grandeza de esa tierra. ¡Qué mucho, si nunca mayor nube de ambiciones cayó sobre mayor extensión de tierra virgen!» No hay que extrañarse ante la premonición apocalíptica:

Se acabarán las fuentes, se secarán los ríos, se cerrarán los mercados, ¿qué quedará después al mundo de esa colosal grandeza pasajera? El ejemplo de la actividad, que si ha asombrado tanto a la tierra, debe salvarla y equipararla al cielo, cuando anime con igual empuje las naves veleras de las aguas, y las salvadoras del espíritu.

Con esa visión arribó a los Estados Unidos en 1880, aun cuando sus preocupaciones fundamentales o más acuciantes no tuvieran por qué girar en torno a ella. Incluso llegaría a plantearse la posibilidad de salvar el honor de la América inglesa: en la medida en que impedir que esa porción del Continente se apoderara de los pueblos del Sur, podría también poner contención al desenfreno interior que la guiaba.

Las agitaciones íntimas de Martí —políticas y personales, siempre interfundidas en él— se agravarían con el inicio del cisma en su matrimonio. Carmen ya había conocido la separación forzosa de septiembre de 1879, cuando su esposo fue apresado y desterrado, y comprobaba que él no renunciaría a la brega revolucionaria. En consecuencia, para Martí estaría vedado el sosiego familiar y económico a que podía sobradamente aspirar con su gran talento, quizás la condición que —junto a la integridad de su carácter y a su encanto personal— más atractivo lo había hecho para Carmen. Quién sabe si pensaba él en eso cuando en una de sus crónicas estadounidenses, fechada 2 de mayo de 1886, hizo una generalización que rebasa ese ámbito: «el alimento natural de la mujer es lo extraordinario».

Carmen estaba ante un dilema inescusable: asumir, *pero ya también para su hijo*, los riesgos y las privaciones que les vendrían de seguir al redentor —que en todo 1880, por ejemplo, apenas tuvo escasas e irregulares fuentes de ingreso: las colaboraciones en la prensa y, según se ha dicho, algunas clases de español impartidas junto con su esposa—, o replegarse a Cuba, lo que significaba retornar al seno de su familia de origen, con buenos recursos (en Camagüey) y nada afín al independentismo. Optó por la segunda variante, y el 21 de octubre tomó con su hijo, de casi dos años, el camino hacia la Isla.

Separaciones como esa se repetirían dos veces más, y Martí pasó la mayor parte del tiempo —así, los últimos cuatro años de su vida— lejos de la esposa y de su único hijo. Ya en su carta del 13 de aquel mes a Emilio Núñez había anticipado: «veré salir de mi lado, sereno, a mi mujer y a mi hijo», y «me echaré por tierras nuevas, o me quedaré en esta, abrigado el

pecho en el jirón último de la bandera de la honra». De irse a otras tierras, es explicable que buscara aires más afines. Ya habían cesado las responsabilidades políticas que lo ataron entonces, y lo atarían después, a la colosal y poco familiar Nueva York.

La elección de Venezuela podía obedecer —se ha argumentado— al hecho de que durante la Guerra de los Diez Años el gobernante de aquel país, Antonio Guzmán Blanco, había dado muestras de apoyo práctico a la causa cubana. Ello tal vez generó en Martí esperanzas de encontrar respaldo para el nuevo intento insurreccional que se debía preparar. Tales esperanzas pueden haber pesado más que las advertencias sobre el caudillismo del presidente venezolano hechas por amigos suyos —cuando menos dos: Juan Antonio Pérez Bonalde y Nicanor Bolet Peraza, hombres de letras— que permanecían en Nueva York opuestos a la realidad política de su país. Acaso no calculó suficientemente el rebelde cubano que reeditaría en gran medida su experiencia guatemalteca.

El 28 de noviembre nació María Mantilla Miyares, hija de Manuel Mantilla y Carmen Miyares, los cubanos propietarios de la casa de huéspedes —de calle 29 número 51 Este— donde él había comenzado a residir desde los días de su arribo a Nueva York en enero de 1880, y en la que también se alojaron su esposa y su hijo. Los padres de la niña le habían ofrecido amistad, y resulta explicable que ambos desearan para la recién nacida un padrino como aquel hombre extraordinario que enriquecía el espíritu de su entorno.

El bautizo tuvo lugar el 6 de enero de 1881 en la iglesia St. Patrik's, de Brooklyn, y fue el inicio ostensible de lo que, andando el tiempo, llegaría a ser una relación entrañable de Martí con aquella niña, quien de alguna manera iría compensando la ausencia del hijo arrancado por la madre. Al matrimonio Mantilla-Miyares le habían nacido ya otros tres hijos —Manuel (1870), Carmen (1873) y Ernesto (1878)—, y todos quisieron vivamente al desterrado; pero era natural que los vínculos de este alcanzaran mayor intensidad con la más pequeña, que él vio nacer y era su ahijada.

***Venid, tábanos fieros,
Venid, chacales!***

El 8 de enero de 1881 Martí partió hacia Venezuela. Se ha dicho que llevaba cartas de recomendación del matrimonio Mantilla-Miyares, o específicamente de Carmen Miyares, quien tenía parientes en aquel país. Como fue usual en él durante sus recorridos por tierras de nuestra América o hacia ellas, hizo anotaciones acerca del viaje. Otro rasgo asoció esta nueva experiencia suya con la vivida en Guatemala: también ahora las notas le sirvieron para ejercitar el francés. A los apuntes en español sobre su paso por Curazao se añade, en lengua francesa, «Un viaje a Venezuela». Las virtudes del escritor —entre ellas su gran facultad de observación, para el paisaje y en especial para el entorno humano— confieren particular interés a esas páginas, que son, además, episodios autobiográficos.

A bordo del vapor *Felicia*, que zarpó de Nueva York aquel 8 de enero, emprendió un recorrido que incluyó escalas en Curazao y Puerto Cabello, este último en territorio venezolano. Finalmente, «se acuesta [...] en el barco al atardecer y se levanta al amanecer ante La Guaira, el puerto de mar de Caracas», según datos, el 20 de enero. Desde allí probablemente el mismo día venció el accidentado trayecto de nueve kilómetros hasta Caracas, por entre precipicios y cordilleras de muy bajas temperaturas, en el medio entonces disponible: una diligencia.

Lo estimulaba el deseo de llegar a la ciudad que en aquellas notas de viajero llamó «la Jerusalén de los sudamericanos, la cuna del continente libre, donde Andrés Bello, un Virgilio, estudió, donde Bolívar, un Júpiter, nació». Llegó al anochecer, y años después recordaría en *La Edad de Oro* al viajero que, «sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar».

El 28 de enero —fecha en que cumplía veintiocho años— recibió en la capital venezolana el saludo del influyente diario *La Opinión Nacional*. Muy pronto comenzó a trabajar y desplegó su quehacer literario y periodístico. Desde febrero y marzo, respectivamente, laboró como profesor en el Colegio Santa María, dirigido por Agustín Avelado, y en el Villegas, de Guillermo Tell Villegas. En el primero impartió Gramática Francesa y Literatura; en el segundo, Literatura, y creó una cátedra de Oratoria. Con las dos partes de su artículo «El centenario de Calderón» empezó a colaborar en *La Opinión Nacional* los días 15 y 28 de junio.

La tribuna siguió reclamándolo. Se conoce que el 21 de marzo habló en la velada que el Club del Comercio celebró para presentarlo en público. El encuentro mostró lo bien acogido que fue por la intelectualidad y el

ambiente social caraqueños, y el éxito de su discurso fortaleció esos lazos. El 4 de mayo intervino en la velada que el ya mencionado Club ofreció para despedir al artista Rafael Michelena, quien partía hacia Italia.

Aumentaba la significación pública del visitante, y es de suponer que también la atención que le dedicarían quienes podían preocuparse o no simpatizar con él: los representantes del Gobierno, y el mismo presidente, que, como caudillo de ley, estaba al tanto de todo, para controlarlo y someterlo a sus designios. Tanto la admiración como la hostilidad en torno al activo creador arreciarían cuando aparecieron los dos números publicados, con fecha 1 y 15 de julio, de la *Revista Venezolana*, que él dirigió, y con la que pudo realizar, en parte, el proyecto frustrado en Guatemala.

Su fértil ánimo probablemente impedía a quienes lo rodeaban percatarse de que tan intensa y emotiva actividad la desarrollaba un espíritu sometido a múltiple angustia. Venía de un nuevo estancamiento en la lucha de su patria y sin que se vislumbraran circunstancias propicias inmediatas para reanudarla eficazmente; del primer cisma visible en su matrimonio; de la tan explicable como persistente incompreensión de la madre propia; del ambiente de una ciudad que para él sería tósigo. Para colmo, comprobaría que las advertencias de sus amigos en Nueva York acerca de las veleidades políticas en Venezuela reflejaban la realidad de ese país, donde se prolongaban males similares a los que había conocido en México y en Guatemala. Pero, hombre hecho a fundar, no dejaba que las adversidades lo aplastaran, y hasta sus refugios se convertían en trincheras para el combate en todos los órdenes.

Desde el alojamiento familiar que la cobijaba junto a su hijo en Camagüey, Carmen Zayas-Bazán —que además afrontaba la hostilidad de su padre en aquellas circunstancias— inició el intento de acudir con el hijo al llamado del esposo, quien tuvo margen para ilusionarse con buenos horizontes en la Caracas donde su magisterio fue pronto aclamado, sobre todo por la joven intelectualidad. Carmen se trasladó a La Habana, a la casa de su cuñada Leonor Martí; pero seguramente opiniones de buen tino la disuadieron a tiempo de la idea de continuar viaje hacia un país cuyo ambiente político no demoró en mostrarse inconciliable con su radical esposo. A él tocaría seguir sin hogar en Caracas, y allí escribió *Ismaelillo*, poemario dedicado al hijo ausente. En el pórtico, desde una intimidad destinada a convertirse en declaración de principios, expresó: «Hijo: //

Espantado de todo, me refugio en ti», y a esa muestra de desgarramiento añadió: «Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti».

Así hablaba el emancipador que no se detenía ante los obstáculos, por muy terribles que fueran; y, al mismo tiempo, el artista que también redimía en la esfera de la palabra. En *Ismaelillo* se ha reconocido con justicia el inicio de la poesía moderna en Hispanoamérica, por lo que su significado transformador ha de situarse en el área de expansiones concéntricas y diversas que distingue a la modernidad literaria en lengua española.

La obra de liberación que tanto en arte como en política aspire a tener la eficacia saneadora que debe caracterizarla, ha de renunciar a conseguirla por caminos postizos o imitativos. Otro poeta-padre habría cantado a su hijo en versos que puedan recordarse al leer *Ismaelillo*, pero Martí le advierte drásticamente al suyo: «Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así». Otros modelos podían nutrir al autor que braceaba sin límites en los logros del mundo; pero él no pintaba moldes ajenos, sino visiones propias: «Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón. // ¡Lleguen al tuyo!»

Sus visiones eran concreción del sentimiento. En ello —y en la dignidad de las ideas— estriban el sentido y el triunfo de la originalidad de Martí, quien en 1893 afirmará: «Se tiene un fin, y se va a él. Sin fin, no hay estilo. Escribir es sentir». Adunó las virtudes del creador artístico y las de quien —sin separarse de aquellas— meditaba lúcidamente sobre la creación y no pretendía convertir la suya en cartabón para imponerse a otros, o para medir la ajena.

La *Revista Venezolana* fue una confirmación de su victoria, tanto más alta por serlo de un afán en que todo se vinculó fértilmente a la voluntad creativa. No es fortuito que entre los significados de los símbolos de *Ismaelillo* se encuentre el hecho de que su pequeño José Francisco sea evocado, desde la distancia, con voluntad fundacional: de ahí el nombre que lo designa en el poemario y recuerda a quien creó un pueblo en el desierto. Con serlo, el fundador tenía el derecho o la responsabilidad de aspirar a que su hijo también creciera siéndolo, aparte de servirle como alegoría extraindividual.

En su primera entrega —redactada íntegramente por Martí— la *Revista Venezolana* anunció sus «Propósitos», que hallaron un trazado mucho mayor en el editorial, asimismo de Martí, de la segunda: «El carácter de la *Revista Venezolana*», texto que ha merecido la calificación de primer manifiesto del modernismo hispanoamericano. Hoy resulta especialmente justo, y necesario, indicar que en Martí la búsqueda de la modernidad para nuestros pueblos no supuso, en modo alguno, la tentación de dejarse atar a los designios de las potencias hegemónicas. Se guio creativamente por la necesidad de inserción en la marcha del conjunto mundial, sin encerrarse en capillas localistas ni traicionar la especificidad propia.

La *Revista* no se creó «para dar salida a producciones meramente literarias, de las que vive sin embargo tan pagado y a las que con doloroso amor secreto se abandona el que esto escribe y comienza a alejar con mano resuelta de estas páginas, sus propias hijas nacidas en pañales de Europa, o en pañal de lágrimas». Por lo general, cuando Martí hablaba de las diferencias de nuestra América y Europa se refería también, en gran medida, a la Europa trasladada al continente americano: la América europea, específicamente los Estados Unidos. Por otra parte, la publicación no restringía sus propósitos al ámbito del país donde se editaba y que le daba título: «quien dice Venezuela, dice América».

Ese editorial tiene para la modernidad literaria hispanoamericana un significado similar al que en el verso logró *Ismaelillo*. En aquel adelantó Martí muchos de los puntos centrales que desarrollará una década más tarde en el ensayo «Nuestra América», ya en otra etapa de recuento y ante una mayor consolidación de las urgencias y los peligros de esta parte del mundo.

Sin restar importancia a los hechos de su biografía durante la escala venezolana, puede afirmarse que esta le representó, sobre todo, un momento de redondeo y balance de sus ideas. Su proyecto nacional, que asomó —o mejor: se plasmó—, para aquellos años y hacia el porvenir, en la *Lectura en Steck Hall*, alcanzó en Caracas una mayor vastedad orgánica y conceptual, al arraigarse aún más en su ideario latinoamericanista. Rebase con creces lo simbólico el hecho de que ese enriquecimiento de ideas y programa se evidenciara en la cuna del Libertador Simón Bolívar, cuyo legado fundacional él sabría asumir con devoción y con independencia de criterio.

La patria cubana, todavía por liberarse, formaba parte de un conjunto de pueblos —ya «independientes» en su mayoría— que demandaban una

transformación esencial, y esta les exigía que comenzaran por conocerse acertadamente a sí mismos. He ahí la obra a la que debía servir la *Revista Venezolana*. Pero las páginas de una publicación no siempre resultan adecuadas a franquezas que —ante la complejidad de su índole y los retos planteados por su comprensión raigal— debían tal vez permanecer en anotaciones personales.

Los apuntes de Martí —que a menudo revelan claves para conocer la génesis y el desarrollo de muchas de sus ideas— figuran en lo más interesante de una obra marcada toda por la trascendencia. Y sus apuntes caraqueños ocupan un sitio particular. En un pasaje de esas notas se lee:

No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya-Hispanoamérica. Estamos en tiempos de ebullición, no de condensación; de mezcla de elementos, no de obra enérgica de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio en la unidad del género.—El apego hidalgo a lo pasado cierra el paso al anhelo apostólico de lo porvenir. Los patricios, y los neo-patricios se oponen a que gocen de su derecho de unidad los libertos y los plebeyos.

El espíritu de esos patricios y neopatricios, impuesto al rumbo del país —y cuyo rostro cubano fue puesto al desnudo en el texto que Martí escribió para *Él Diablo Cojuelo*—, orientaba hacia la imitación de naciones patricias y neopatricias, que así veían favorecida su propia voluntad de dominar a los países «menores». Frente a semejante mal se afianzaba el sentido de autoctonía que Martí procuraba sembrar para nuestra América: «Las instituciones que nacen de los propios elementos del país, únicas durables, van asentándose, trabajosa pero seguramente, sobre las instituciones importadas, caíbles al menor soplo del viento».

Tal sentido de integralidad en el análisis fue irreversible en Martí, quien desde esa ganancia afinará sobre sólidos principios su proyecto nacional. Recordemos lo que había dicho a Valero Pujol en Guatemala: «Yo nací en Cuba, y estaré en tierra de Cuba aun cuando pise los no domados llanos del Arauco». O cualquier otro paraje, pudiéramos añadir, pues en todos hallaba enseñanzas, y su concepto de revolución —distintivamente popular— se afianzó con el estudio de la historia americana. En otro de sus apuntes caraqueños se lee: «En América, la revolución está en su período de

iniciación.—Hay que cumplirlo. Se ha hecho la revolución intelectual de la clase alta: helo aquí todo. Y de esto han venido más males que bienes».

Estamos en presencia de un resumen continental de conceptos esenciales que, en relación con Cuba, había hecho públicos en el Steck Hall neoyorquino el año anterior. En su discurso del 21 de marzo en el Club del Comercio y con respecto a la independencia de Cuba, objetivo que en su programa abarcaría también la emancipación de Puerto Rico, afirmó: «Se sabe que al poema de 1810 falta una estrofa». Para él, completar la epopeya que protagonizó Bolívar significaría asimismo comenzar simultáneamente un himno de estrofas todavía más complejas.

Cualquiera que fuese la táctica expositiva empleada en sus textos, Martí está entero en cada uno de ellos, dada su invulnerable honradez. Podía guardar silencio, pero jamás incurría en deslealtad a sus ideas, y estas no eran las que gustarían a un gobernante autócrata y, por tanto, contrario al honrado democratismo del periodista de la *Revista Venezolana*.

Además de «El carácter...», editorial ya citado, Martí aportó como autor al segundo número de la publicación —en el cual colaboraron asimismo Guillermo Tell Villegas, Diego Jugo Ramírez, Lisandro Alvarado y Eloy Escobar— una semblanza de Cecilio Acosta, importante escritor venezolano que había fallecido el 9 de julio y a quien también estuvo dedicada la contribución de Jugo Ramírez: «En la muerte de Cecilio Acosta», poema en décimas. En la semblanza que le consagró, Martí sostuvo que «estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas». Al enaltecer las cualidades de Acosta, subrayó esta: «Negó muchas veces su defensa a los poderosos: no a los tristes». Sabía que estaba elogiando a un enemigo público del gobernante venezolano: a Cecilio Acosta se le ha llamado «el más brillante adversario de Guzmán Blanco».

Si este último ya tenía avisos suficientes para estar advertido de quién era Martí, el obituario consagrado a Cecilio Acosta debió confirmárselo. La circunstancia era ventajosa para quienes quisieran congraciarse con el caudillo, algo usual en tales casos. Aquel número de la *Revista Venezolana*, aunque fechado 15 de julio, apareció hacia el 21, y pocos días más tarde le llegó a Martí, de parte del presidente Guzmán Blanco —uno de cuyos edecanes declarararía años después haber sido el portador del mensaje—, la comunicación de que debía abandonar Venezuela.

El 27 de julio escribió al director de *La Opinión Nacional*, Fausto Teodoro de Aldrey, anunciándole que al día siguiente dejaría el amado país: «Con tal premura he resuelto este viaje, que ni el tiempo me alcanza a estrechar, antes de irme, las manos nobles que en esta ciudad se me han tendido». La prisa no le impidió cumplir sus deberes y dejar bien aclaradas su actitud y su base de principios, como era norma en él.

En cuanto a los deberes contraídos, precisó: «Por de contado cesa de publicarse la *Revista Venezolana*», que se imprimía en los talleres de *La Opinión Nacional*, y tras ratificar su gratitud por la acogida que se dispensó a aquella, que en gran parte circuló obsequiada por él, puntualizó: «Queda también [...] suspendido el cobro de la primera mensualidad: nada cobro, ni podrá cobrar nadie en mi nombre, por ella; la suma recaudada ha sido hoy o será mañana, devuelta a las personas que la satisficieron». No actuaba así alguien de bolsa holgada, sino quien necesitaba auxilio económico para el precipitado viaje que se veía forzado a emprender. Escrupulosamente atendía los detalles y los grandes ideales:

De América soy hijo; a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

Al día siguiente inició una nueva etapa de peregrinación en su vida de cubano consagrado, en lo central e inmediato, a la independencia y el saneamiento de su patria. Esa tarea, magna en sí misma, constituía para él un peldaño hacia la más vasta de seguir revelando la América que existía, y sacudirla, para fundar la del futuro. Imposibilitado de volver a Cuba — donde, en caso de que se quisiera pasar por alto su condición de desterrado, sus pasos y los de sus colaboradores habrían estado bajo el asedio de la vigilancia colonialista—, se instaló nuevamente en los Estados Unidos. Los numerosos emigrados cubanos en aquel país ofrecerían la base para preparar fuera de la Isla, pero en constante coordinación con ella, la nueva guerra.

Aquí estoy, solo estoy, despedazado

El 28 de julio de 1881 partió Martí desde La Guaira con destino a Nueva York a bordo del vapor alemán *Claudius*, que haría escala en Puerto Cabello. De aquella travesía hacia la que algunos años después él llamará «metrópoli ahíta y gozadora», no hay las constancias de observación y entusiasmo que dejó sobre sus viajes a tierras de nuestra América. El 10 de agosto llegó a Nueva York, y pronto se estableció en el número 459 de la Avenida Kent, en Brooklyn.

Hay evidencia documental de que, por lo menos, ya en mayo del año siguiente mantenía vínculos con el quehacer revolucionario en el seno de la comunidad de emigrados cubanos. Pero debe tenerse presente que se trataba de un movimiento de carácter clandestino, y en fase de reinicio después de la tregua de 1878 y la dispersión agravada por el fracaso de la Guerra Chiquita. No es sensato limitar el análisis a los pocos documentos que se conserven y hayan aparecido, ni sobrevalorar las posibilidades de acción que daba aquel afán todavía desordenado. Martí, por su parte, se hallaba en la búsqueda de vías que evitaran las insuficiencias y los reveses precedentes.

Después de su análisis de la Revolución del 68, libre ya él de los compromisos que le planteó el intento insurreccional de los años 1879 – 1880, y fortalecido su pensamiento con el balance caraqueño, desde que regresó a Nueva York esa búsqueda significaría fundar un nuevo proyecto revolucionario. Cuanto hizo desde entonces fue fragua de preparación, y así ha de considerarse: como acto de justicia y para no acabar teniendo una visión fragmentada, inorgánica, de su dedicación a la causa cubana. En otras palabras, para no incurrir, o reincidir, en el despropósito de apreciar en su desempeño patriótico un vuelo, con algunos toques a tierra —sus labores conspirativas probadas—, pero vuelo en fin de cuentas, desde los períodos de encarcelamiento y deportación entre 1869 y 1879, y la relación con la Guerra Chiquita, hasta los preparativos directos de la contienda en cuyos inicios murió.

Si hubo años decisivos en esa fragua fueron precisamente los que vivió en Nueva York tras su regreso de Caracas, aunque para lo tocante a Cuba no

se ajustaran a su deseo ni al ritmo de su intensa actividad personal. Mientras no estuviera en pie el plan que demandara su plena entrega al quehacer político, tendría tiempo y hasta obligación de atender responsabilidades más estrictamente literarias —en él siempre inseparables de su orientación cardinal— y su drama familiar sería más palpable. De este último había nacido *Ismaelillo*, que por una carta suya de 9 de diciembre de 1881 al amigo venezolano Diego Jugo Ramírez, quien permanecía en Caracas, se sabe que ya para esa fecha estaba en prensa en Nueva York. Circuló al año siguiente en edición de autor (no comercial), hecha por la Imprenta de Thompson y Moreau.

La carta a Jugo Ramírez transparenta el estado de ánimo de Martí en aquel momento neoyorquino: «Ni con qué corazón quiere Vd. que le escriba, si me lo dejé allá [en Caracas] todo? Aquí he traído la rueda que voltea, y la masa que trabaja; pero allí donde puse mis esperanzas, y las perdí, allí dejé lo más caro de mi vida». Dejó incluso parte de las esperanzas de hallar un medio favorable donde recuperar la compañía de la mujer y del hijo. No será banal que todavía a propósito de *Ismaelillo* le reitere al amigo y a la esposa de este constancias de agradecimiento que en lo esencial seguramente les había dado en Caracas:

Ayer mismo, revolviendo entre mis recuerdos piadosos, volvía a ver uno que me es caro: un ramo de violetas, que me dio su esposa, en aquel día primero de carnaval en que no en vano estaban todos los colores en calles y ventanas,—porque no había ninguno en mi alma. A los pocos días alcé los ojos a aquel ramo, que adornaba el retrato de mi hijo, y vi que se secaba. Y escribí esto, que no le enseñé por ser cosa tan sencilla:

*¿Por qué os secáis, violetas generosas,
Que me dio en hora amarga mano pía?
Pues patria al alma dais, flores medrosas,
¡No os secaréis en la memoria mía!*

¡Oh! ¡y no se secan!

Aquí, mis escasas horas de esparcimiento son horas venezolanas. Las parto con Bonalde, y con [Jacinto] Gutiérrez Coll. Ellos me animan a imprimir un librito, que escribí en Caracas, y allá le iré. Ya está en las prensas. Es un juguete, como para mi hijo.

En Martí llevaban trascendencia hasta los «juguetes»: para saberlo no hay más que leer su artículo «Un juego nuevo y otros viejos», de *La Edad de Oro*. El sentido de renovación de aquel poemario de «musa traviesa» halló cauce en el prólogo que al año siguiente a esa carta escribió para una nueva edición de *El poema del Niágara*, de Pérez Bonalde.

Dicho prólogo, que extiende por otros costados la inquieta y profunda meditación de «El carácter de la *Revista Venezolana*», ocupa un lugar especial en el esclarecimiento del tipo de modernidad democrática —más exactamente: popular— a que aspiraba Martí desde su conciencia de que se hallaba en «ruines tiempos» y —como esperanza de cambio— en «época de elaboración y transformación espléndidas», «de reenquiciamiento y remolde». Rechazaba en conjunto «las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos» entonces institucionalizados o imperantes: «So pretexto de completar al ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos [...] y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado».

Solamente un autor convencido del valor de su obra, y seguro de que por esos años se consolidaba en ella una transformación decisiva, podía permitirse —como él en su carta-testamento literario, escrita unos días antes de su muerte, y a la cual volveremos— conjugar tal mezcla de aprecio y desdén hacia páginas fundamentales como ese texto: tenerlo en cuenta en el proyecto general para la edición de su obra y, al mismo tiempo, considerarlo «tan violento» y una muestra de que «aquella prosa aún no había cuajado, y estaba como vino al romper». Este juicio final únicamente podríamos asumirlo, con la conciencia tranquila, guiados por el criterio de que en ninguna de sus zonas la escritura de Martí fue vino apesado en vidrio, sino lagar en que la irrupción vital encontró el perfeccionamiento constante, sin dejarse esterilizar por una depuración aséptica o artificiosa.

En ese texto, además, ya es ganancia sedimentada para Martí el entendimiento analógico, la convicción de que «en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes». Con esa perspectiva enjuiciaba, a menudo en el propio modo de exponerlos, los elementos diversos de la realidad; y en la búsqueda de lo factual llevaba siempre raíz y guía. Su condición de revolucionario latinoamericano le ofreció tempranamente la posibilidad de estar advertido

sobre los riesgos de sociedades que por actividad y por tamaño podían deslumbrar a otros.

El sentido democrático de la modernidad a que aspiraba se basó en el análisis de la sociedad cubana (*Lectura en Steck Hall*, por ejemplo) y de nuestra América en su conjunto (sus textos de Venezuela o nacidos de esa etapa fueron a la vez síntesis y anticipación), y en la vigilia ante los Estados Unidos, reflejada en gran parte de su obra. El 3 de diciembre de 1881 apareció en *La Pluma*, de Bogotá, «Coney Island», crónica insertada en el camino de las «Impresiones» de *The Hour*. Al hablar de aquel centro de recreo neoyorquino como símbolo de la nación, y sin acudir ni a seudonimia ni a personaje literario alguno, señaló que, «por mucho que las primeras impresiones hayan halagado sus sentidos» a los pueblos hispanoamericanos, estos descubrirían que «aquella gran tierra está vacía de espíritu».

Su forma de describir y narrar lo que observaba en su entorno estadounidense desentraña, desde la propia estructura literaria, la índole y los componentes de la realidad. Pero no era un escritor tragado por ella: la revelaba orientado por una discrepancia esencial. En una primera persona colectivizante representó —y representa— a pueblos donde «vivimos devorados por un sublime demonio interior, que nos empuja a la persecución infatigable de un ideal de amor o gloria». Con orgullo, no como condena, los sabía distintos de «aquellos espíritus tranquilos, turbados solo por el ansia de la posesión de una fortuna».

La parafernalia de Coney Island, que él apreció agudamente en su analogía con el país —«lo que asombra allí es, el tamaño, la cantidad, el resultado súbito de la actividad humana»—, confirmaba, de suyo, las aprensivas admoniciones que ofrecía en la crónica a quienes sabía que podían padecer ciertos complejos de inferioridad del Sur cultivados por la misma propaganda del Norte, y fomentados por no pocos ingenuos. No por casualidad el texto arranca en estos términos:

En los fastos humanos, nada iguala a la prosperidad maravillosa de los Estados Unidos del Norte. Si hay o no en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos los lazos que ata el sacrificio y el dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal, lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos; si la ausencia del espíritu femenil, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional,

endurece y corrompe el corazón de ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los tiempos.

En rigor, lo dijeron también desde el principio los textos de Martí. Ni única ni fundamentalmente por facilidad expositiva cabe asociar *Ismaelillo*, «Coney Island» y el prólogo a *El poema del Niágara* —y otras páginas suyas— con *Versos libres*, poemario que no llegó a publicar, y ni siquiera a concluir para su edición. Es ya habitual vincular *Ismaelillo* con el inicio de la modernidad en la poesía hispanoamericana; pero no es un acto de irresponsabilidad conjeturar que, de haber aparecido en su momento, *Versos libres* no solamente hubiera compartido similar función en el plano del espíritu, sino en el terreno de la repercusión literaria activa, genética incluso. Tras su publicación en 1913, dieciocho años después de muerto Martí, parece haberla tenido en un libro como *El Cristo de Velázquez*, de Miguel de Unamuno, quien dirá en su comentario «Sobre el estilo de Martí»: «El estilo es el hombre, se ha dicho, y como Martí era un hombre, todo un hombre, tenía un estilo, todo un estilo».

Rubén Darío, a quien tanto gustaba considerarse iniciador del modernismo en Hispanoamérica, pero que supo apreciar y proclamar las extraordinarias virtudes del cubano, en carta de 1888 dio otra prueba de admiración hacia él: «¡Si yo pudiera poner en verso las grandezas luminosas de José Martí!» Hasta esa fecha, la obra publicada por este último era fundamentalmente periodística, salvo, en cuanto a cuadernos de versos, *Ismaelillo*, que tuvo escasa circulación. Darío quizás no tenía presente, no lo bastante al menos, las grandezas luminosas del «juguete» dedicado al hijo; pero difícilmente habría mantenido igual criterio si hubiera conocido cómo grandezas tales irrumpieron volcánicamente en *Versos libres*, donde lo que se ha visto a veces como ecos de Whitman pudiera ser, ante todo, fruto de haber abrazado y nutrido —con su permanente originalidad— el espíritu de expansión liberadora de una nueva época en el tránsito humano.

Ya por repercusión, ya por coincidencia afectiva, en ese libro se han visto anticipaciones a *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca. *Versos libres* prolonga y ensancha los caminos y la expresión abiertos por *Ismaelillo* en la angustia del autor, y en sus esperanzas y su universo axiológico, no obstante las diferencias de diversa índole que median entre ambos. *Ismaelillo* nació en torno a un motivo determinado —la ausencia del

hijo—, y su escritura se localiza en un lapso cerrado y relativamente breve, mientras que la gestación de *Versos libres* comenzó antes y abarcó un período vital y creativo mucho más amplio.

Como volumen, es posterior a *Ismaelillo*, y los dos únicos poemas que entre los registrados en el índice manuscrito del autor tienen al pie el año de escritura —«Canto de otoño» y «Amor de ciudad grande»— corresponden a 1882, el mismo en que se editó ese cuaderno. Pero Martí dejó constancia de haber empezado a escribir *Versos libres* no menos de cuatro años antes. Al margen de «Media noche», uno de los poemas incluidos en el índice, anotó: «A los 25 años de mi vida», edad que cumplió en 1878, «escribí estos versos», y, además de añadir criterios afines a su perspectiva literaria ostensible en *Ismaelillo* y a los conceptos sustentados en textos como «El carácter de la *Revista Venezolana*», también precisó: «hoy tengo cuarenta». O sea, todavía alrededor de 1893 trabajaba en la escritura o en la revisión de *Versos libres*, o atendía este libro, que en sus «encrespados [...] endecasílabos hirsutos» —así los llamó— conforma poema a poema un fresco en gran medida cercano al trazado en sus crónicas a partir de los años 80, específicamente en los Estados Unidos.

Ese parentesco supragenérico —propio de un creador que no se estancaba en restricciones preceptivas frustrantes— toca incluso el plano formal. Se aprecia, por ejemplo, en «El padre suizo», que lleva por epígrafe un telegrama periodístico despachado en Little Rock, Arkansas, sobre una tragedia ocurrida en ese Estado, cerca de una localidad de nombre París, en el condado de Logan. El infausto suceso, interpretado por Martí en medio de la atmósfera que se respira en Nueva York, le da núcleo al poema, condensación de la noticia acerca de Edward Schwerzmann, un suizo que, según el cable, «obró en un momento de locura». El poeta va al fondo de los hechos, y dice que, por salvar a sus tres hijos «de la carga dura / De la vida sin fe, sin patria, torva/ Vida sin fin seguro y cauce abierto», fue que el padre, desesperado, los echó a un pozo y se lanzó con ellos para morir todos juntos.

Si la raíz del aludido parentesco literario desea verse en lo conceptual y en el dinamismo combinado de pensamiento y palabra —que es donde más decisivo resulta—, basta leer «Amor de ciudad grande», uno de los poemas fechados en 1882. «De gorja son y rapidez los tiempos», dice el verso inicial. Otros certifican: «¡La edad es esta de los labios secos! / De las

noches sin sueño! De la vida / Estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta / Que la ventura falta? Como liebre / Azorada, el espíritu se esconde».

Ismaelillo refleja un momento en las penas del poeta, y *Versos sencillos* —como veremos— ofrece un recuento autobiográfico de lo más factual del autor, sin desatender la expresión de su espíritu. *Versos libres* será también, en gran medida, un recuento autobiográfico, la plasmación de su experiencia como protagonista o como testigo, invertidos los términos de la relación entre la etopeya y los hechos narrados. Uno de los asuntos contextuales que dejan huella palmaria en *Versos libres* —la realidad estadounidense, vista en ese libro, fundamentalmente, desde el prisma esclarecido o empañado por Nueva York— será central en el periodismo de Martí desde su regreso de Caracas.

Poco después de establecerse en la ciudad nortea, comenzó a colaborar eventualmente en publicaciones como *La Ofrenda de Oro*, de la propia Nueva York; *La América*, de Madrid; *La Pluma* y *El Pasatiempo*, de Bogotá, entre las que ya solicitaban o reproducían sus escritos. Y, sobre todo, inició su corresponsalía para los diarios *La Opinión Nacional*, que conocía desde su estancia en Caracas, y, en 1882, para el bonaerense *La Nación*, su primer gran vínculo con Argentina. Sus envíos al rotativo caraqueño comenzaron a publicarse el 5 de septiembre de 1881, con la firma *M. de Z.*, que la redacción identificó para los lectores en la entrega del 6 de enero del año siguiente, y —como se ha sugerido— tal vez pudiera significar Martí de Zayas[—Bazán], en prueba de añoranza por su Carmen ausente. El 15 de julio de 1882 —residía ya en el número 324 de la Avenida Classon, en Brooklyn, Long Island, presumiblemente en busca de condiciones para recibir a la esposa y al hijo, que permanecían en Cuba— fechó la crónica inicial de su correspondencia para *La Nación*, donde apareció el 13 de septiembre.

Por esa crónica sufrió contratiempos como los que ya había empezado a tener en *La Opinión Nacional*: sus anteriores vínculos con este diario no bastaron para que se le tolerase su pensamiento. El 22 de septiembre de 1881, diecisiete días después de publicarse allí su primera crónica neoyorquina, el hijo del propietario le escribió para comunicarle que alguna de sus colaboraciones quedaría sin publicarse, porque se refería al Papa en términos inconvenientes para los intereses del rotativo, y llegó a pedirle que diera «algo con sabor ultramontano». El mismo propietario, Fausto Teodoro de Aldrey, intervendrá con carta del 3 de mayo de 1882 para hacerle otra

recriminación esencial: ya eran varios los textos que no se le publicarían debido a la forma como trataba determinados temas, en particular las costumbres y los vicios de la sociedad estadounidense.

Las contradicciones con la dirección del diario caraqueño acabaron haciéndole interrumpir su trabajo para ese órgano, y poco tardó en hallar obstáculos semejantes en *La Nación*: su crónica de estreno le valió que — en carta del 26 de septiembre de 1882— el director, Bartolomé Mitre Vedia, le comunicara que aquella había suscitado interés hasta el punto de ser reproducida por varios periódicos; pero también para ser objeto de censura, precisamente en su visión de los Estados Unidos. Mitre le informó que había aplicado tijeras al texto «en lo relativo a ciertos puntos y detalles de la organización política y social y la marcha de ese país», porque, de haberse publicado como el autor lo escribió, hubiera parecido que en su periódico «se abría una campaña de *denunciation* contra los Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social».

A pesar de las precauciones de Aldrey y de Mitre, lo que sus respectivos diarios publicaron muestra una raigal desaprobación de Martí hacia el rumbo de la sociedad en los Estados Unidos. Su primera correspondencia sobre ese país aparecida en *La Opinión Nacional* expresó natural rechazo contra el atentado del cual había sido víctima el presidente Garfield, ya entonces a punto de morir. Pero el periodista se preguntaba: «¿quién sabe cuántos empujan la mano que al fin cae sobre la víctima? ¿quién sabe qué misteriosos y grandes cómplices tendrá este hombre [el asesino], de cuya complicidad ni él mismo sospecha?» Y —para no añadir aquí más que otro ejemplo escogido casi al azar— en la crónica fechada 12 de noviembre de 1881 y publicada el 27 se lee:

Una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, vence en elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esa casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la hora en que el número de sus sectarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirlas gravemente.

Con todo y haber aparecido mutilada, también la crónica inicial de su colaboración en el diario argentino muestra una visión desfavorable de la esencia del cuerpo social estadounidense, como con razón Mitre temía que ocurriera. A partir de una semblanza condenatoria del asesino de Garfield, Charles J. Guiteau —tema que había tratado varias veces en *La Opinión Nacional*—, Martí creó un cuadro que reflejaba ante todo la sordidez del ambiente en los Estados Unidos. Allí «se anunció el programa de la ejecución [del homicida] como el de una exhibición curiosa», y se generó en torno a ella un montaje propagandístico y mercantil a costa, incluso, de la salud mental de los niños: «En juguetes andaba imitado el cadalso», y en un lugar del país «reuniéronse los niños de la población con una horca y un ahorcado de juguete para ahorcar a Guiteau».

El cronista no se restringió ni a lo que había de justicia ni a lo que había de farsa en aquel proceso, y fue a problemas esenciales de la nación, los que algunos interesados querían ocultar tras la maquinaria montada en torno a la muerte de Garfield y la ejecución del homicida: «Estamos en plena lucha de capitalistas y obreros», dijo, y, además de referirse a las injusticias padecidas por los trabajadores, señaló que la respuesta que ellos daban era cada vez mayor —«ya estas rebeliones no son hechos aislados»— y podría tener serias consecuencias: «Porque en este pueblo de trabajadores, será tremenda una liga ofensiva de los trabajadores. Ya están en ella. El combate será tal que conmueva y remueva el Universo».

Las cizallas de Aldrey y de Mitre no pudieron impedir que los lectores recibieran de Martí las denuncias justicieras, ni menguar la resonancia de metal que en las páginas de *La Nación* tanto impresionarían a Sarmiento. Pero una pregunta se torna ineludible: ¿cuántas cosas más habrá escrito el periodista en aquellos textos que los editores le mutilaron o mantuvieron ocultos?

Al iniciarse como corresponsal de *La Nación*, había resuelto dejar de serlo para *La Opinión Nacional*. Una posterior carta suya a Manuel Mercado —del 13 de noviembre ¿de 1884?— informa que para seguir siéndolo se le había puesto como condición «alabar [...] las abominaciones de Guzmán Blanco». Ya actuara por presión del gobernante de su país, o por voluntad propia, Aldrey debía saber que semejante exigencia equivaldría a privarse de la colaboración de Martí. Este reaccionó como correspondía a sus convicciones, aunque le costara el dolor que en carta del 28 de julio de 1882 le expresó a Jugo Ramírez: «¡Cuánto me duele ahogar

aquella voz, hecha ya a vaciarse en los buenos y altos pechos que aún respiran a las faldas del Ávila! ¡Qué placer era para mí, por más que me ocasionase rudo trabajo, escribir todas aquellas cosas a Caracas!»

Mitre Vedia, aunque cuidando sin ambages «las conveniencias de empresa», fue respetuoso en los términos con que se dirigió al corresponsal. También sospecharía —o sabría— que no trataba con un periodista más, sino con un escritor cuyo relieve se iba apreciando ya en el Continente. Una temprana prueba de ese aprecio tuvo lugar en la capital de Colombia (país cuyo actual territorio no visitó Martí ni antes ni luego de esa prueba: sí viajaría en 1893 y en 1894, como parte de sus gestiones revolucionarias, a Panamá, que desde su independencia de España en 1821, y hasta 1903, se constituyó como departamento colombiano, aunque de modo quebradizo).

La Patria, revista de Bogotá, le dedicó en noviembre de 1881 un número extraordinario (el XXXV), donde el crítico Adriano Páez, comentando la crónica acerca del asesinato de Garfield aparecida en *La Opinión Nacional* el 19 de octubre anterior, lo llamó «uno de los más brillantes literatos de la época» y vaticinó que sus textos lo colocarían «entre los grandes escritores de América y España». Martí, lo más deslumbrante y definitivo de cuya obra apenas comenzaba entonces, agradeció el precursor elogio de Páez, aunque hasta el final de su existencia, en su testamento literario, se dio el lujo de recordar aquella crónica de la siguiente manera: «De *Garfield* escribí la emoción del entierro, pero el hombre no se ve, ni lo conocía yo, así que la celebrada descripción no es más que un párrafo de gacetilla». ¡Pero qué gacetilla!

Después de la colaboración del 15 de julio de 1882, Martí estuvo sin enviar correspondencia a *La Nación* hasta la fechada 19 de enero de 1883. Entre las razones para ello debió influir que estuvo meditando qué resolución tomar. Aunque es posible que su colaboración en *The Sun* fuera más intensa y prolongada que lo hasta hoy sabido o aceptado, renunciar a *La Nación* hubiera equivalido no solo a privarse de una tarea de pan ganar. Esto era importante para alguien que vivía de su trabajo, pero él —a quien nada hizo desertar de sus principios— sabía que renunciar a esa corresponsalía implicaba, también, perder una de las más importantes tribunas periodísticas a que podría aspirar para difundir sus ideas en la América de habla española, e incluso en el ámbito del idioma.

Antes de enviar la segunda crónica a *La Nación*, escribió el 19 de diciembre una carta al director de ese diario. Para la fecha es de suponer

que hubiera recibido hacía días ya la misiva de Mitre Vedia, a quien dice: «Contesto ahora, en medio de verdaderas premuras su carta». Por tener que ver directamente con una decisión importante para su vida y su obra, es conveniente detenerse en la respuesta de Martí. Acaso percibió que, entre elogios, Mitre le insinuaba su creencia de que había escrito aquella crónica en ánimo más apasionado que reflexivo, y tal vez por ello le precisó al empresario: «No hay cosa que yo abomine tanto como la pasión». Hay que entender: la pasión que es capaz de enturbiar el espíritu y el discernimiento, no esa cuya presencia distingue a los que él llamaba «primogénitos del mundo», como era su caso. Y seguidamente ratificó su visión sobre los Estados Unidos:

Cierto que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material, que malogra aquí, o-pule solo de un lado, las gentes,—y les da a la par aire de colosos y de niños. Cierto que en un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agradar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América. Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro.

No era Martí alma que se privara de la justicia de elogiar aquello que lo mereciera, y en lo que atañe a los Estados Unidos también sus crónicas de *La Nación* —y ni remotamente solo ellas— darían, desde la primera hasta la última, sobradas muestras de su capacidad de ponderación. Claro ejemplo de ello lo ofrece una de sus semblanzas de grandes hijos de los Estados Unidos publicadas en aquel diario: la de Wendell Phillips aparecida el 28 de marzo de 1884. En ella el autor muestra cómo ese continuador del abolicionismo llevó su obra justiciera a la defensa, en su propio país, del esclavo moderno, el obrero. El hecho recuerda que a las líneas antes citadas de la carta a Mitre agregó Martí estas otras, que deben leerse en su multilateral sentido:

Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin, que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultra-aguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador,—entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal

de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas.

La carta confirma que Martí era consciente de que su pensamiento hallaría tropiezos en el camino. En realidad, para saberlo no necesitaba aplicar toda su perspicacia: le bastaban las pruebas que había tenido en distintos países, e incluso en el diario bonaerense. Ello explica por qué, después de tales razonamientos, le dijo a Mitre que había hecho bien «en mermar de mi primera carta,—por cuya publicación y afectuoso anuncio le quedo agradecido,—lo que pudiera darle—por ser primera e ir descosida de otras, aire de prevenida y acometedora». Ya hemos visto que las mutilaciones resultaron pocas para privar al texto de su capacidad de reflejo crítico de la sociedad estadounidense. Tras aquellas palabras Martí añadió:

Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros,—por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí.

Todos esos cuidados y precauciones, y otros que no citaremos, entiende Martí necesarios —para no faltar a la sinceridad ni quemar las naves en el influyente periódico— antes de expresarle a Mitre: «va dicho sin decirlo que acepto el honor de [...seguir escribiendo] para *La Nación*».

Oh, sed de amor!

Una circunstancia feliz pudo incluir Martí en su explicación a Mitre de la demora en responderle y continuar el trabajo iniciado para *La Nación*: «después de dos años de no ver a mi mujer e hijo, me han venido en estos mismos días, en medio de este crudísimo diciembre, a alegrar mi casita recién hecha, que es toda de Vd.». Era una alegría transitoria en su vida, pero alegría en fin, y ha de regocijarnos saber que le hizo bien, después incluso de haber dudado de llegar a tenerla. A alguien tan distante como el destinatario de esa carta le habló de «las ansias de aguardarlos, y los miedos

de que no viniesen». Es natural que la llegada alterara el estilo de vida en que se consumía cuando Carmen y José Francisco estaban lejos:

las faenas del establecimiento, y las enfermedades de aclimatación-me han quitado el sosiego de espíritu y claridad de mente necesarios para escribir con honradez y serenidad cosas que han de leer gentes sensatas. No lo achaque, por Dios, a informalidades de gentes letradas, que en esto no fui nunca, ni quiero yo ser, gente de letras.—

Tendría que seguir intensificando sus ocupaciones para hacer frente a los requerimientos del hogar que se le completaba, y también para eso le sería útil la corresponsalía del diario bonaerense, donde se las arregló para expresar sus puntos de vista y hallaría el momento de manifestarse aún más abiertamente.

No todas las tareas que realizó entonces eran remuneradas, pues alguna de ellas debió tener, por su índole, carácter honorario, y en más de un caso conjugarían con un carácter u otro la posibilidad de un mayor vínculo con nuestra América, y más real influjo sobre ella.

En agosto de 1882 trabajaba —no sabemos hasta cuándo lo hizo, ni específicamente en qué tarea— en las oficinas de la Empresa Lyon and Company, que a finales de julio le había ofrecido emplearlo provisionalmente por un mes: como paso previo a un posible acuerdo más duradero entre ambas partes, que no parece haberse concertado. El 25 de septiembre la editorial y distribuidora de libros D. Appleton and Company le remuneró, con cien dólares, su traducción de *Antigüedades griegas*, de J. F. Mahaffy, que finalizó en febrero del año siguiente. Entre 1883 y 1886 esa casa publicó, además de la citada, tres obras vertidas por Martí al español: *Antigüedades romanas*, de A. S. Wilkins; *Nociones de lógica*, de W. Stanley Jevons; y *Misterio*, título, quizás suyo, de *Called Back*, novela de Hugh Conway.

En 1886 —según carta del 17 de marzo de 1889 a Enrique José Varona— se apartó «con rudeza justa de toda relación» con el «burdo y hostil» jefe del Departamento Español de los Appleton, «a los pocos meses de tenerme entretenido con trabajos ridículos, y nada sé de la casa desde hace tres años». Tal vez por eso no se publicó su traducción —cuyos originales se dan hasta hoy por perdidos— de *Lalla Rookh*, obra de Thomas Moore.

Martí apreció especialmente esa traducción, aunque también hizo la de *Ramona*, novela de Helen Hunt Jackson que él quiso de veras: la publicó en 1888 y 1889. Ya para entonces habría desistido, por falta de recursos, y por otras urgencias, de la idea de levantar él mismo una empresa editorial. Es de suponer que no contaba con ella cuando el 19 de febrero de 1889 le anunció por carta a su amigo uruguayo Enrique Estrázulas: «Pronto va a salir, con ilustraciones magnas, mi traducción de *Lalla Rookh*, en que hay unas cuantas páginas del pobre Bonalde que esconde dignamente su infelicidad, —y del silencioso [Diego Vicente] Tejera. Como me den dos ejemplares, le mando uno. El libro es de lo más rico que puede salir de prensa alguna». Un fruto así hace pensar en una editorial bien establecida.

Aunque a Estrázulas le habla con desdén de la traducción, poco antes de morir ratificó su aprecio por ella, única mencionada en su testamento literario, y evidenció que había quedado inédita. A Quesada le escribió: «No desmigaje el pobre *Lalla Rookh* que se quedó en su mesa», aparte de expresarle que quizás se podía hacer con ella uno de los volúmenes que propuso para la edición de su obra, o al menos publicar la «Introducción» en el tomo que preveía para Letras, Educación y Pintura.

La retribución que ganó por una de las traducciones para Appleton le permitió llevar junto a él a su padre desde junio de 1883 hasta el mismo mes del año siguiente. En alguna de sus cartas a La Habana don Mariano testimonió la humildad en que vivían, pero no tuvo reproches para el hijo, a quien aprendió a comprender —y a respetar— desde que en presidio le conoció la entereza. Ya en la misiva guatemalteca del 30 de marzo de 1878 en la cual le habló a Manuel Mercado sobre la incomprensión que hallaba en la madre, Martí afirmó: «Mi pobre padre, el menos penetrante de todos, es el que más justicia ha hecho a mi corazón». Con él a su lado, escribirá al amigo mexicano el 30 de agosto de 1883: «Papá alegra mi vida, de verlo sano de alma, y puro, y al fin en reposo».

Martí vivía humildemente a pesar de lo mucho que trabajaba. En esa carta de agosto se lee: «Desde ayer [...] hasta esta mañana del 30, [...] apenas he tenido tiempo para acostarme fatigado; y levantarme azorado con el cajista a la puerta; y los cinco y siete ya dispuestos, esperando mi pluma». También se refirió a sus escritos para la revista *La América*, y a su labor en las oficinas de la empresa comercial Carlos Carranza and Company. Es cierto que disfrutaba el trabajo —«A otros embriaga el vino: a

mí el exceso de trabajo», confesó a Jugo Ramírez el 28 de julio de 1882—, pero tantas labores debían darle margen para una vida más holgada.

En sus estrecheces debió influir la ayuda que daba a la madre. El 13 de noviembre de 1884, al mencionarle a Mercado su corresponsalía para *La Nación*, precisó: «pero este sueldo va a mamá», y agregó: «Con \$120 me basta para la vida». ¿No ganaba más entonces? Viene a la memoria el hecho de que incluso cuando años después sea todavía más intensa y reconocida su labor periodística, y desempeñe simultáneamente los consulados de tres países en Nueva York, mantendrá su existencia austera, lo que en él no se percibe como condena, sino como vocación.



Don Mariano Martí Navarro, el padre.

Para Martí, echar su suerte con los pobres de la tierra no era simple consigna, sino modo de asumir la vida, y no resulta desdeñable la sospecha de que desde aquellos años encaminaba en el servicio a la patria parte de sus ingresos. Si algo predomina en su testamento literario, del 1 de abril de 1895, con respecto a sus magros fondos —aunque instruye el pago de deudas y algún beneficio a personas de su mundo afectivo—, es esta idea: «y todo el producto sea de Cuba». Por supuesto, para compartir con él la vida, era necesario asumir una actitud similar a la suya también en el orden económico y material.

Las responsabilidades de distinta índole se le multiplicaron. Sus tareas en *La América*, dedicada principalmente a temas de agricultura, industria y comercio, y en la cual ya colaboraba en los primeros meses del año precedente, incluyeron en enero de 1884 el cargo de director. En sus

páginas mantuvo la amplia pupila que lo distinguió —publicó semblanzas de latinoamericanos y estadounidenses ilustres; trató sobre arte y literatura de Europa y América—, pero el perfil de esa revista, que desde Nueva York se destinaba a los pueblos hispanoamericanos, le propició divulgar descubrimientos de la ciencia y la técnica. Antes lo había hecho también en las ágiles notas de la «Sección constante» que escribió para *La Opinión Nacional*, como parte de una preocupación que no se extinguió en él.

Frente a neómanos deslumbrados, insertaba su interés por los temas científico-técnicos en el núcleo de su afán por contribuir al crecimiento de nuestra América para hacer frente a necesidades internas y a desafíos venidos del exterior, y todo ello sin perder de vista las particularidades de esta zona del mundo, ni descuidar los requerimientos del espíritu. No se ha de hacer depender estrechamente de ese interés específico la científicidad de sus concepciones, basada, ante todo, en su poder para desentrañar verdades claves de la realidad, principalmente en el área de la sociedad y la historia.

Eso sí: lo científico fue uno de sus nutrientes, aunque a veces no se haya visto lo bastante, debido tal vez a una errónea valoración de la excelencia artística de sus textos —¡como si fárrago y ciencia fueran la misma cosa!—, y de su permanente vigilia contra ciertas manquedades del positivismo. Este, particularmente en nuestra América, aportó estímulos para oponerse a las vendas escolasticistas, pero se asoció también con actitudes de sometimiento a los dictados de las naciones hegemónicas, y con subvaloración del elemento espiritual.

Por ello en 1882 Martí afirmó en su elogio de Emerson: «Las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza; la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elementos del Universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores, mas a quien no se conocen superiores». Y esto otro: «El espíritu, sumergido en lo abstracto, ve el conjunto; la ciencia insecteando por lo concreto, no ve más que el detalle».

En su aspiración de una ciencia superior saludó en 1883, precisamente en *La América*, un libro del naturalista cubano Felipe Poey: «Ya va siendo notabilísimo en los poetas y oradores de nuestra raza el afán de hacerse hombres de ciencia. ¡Y hacen bien!» Su mirada estaba puesta en una integralidad que conjugara, sobre cimientos éticos, las virtudes artísticas, encarnadas en el poeta cubano José María Heredia, y las científicas,

simbolizadas por él en el sabio independentista colombiano Francisco José de Caldas. Por eso dice allí que Heredia debe estar fraguado de Caldas.

En función de esa perspectiva ha de valorarse el significado de su crecimiento intelectual y el aprecio que merecía por ello. Así, el 24 de junio de 1883 pronunció un discurso en el banquete-homenaje dedicado a recordar a Simón Bolívar con motivo del centenario de su nacimiento, y al cual asistieron el presidente de Honduras y varios diplomáticos de países latinoamericanos. Con fecha 15 de enero de 1884 la Sociedad caraqueña Amigos del Saber le acreditó la condición de miembro correspondiente en Nueva York. Pero acaso la más notable evidencia de su reconocimiento internacional, para ese año, deba verse en su designación —efectiva en mayo— como cónsul general interino de la República de Uruguay en Nueva York: primera etapa de su desempeño diplomático.

He vivido: al deber juré mis armas

Las tareas realizadas por Martí venían a ser modos de ampliación o complemento de su obra política inmediata: la preparación del movimiento independentista cubano para una nueva guerra. A pesar del déficit documental para el estudio de sus actos de entonces —desde su llegada a Nueva York en 1881 y hasta 1884— se conoce que ya hacia mayo de 1882 se relacionaba con intentos organizativos que, fraguados en los Estados Unidos, tenían conexión con los conspiradores que se hallaban en Cuba. También es sabido que a finales de 1882 sobresalía en tareas encaminadas a la liberación de José Maceo y otros patriotas apresados por el régimen colonial español. Esos quehaceres condujeron a la creación de un Comité Patriótico Organizador de la Emigración Cubana de Nueva York, actividad en la cual Martí se vinculó con Cirilo Villaverde, el autor de *Cecilia Valdés*.

Al año siguiente sostuvo diversas entrevistas conspirativas, incluso en su propia casa. Miraba hacia un plan de mayor alcance, que no se circunscribía a hechos más o menos aislados y espontáneos. El 20 de julio de 1882 les escribió a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, las figuras vivas que salieron con mayor prestigio de la Guerra de los Diez Años. Desde el saludo en que ratificó su aprecio a esos dos héroes, apuntó asimismo a las virtudes permanentes que tenía en cuenta para dirigirse a ellos. A Gómez le dijo: «La honradez de V, General, me parece igual a su

discreción y a su bravura. Esto explica esta carta». Y a Maceo: «Estimo sus extraordinarias condiciones, y adivino en V. un hombre capaz de conquistar una gloria verdaderamente durable, grandiosa y sólida». Lo más importante se hallaba en lo que ambos, Gómez y Maceo, emprenderían para continuar lo hecho, y superarlo.

Tras recordar sus propios vínculos con la fallida Guerra Chiquita —que él había valorado como lo único que en su momento podía hacerse al servicio de la patria y hasta del honor personal—, le expresó a Gómez:

desde entonces me he ocupado en rechazar toda tentativa de alardes inoficiosos y pueriles, y toda demostración ridícula de un poder y entusiasmo ficticios, aguardando en calma aparente los sucesos que no habían de tardar en presentarse, y que eran necesarios para producir al cabo en Cuba, con elementos nuevos, y en acuerdo con los problemas nuevos, una revolución seria, compacta e imponente, digna de que pongan mano en ella los hombres honrados.

El que se estuviera dirigiendo a la vez a dos héroes prominentes de la gesta «pasada», ambos de mayor edad que él, confirma que su referencia a «elementos nuevos» en modo alguno suponía una escisión generacional, sino un llamamiento a nuevos conceptos estratégicos y, en consecuencia, organizativos. En lo que a sí mismo concierne, le dijo a Gómez:

Por mi parte, General, he rechazado toda excitación a renovar aquellas perniciosas camarillas de grupo de las guerras pasadas, ni aquellas jefaturas espontáneas, tan ocasionadas a rivalidades y rencores: solo aspiro a que formando un cuerpo visible y apretado aparezcan unidos por un mismo deseo grave y juicioso de dar a Cuba libertad verdadera y durable, todos aquellos hombres abnegados y fuertes, capaces de reprimir su impaciencia en tanto que no tengan modo de remediar en Cuba con una victoria probable los males de una guerra rápida, unánime y grandiosa,—y de cambiar en la hora precisa la palabra por la espada.

El carácter previsor de aquellas cartas de Martí incluyó la advertencia que le hizo a Gómez acerca de un posible fortalecimiento del anexionismo. Al reformismo autonomista habían ido a parar hasta combatientes del 68 desconcertados por las causas y las consecuencias del Pacto del Zanjón, o que no veían otro camino para sus inquietudes. Pero Martí estaba

convencido de que la inutilidad de las peticiones autonomistas acabaría confirmando —a pesar de la cúpula dirigente de aquella opción— la legitimidad del independentismo. Y aunque especialmente en sus inicios este último pudo hallar estímulo en la gesta que emancipó de Inglaterra a sus antiguas Trece Colonias y dio lugar a un país próspero como los Estados Unidos, Martí rechazó tempranamente cualquier aspiración que no fuera la plena independencia para Cuba.

Acertó al no creer que aquella nueva nación poderosa estuviera interesada en recibir a Cuba sino como dominio colonial, y también al considerar la posibilidad de que la ilusión anexionista fuera un obstáculo más para el desarrollo de la Revolución. Podía ser un freno manejado astutamente desde los Estados Unidos con el fin de favorecer la consumación de la llamada teoría de la «fruta madura».

Al escribirle a Gómez, Martí no pensaba tanto en lo que había sido hasta entonces el anexionismo como en lo que aún podía ser. Ante el peligro, era necesario tener «en pie, elocuente y erguido, moderado, profundo, un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y modestia de sus hombres, y la sensatez de sus proyectos, una confianza suficiente para acallar el anhelo del país» e impedir que este, «en el instante definitivo», se volviera «a los hombres del partido anexionista que surgirán entonces». El reclamo de modestia no era casual: expresaba el sincero democratismo de Martí y apuntaba hacia su convencimiento de que la tendencia anexionista —así como la del autonomismo— tenía sus cabecillas y sus intereses rectores entre los opulentos del país.

En octubre y noviembre, respectivamente, Gómez y Maceo le ratificaron de distintas maneras su disposición de continuar sirviendo a la independencia de Cuba. Pero eso no quiere decir ni que los experimentados guerreros advirtieran todas las implicaciones de los términos usados por Martí en las cartas del 20 de julio, ni que vieran entonces en él, bastante más joven que ellos, el guía político al cual seguir. En lo que atañe a Gómez, quien contestó además que estimaba prematuro comenzar un nuevo movimiento, Martí le comunicó que no le había escrito antes en espera de «tener ya juntos y de la mano algunos elementos de esta nueva empresa», y que la carta enviada era parte de los trabajos hasta entonces hechos, los cuales se vinculaban con Cuba: específicamente con «hombres juiciosos» de La Habana y de Camagüey. En aquella ciudad, le dijo, tenía incluso un «discreto comisionado».

Gómez y Maceo se hallaban en Centroamérica, y no hay por qué descartar que para entonces estuvieran fraguando su propio intento insurreccional, y, sobre todo, dispuestos a hacerlo realidad tan pronto como fuera posible. Por lo menos ya en 1884 el primero de ellos encabezaba lo que se conocería como Plan de San Pedro Sula, por la localidad hondureña donde lo había proyectado, y Plan Gómez-Maceo, por su asociación con este otro general. Dicho Plan propició el primer contacto directo de Martí con los dos eminentes jefes militares, y dio inicio a discordias cuyas consecuencias se prolongarían por años, de diversos modos y con distinta duración según cada caso. Fuera de ciertos enfoques, orales o escritos, que a menudo fallan en sus propósitos, una revolución no puede hacerse sin contradicciones, menos aún si lo es de verdad.

El 1 de octubre de 1884 llegaron Gómez y Maceo a Nueva York en su empeño de aglutinar fuerzas para la insurrección que planeaban, y al siguiente día tuvo lugar en el Hotel de Madame Griffou la primera reunión de Martí con ellos, a la que pronto siguieron otras. Acudió al llamado de aquellos héroes, y tendría ocasión de apreciar hasta qué punto eran compartidas o ignoradas por ellos las concepciones que ya sabía necesarias para encarar tropiezos y males, como los padecidos por la Revolución en Cuba y en otros países de nuestra América ya independientes.

Gómez recordaría que en un momento de aquellas entrevistas necesitó dejar solos a sus contertulios, y que en cuanto él regresó al grupo, Martí se despidió, como si en el intervalo se hubiera disgustado en particular —o únicamente— con Maceo. Eso confesaría Gómez haber creído, cuando el asunto era mucho más grave y abarcador, como, según testimonio del propio dominicano, parece haber intuido, al menos hasta cierto punto, Maceo. Martí se lo aclararía enérgicamente al principal jefe de la conspiración; y quiso que fuera de modo meditado y por escrito, al margen de lo que en el transcurso de las conversaciones ya hubiera *hecho o intentado hacer saber* a ambos generales. Tras dos días de reflexión, condensó sus ideas en la conocida carta del 20 de octubre de aquel año, acerca de la cual estampó Gómez estos criterios en un comentario fechado el 22:

Durante mi momentánea ausencia, no sé lo que dicho Gral. [Maceo] habló con Martí, pero se deduce por el sentido de la carta. // Cuando yo regresé, aún encontré al señor Martí en mi cuarto; a poco se despidió de mí

de un modo afable y cortés. Solos yo y el Gral. Maceo, me dijo este, «este hombre, Gral., va disgustado con nosotros». Tal vez, le contesté yo, y no hablamos más una palabra. // A los tres días recibo esta carta, que no contesté, pues no se da contestación a los insultos.

Gómez, hecho al despliegue militar en su conjunto, y acaso poco atento a otros «detalles», no parece haberse percatado del fondo conceptual de la discrepancia. Maceo, en cuyo temperamento se unían el tesón de mando afincado en los hábitos de la guerra y el coraje que le permitió encabezar un acto como la Protesta de Baraguá, pudo acaso haber expresado criterios particularmente inaceptables para Martí. Pero es poco probable que las apreciaciones que movieron a este a retirarse del Plan fueran el saldo de alguna que otra intemperancia de Maceo durante la breve ausencia de Gómez.

En líneas que preceden a las ya citadas de su comentario, Gómez se refirió a su idea de encomendarle a Maceo una comisión de trabajo a México, en la cual, añadió, «dispuse yo que [Martí lo] acompañase». Confesó, además, que en el hecho de que en aquellos «días de fatigosa espera» Martí siguió visitándolos y «hablando siempre del mismo modo y con igual calor de nuestro plan revolucionario», apreciaba él manifestaciones de intromisión en las prerrogativas del mando. Aún agitado su ánimo por la carta que le cursó Martí —y que veremos—, Gómez relató:

Ya notaba yo, que él se permitía hacerme muchas indicaciones inusitadas que no tenían razón de ser, y que no correspondía hacerlas al que se le confía la dirección de un asunto —mas yo con blandura lo contenía en los límites [a] que he creído que él puede llegar, para no perjudicarnos dejando el mando de la nave a muchos capitanes hasta que haciendo caso omiso del Gral. A. Maceo, que era el jefe designado para la comisión, me dijo: «que (sus palabras textuales) al llegar a México y según el resultado de la comisión» —yo no le dejé concluir, con tono áspero— (mis palabras textuales) «Vea, Martí, límitese Vd. a lo que digan las instrucciones, y lo demás el Gral. Maceo hará lo que debe hacerse», nada más dije, y me contestó tratando de satisfacer mi indicación—.

Lo que allí ocurrió no podría analizarse como un simple «choque de personalidades». Ni el caso fue que Martí tratara de interferir órdenes,

desconocer la autoridad de héroes que admiraba de veras y buscar para sí un pedazo de mando. Menos aún querría «insultar» —él, nadie menos que él, ejemplo de enérgica delicadeza— a un hombre a quien veneraba. Precisamente las grandes condiciones que reconocía en Gómez le hacían aún más temible la posibilidad de que la República se fundara desde la guerra sobre métodos de autoridad que podrían generar un caudillismo todavía más incontrastable. «Pero hay algo», le dijo a Gómez, «que está por encima de toda la simpatía personal que Vd. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente». Fiel a los criterios que le había expresado en la carta de 1882, en la de 1884 le reiteró que actuaba guiado por la

determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, embellecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.



En Nueva, York, 1885.

Por muy preocupado que estuviera ante aquellas señales, desde el inicio le puntualizó a Gómez que no debía leer la carta como el fruto de un arranque irreflexivo, pues había «querido dejarla reposar dos días», para que fuera «obra de meditación madura». Nada menos —cabría añadir— que un capítulo de una reflexión en que llevaba años, y en la cual tenían (tienen) cimiento estos juicios: «Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento», y «La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto

solo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia».

Optó, consecuentemente, por romper con aquel Plan, al que no había acudido como un simple espectador. En el propio mes de octubre se le había designado presidente de la Asociación Cubana de Socorro, cobertura legal para buscarle fondos a la insurrección. Estaba resuelto a consagrarse a la conspiración que debía hacerla posible. El mismo 10 de octubre de aquel año pronunció un discurso en la velada que se dedicó a recordar el inicio de la Guerra del 68, y renunció a su cargo en el consulado de Uruguay, para no causar daño a las relaciones de ese país con España.

Tras su rompimiento con el Plan de Gómez y Maceo ratificó la guía ética de su vida. Ni una palabra ni un acto suyo, ni en público ni en privado, serían obstáculos para el quehacer de aquellos generales, en cuya nobleza de intenciones confiaba. Naturalmente, no se libró de ciertas acusaciones hechas por algunos que, desde la equivocación o la voluntad de zaherir, juzgaron mal su conducta. Alguien asociado al oportunismo y las intrigas trató de difamarlo acusándolo indirectamente en un acto público. Un testimonio de la época recuerda que ese orador quiso aludir a él diciendo que «los que se oponen a la revolución por temor debían llevar faldas y enaguas». La respuesta de Martí fue enérgica y frontal: «A quien usted ha hecho alusión no le cabe la vergüenza en los calzones, y esto se lo puedo demostrar aquí mismo o afuera si lo tiene a bien». Fue necesaria la intervención de Antonio Maceo y Flor Crombet para impedir que le respondiera también con los puños al agresor. Para el propio Maceo aquello debió ser otro indicio bien claro de quién era el hombre que había discrepado de él y de Gómez.

Su decisión de separarse de aquel Plan fue la primera gran puesta a prueba de sus ideas políticas. Si, a pesar de las adversidades y de sus mismas insuficiencias organizativas y estratégicas, el Plan triunfaba, la respetuosa marginación por la que Martí optó le hubiera costado ni punto menos que la aniquilación política de su persona. Tengamos en cuenta que para entonces se hallaba lejos del liderazgo al que no comenzaría a acceder de veras sino desde finales de 1887, después del fracaso del intento de Gómez y Maceo.

El 13 de julio de 1885 Martí fue sustituido en su cargo de presidente de la Asociación Cubana de Socorro, medida que formó parte de una campaña de descrédito en su contra. No se mantuvo indiferente, y el 24 de ese mes

publicó una circular dirigida *A los cubanos de Nueva York*, invitándolos a reunirse al día siguiente en el Clarendon Hall para responder a cuantos reproches quisieran hacérsele. Allí expuso públicamente sus criterios y su lealtad a la aspiración de independencia para Cuba, pero sin ofender ni a Gómez ni a Maceo, y sin el propósito de obstaculizarles sus afanes. Nadie lo impugnó. Todo lo dejaba claro: sabía que la patria y el futuro —y el honor— estaban por delante.

6

Arte soy entre las artes, En los montes, monte soy

En sus vínculos con los preparativos insurreccionales de 1884 Martí perdió algunas de las fuentes de ingreso que necesitaba para hacer frente a las necesidades del hogar, y con lo que recibía por su trabajo para *La Nación* de Buenos Aires continuaba ayudando a la madre, quien permanecía en La Habana. El 13 de noviembre de aquel año le confesó a Mercado que necesitaba el encargo de otra corresponsalía por parte de alguna publicación mexicana, para librarse del trabajo que por un sueldo ínfimo se veía obligado a realizar en las oficinas de una casa comercial. En esos momentos —le dijo al amigo— colaboraba asimismo en *The Sun*, «para el que escribo en francés».

Además de hallarse en apremios económicos, es de suponer que en aquellas amargas circunstancias ni siquiera su férrea fuerza de voluntad podría sacarlo de un espanto similar al que vivía cuando escribió *Ismaelillo*. Nada faltó para completar su agonía: en marzo de 1885 —mientras morían en Cuba algunos héroes incorporados al Plan en marcha— fue nuevamente abandonado por la esposa, quien volvió con el hijo a Cuba, esta vez para una separación de seis años.

Hasta que llegara la hora de poder consagrarse a la lucha patriótica activa, la obra periodística y literaria sería terreno central para su desempeño, sin desviarse de sus principios. Una solicitud transferida a él por su compatriota Adelaida Baralt, lo llevó a escribir su única novela, que bajo el título de *Amistad funesta* publicó ese mismo año —en nueve entregas sucesivas: desde el 15 de mayo hasta el 15 de septiembre—*El Latino Americano*, bimensuario neoyorquino en lengua española que había encargado el texto a la mencionada cubana. Solo cincuenta y cinco pesos pagaría el periódico, y Martí aceptó la petición de Adelaida Baralt a cambio de que esta le admitiese un quinto del dinero, que le hizo llegar con tres simpáticas redondillas. En la última se lee: «Para alivio de desgracias / ¡Sea!: de lo que yo no quiero / Aliviarme es del sincero / Deber de darle las gracias». ¿Qué agregar sobre la delicadeza de espíritu y la penuria económica de Martí?

Testimonió que había escrito la novela «en una hora de desocupación», cuando «le tentó una oferta de esta clase de trabajo: y como el autor es persona trabajadora, recordó un suceso acontecido en la América del Sur en aquellos días, que pudiera ser base para la novela hispanoamericana que se deseaba», y emprendió la obra. Tenía que obedecer cierto plan editorial: «había de haber mucho amor; alguna muerte; muchas muchachas, ninguna pasión pecaminosa; y nada que no fuera del mayor agrado de los padres de familia y de los señores sacerdotes». Aunque admiró justamente a los grandes novelistas, sentía algún desagrado con respecto al género, «porque hay mucho que fingir en él», según opinó en el texto citado. Debemos suponer que en su tiempo no se presentaba una antología de la gran novela del siglo, sino, sobre todo, un bombardeo de bodrios, especialmente acaso de eso que él llamó «zambumbia erótica».

En el mismo testimonio se disculpó por haber escrito la «noveluca», «de puro cuento». Pero no era de pluma vendible, capaz de publicar textos que le costaran avergonzarse. Aquella novela mereció que él la valorase para una nueva edición, en libro con el título de *Lucía Jerez* y, al parecer, con su firma, no con el seudónimo de la primera, *Adelaida Ral*. Del manuscrito que pudo haber sido su prólogo —y en el cual habla *el autor*— son sus juicios citados acerca de aquella obra, que escribió «sin alarde de trama ni plan seguro [...] durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres».

Entre los requerimientos de los editores, uno seguramente lo estimuló de manera especial: el texto «había de ser hispanoamericano». Resulta cada vez más apreciado el primor con que *Lucía Jerez* —título que ha ganado en preferencia— se situó en el nacimiento de la novela modernista de su ámbito; y se ha impreso varias veces como el libro que su creador no llegó a publicar. Se ubica en las virtudes narrativas del autor en varios frentes: desde un testimonio como *El presidio político en Cuba* y un cuento como «Hora de lluvia» —aparecido en México, donde muy pronto Manuel Gutiérrez Nájera, con rasgos que a veces parecen anticipados por ese texto, comenzaría a dar su aporte a la modernización del género— hasta el conjunto de sus crónicas, los cuentos y relatos de *La Edad de Oro* y la culminación de sus diarios con el que escribió en plena campaña. En su papelería dejó apuntes, núcleos o ideas para novelas que no llegó a escribir, lo cual merece lamentarse —como ha hecho uno de los más finos espíritus

que han estudiado su vida y su obra— ante el saldo que obtuvo «con una obra escrita en una semana» y aunque lo hizo como «novelista a la fuerza».

La autenticidad de *Lucía Jerez* se afirma igualmente en no pocos indicios autobiográficos —de hechos y, sobre todo, de pensamiento—, mientras que en la elevada calidad del lenguaje radica una de las razones por las cuales se aprecia cada vez más en ella la joya que es. La prosa de Martí —como hemos de llamarla ante la carencia de un término concreto para designar la poesía que no se expresa en verso— maduraba de modo distintivo, por lo menos, desde «El carácter de *la Revista Venezolana*».

Cuando escribió *Lucía Jerez* ya sus textos en la prensa periódica mostraban la original consistencia artística por la que, en pleno siglo xx, merecería valoraciones como las que le han dedicado Pedro Henríquez Ureña y Guillermo Díaz-Plaja. En *Las corrientes literarias en la América hispánica* el primero señaló que «Martí hizo suyo un estilo enteramente nuevo en el idioma», y que su obra había sido, en lo fundamental, una «forma de periodismo literario desconocida antes de 1870»: «un periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma». El crítico español Díaz-Plaja, conocedor de las eminencias literarias de su tierra, escribió acerca de Martí un artículo en que lo definió como «ese gigantesco fenómeno de la lengua hispánica, raíz segura de la prosa de Rubén y, desde luego, el primer “creador” de prosa que ha tenido el mundo hispánico».

Apreciaciones semejantes suscitó —ya se ha recordado el caso de Rubén Darío— entre sus más grandes lectores. De ello habla con elocuencia la carta de Domingo Faustino Sarmiento a Paul Groussac publicada en *La Nación* el 4 de enero de 1887. En no pocos aspectos —basta recordar la visión sobre los Estados Unidos— Sarmiento andaba por un camino muy diferente, pero supo reconocer que «en español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí». Así hablaba el hijo de un país donde el bramido se asocia a recursos económicos vitales, y quien, adorador de la cultura francesa, también era capaz de apreciar esta otra condición del escritor cubano: «después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal». Con su agudeza el autor de *Facundo* descubrió huellas genéticas en la obra del corresponsal de *La Nación*: «Deseo que llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos».

El juicio de Sarmiento, difundido en *La Nación*, revela que ya la dirección de este periódico debía saber que Martí era una relevante garantía de su éxito editorial, y, en consecuencia, debía reconocérsele el derecho a decir en sus páginas cosas que no se le permitieron al inicio de su corresponsalía. Tal sería seguramente una de las razones por las cuales Martí pudo fortalecer las perspectivas críticas de sus crónicas sobre la realidad estadounidense, que —así como la generalidad de su periodismo— rechazaron fronteras temáticas. El repertorio de asuntos que trató es por sí mismo impresionante: la construcción del puente de Brooklyn, el terremoto de Charleston, la brutal colonización del Oeste, los grandes creadores, exhibiciones de flores o de vacas, la inauguración de la Estatua de la Libertad, la arena política, los conflictos raciales y sociales en general, el bullir económico, violencias «deportivas», entre otras cuestiones ya aludidas o por aludir en estas páginas, enriquecieron sus envíos a la prensa y le dieron motivos para un deslumbrante despliegue literario.

Acontecimientos ocurridos entre 1886 y 1887 le propiciaron reforzar en *La Nación*, e iniciar en *El Partido Liberal* —el periódico mexicano donde colaboró desde mediados de 1887—, la defensa de perspectivas políticas, sociales y estéticas que desde años atrás crecían en él. En México tendría de su lado, con toda probabilidad, los particulares motivos de agravio y vigilancia de aquel país con respecto a las apetencias predominantes en los Estados Unidos, que ya le habían arrancado gran parte de su territorio; y en Argentina ayudaron al corresponsal los vínculos rioplatenses con Inglaterra. (A menudo, las crónicas de Martí se publicaron en los dos periódicos a la vez.)

Un recital ofrecido en abril de 1887 por Walt Whitman motivó en el corresponsal la crónica que contribuyó destacadamente al conocimiento del autor de *Hojas de hierba* en el ámbito hispanoamericano: «El poeta Walt Whitman». A diferencia de Emerson, Henry Ward Beecher, Peter Cooper y especialmente Wendell Phillips, entre otros, Whitman no era un creador enfrentado desde una visión integral, como disidente orgánico, a la realidad de los Estados Unidos, cuya voracidad expansionista el cantor de sí mismo apoyó en sus años juveniles. Pero, con su poesía, brindaba el ejemplo de una magna obra artística a la vez reprobada por las tradiciones aristocráticas impuestas en una zona poderosa del gusto en su país, y menospreciada desde el pragmatismo de los nuevos ricos. «Solo los libros sagrados de la antigüedad», afirmó el periodista latinoamericano, «ofrecen una doctrina

comparable, por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas omite, a manera de bocanadas de luz, este poeta viejo, cuyo libro pasmoso está prohibido». Aún falta decir que el centro de aquel recital de Whitman fue su oración a Lincoln, por cuya muerte Martí y sus condiscípulos habaneros habían guardado luto.

La atención a Whitman, cuando aún este poeta no era objeto de la aceptación generalizada de que gozaría más tarde —y cuando todavía enfrentaba repudio por prejuicios y conceptos que sobreviven en la actualidad, como la homofobia—, fue parte de la capacidad de Martí para revelar las virtudes nacientes, también, en el arte. Entre las otras muchas pruebas que dio de ello pueden citarse las crónicas de mayo y julio de 1886 en que trató la presencia en Nueva York de la obra de los pintores impresionistas franceses, señaladamente la segunda de ellas, dedicada a la reapertura —«por demanda del público»— de una exposición de aquellos. Los estudios sobre esta zona del quehacer de Martí comprueban la penetrante visión —y previsión— con que aventajó en general a la crítica de su tiempo, sin excluir la que se dedicaba a dichos artistas en la misma Francia, donde recibieron la valoración de algunos de los más grandes escritores de aquel país, como Emile Zoia.

Diferentes actitudes de religiosos en los Estados Unidos y en otros países —la fe honrada o fingida, la superstición, opuestas conductas en el orden social— estuvieron presentes en la obra de Martí en general, y en sus crónicas neoyorquinas en particular. Los días 16 de enero y 20 de julio de 1887 fechó las dos en que valoró centralmente los sucesos en torno al sacerdote católico irlandés Edward McGlynn, quien en Nueva York hizo causa común con los humildes y acabó excomulgado por el Papa. No tuvo, en su Iglesia, el éxito que en ella y en otras habían tenido y seguirían teniendo clérigos de actitud contraria a la suya. El 20 de diciembre de 1888 Martí relataría:

La Quinta Avenida llena de coches, los domingos a las diez, la cuadra de John Hall, pastor de espaldas catedralescas, consejo sutil y voz mugiente, que convida a la gente poderosa a unión en Dios, y a robustecer a los representantes divinos en la tierra, porque solo el poder de Dios,—con la ayuda de la bolsa humana y de clérigos de cien mil pesos al año,—puede poner valla al mundo nuevo, al mundo anarquista, al mundo de cabello revuelto y rojo.

En vísperas de la excomunión de McGlynn —a quien finalmente echaron «de su altar esos codiciosos, intrigantes, glotones, lamerricos, que viven chismeando como dueñas y aleteando como brujas, en el Arzobispado de mármol»—, Martí escribió:

¿Conque [la Iglesia] intenta arruinar y degrada a los que ofenden su política autoritaria, y siguen mansamente lo que enseñó el dulcísimo Jesús? ¿Conque no se puede ser hombre y católico? ¡Véase cómo se puede, según nos lo enseñan estos nuevos pescadores! ¡Oh Jesús! ¿Dónde hubieras estado en esta lucha? ¿acompañando al Canadá al ladrón rico [«un banquero ladrón» que «goza de toda la confianza de la Iglesia»], o en la casita pobre en que el padre McGlynn espera y sufre?

Martí hablaba desde su personal religiosidad, basada en la ética, el sentido de justicia social, la espiritualidad, las lecciones de la naturaleza y una concepción de la divinidad que no exigía más liturgia que la fraternidad honrada, más templo que el mismo Universo, más límites que la libertad propia y el respeto a la ajena, ni más asociación que el género humano. Desde esa posición admiró la dignidad de la fe que honestamente abrazaran otros. Formado en un ambiente cultural predominantemente cristiano, halló la virtud en religiosos como los clérigos Fray Bartolomé de las Casas, quien encaró las monstruosidades de la Conquista; Miguel Hidalgo, representante de la independencia de nuestra América; Félix Varela, sembrador del espíritu antiescolasticista y del independentismo en los cubanos; y —entre otros muchos ejemplos más que merecerían citarse— aquel McGlynn que, como él, echó su suerte «Con los pobres de la tierra». En otras latitudes apreció la función positiva de distintos credos: tal el caso de la fe en Alá o en Buda, banderas en las comarcas árabes y en Vietnam, respectivamente, contra las invasiones europeas.

Por todo ello Martí ha sido un símbolo de la unión de no religiosos y religiosos de diversos signos en la lucha por la libertad, que era, en fin de cuentas, la guía de su análisis, incluido el que dedicó al movimiento obrero. En el seno de este ocurrieron, también entre 1886 y 1887, los denominados sucesos de Chicago, en los cuales supo ver un reflejo de las calamidades que corroían a todo el país. En el primero de esos años una bomba mató a un policía en la Plaza Haymarket, de aquella ciudad. Pudo haber sido un acto de obreros agitadores o una maniobra de autoprovocación del sistema

para promover un escarmiento contra quienes buscaban justicia. En todo caso, al año siguiente sirvió de pretexto para el asesinato «legal» de trabajadores que ni siquiera habían estado en el lugar de los hechos. El conflicto alcanzó verdadero significado internacional, incluida la celebración del Día de los Trabajadores.

Hasta que hace pocos años se encontraron en *El Partido Liberal*, de México, treinta y una crónicas suyas que no se habían sumado a sus *Obras completas* —ciertamente menos incompletas, al parecer, en lo tocante a su correspondencia para *La Nación*—, se creyó que Martí había necesitado más de un año, y que se aproximara el asesinato de los obreros en la horca, para llegar a una idea clara de lo que había ocurrido en Chicago y él reportaba desde Nueva York. Es cierto que la prensa que lo «informaba» sobre la vida del país la dominaban los monopolios y era capaz de tergiversarlo todo. A él, además, desde años atrás le preocupaban, explicablemente, los métodos desordenados y violentos —y desentendidos muchas veces de la realidad nacional de los Estados Unidos— que eran trasladados a ese país por inmigrantes europeos.

En el «viejo» continente una más visible persistencia feudal en el funcionamiento de la sociedad impedía que prosperaran instituciones democráticas del tipo de las que se fomentaban en los Estados Unidos, como el sufragio «libre». Inmersos en una visión estrecha de su circunstancia de trabajadores oprimidos, e incluso a veces en nombre del marxismo, los inmigrantes solían rehusar la lucha directamente política. Asumían de manera dogmática el criterio de que no tenían patria, cuando hubieran hecho mejor planteándose el objetivo de conquistarla también por los caminos de una política afín a sus necesidades.

Todo ello pudo desorientar a Martí en cuanto a la valoración de los métodos anarquistas, y marcar su visión del propio Marx. A raíz de la muerte de este, en 1883, dijo que merecía honor por haberse puesto del lado de los débiles y por ser «alma comida del ansia de hacer bien», pero había andado «de prisa y un tanto en la sombra», con lo cual se refiere a la violencia social. En nombre de Marx hablaban en Nueva York algunos de los personajes que alimentaban esos juicios en Martí y, al mismo tiempo, merecían en Europa la reprobación de Engels.

Pero nada confundía al revolucionario cubano en cuanto a saber quiénes eran los oprimidos y quiénes los opresores, y de qué lado estaba la justicia. Su claridad en ese punto fundamental se aprecia en las mismas palabras que

hemos citado. Ya en 1884, en la crónica de *La Nación* donde afirmó que «el monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres», sostuvo asimismo: «La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial, tiene un tirano industrial». Aunque Martí podía aspirar a que los trabajadores, en lugar de ignorarlas, utilizaran en defensa de la justicia las instituciones que daban a los Estados Unidos horizontes democráticos impensables en regímenes monárquicos, o dominados por el caudillismo similifeudal, sabía que la justicia no estaba en ellas.

Una de aquellas crónicas halladas hace escasos años en *El Partido Liberal*, la fechó el 17 de octubre de 1886, días antes de que apareciera en *La Nación* otra suya que ha servido para valorar hasta qué punto las manipulaciones de la prensa estadounidense podían confundir a un veedor como él. Pero aquella de octubre de 1886, que enriquecerá futuras ediciones de sus *Obras completas*, no se basó en la prensa, sino en las declaraciones de activistas obreros, y especialmente en las hechas en Nueva York, y no es imposible que en su presencia, por una oradora cuya capacidad de convencimiento lo cautivó: Lucy Parsons, la compañera de una de las víctimas del diabólico proceso antiobrero. A propósito de una reunión de anarquistas, Martí escribió al inicio de dicha crónica:

«Santo es el mismo crimen, cuando nace de una semilla de justicia. El horror de los medios no basta en los delitos de carácter público a sofocar la simpatía que inspira la humanidad de la intención. El verdadero culpable de un delito no es el que lo comete, sino el que provoca a cometerlo»: eso parecía decir ayer a los que la observaban de cerca la reunión de los anarquistas en New York.

La conclusión que Martí abrazó y resumió fue terminante: «No es en los anarquistas donde debe ahorcarse el anarquismo, sino en la injusta desigualdad social que los produce». Está ya presente en esa crónica la perspectiva de la que fechará el 13 de noviembre de 1887, tras el ahorcamiento de varios de los anarquistas: «Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra», dijo al comienzo, para más adelante afirmar: «Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia

y violencia de los países monárquicos». Rectificando lo que podía haber de incierto en su valoración de las inmigraciones, concluyó: «¡América es, pues, lo mismo que Europa!» Y reconoció que «los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria».

Los acontecimientos —y el proceso judicial mismo dentro de ellos, «la prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso» y pintando «a los siete condenados como bestias dañinas»— mostraban a los ojos de Martí «la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre». Nunca renunciará, ni tendría por qué, a preferir los métodos pacíficos no solo en lo social, sino también en lo político, aunque no vaciló a la hora de hacer la *guerra necesaria* para la independencia. Con esa brújula dirá ante el *drama terrible* en que culminaron los sucesos de Chicago: «Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento».

En una crónica fechada 8 de abril de 1888 que envió a *La Nación*, hablando de sí mismo en tercera persona y de modo que hace recordar el obstáculo inicial que halló en el diario bonaerense, afirmó: «Se ve ahora de cerca lo que *La Nación* ha visto, desde hace años, que la república popular se va trocando en una república de clases»; y que, entre otras cosas, «no bastan las instituciones pomposas, los sistemas refinados, las estadísticas deslumbrantes, las leyes benévolas, las escuelas vastas, la parafernalia exterior, para contrastar el empuje de una nación que pasa con desdén por junto a ellas, arrebatada por un concepto premioso y egoísta de la vida».

Más de dos décadas antes, en *Revista Universal*, de México, mostró su comprensión de que la suerte de ese país y la del suyo propio —y, por extensión, la de toda nuestra América— dependerían, en gran parte, de las fuerzas que tenían base y representación en ese empuje premioso y egoísta. Con tan clara visión, que los hechos fueron enriqueciendo y afinando —y validando cada vez más—, estaba fortalecido para su tarea cubana, a la que ya había regresado, tras el fracaso del Plan de Gómez, cuando escribió su lúcido y conmovedor balance de los acontecimientos de Chicago. Su experiencia internacional no quedaría en mera ganancia al servicio específico de la independencia de Cuba, sino que sería arma y estímulo para el alcance continental y aun planetario de sus propósitos.

La víbora del veneno

Aquel año de 1887, en el que reclamaron la atención de Martí muy graves sucesos de la vida estadounidense y él se reincorporó a la actividad conspirativa, tuvo también serias implicaciones en lo que, siguiendo hábitos verbales, pudiéramos llamar su vida privada. El 2 de febrero murió en La Habana don Mariano Martí, a los setenta años de edad. De lo que para el hijo significó su pérdida, habla la carta que dirigió el siguiente día 28 a su amigo Fermín Valdés Domínguez, para quien el mensaje debió haber representado un especial compromiso en cuanto a saber apreciar las virtudes de don Mariano. En la carta —donde implícitamente el autor remite asimismo al encuentro de su padre con él en los días de las Canteras de San Lázaro el inicio de la mayor compenetración entre ambos— se lee:

Mi padre acaba de morir, y gran parte de mí con él. Tú no sabes cómo llegué a quererlo luego que conocí, bajo su humilde exterior, toda la entereza y hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo, puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesan, y le premiaran, en los últimos años de su vida, aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fue puesta a prueba.

En los apuntes —citados al inicio de este libro— en que dio testimonio sobre las primeras imágenes que conservaba de su infancia, las dos que encabezan la rememoración están asociadas a su padre, y en la inicial acotó: «(En un discurso, pintura sobre mi padre.)» Ello demuestra que no le merecía valorarlo nada más en cartas dirigidas a familiares y amigos, sino públicamente, como en realidad —si no en un discurso dedicado a él— hizo en distintas referencias incluidas en sus trabajos periodísticos, alguna de ellas vista ya aquí.

La pena por la muerte del padre agravaba su vida sin hogar, y los afectos que podían compensarle su soledad no se libraron de la maledicencia y las intrigas con que ya entonces algunos los rodearon. En particular corrieron esa suerte sus vínculos con la familia Mantilla-Miyares, que le brindó apoyo y lo acogió en su casa de huéspedes neoyorquina: no solo a él, sino igualmente, alguna vez, a su esposa y a su hijo. Lo más

penoso del caso radica en que a menudo tales «enfoques» se han hecho desde cierta picardía «meliorativa»: como para «humanizar» al héroe que fue medida de humanidad y es fuente de lecciones para humanizarnos a nosotros.

Para colmo, durante muchos años después de su muerte se mantuvo «cuidadosamente» inédito el único texto (un borrador epistolar) donde se sabe que él se refirió en forma explícita —sin rehuir infundios como los ya aludidos ni atascarse en ellos— a sus nexos con la mencionada familia. Ni él ni Carmen Miyares dejaron constancia alguna que apoye lo que en todo caso habría que tomar como un secreto sin desciframiento. No se sabe si Martí llegó a darle curso a la carta para la cual escribió el mencionado borrador y cuya destinataria sería Victoria Smith, prima de Carmen Miyares. En Caracas, donde en 1881 —según fuentes— Martí se alojó en una pensión propiedad de Mercedes Smith, hermana de la nombrada Victoria, esta habría visto con disgusto el rechazo del revolucionario cubano al dictador Guzmán Blanco, de quien se dice que ella y otros familiares allegados recibían protección.

Que aquel texto quedara sin curso epistolar —y es probable que lo tuviera— no le menguaría ni el valor testimonial ni la seria reflexión que lo distinguen, pero se le ocultó por décadas, mientras hubo quienes, conociéndolo, se mostraban portadores de verdades recónditas: en nombre de aquella picardía «meliorativa», y también para atribuirse un conocimiento privilegiado de la vida íntima de Martí, aunque él entendía que el hombre patrio debía mantener el decoro de modo natural, tanto en la intimidad como en lo público. Al dar a conocer ese borrador en el duodécimo número del *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, le correspondió al autor del presente libro escribir la «Nota» de presentación. Por ello ahora se permite glosarla, parcialmente reproducirla.

Entre otros hechos, el mencionado texto epistolar evidencia que corresponde a una fecha posterior a la muerte de Manuel Mantilla, ocurrida el 18 de febrero de 1885, y a un momento en que empezaban ciertas murmuraciones, que llegarían a incluir la atribución a Martí de la paternidad de María, la hija menor de Mantilla y Carmen Miyares. Dejemos a un lado por el momento la clara invitación que Martí dirigió a la destinataria para que disuadiera a Carmen Miyares si creía que esta se hallaba en camino de enamorarse de él; y dejemos a un lado también las consideraciones sobre un elemento de la vida de Martí que pudiera

asociarse con la referida invitación: el hecho de que —pese a incomprendimientos y diferencias— él no parece haberse enamorado jamás de nadie como se enamoró de Carmen Zayas-Bazán.

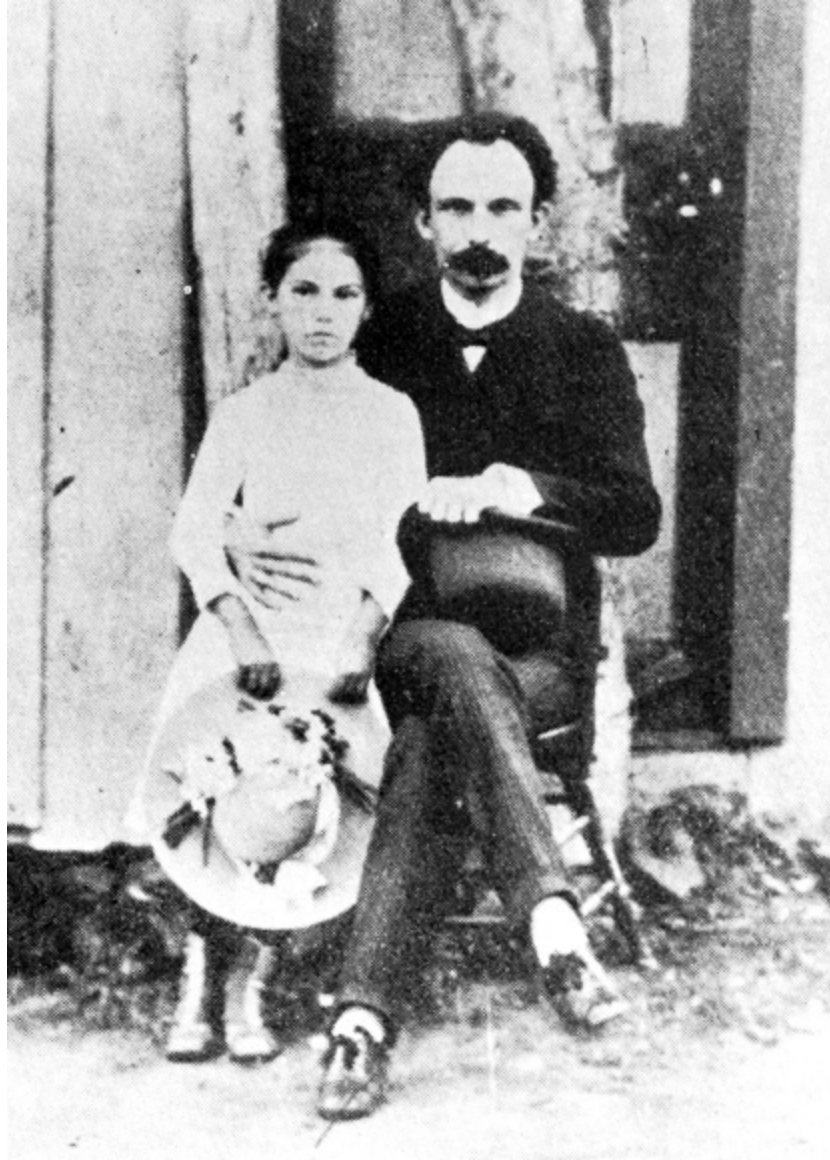
Con respecto a la muerte de Manuel Mantilla, que tuvo lugar cuando este contaba apenas cuarenta y dos años, tengamos presente, por lo menos, un par de señales: la estrictamente cronológica y la que se deriva del tratamiento que Martí dio a la memoria del amigo fallecido. Quien conozca al autor de ese texto, su peculiaridad ética, no podría sino apreciar en ese tratamiento una muestra de su respeto hacia Mantilla, la clara exigencia de que no se vertiera sombra alguna sobre su comportamiento en aquel hogar cubano de Nueva York. Quien conozca, en fin, su limpieza moral —que, desde luego, no hay por qué confundir con moralina o gazmoñería—, leerá rectamente la advertencia de que a su lado Carmen Miyares no hallaría deshonor. Por entre las gentilezas con que se refirió a ella para no herir su natural orgullo femenino en una carta que podía o acaso debía llegar a sus manos, se percibe que hablaba de relaciones no iniciadas.

No escapa a la memoria el hecho de que en 1882 —cuando ya había escrito al menos la primera versión de *Adúltera*— daba como suya la dirección de Manuel Mantilla con la naturalidad de quien tiene limpia su conciencia. Tampoco escapa otro hecho: habiendo visto nacer a María Mantilla, en cuyo bautizo actuó como padrino, se trasladó poco después a Caracas —auxiliado precisamente por cartas de presentación de la familia Mantilla-Miyares—, y allí escribió *Ismaelillo* para el hijo ausente, mientras nada similar dedicó entonces a la niña, cuya presencia no parece haberse arraigado en él sino a medida que se fue viendo obligado a vivir sin el hijo.

Andando el tiempo, volcó sobre María, su ahijada de bautizo, un especial espíritu paterno, protector: a la altura de la capacidad de querer que lo distinguió, y que a menudo fue incorrespondida. Según se desprende de las cartas con que más de una vez María Mantilla contestó solicitudes de testimonios acerca de su conocimiento de Martí, llama la atención la escasez de recuerdos que ella conservó de aquel hombre extraordinario que quiso ser su guía espiritual. Su apego hacia él parece haber crecido más bien según la leyenda rodeaba ascendentemente la memoria del héroe. Escaso tiempo después de la muerte de Martí, Carmen Miyares se refirió en una carta al impacto de esa tragedia en su hogar, y personalmente para ella, que se sentía desolada, y expresó que María, quien *ya contaba catorce años*, daba pruebas de no tener edad suficiente para valorar lo ocurrido.

Al parecer, fue mucho más tardé cuando María —de apenas cuatro años al morir Manuel Mantilla, su padre— mostró interés por el recuerdo de aquel a quien tan a menudo vio a su lado. Ya fallecida asimismo su madre, o sea, después de 1925, se le ofreció la «prueba» de que Martí era su progenitor: fue entonces cuando, según lo que hasta ahora ha podido «aportarse» sobre este asunto, una depositaria de la «sabiduría» de la emigración cubana del siglo xix —léase: de las *murmuraciones* que allí, como suele ocurrir en conglomerados humanos (de más de una persona), circularon— le «informó» que su padre carnal era Martí. Con una «prueba» semejante, ¿qué historia sería puede construirse? Atenerse a tal «testimonio» elimina la posibilidad de ver lo más importante en este caso, la única afirmación para la cual hay legítimo derecho: Martí asumió a María Mantilla como un verdadero padre espiritual, cosa más difícil, profunda y perdurable que la contingencia biológica.

Tampoco parece haber sido hasta 1959 —contaba setenta y nueve años y le quedaban tres por vivir— cuando ella se declaró públicamente hija de Martí, aunque ya por lo menos desde 1953, en el centenario del Apóstol, disfrutó agasajos que se le hicieron por sus vínculos con él. Para esa fecha hacía ocho años del fallecimiento de José Francisco Martí Zayas-Bazán, y el Gobierno cubano —que vio en la conmemoración un modo de prestigiarse— buscaba puntos de apoyo para su campaña, y, si eran sentimentales, quizás mejor.



Con María Mantilla, cerca de Bath Beach, Long Island, Estado de Nueva York, 1890.

Ahora bien, ¿a qué se debió la iniciativa publicitaria de María Mantilla en 1959? La respuesta la ofrece su correspondencia con Gonzalo de Quesada Miranda, quien proseguía la tarea iniciada por su padre, Gonzalo de Quesada Aróstegui, en la custodia de gran parte de la papelería de Martí, incluido el borrador de carta que ahora comentamos. Pero, a pesar de su expresa vocación de cuidar también la memoria del Apóstol, Quesada Miranda había dado cabida en distintos órganos de prensa a noticias sobre la llegada a La Habana de un presunto nieto de aquel. Diversas e importantes voces se unieron para refutar el falso parentesco, que anunciaba

como cierto alguien que, para anotarse el honor de ser tenido por nieto de Martí, no cuidaba excesivamente el honor de su abuela, y le atribuía haber tenido una hija con el héroe: la madre del así «apostólico» nieto.

En respuesta, María Mantilla pidió que se divulgara que sus hijos —entre ellos, el actor de cine César Romero— eran los únicos nietos de Martí. Sin embargo, no obstante el tono insistente de la solicitud de Quesada para que le diera el derecho exclusivo a publicar su declaración, ella —siempre según aquella correspondencia— no accedió, aunque tiempo tuvo para hacerlo: falleció el 12 de octubre de 1962.

Volvamos a la ubicación cronológica del borrador de carta a Victoria Smith que Martí escribió. No es posible mayor precisión que situarlo entre la muerte de Manuel Mantilla y los inicios de las murmuraciones. Pero ya esa ubicación ofrece una pista sugerente. En las *Memorias de Bernardo Vega* (1977), valioso testimonio sobre la época, se introduce una confusión entre dos momentos de la vida de Martí: la reunión a la que él convocó para rendir cuentas en el Clarendon Hall el 25 de junio de 1885 acerca de su actitud con respecto al Plan insurreccional del año anterior, y la velada del 16 de diciembre de 1887 celebrada para honrar a doña Leonor Pérez.

La madre de Martí, ya viuda, había viajado en noviembre a Nueva York para pasar hasta enero del siguiente año una temporada junto a su hijo, a quien, por lo que se conoce, le llevó entonces un anillo —con la palabra *Cuba* grabada— hecho con metal de la cadena que él había sufrido en presidio. De acuerdo con aquellas *Memorias*, Enrique Trujillo, personaje que ha pasado a la historia de Cuba por tres razones principales —un activo periodismo independentista, un turbio prestigio político y una larga tenacidad para intrigar, señaladamente contra Martí, a quien traicionó—, tuvo «meritoria» participación en los hechos. Fue uno de los organizadores de la velada, y excluyó de las invitaciones a Carmen Miyares, como clara alusión a comentarios que se propalaban o que él mismo contribuía a difundir. El testimonio citado afirma que Martí mostró su disgusto, su irritación por el ofensivo gesto, aunque Trujillo no logró el efecto que deseaba: menoscabarle el prestigio.

La confusión cronológica en las *Memorias* del puertorriqueño Bernardo Vega resulta significativa: si al Clarendon Hall fue Martí en 1885 dispuesto a encarar calumnias y reticencias de que era objeto por su separación del Plan de Gómez, ya para 1887, al celebrarse el agasajo a doña Leonor, ese Plan había fracasado, y con ello las razones de Martí ganaron en

reconocimiento. En 1884 Trujillo buscaba la forma de cultivar divisiones entre los independentistas cubanos, y acusó de dictatorial el intento de Gómez y Maceo. En 1887 sus intrigas eran la antesala de su labor para desacreditar el Partido que Martí fundaría cinco años más tarde. Entre otros recursos Trujillo utilizó el de acusarlo, además, de dictatorial.

Los rumores sobre posibles relaciones de Martí con Carmen Miyares podían tener un efecto contrario para la obra de unificación que el primero llevaba a cabo. Quizás no concierna a otra cosa, ni sea mera casualidad, la palabra que Martí escribió y destacó a la cabeza del borrador de carta comentado: *División*. Señalar presuntas relaciones suyas con Carmen Miyares propiciaba que se les considerara iniciadas en vida de Manuel Mantilla, lo cual pasaría de conjetura con la especie de que los crecientes vínculos de Martí y la niña María no eran espirituales, sino biológicos. De ser así, Martí quedaría acusado de desleal con el amigo que lo acogió en su hogar, incluso junto con su esposa y su hijo. Ya eso sería un exceso que, en todo caso, el presunto infiel pudo haber evitado, pues otros modos de alojamiento no faltarían en Nueva York.



Doña Leonor Pérez Cabrera, la madre.

Hay que ponerse en lugar de Martí, y, sobre todo, *tratar* de pensar como él, para imaginar lo que le hubiera representado que aquellas murmuraciones tuvieran base real: imaginar lo que habría sufrido por ello. Tan grande hubiera sido ese sufrimiento que, por lo menos, merecería respetuoso silencio, como el que —si aquellos comentarios fueran fundados— habría que entender que Carmen Miyares y él llevaron a sus tumbas.

El propósito de «no inventar un Dios» no autoriza a incurrir en formas ingenuas o vulgares de «humanización», ni a fabricarle aventuras a quien para ser extraordinario tiene sobrada fuerza en su vida real. Y tampoco es muy legítimo el intento de quienes, obligados a reconocer la

excepcionalidad de otro ser, pretenden justificar con verdaderos o supuestos actos de este su conducta o sus ideas propias, o reducir a todos los seres excepcionales a un rasero común entre ellos.

Es innecesario asimismo —e igualmente irreal sería— inventar un Martí exento de las apetencias propias de un varón pleno. Confesional como era, escribió en su poema «¡Caballo de batalla!»: «Todo el redor de mí relampaguea: / ¡Vengo de mi amor impuro!»; y entre sus apuntes de 1881 aparece una generalización que trasluce sus propios instintos: «¡Y tantas cosas nobles como pudieran hacerse en la vida! Pero tenemos estómago. Y ese otro estómago que cuelga: y que suele tener hambres terribles».

Por lo demás, siempre habrá que agradecer a Carmen Miyares el apoyo material y moral que dio a Martí en su existencia de desterrado sin familiares que lo acompañaran. Y, más allá del digno desgarramiento expresado por ella tras la muerte del héroe, tampoco hay evidencias irrefutables de que ese respaldo incluyera el vínculo de pareja en los últimos años vividos por él, aunque habría sido comprensible desde todo punto de vista. En campaña, tuvo Martí en la abnegada compatriota la asidua destinataria de cartas que revelan amistad, confianza, ternura, comunicación espiritual, pero en las cuales no asoma el amor. El déficit de hogar declarado públicamente en *Versos sencillos* parece reafirmarse hasta lo absoluto en esas cartas íntimas: «No soy inútil ni me he hallado desconocido en nuestros montes; pero poco hace en el mundo quien no se siente amado», escribirá el 26 de abril de 1895 a la propia Carmen Miyares. A ella, y a sus dos hijas, las había llamado diez días antes «las compañeras de mi soledad».

En aquel borrador epistolar a Victoria Smith —lejos de dejarse arrastrar a la trampa de las murmuraciones—, respondió con su digna altivez:

Ni Carmita ni yo hemos dado un solo paso, que no hubiera dado ella por su parte naturalmente, a no haber vivido yo, o que en el grado de responsabilidad moral, de piedad, si V. quiere, que su situación debe inspirar a todo hombre bueno, no hubiera debido hacer un amigo íntimo de la casa, que no lo es hoy más de lo que lo fue cuando vivía el esposo de Carmita.

Le pidió a Victoria Smith que aconsejara a Carmita no intentar consagrarle a él la vida, consejo que serviría —por lo menos en esa fecha—

para «apartarla de un camino donde no recogerá deshonor, porque a mi lado no es posible que lo haya, pero sí todo género de angustias y desdichas». Y de manera todavía más clara le dijo: «Pero V. no tiene el derecho de suponer que lo que mi cariño me obligue a hacer por la mujer de un hombre que me estimó y sus hijos huérfanos es la paga indecorosa de un favor de amor. Por acá, Victoria, en estas almas solas, vivimos a otra altura».

Desde esa altura de su alma —la misma «trémula y sola» de sus *Versos sencillos*— Martí mereció la predominante confianza de sus compatriotas, a pesar de que no le faltaron obstáculos, como la tarea de zapa en que aún habrá que volver a encontrarse en estas páginas con Enrique Trujillo, especie de caricatura de un Salieri cada vez más amargado ante un Mozart cuya grandeza no se limitaba a una determinada zona del arte.

Vengo del sol, y al sol voy

En todos los actos de su existencia el triunfo de Martí se basó en su honradez personal —lo defendía su vida—, y se afianzó en sabias concepciones estratégicas, en su política de eticidad, no mera táctica de tablero. El 10 de octubre de 1887 cumplimentó la invitación a pronunciar un discurso en el acto con que los cubanos emigrados en Nueva York rendirían homenaje a la patriótica fecha. Acudió a ese llamado porque ya no interferiría la marcha de los afanes, fracasados para entonces, en los cuales Gómez contó con el apoyo de Maceo y procuró tener también el suyo.

El respetuoso retraimiento que Martí mantuvo ante dichos afanes después de su enérgica carta del 20 de octubre de 1884 a Gómez, le permitió volver a dirigirse a este último, ante quien sus virtudes se vieron incluso ratificadas. El experimentado general llegó a afirmar que la separación de Martí había sido una de las causas del fracaso del Plan de 1884. Lo hizo precisamente aludiendo a la invitación que con fecha 16 de diciembre de 1887 Martí le cursó para iniciar los preparativos de un nuevo proyecto revolucionario.

Esa comunicación fue una, acaso la más cuidadosa, de las dirigidas en aquellos días a varios combatientes de las anteriores contiendas por la independencia de Cuba, incluido Maceo. Martí sobresalía en esa labor de promoción conspirativa, pero su autoridad se encauzaba por un camino institucional que debía contribuir a librar de personalismo autoritario al

movimiento patriótico. Ya el 30 de noviembre se le había designado presidente de la Comisión Ejecutiva conformada en una reunión de miembros representativos de la emigración cubana en Nueva York. En nombre de esa Comisión, importante paso hacia el Partido Revolucionario Cubano, y cuyos otros integrantes firmaron también la comunicación mencionada, escribió a Gómez, a Maceo y a los demás combatientes.

Al siguiente mes ambos generales respondieron, de distintas maneras, que estaban dispuestos a colaborar, llegado el momento de hacerlo, y se mostraron partidarios del criterio de que aún faltaban otros pasos para levantar un nuevo movimiento. Martí lo sabía, y comprendía que uno de esos pasos era impedir que la precipitación de algunos generase acciones impreparadas e insuficientes, capaces de dispersar aún más las fuerzas y motivar desconfianza en la victoria. A Juan Fernández Ruz, inquieto combatiente que estaba en vía de imprudencia, le escribió el 20 de octubre de aquel año para expresarle que los afanes patrióticos hallarían cauce de realidad

cuando en vez de una aspiración vaga y de esfuerzos aislados mal dirigidos, vea el país en la revolución, por una serie de actos nuestros que revelen plan prudente y verdadera grandeza, una solución seria, preparada sin precipitación para su hora, compuesta como un partido político digno de los tiempos en que ha de influir y de los medios terribles de que ha de valerse.

A José Dolores Poyo, que llegaría a ser un entrañable colaborador en la obra de fundación que él preparaba, le escribió el 29 de noviembre: «lo que más da que temer la revolución a los mismos que la desean, es el carácter confuso y personal con que hasta ahora se le ha presentado; es la falta de un sistema revolucionario, de fines claramente desinteresados, que aleje del país los miedos que hoy la revolución le inspira». Pero la base de ese sistema revolucionario aún demoraría en poder crearse hasta los inicios de 1892. Mientras tanto, sucedieron hechos que reclamaron el quehacer continental de Martí y reforzaron sus vínculos con ese ámbito, su influjo en él.

Su reconocimiento en los países de nuestra América aumentaba, señaladamente, gracias a su labor en la prensa. Además de las solicitudes directas de colaboración que recibió de ella, muchos periódicos se

apropiaban de sus crónicas sin que él recibiera beneficio material alguno. El 8 de agosto de 1887 le escribió a Manuel Mercado: «¡Y pasan de veinte los diarios que publican mis cartas, con encomios que me tienen agradecido, pero todos se sirven gratuitamente de ellas, y como Molière, las toman donde las hallan!»

Sus vínculos y sus propósitos inmediatos se relacionaban con la América de habla española; pero su concepto de nuestra América permite abarcar hoy —por afinidad y extensión— todo eso que se llama la América Latina y el Caribe. Quizás aún deba profundizarse en lo que significaría en su pupila el gigante Brasil. No es tema para decir ahora la «última palabra» —ni es demasiado seguro que en lo más específico del punto se haya dicho ya con plena claridad la «primera»—, pero al menos tengamos en cuenta que, ayudado por su don de lenguas, cuyo alcance todavía pudiera reservar sorpresas, en abril de 1887 le escribió en estos términos a Fermín Valdés Domínguez: «mis afanes [...] hoy son una traducción del portugués, que aprendí como algún día sabrás, y la corrección de un mapa con nombres latinos».

En ese mes y en ese año un decreto presidencial de Uruguay lo nombró cónsul general de dicha república en los Estados Unidos, cargo en el que sustituía a su amigo Enrique Estrázulas y que ya había ocupado antes. El nuevo nombramiento le abría caminos de particular utilidad para su vida política posterior.

En el propio 1887 *La Nación* le propuso que fuera a trabajar en Buenos Aires, lo que no pudo aceptar debido a sus planes revolucionarios: estos demandaban su presencia en el seno de las masas de cubanos emigrados. En diciembre fue elegido miembro de la junta directiva de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, de Nueva York, que llegará a presidir a finales de 1890. Hacia septiembre de 1888 parece haberse consumado, además, su designación de miembro correspondiente, en aquella ciudad, de la Academia de Ciencias y Bellas Letras de la capital de El Salvador.

Mientras su recepción en la prensa latinoamericana se multiplicaba, publicaciones neoyorquinas en lengua española se nutrían también crecientemente de sus textos. La revista *El Economista Americano*, por ejemplo, insertó en la entrega de octubre de 1888 el aviso de que todo el número era obra suya. En ese año estuvo enfermo, y en agosto, para reponerse, se trasladó a Bath Beach, desde donde, sin embargo, viajaba diariamente por mar a Nueva York para seguir atendiendo sus tareas.

A finales de marzo de 1889, en carta a Mercado, expresó su angustia familiar. Como el amigo le había escrito por él y los suyos, Martí hizo una observación que refleja su propio déficit hogareño: «¡Y lo que me encanta leer siempre en sus cartas,—en vez de “agradezco”, “lo quiero“, “leo“—“agradecemos”, “queremos”, “leemos”! Si yo pudiera estar con Vds. un mes, tendría vida para años». Líneas después, en medio de referencias a su agonía, a su lucha política, le confiesa «el ansia de que venga mi hijo». Preveía entonces «publicar aquí un periódico en inglés, en defensa moderada y enérgica, personal y libre, de nuestros países». No lo conseguirá debido a la falta de recursos: «por poco que cueste, me ha de costar mucho más de lo que tengo».

Escribió esa carta con el ánimo influido por la aparición en *The Manufacturer*, de Filadelfia, y en *The Evening Post*, de Nueva York, de artículos ofensivos para la dignidad cubana. Ambos periódicos rechazaban la idea de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, y basaban sus juicios en presuntos defectos del pueblo cubano. Martí respondió de inmediato con su «Vindicación de Cuba», publicada en *The Evening Post* el 25 de marzo. Y seguramente él mismo tradujo al español los artículos insultantes y su propia respuesta. Lo publicó todo junto, con una introducción suya, en el folleto *Cuba y los Estados Unidos*.

Su contestación fue vertical: Cuba ni necesitaba ni quería la anexión, sino que estaba decidida a conquistar su plena independencia, con actos heroicos en los que ya había probado las virtudes que bastaban —y más— para desmentir los prepotentes insultos divulgados por aquellos periódicos. Ya al escribirle al amigo mexicano, cuando había aparecido su texto en inglés, no aún el folleto, pudo afirmar: «En las cosas de nuestra tierra se me ha calmado un poco el dolor, por el júbilo con que acogen mis paisanos la defensa de nuestro país que escribí, en la lengua picuda, de un arranque de pena: y parece que impuso respeto».

No pudo publicar el periódico en inglés que proyectó, pero hacia mediados del mismo año 1889 se le ofreció una posibilidad muy especial de comunicarse con los niños y adolescentes de nuestra América, en quienes sabía indispensable fomentar conceptos y virtudes para fortalecer la estima propia y enfrentar el menosprecio y las amenazas del exterior. El editor brasileño Aaron Da Costa Gómez —así españolizaba él mismo su apellido—, a quien Martí posiblemente conocía desde México, tuvo tres grandes ideas combinadas: publicar una revista para los más jóvenes, titularla *La*

Edad de Oro y confiarle su redacción a Martí. A pesar de las otras muchas y serias tareas que el revolucionario cubano debía acometer en diversos frentes, asumió con entusiasmo la propuesta de Da Costa, y se dio a preparar el mensuario y hallarle circulación en la América de habla española.

Cuatro números se imprimieron de *La Edad de Oro*, y fueron obra de Martí, quien —además de buscar o encargar las ilustraciones— escribió la totalidad de los textos: gran parte de ellos originales; otros, adaptaciones o versiones. La revista comenzó a publicarse en julio y cesó con la entrega de octubre. A raíz de la aparición del primer número, Martí le escribió a Mercado, quien lo ayudaba en la distribución mexicana:

Verá por la circular que lleva pensamiento hondo, y ya que me la echo auestas, que no es poco peso, ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo.

La revista mereció pronto una cálida acogida —que desde entonces dura y crece generación tras generación y sin fronteras de edades—, y recibió muestras de aprobación explícita, como la sobresaliente del escritor mexicano Manuel Gutiérrez Nájera. En aquella carta a Mercado expresó Martí: «Los que esperaban, con la excusable malignidad del hombre, verme por esta tentativa infantil, por debajo de lo que se creían obligados a ver en mí, han venido a decirme con su sorpresa más que con sus palabras, que se puede publicar un periódico de niños, sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre». Sin embargo, el 26 de noviembre tendrá que escribirle al mismo amigo:

Va el deber del artículo laborioso, y no el gusto de la carta, porque le quiero escribir con sosiego, sobre mí y sobre *La Edad de Oro*, que ha salido de mis manos-a pesar del amor con que la comencé, porque, por creencia o por miedo de comercio, quería el editor que yo hablase del «temor de Dios», y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuvieran en todos los artículos e historias. ¿Qué se ha de fundar así, en tierras tan trabajadas por la intransigencia religiosa como las nuestras? Ni

ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito un credo exclusivo.

Y de verdad que asumió las tareas de la revista sabiendo que esta no sería poco peso en su vida. El 17 de octubre del mismo año le escribió a su amigo argentino Miguel Tedín, quien podía quejarse por no recibir carta suya:

Mi madre me llama hijo ingrato, y Vd., con tanta injusticia como ella, me llamará amigo olvidadizo. Dígame moribundo, y estará en la razón, primero porque lo estoy, por las congojas de adentro y las fealdades de afuera, y luego porque han venido a ayudarme a bien morir los muchos quehaceres de octubre, que es el mes político de los cubanos [el mes del día de fundación: el 10], y lo fue más este año por causas que no pueden desatenderse sin delito, porque cabe apatía en lo que a uno mismo le aprovecha, y es para su bien, pero no en lo que puede preparar el bien de los demás, y les quita peligros de sobre la cabeza. Después *La Edad de Oro*, el artículo diario de México, el consulado, que es un entra-y-sale en estos días de congresos y delegaciones, y muchas cosas más, que no amontoño por excusa, porque no la necesito ante Vd. que me ha visto el corazón.

Tales circunstancias añaden aún más luz sobre la seriedad con que asumió esa revista. Lo publicado en sus cuatro números evidencia un plan editorial orgánico y coherente, y de fines precisos. La historia, el arte y la tecnología dieron tema a la publicación, que incluyó cuentos, poemas, semblanzas, artículos y verdaderos ensayos, y todo con un ejemplar respeto a la dignidad de sus lectores, sin confundirlos con público de inferior jerarquía y apto para sufrir producciones de baja calidad, o ñoñerías empobrecedoras de la inteligencia. He ahí una de las claves de la permanencia de una revista que sigue siendo paradigmática en la literatura de su tipo.

Los artículos iniciales de cada número van trazando un verdadero camino de formación: desde «Tres héroes», acerca de Bolívar, Hidalgo y San Martín, se va a «La historia del hombre. Contada por sus casas»; y de esta visión del devenir humano, a «La Exposición de París», resumen de ese decursar visto con ojos de actualidad en la Exposición —sobre la cual Martí reportó magistralmente desde Nueva York— con que Francia quiso celebrar

el centenario de la Revolución de 1789. El cuarto número comienza con «Un paseo por la tierra de los anamitas», que puso a los lectores en contacto con Vietnam, aún entonces bajo la dominación colonial del país que convocó al mundo a la cita parisiense.

Del lado de los pobres de la tierra, Martí sustentó una perspectiva de defensa de «los caballeros de veras, los que trabajaban en el campo y en la ciudad», no precisamente de quienes se alzaron con el poder tras aquella Revolución, cuyo alcance él valoró con un sentido superior de libertad: «Ni en Francia, ni en ningún otro país han vuelto los hombres a ser tan esclavos como antes».

Otras formas de esclavitud persistían en el mundo, y Martí sabía necesario prevenir a los pueblos de nuestra América contra la opresión que los acechaba desde el Norte. Dentro de esa vigilia, por razones que recordaremos, Argentina tendría una especial responsabilidad en un encuentro que se gestaba mientras Martí escribía sobre la Exposición de París. No es casual que, dentro de su elogio a los pabellones de Hispanoamérica, subrayara el valor del argentino. La nación de José de San Martín sería un valladar contra las pretensiones de los Estados Unidos en el Congreso Internacional de Washington, próximo a iniciarse, y Martí escribió:

Brilla un sol de oro allí por sobre los árboles y sobre los pabellones, y es el sol argentino, puesto en lo alto de la cúpula, blanca y azul como la bandera del país, que entre otras cuatro cúpulas corona, con grupos de estatuas en las esquinas del techo, el palacio de hierro dorado y cristales de color en que la patria del hombre nuevo de América convida al mundo lleno de asombro, a ver lo que puede hacer en pocos años un pueblo recién nacido que habla español, con la pasión por el trabajo y la libertad: ¡con la pasión por el trabajo!: ¡mejor es morir abrasado por el sol que ir por el mundo, como una piedra viva, con los brazos cruzados!

Rasgos, consejos, iras, letras fieras

La clausura de *La Edad de Oro* fue para Martí la antesala de lo que él llamó «aquel invierno de angustia»: el de 1889 – 1890, cuando se celebró el

Congreso Internacional de Washington, primera maniobra visible —es decir, institucional y a gran escala— desplegada por los Estados Unidos en su plan de atar el conjunto de los países de nuestra América a su maquinaria mercantil. Ya por lo menos desde 1883 el periodista cubano había denunciado el afán del Norte de que México le aceptara un avieso tratado de mal llamada reciprocidad. Pero aquel Congreso, que se desarrolló en varias sesiones entre el 2 de octubre de 1889 y el 19 de abril de 1890, significaba un paso de abarcamiento continental de los Estados Unidos en su aspiración de conseguir la hegemonía en el mundo.

En la campaña de Martí para denunciar las diabólicas maniobras con que en el terreno económico la naciente potencia se empeñaba en hacer realidad la «profecía» del «destino manifiesto», le cupo un papel relevante a la circunstancia de que Argentina no estuviera entonces bajo la influencia directa de los Estados Unidos, sino en vínculos de mayor peso con Inglaterra: *La Nación* dio cabida a las enérgicas advertencias de su corresponsal en Nueva York. Aunque él permaneció casi todo el tiempo en esa ciudad —salvo, entre otras salidas menores, un breve viaje a Washington, donde tenía sede el foro y cabe suponer que se entrevistara con algunos de los delegados hispanoamericanos—, estuvo al tanto de cuanto concernía a la marcha de la reunión. Con fundamento, además, a la hora de apreciar su conocimiento de las interioridades del Congreso se ha tenido presente el hecho de que Gonzalo de Quesada Aróstegui, que tenía vínculos de trabajo con él y llegaría a ser un cercano colaborador suyo en el Partido Revolucionario Cubano, era precisamente el secretario de la delegación argentina, encabezada por Roque Sáenz Peña, cuya actitud Martí elogió sin reservas.

Las dos primeras crónicas de Martí sobre el Congreso para *La Nación* fueron relativamente breves y para saludar, una, la llegada de los representantes argentinos y relatar, otra, la excursión en un tren-palacio ofrecida por los anfitriones a sus huéspedes con el fin de deslumbrarlos.

A propósito de la excursión, el corresponsal comenzó el reporte citando influyentes órganos de prensa de los Estados Unidos. De *Mail and Express* reprodujo la mención de «los huéspedes que vienen a seguir nuestra guía; la alianza que hemos solicitado y que vienen a ajustar nuestros huéspedes». De *The New York Herald* —en el que halló eco el secretario de Estado, James G. Blaine, político corrupto y artífice del Congreso— tomó estas palabras: «Es un tanto curiosa la idea de echar a andar en ferrocarril, para

que vean cómo machacamos el hierro y hacemos zapatos, a veintisiete diplomáticos, y hombres de marca, de países donde no se acaba de nacer». Las otras publicaciones no se quedaban rezagadas en la insolencia, y Martí lo reveló a sus lectores. *The Sun* podía tocar de modo insultante a los argentinos: «Están vendidos a los ingleses estos sudamericanos que se le oponen a Blaine».

Ambas crónicas preparan el camino a la tercera, fechada 2 de noviembre y dedicada explícitamente a la historia, los elementos y las tendencias del foro, como advierte el subtítulo. Tras volver como en pivote sobre la prensa estadounidense, que revelaba euforia expansionista —«Ya es nuestro el golfo», proclamó una publicación—, Martí se adentró en lo fundamental de los hechos:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Apenas había comenzado el Congreso, pero Martí lo recibió desde la lúcida vigilia con que atendía los asuntos de nuestros pueblos: «Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever». No se trataba de una mera descripción, sino de un estudio a fondo para actuar resueltamente:

Solo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede liberrar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para

impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

La complicidad de «las repúblicas venales o débiles» podía cimentarse también en el deslumbramiento de algunos de sus hijos más influyentes. Y siempre sería bueno alertar contra costosas ingenuidades. El 19 de diciembre de 1889 la Sociedad Literaria Hispanoamericana ofreció una velada a los representantes de Hispanoamérica en aquel Congreso, y encargó el discurso a Martí, quien pronunció el que se conoce con el título de «Madre América». Sabía que algunos tenían admiración desmedida hacia el empuje estadounidense, y, vehemente y justiciero, proclamó: «por grande que esta tierra sea, y por unvida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez».

Reveló los vicios generados en nuestra América por la colonización española, y no escatimó reconocimiento a los avances de la América inglesa, pero eso mismo lo autorizaba a señalar los defectos generados por la ambición en esa parte del Continente. La síntesis del recuento histórico del país que ha convocado a reunión a los vecinos del Sur, conduce a este juicio acerca de su independencia de Inglaterra: «La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava».

Males así sembrados no los podrá extirpar ni la voluntad de un hombre como Lincoln. Tras la Guerra que puso fin a la esclavitud, «por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión», afirmó el orador a quienes lo escuchaban en aquella velada,

se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el predominio en la república, y en el universo, el peregrino que no consentía señor sobre él, ni

criado bajo él, ni más conquistas que la que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones,—y el aventurero sagaz y rampante, hecho a adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila.

La mención de Cuba, que ya hemos visto, en una de sus primeras crónicas acerca del Congreso de Washington no fue mera salida accidental de su fe patriótica. En aquel foro apreciaba grandes complicaciones para la Isla. De él, dijo en carta a Quesada Aróstegui del 29 de octubre, «nada práctico puede salir» para Cuba, «a no ser lo que convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros». Pero había «marea alta en todas estas cosas de anexión», y hasta alguien intentó asociar con ella su nombre —por las iniciales *J. M.*, que se creyeron las suyas— en una carta de coqueteo con Blaine enviada a un periódico habanero. Urgía enfrentar las maniobras de los enemigos y sus aliados, y preparar la lucha para independizar a Cuba. En otra carta a Quesada, del 16 de noviembre, habló sobre la necesidad de fundar un periódico, que, de él contar con recursos, ya tendría en pie:

Lo haré, como pueda, porque es preciso. ¿Pero qué he de poder hacer con \$25, que es lo que puedo quitarles de la boca a los que reciben el pan de mí, y \$15 más que tres amigos redondos me tienen ofrecido? \$5 le impongo a V. de contribución mensual, si el periódico se publica, por seis meses a lo menos. Y las ideas saldrán a luz, en una forma u otra. Y el periódico, aunque no fuese más que con los \$40. ¿No le ofendería a Vd. si no aceptase su oferta? ¿Cómo dejar sin defensa a aquello a quien no defiende nadie, y están tantos dispuestos a vender?



Autorretrato. Mide dos centímetros de alto. En la misma hoja de papel hizo Martí otros dibujos y escribió varias veces «Por América».

De angustias de esa índole han de haber nacido sus *Versos cubanos*, que en el prólogo a *Versos sencillos* definirá como «tan llenos de enojo que están mejor donde no se les ve», razón que seguramente lo movió a no publicarlos. Ni siquiera dejó un índice que los identificara. Pero es probable que a ellos perteneciera un poema como aquel en que, pensando en la posibilidad de que unos cuantos de sus paisanos quisieran unir su patria «al bárbaro extranjero», comenzó diciendo: «Hoja tras hoja de papel consumo: / Rasgos, consejos, iras, letras fieras / Que parecen espadas». No quiere, expresa, que la patria «Sepa que en soledad muero por ella».

Su palabra puede, más que parecer, ser espada, porque no esconde resignación, sino que encarna voluntad de actuar. Con tal perspectiva, resorte de su optimismo, le afirmó a Quesada: «Aún se puede, Gonzalo. Son algunos los vendidos y muchos los venales; pero de un bufido del honor puede echarse atrás a los que, por hábitos de rebaño, o el apetito de las lentejas, se salen de las filas en cuanto oyen el látigo que los convoca, o ven

el plato puesto». Desde *El Diablo Cojuelo* había evidenciado una comprensión de la que dio prueba madura en la *Lectura en Steck Hall*: la realidad cubana mostraba a sus ojos mayor disposición radical entre los humildes, y más fácil tendencia al reformismo acomodaticio entre los opulentos. La guía de la anexión se afianzaba en un sector de estos últimos.

Mientras en Washington sesionaba aquel Congreso Internacional, en Cayo Hueso —donde abundaban obreros cubanos— se fomentó una huelga como expresión de contradicciones que podían dividir a las fuerzas independentistas. Sobre el tema intercambió Martí correspondencia con Serafín Bello, uno de los activistas obreros que desde el Cayo colaborarían destacadamente con él en los preparativos revolucionarios. En términos que recuerdan su distinción entre la debilidad digna —la pobreza material o económica de aquellos a quienes el honor exige defender—, por un lado, y, por otro, la debilidad moral que conduce a complicidades venales, le escribió a Bello: «por lo que V. me dice y leo, la razón está, como suele, del lado de los débiles [...] El corazón se me va a un trabajador, como a un hermano». Él mismo era un trabajador, y estaba pensando en el futuro de su país, con visión esclarecida por su conocimiento del mundo, y por su afán de justicia: «Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes: yo no le tengo miedo, porque la justicia, y el peso de las cosas, son remedios que no fallan».

Las batallas políticas, y las de la independencia entre ellas, no podían ignorar otros factores decisivos: «A los elementos sociales es a lo que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba, y ponerlo en condiciones reales». Al propio Bello le confesó que si no había «empezado la campaña activa» y publicado el periódico, se debía al peligro representado por la excesiva, ilusa u oficiosa confianza que algunos cifraban en aquel Congreso como auxiliador de la independencia de Cuba; y otros —o los mismos—, en la anexión como beneficio para la Isla. Además de hacerle esta clara sugerencia: «Del Cayo quiero ver surgir una admirable protesta», le dijo: «En la soledad en que me veo—porque cual más cual menos espera lo que abomino—lo he de impedir, he de implorar, estoy implorando, pongo al servicio de mi patria en el silencio todo el crédito que he podido irle dando en esas tierras hermanas a mi nombre».

Aludía a su labor periodística y de diversa índole para los pueblos de nuestra América. Pero —como Puerto Rico— Cuba ni siquiera estaba

representada en el Congreso, pues todavía era colonia. El país anfitrión jamás había reconocido su derecho a la independencia, ni apoyado su lucha para conseguirla. Urgía organizar y prever. El 13 de diciembre Martí le escribió a Quesada y —aparte de expresarle su deseo de que la delegación argentina hubiera leído la crónica en que describió su llegada a Washington para el Congreso: «Me alegraría, porque la cordialidad da fruto»— le dijo: «Aquí como he sembrado mucho a tiempo, no están nuestras ideas solas. Ni en el Cayo, ni en Tampa. En Cuba ¿quién sabe si logramos levantar un partido anti-anexionista?» Al día siguiente volvió a escribirle a Quesada. La propia rapidez habla de serias preocupaciones:

Sobre nuestra tierra [...] hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos, y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra,—para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más soberbia no la hay en los anales de los pueblos libres:—ni maldad más fría. ¿Morir, para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses! // Vigilar es lo que nos toca; e ir averiguando quién está dispuesto a tener piedad de nosotros.

Había, por tanto, que preparar una guerra como la que no deseaban los Estados Unidos. Se requería una ordenación capaz de impedir que ensayaran en esa guerra sus prácticas de intervención como «mediadores» y «garantizadores», al igual que en los países ya independientes pretendían otro ensayo aún más taimado: «¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?» Eso planteó en la crónica fechada 2 de noviembre, y en ella misma reforzó esa idea al condenar «la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera como Pizarro llevó la fe de la cruz».

El Zollverein, arbitraje comercial propuesto por los Estados Unidos, equivalía a uncir el Continente a los intereses de aquel país. De ahí la importancia de la actitud mantenida por la delegación argentina, como el

corresponsal de *La Nación* la reflejó en la crónica enviada a ese diario con fecha 31 de marzo de 1890: «cuando el delegado argentino Sáenz Peña dijo, como quien reta, la última frase de su discurso sobre el Zollverein, la frase que es un estandarte, y allí fue una barrera: “Sea la América para la humanidad”,—todos, como agradecidos, se pusieron en pie, comprendieron lo que no se decía, y le tendieron las manos».

El fatídico foro fue cuna de un panamericanismo que los imperialistas han tratado de imponer, y que en nada encarna la hermandad que alguna vez podrá triunfar entre los pueblos todos de América, desde el Polo Norte hasta la Tierra del Fuego. Lo que se decidía era de suma gravedad para el género humano en general, y para Cuba en particular. Las tensiones a que Martí, de salud corporal quebradiza, estuvo sometido en aquellos días, bastaban para dañar al más fuerte.

Verso, o nos condenan juntos, O nos salvamos los dos!

En agosto de 1890 se hallaba Martí en las montañas de Catskill, lugar que escogió para cumplir prescripción médica por el deterioro de su salud. De ello habla el prólogo de *Versos sencillos*, libro que escribió, total o mayoritariamente, en aquel paraje. Aludiendo a insignias de la voracidad de los Estados Unidos y de la resistencia de México para defender su territorio—Monterrey y Chapultepec— y a servidores de la expansión estadounidense por Centroamérica—William Walker— y de la anexión de Cuba al Norte—Narciso López—, expresó:

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo

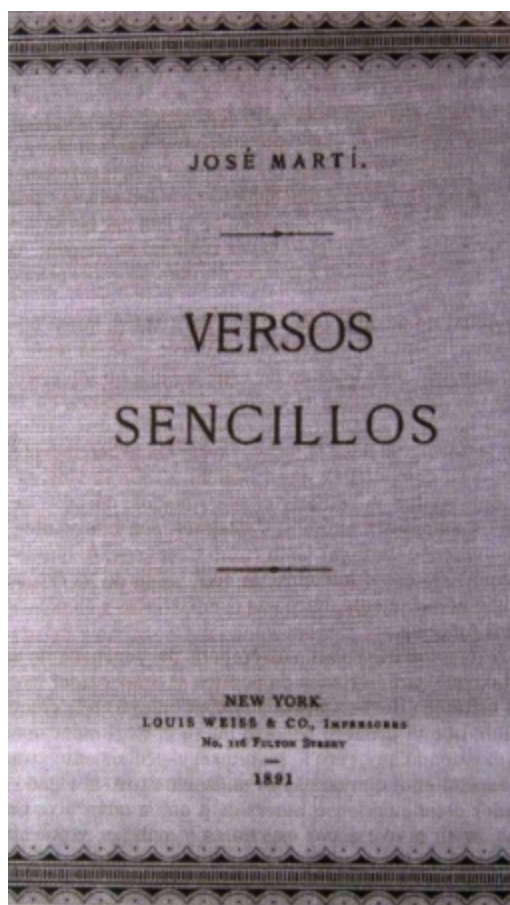
disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana,—me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos y se cerraban las nubes: escribí versos.

El 30 de enero, mientras se desarrollaban las sesiones del Congreso, había llegado a Cuba el general Antonio Maceo. Lo guiaba el propósito de fomentar un nuevo plan insurreccional.

Y el 30 de agosto, parece que hallándose Martí aún en Catskill, el héroe de Baraguá fue expulsado de la Isla por las autoridades españolas. No consiguió hacer realidad su empeño. Quedaba confirmado que se requería un plan de concepciones y métodos superiores.

La señal no pasaría inadvertida para Martí, quien tal vez tuvo conocimiento de la gestión de Maceo y acaso temió que ella requiriese otro período de espera para no interferir en afanes que prolongarían el encabezado por Gómez en 1884. Catskill fue para el autor de *Versos sencillos* otro «refugio» donde fortalecerse para la lucha. Desde allí le escribió el 8 de agosto a su compatriota Juan Bonilla: «Toda la vida es deber». Esa actitud la ratificaron sus vínculos, durante su estancia en aquellas montañas, y después, con integrantes del estadounidense Twilight Club (Club Crepúsculo), que llegaría a recibirlo como miembro, lo cual habla de su creciente prestigio no solamente entre sus compatriotas y en países de nuestra América.

El revolucionario cubano discrepaba del pensamiento aristocrático que caracterizaba en política al conservador teórico social británico Herbert Spencer, quien influyó en la creación del Club, que el primero conoció en su etapa fundacional, y sigue existiendo hoy. Pero le resultaría especialmente atractivo el ascendiente que en esa organización tuvo el legado del pensador estadounidense Emerson, a quien admiraba. Compuesto en su mayoría por escritores y artistas, y por otros profesionales —en general, por personas con poder de influjo sobre la sociedad: entre sus integrantes figuraron, por ejemplo, Walt Whitman y Mark Twain, depositarios asimismo de su admiración—, Crepúsculo expresaba preocupación por la decadencia espiritual de los Estados Unidos, y aspiraba a que el siglo xx fuese para ese país la entrada en un alba regeneradora.



Cubierta de *Versos sencillos*

Durante los contactos establecidos por Martí en Catskill, o a raíz de ellos, con el Club, la dirección de este lo invitó a uno de sus encuentros neoyorquinos: se ha dicho que el celebrado el 23 de octubre de 1890, aunque el «fragmento traducido», tomado de *El Porvenir* del 29 de ese mes, aparece en el tomo 28 de sus *Obras completas* con fecha del día 22. Lo seguro es que para Martí la ocasión entró en su permanente sentido del deber: allí instó a los miembros del Club a que abogasen por buenas relaciones entre los habitantes de la América inglesa y los del sur del Continente, en pos del respeto mutuo y la cordialidad que ambas partes debían mantener entre sí. Era una manera de actuar contra los planes de «políticos ignorantes y adementados» que desde el Norte estarían dispuestos a violar el derecho de «los pueblos meritorios, laboriosos, ascendentes, de la América española». Es de suponer que el aumento de sus labores políticas no le haya dejado mucho margen para su accionar en Crepúsculo, pero siempre se debe contar con su extraordinaria capacidad de trabajo.

También poco después de su reposo en la montaña integró —sin salario alguno— el claustro de profesores de la Sociedad Protectora de la Instrucción La Liga, fundada por trabajadores cubanos y puertorriqueños en Nueva York a principios de ese año, y el 1 de octubre fue nombrado profesor de español de la Escuela Central Superior Nocturna. Seguía buscando modos de ser generosamente útil a los demás, y ganarse el pan, aunque no hay por qué suponer que andaba bien de salud. El 13 de septiembre —«cuando acabo de venir de Catskill»— le escribió a Miguel Tedín y le confesó acerca de su enfermedad: «Ni en el otro presidio en que estuve, padecí tanto como en este. Tengo ganas de meterme en lo hondo del monte, hasta que salga con las barbas verdes».

Se acrecentaba cada vez más el reconocimiento que merecía, y en diciembre fue electo presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana. También crecieron sus responsabilidades diplomáticas, hecho en el cual influyó seguramente su labor en el desentrañamiento de las motivaciones del Congreso Internacional de Washington. Ya era cónsul de Uruguay en Nueva York, y en julio otros dos gobiernos de países que tenían similares intereses y vínculos económicos, Argentina y Paraguay, le confiaron igual responsabilidad. No conocemos otro caso de alguien que haya sido, en ciudad de tanta significación, cónsul a la vez de tres países sin ser natural de ninguno de ellos.

Al hablar de intereses afines entre esas tres repúblicas, aludimos a la preminencia de sus vínculos con Inglaterra, circunstancia que a Martí podía parecerle favorable. Pensaba, con razón —como anotó hacia mediados de los años 80—, que mientras los países de nuestra América no fuéramos «bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia», podían estar «en el equilibrio de potencias rivales». Ante la cercanía de una potencia voraz, estimaba recomendable «la creación de intereses extranjeros,—de naciones diversas y desemejantes, y de intereses encontrados»; y si —a pesar de ser indeseable—resultaba ineludible concederle «preponderancia aparente y accidental» a alguna de ellas, consideraba que se le debía dar «siempre a un poder europeo», que estaba más lejos.

Tal agudeza táctica tampoco lo llevó a idealizar las potencias de Europa. En el mismo apunte donde estampó esas meditaciones, previo lo que un siglo después —como parte de las relaciones entre fuerzas imperialistas— tendría una dramática confirmación, en particular, para el pueblo argentino,

en el conflicto de las Islas Malvinas, aún no resuelto. «Allá, muy en lo futuro, para cuando estemos completamente desenvueltos, corremos el riesgo de que se combinen en nuestra contra las naciones rivales, pero afines,—(Inglaterra, Estados Unidos)», escribió Martí. Y todavía nuestros países no han logrado el desarrollo que él, más que vaticinar, deseaba que alcanzasen.

Las circunstancias y las medidas tácticas no lo desviaban de la estrategia de liberación con que asumía la política y la historia, y sus responsabilidades, ya fueran diplomáticas o de cualquier otra índole. Dentro de su labor en la diplomacia recibió en diciembre de 1890 una especial muestra de confianza por parte del gobierno de Uruguay: lo nombró su representante en la Comisión Monetaria Internacional Americana que se desarrollaría en Washington, en sesiones esporádicas —así como el Congreso de 1889 – 1890, del cual nació—, desde el 7 de enero hasta el 8 de abril de 1891.

Por tanto, al finalizar 1890, Martí tenía a la vez serias responsabilidades y capacidad de influjo a nivel continental. Las tenía cuando escribió el ensayo «Nuestra América», aparecido el 1 de enero siguiente en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, y el 30 en *El Partido Liberal*, de México. En gran medida, ese texto, programático y fundamental, fue como el desarrollo, en nuevo momento, de «El carácter de la *Revista Venezolana*», y la continuación del discurso «Madre América».

En el ensayo de 1891 convocó a la unión de nuestros pueblos y reclamó a sus gobernantes que cumplieran su misión de acuerdo con el carácter y la historia de sus países, sin imitar modelos extraños: «Los gobernantes, en las repúblicas de indios, aprenden indio», llegó a decir como aspiración. Con su modo de combatir ideas sin incurrir en ataques personales innecesarios, refutó complejos de inferioridad fomentados por la herencia colonial, base de conceptos como las tesis centrales de Sarmiento, quien admiraba su estilo literario tanto como desaprobaba su actitud emancipadora frente a Europa y en particular a los Estados Unidos, en los que el autor de Facundo veía el paradigma a seguir. Frente a eso, Martí sostuvo: «No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza».

En general, enfatizó que «el problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu». Y con esa orientación señaló el objetivo cuyo incumplimiento había sido raíz determinante de graves

manquedades presentes en las repúblicas de nuestra América: «Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores».

Antes de aprender con esa guía, los preparativos de la guerra independentista, debía librar la batalla de la Comisión Monetaria. Pero, aunque informó al secretario de Estado el 2 de enero el nombramiento uruguayo que había recibido, y la Comisión se inauguró el día 7, hasta el 23 no recibió la correspondiente acreditación, y no pudo asistir a la sesión inicial. Se ha pensado, con base, que su conocimiento había aumentado entre quienes lo querían, y también entre aquellos que lo veían como enemigo natural. Los asesores de Blaine habrán hecho su tarea, sin descontar la de los detectives que rodeaban al periodista y conspirador.

Si Blaine y los suyos intentaron premeditadamente dificultar el acceso de Martí a la reunión monetaria, Carlos A. Aldao, amigo argentino del representante uruguayo, ofreció años más tarde otro dato revelador. En su libro testimonial *A través del mundo* (1914) recordó que aquel político estadounidense, probablemente después de ver el desempeño de Martí en la Comisión, intentó ganarlo para sus maniobras electorales. Según afirmación de Aldao, Martí «solía narrar con cierto orgullo haber acompañado hasta la escalera de su modesta vivienda al emisario de Blaine que había entrado en ella a proponerle ventajas pecuniarias, en cambio de cuatro mil votos cubanos de que él podía disponer en Florida y que acaso decidieran en aquel Estado la elección presidencial».

En la Comisión Monetaria —que rebasó el ámbito americano y también convocó al reino de Hawai— Martí fue electo para integrar el equipo encargado de redactar el informe acerca de la conveniencia o inconveniencia de establecer en toda América una moneda única, aspiración en que los anfitriones pretendían, además, contar con la venia de las naciones europeas. El representante de Uruguay tuvo de su lado un valioso apoyo no solamente en los intereses comerciales de ese país, sino en contradicciones internas de los propios Estados Unidos: todavía no se había resuelto el diferendo entre los oristas y los platistas, y no era posible, en consecuencia, imponer un patrón u otro para la moneda. El informe que él redactó en nombre de su equipo, constituyó un golpe demoledor para las pretensiones estadounidenses de imponer, ya entonces, lo que luego sería (es) el desfachatado predominio del dólar. La batalla tendría vital

importancia también para Cuba, que necesitaba su propio lugar como país independiente en el comercio internacional.

Martí no se limitó a escribir aquel informe, sino que ratificó sus puntos de vista en el artículo que dedicó al tema y apareció, recién clausurada la Comisión, en el número de mayo de *La Revista Ilustrada de Nueva York*. Al expresar con mayor libertad aún los criterios que había plasmado en el informe, sostuvo: «A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve». Lo guiaba la convicción de que los Estados Unidos, como antes en el Congreso de «aquel invierno de angustia», trataban de convertir a las repúblicas de nuestra América en ejército o rebaño al servicio del apetito de hegemonía que los animaba, y «quien dice unión económica, dice unión política».

Por ello el periodista le recomendó a nuestra América «la unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras». No se oponía irracionalmente al establecimiento de la moneda única —«Por el universo todo debiera ser una la moneda»—, pero advertía que ello sería posible cuando no hubiera relaciones injustas entre los países: «Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta». En el informe citado había dicho: «En esto, como en todos los problemas humanos, el porvenir es de la paz». Pero a él todavía le esperaba la guerra: contra el colonialismo español y, ya fundamentalmente, contra los planes expansionistas de los Estados Unidos.

7

Esa es la hermosa mujer Que me robó el corazón

Mientras Martí se veía forzado a seguir esperando por el momento propicio para reanudar, con intensidad irreversible, los preparativos de la *guerra necesaria*, su labor diplomática se multiplicó. Quizás todo ello hizo a Carmen Zayas-Bazán concebir la ilusión de que su marido había renunciado al quehacer político y conspirativo que ella no comprendía, o no aceptaba: no al menos como para decidirse a someter la vida de su hijo a las consecuencias de ese quehacer. El 30 de junio de 1891 llegó a Nueva York junto con el niño —ya próximo a cumplir trece años— para reunirse con Martí después de la separación iniciada en 1885. El alma sola del desterrado habrá sentido quizás renacer las esperanzas de felicidad hogareña, que tanto necesitaba y merecía. En julio estuvo por varios días con la esposa y el hijo en Bath Beach.

Haya sido porque comprobó que su esposo no había renunciado en modo alguno a su vocación revolucionaria, o porque, separación tras separación, crecieron en ambos las contradicciones y quién sabe hasta qué punto el hábito de estar uno lejos del otro, Carmen decidió abandonarlo otra vez. Él, en su poesía de entonces —específicamente en *Versos sencillos*—, dejó testimonio de otros vínculos sentimentales: sobre todo, los que atañen a la dinámica Eva, que volveremos a recordar y parecen haber sido una relación contemporánea.

Quizás ya, en cuanto a Carmen, se trataba no solo de imponer el modo como ella asumía los respetables deberes maternos. ¿Daría la razón —al margen de su voluntad— a la advertencia que doña Leonor Pérez, con criterio práctico y desde su doble pupila de madre y de suegra, le había hecho a su hijo en una carta de agosto de 1881, a propósito de su primera crisis matrimonial? Además de sugerirle que Carmen era voluntariosa, le dijo: «no es mujer para penalidades ni para vivir con pocos recursos».



Muchas de las cartas de Carmen a Martí se habrán perdido, o fueron destruidas. Tal vez aún se recuperen algunas más. Las escasas conocidas cubren a saltos un período que se extiende desde 1875 —inicios del noviazgo, en México— hasta el 1 de septiembre de 1890, estando ella en Camagüey. Desde las primeras, que testimonian el fuego de su amor por Martí, muestran a una mujer apasionada y de carácter, cuyas dolencias físicas de años posteriores se verían agravadas por las emocionales. Huérfana de madre desde antes de hacerse novia del compatriota desterrado, miembros de su propia familia, vinculados con el poder colonial o dóciles a él —empezando por su padre—, y movido por mezquindades alguno de ellos, como el concuño que servía a la Corona, le hicieron tragar buches de sangre por haberse casado con el indetenible revolucionario.

Ella, que cultivaba en el hijo el amor al padre ausente, le recriminaba al marido que no hiciera lo que otros compatriotas: aceptar un trabajo en la Cuba oprimida con tal de estar junto con la familia y contribuir, en la cercanía, a satisfacer sus necesidades materiales. No se aprecia que insinuara otros motivos de discordia: ni celos ni discrepancia política explícita, más allá de mantener por su parte el anhelo de que Martí, en el ambiente familiar que ella deseaba para ambos —recordemos su nota de 1878, desde Guatemala, a Dolores García Parra, la esposa de Manuel

Mercado—, olvidara «un poco este dolor de patria que tan grave es en las almas como la suya».

En el fondo, quizás nunca llegó a comprender que en 1876 había decidido algo así como unirse al Sol, sin tener alas de resistencia bastante para semejante vuelo. Pero ¿hemos de condenarla fríamente por eso? ¿Quién pudo ponerse a pareja altura con Martí? Parece más adecuado mantener hacia ella, en ese plano, el respetuoso y triste silencio con que él la recordó, aunque nada lo librara de angustias. Gestos, si no expresiones de amor, que ella tuvo después de caer en combate el héroe, la confirmarían merecedora de ese tratamiento.

Enrique Trujillo —con quien Martí no había roto sus vínculos políticos ni los rompería definitivamente, dado el aporte periodístico que aquel debía seguir brindando a la independencia de Cuba— no renunció a amargarle la existencia y, si era posible, sembrar intrigas en torno suyo. En 1891 se le dio al retorcido personaje la ocasión de reforzar, siempre indirectamente, la tarea de zapa que había iniciado en 1887: esta vez, un golpe en el centro de los afectos del desterrado. Carmen —a espaldas de Martí— decidió regresar a Cuba, y para lograrlo, siendo la Isla colonia de España y ella misma por tanto ciudadana española, necesitaría acudir al consulado de la Metrópoli en Nueva York. En esa gestión —ineludible en tal caso, pero que agravó para el esposo el significado moral de la pena— contó con la taimada ayuda de Trujillo, y el 27 de agosto emprendió el viaje a Cuba sin que Martí lo supiera.

Hacia octubre apareció *Versos sencillos*, depurada culminación de la lírica de Martí. En ese libro puede verse la concreción de una idea expresada por el poeta a propósito de otro autor, dos años más tarde, en el periódico *Patria*: «A la vida se le van cayendo los velos poco a poco y cuando se conoce y rehúye lo de verboso e inútil que hay en ella, vuelve como una ingenuidad al corazón, que en los hombres sensibles y adoloridos se refleja, a la tarde de los años, en la sencillez de la poesía».

Versos sencillos es un verdadero recuento autobiográfico. El poeta más de una vez deja ver pudorosamente en esas páginas tristezas que se le habían afianzado desde antes, y es de considerar que se le agravaron con el nuevo y último abandono por parte de su mujer, quien de paso le arrancó de su lado al hijo. Tal pudiera ser el fondo de esta estrofa:

He visto vivir a un hombre

*Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.*

O del poema en que, después de invitar a decir cuanto fuera justo y posible contra el tirano y contra el error, propone en la redondilla final:

*¿De mujer? Pues puede ser
Que mueras de su mordida;
Pero no empañes tu vida
Diciendo mal de mujer!*

El periódico *El Porvenir*, de Enrique Trujillo, había anunciado en un suelto del 22 de julio que Martí le cedía los derechos para publicar *Versos sencillos*. Sin embargo, el poemario apareció con otro sello editorial neoyorquino —Louis Weiss & Co., Impresores— y nada de él dijo después *El Porvenir* en sus puntuales noticias bibliográficas. Tras la participación de Trujillo en la salida de Carmen de Nueva York aquel año, tenía motivos Martí para quitarle el libro. Ante esos indicios, si un poema resulta lícito *conjeturar* que pudo añadirse entonces a la colección escrita en Catskill el año anterior, es el número XXXIX, conocido como «La rosa blanca»:

*Cultivo una rosa blanca,
En Julio como en Enero,
Para el amigo sincero
Que me da su mano franca.
Y para el cruel que me arranca
El corazón con que vivo,
Cardo ni oruga cultivo:
Cultivo la rosa blanca.*

No se trataba de transigir frente a los enemigos, sino de no abrazar espíritu de venganza en el orden personal. La publicación de *Versos sencillos* fue el pórtico de la etapa decisiva en la preparación de la guerra en que Martí murió. Tal circunstancia confiere al libro un especial significado. Entre la estrofa del inicio —«Yo soy un hombre sincero / De donde crece la palma, / Y antes de morirme quiero / Echar mis versos del alma»— y la del cierre —«¡Verso, nos hablan de un Dios / A donde van los difuntos: / Verso,

o nos condenan juntos, / O nos salvamos los dos!»—, median las rememoraciones del hombre que se sabe en el umbral de lo determinante.

En torno al poema vertebral —el que recrea las escenas de la esclavitud en Caimito del Hanábana, frente a las cuales se hizo el precoz juramento revolucionario que lo animaría para siempre— aparecen numerosas escenas de su vida. Varias han irrumpido ya en estas páginas; y otras —en realidad todas, pero no hay espacio para tanto— merecen también recordarse.

La presencia en Nueva York de una bailarina española, Carolina Otero —que de distintas formas inflamó asimismo la inspiración o el afecto de otros artistas: Renoir, D'Anunzio, García Lorca; y de monarcas: el rey de Inglaterra y el zar de Rusia—, suscitó en Martí la escritura de un poema particularmente hermoso y de expresividad plástica y cinética. Como el poder de trascendencia desde la anécdota distingue siempre al autor —al «alma trémula y sola» que «Padece al anochecer» y busca el alivio de una buena función artística—, aparece un dato que ratifica su patriotismo frente a la insignia de la Metrópoli colonialista: «Han hecho bien en quitar / El banderón de la acera; / Porque si está la bandera, / No sé, yo no puedo entrar».

El poemario da cauce a la vocación confesional de Martí, cuyas vivencias amorosas perdurables se muestran claramente a pesar de la discreción de quien afirma: «Mi amor del aire se azora». Allí aparecen la novia zaragozana, la joven guatemalteca que sintió hacia él una pasión de fuego no correspondido, la niña enamorada que «en vano [...] le tendió al viejo la mano» y hasta la amante identificada por un nombre que podría ser símbolo, y lo es, pero sobre todo identifica una concreción carnal: la Eva, ya mencionada, cuya compañía esporádica pudo acaso aliviar una realidad que recorre de distintos modos el libro: la agonía del «Corazón que lleva rota / El ancla fiel del hogar» y «Va como barca perdida, / Que no sabe adonde va».

Nada había curado de esa angustia a quien se sentía como un muerto, ante todo, por no estar en la lucha con que deseaba emancipar a Cuba y contribuir a la independencia de toda nuestra América. Esa es una aspiración presente en el espíritu del poemario, comenzando por la dedicatoria: «A Manuel Mercado, de México. // A Enrique Estrázulas, del Uruguay».

La resolución de combate del poeta se aprecia también en sus llamados al hijo para que no acudiera al pintor que lo pedía «Para modelo de un

Dios», sino a la lucha en que debería estar «Cara a cara al enemigo»; y se ratifica devocionalmente hacia el final del volumen, al variar el ritmo y la organización de los octosílabos para recordar la intensidad espiritual de los encrespados y volcánicos *Versos libres*. ¿Qué ha ocurrido? El autor declara soñar «con claustros de mármol» donde las estatuas —identificables con héroes de la patria— saltan del zócalo, y una de ellas «barre la tierra» con la cabeza del poeta: clara, inescusable invitación al combate.

La verdad quiere cetro

En octubre de 1891 Martí convocó a los cubanos de Nueva York para el acto en que el día 10 se conmemoraría el levantamiento patriótico de veintitrés años atrás. Él participó con un discurso que ratificó la meditación y los argumentos con que había venido fraguando —desde la reunión del Steck Hall cuando menos— los preparativos revolucionarios, y fue una clara convocatoria a la acción que se avecinaba. El cónsul y el embajador del Gobierno español protestaron de inmediato ante las autoridades de Uruguay por las declaraciones públicas de su representante en Nueva York, y tal vez hicieron lo mismo ante las de Paraguay y Argentina.

Muy pronto Martí renunció a su triple consulado. No lo hacía como un mero trámite diplomático, sino para librarse de cuanto le dificultara cumplir sus deberes mayores. Procuraba, también, evitarles complicaciones a otros países: particularmente, en este caso, a los que le habían confiado su representación en Nueva York.

En los últimos meses habían aumentado sus comparecencias en veladas de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, que presidía desde finales de 1890. El 30 de octubre de 1891 renunció a esa presidencia «para no entorpecer [...] nuestra obra americana». Tuvo que insistir en que se le aceptara la renuncia, pero no pudo impedir que lo reeligieran para el mismo cargo en diciembre, ni que en junio del siguiente año —ya hasta el pecho en las tareas del Partido Revolucionario Cubano— se le mantuviera al menos como presidente de la Sección de Literatura.

A mediados de 1888, en Nueva York, había participado en la fundación del club Los Independientes, al que perteneció desde entonces. Esa asociación recibió en la época el calificativo de Club Decano, y se ha podido considerar como «célula inicial» del Partido, cuya creación urgía

para enfrentar las campañas autonomistas y anexionistas y, sobre todo, para encauzar la obra de la plena independencia. Clubes para agrupar conspiradores o auxiliares de la lucha existían en el movimiento patriótico de Cuba, por lo menos, desde la Guerra Chiquita. Cuando Martí pudo entregarse a la fundación del Partido, al calor de la cual se multiplicaron, ya los había en distintas localidades de los Estados Unidos en las cuales abundaba la emigración cubana, particularmente en Tampa y Cayo Hueso.

En estas últimas quiso él que se dieran los pasos decisivos para aprobar los documentos rectores —los principios— de la organización que se gestaba. Ya él se había ganado una influencia sobresaliente en Nueva York, pero en Tampa y en el Cayo la emigración cubana era más numerosa y estaba compuesta en su mayoría por trabajadores, por obreros, por compatriotas humildes: representaba, en consecuencia, una fuerza cuantitativa y cualitativa relevante, y desplegaba una intensa actividad.

El trabajo, las relaciones y el prestigio de Martí rebasaban los límites de la emigración cubana (y puertorriqueña) de Nueva York, y en noviembre fue invitado por Néstor L. Carbonell, presidente del club que en Tampa llevaba el nombre de Ignacio Agramonte, a viajar a esa localidad y participar en una velada artístico-literaria de dicha asociación. Era un reconocimiento al líder que crecía, y una forma de contribuir a sus planes. Martí aceptó de inmediato la invitación, y pronto inició el viaje.

Esa primera experiencia en Tampa inició en su vida una etapa especialmente arisca para la biografía. La intensa sucesión de hechos obliga a fijar la atención en líneas generales o en núcleos de acontecimientos. En tales vertientes cabe distinguir tres: la publicación del periódico *Patria*, la fundación del Partido Revolucionario Cubano y el objetivo mayor con que el periódico y esa organización se enlazaban medularmente, la preparación de la guerra que debía independizar a Cuba y sentar las bases de la república libre.

Llegó a Tampa en la medianoche del 25 de noviembre de 1891, bajo una fuerte lluvia. Lo esperaba un nutrido grupo de compatriotas, que lo acompañaron hasta el Liceo Cubano guiados por una banda de música. Este arte será un elemento frecuente en sus gestiones unitarias tanto en Tampa como en Cayo Hueso, lo cual sugiere alguna relación con el entendimiento que él tenía sobre el sentido musical de su pueblo.

La acogida favorable, entusiasta, que se le dispensó desde su llegada, se mantuvo en aumento hasta el final de la etapa, como anticipo de lo que ocurriría a su paso por todas las comunidades de compatriotas emigrados. Los días 26 y 27, en el Liceo Cubano, improvisó sendos discursos que fueron tomados taquigráficamente por Francisco María González, quien colaboraría activamente con él en la documentación del Partido que se gestaba. Gracias a eso, ambos discursos se conservaron y pudieron publicarse pronto. Constituyen una prueba de la extraordinaria capacidad de improvisación de Martí, y de sus dones para sintetizar poéticamente los asuntos y las preocupaciones que aseguraban la comunicación con sus oyentes.

La calidad literaria de esas piezas oratorias ha sido garantía para la perdurabilidad de las ideas programáticas expresadas en ellas, si bien del autor es justo decir lo que en 1886 él afirmó acerca de la activista obrera estadounidense Lucy Parsons: «auditorio conmovido quiere decir orador triunfante; pero a ella, más que del arte natural con que gradúa y acumula sus efectos, le viene su poder de elocuencia de donde viene siempre, de la intensidad de la convicción».

El tema central del primero de aquellos discursos quedó resumido en la frase final: «Con todos, y para el bien de todos». Pero Martí no se ilusionaba con una *totalidad imposible*, sino que contaba con todos los que se mantenían fieles a las necesidades esenciales de la patria. No excluía a nadie, ni ignoraba la autoexclusión de aquellos que no encaraban la política nacional con principios como los que ya él había defendido en enero de 1880 en el Steck Hall neoyorquino y aún antes. Se autoexcluían los que en Tampa llamó lindoros, olimpos de pisapapel y alzacolas: es decir, aquellos que por equivocación o intereses de bolsa se situaban fuera de los elementos reales de la liberación nacional, y hacían el juego a los autoexcluidos, o se aprestaban a excluirse ellos mismos. También contaban en la deserción antipatriótica los que propalaban el miedo al negro, a los españoles honrados y a las tribulaciones de la guerra. A unos y a otros el orador fue oponiendo una enérgica sucesión de «¡Mienten!»

El discurso del 27 partió del homenaje a los estudiantes asesinados en La Habana hacía veinte años. Pero no llamó ni a odio ni a venganza, ni a lamentaciones inútiles, sino a preparar la obra de emancipación, inspirada en el coraje con que aquellos jóvenes enfrentaron la muerte. Y no invitó a ninguna preminencia generacional. Los elementos nuevos en que desde

Guatemala había evidenciado basar el análisis de la realidad cubana, eran de índole ideológica, de actitud y métodos: de perspectiva revolucionaria, para cuyo encauzamiento empezaba siempre contando —desde el justo respeto— con los héroes de las pasadas contiendas. Tal era (es) el mensaje que transmitió al auditorio con la imagen de cierre del discurso:

Cantemos hoy, ante la tumba inolvidable, el himno de la vida. Ayer lo oí a la misma tierra, cuando venía, por la tarde hosca, a este pueblo fiel. Era el paisaje húmedo y negruzco; corría turbulento el arroyo cenagoso; las cañas, pocas y mustias, no mecían su verdor quejosamente, como aquellas queridas por donde piden redención los que las fecundaron con su muerte, sino se entraban, ásperas e hirsutas, como puñales extranjeros, por el corazón: y en lo alto de las nubes desgarradas, un pino, desafiando la tempestad, erguía entero, su copa. Rompió de pronto el sol sobre un claro del bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos: ¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!

Las ideas expresadas en ambos discursos encarnaron organizativamente en las *Resoluciones*, obra del propio Martí, que por aquellos días se aprobaron en Tampa y fueron el antecedente inmediato de las *Bases* del Partido Revolucionario Cubano. Esas *Bases* y los *Estatutos secretos* —asimismo escritos por Martí unas y otros— serían aprobados los días 4 y 5 de enero de 1892 en Cayo Hueso.

El 5 de diciembre de 1891, de regreso a Nueva York y con el entusiasmo de la siembra hecha en Tampa, le escribió a José Dolores Poyo, quien dirigía en Cayo Hueso el periódico independentista *El Yara* —donde el 18 de noviembre le había dedicado a él un suelto elogioso—, y le expresó: «Ardo en deseos de ver al Cayo con mis ojos, y de respetarle las formas y métodos que se ha ido dando con lo real y necesario de la localidad». La invitación no se hizo esperar. El triunfo de Tampa se repitió en el Cayo, donde los documentos del Partido en fundación tuvieron buena cuna.

En su primer artículo, las *Bases* dejaron claramente expresados los objetivos cardinales de la organización: «lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico». Plasmaron diversas

referencias a los complejos desafíos internacionales que la organización tendría ante sí, y —frente a las expresiones de poder dictatorial y de falsa democracia que Martí conoció en su itinerario por numerosos países— consignaron en su cuarto artículo el propósito de fundar en Cuba «un pueblo nuevo y de sincera democracia».

Los *Estatutos secretos* —que lograron ser estatutos, pero no tan secretos: Enrique Trujillo se encargó de difundirlos— le trazaron al Partido procedimientos y métodos organizativos y de actuación que, desde los preparativos de la guerra, propiciaran el cultivo de esa democracia sincera. La cúpula jerárquica se distinguía por su sencillez: la integraban apenas dos dirigentes, y el más alto de ellos —el otro era el tesorero— hasta por su denominación encarnaba un programa de naturaleza popular: *delegado*. Con mayúscula, como nombre propio, ese término se ha convertido en una de las maneras más frecuentes de identificar a Martí (después de Apóstol y Maestro, y de Héroe Nacional, más reciente y que, aunque también honroso, connota una limitación de alcance inadecuada para la estatura universal del fundador).

Y si la sencillez estructural se avenía a la agilidad y a la centralización requeridas en aquella etapa del trabajo organizativo, conspiración incluida, la práctica electoral fijada por los *Estatutos* —elecciones *anuales* para esos dos cargos, y para los homólogos en los otros niveles de dirección— respondía a la búsqueda de un funcionamiento verdaderamente democrático, en virtud del cual a los elegidos se les planteaba el deber de rendir cuenta periódicamente ante sus electores.

El Partido se cimentaría en las asociaciones patrióticas de base —los clubes— que ya existían, y en las que se crearan para su crecimiento. Los clubes se acogerían al plan general, sin perder su propia capacidad de iniciativa para la acción, y con ello se libraban de imposiciones burocráticas. El Partido no era una simple suma de miembros, sino un sistema de organizaciones. Donde había varias se formaba un Cuerpo de Consejo, nivel de dirección intermedio entre ellas y la Delegación del Partido. Así se garantizaban la disciplina, la agilidad y la democracia. Los clubes no se limitarían a reunir fondos para los preparativos de la guerra —uno de sus principales deberes prácticos—, ni a recibir pasivamente instrucciones superiores, sino que constituían un embrión del democratismo a que Martí aspiraba para la república independiente.

En su creciente aceptación por parte de las masas de patriotas emigrados no le faltaron «nuevos» obstáculos. En el discurso del 26 de noviembre incluyó entre los destinatarios de sus «¡Mienten!» el libro *A pie y descalzo*, que, aparecido el año anterior en La Habana, podía propalar el miedo a la guerra por la visión que daba de los primeros años de la gesta de 1868.

Su autor, Ramón Roa, había sido secretario de Relaciones Exteriores de la República de Cuba en Armas, y estuvo entre los firmantes del Pacto del Zanjón. Martí, quien lo conoció en La Habana en 1879 y conversó con él a bordo del barco donde viajó deportado a España ese año, y también iba Roa, pero con otros fines, le vio demasiada confianza hacia el general español Martínez Campos, y en la alusión de 1891 a su libro dejó ver aprensiones profundas. Roa no respondió, pero lo hicieron por él Enrique Collazo, comandante del Ejército Libertador, y otros tres firmantes, en una carta abierta que publicó en La Habana el periódico *La Lucha* en su número del 6 de enero de 1892.

Por propia confusión o estimulados por otras opiniones, Collazo y sus acompañantes en la respuesta presumieron que en su discurso Martí había arremetido contra los militares patriotas del 68 que permanecían en Cuba, y le dirigieron un saetazo por atreverse a «insultarlos» cuando carecía de los méritos que ellos habían ganado en la lucha armada contra el colonialismo español. Él contestó inmediatamente. No consiguió que *La Lucha* publicara su carta como había publicado la de sus impugnadores, y tuvo que conformarse con que apareciera en *El Porvenir*, de Nueva York, pero las noticias corrían, y este periódico, dirigido por Enrique Trujillo, también se infiltraba en Cuba.

Con absoluta claridad puntualizó Martí que su alusión en lo de estimular el miedo a la guerra concernía únicamente a la tendencia del libro, y a la responsabilidad que le cabía en ello al autor, no a ningún otro patriota que se viera obligado a permanecer en Cuba. Pero no dejó pasar por alto el saetazo de que los remitentes de la carta de *La Lucha* no lo conocían a él de los campos insurrectos, y en eso también fue claro y terminante: «no habrá que esperar a la manigua, Sr. Collazo, para darnos las manos; sino que tendré vivo placer en recibir de Vd. una visita inmediata, en el plazo y país que le parezcan convenientes».

La polémica, lejos de dañar su imagen, la benefició, porque hasta Cuba llegaron la energía, la honradez y la transparencia de su respuesta. En cuanto a Collazo, debe decirse que —libre o no de resquemores— supo

apreciar esencialmente a Martí, y estuvo a su lado en los preparativos finales de la guerra, representando a los veteranos combatientes radicados en la Isla.

Cuando se desarrollaba esa polémica, Martí se afanaba en fundar no solo el Partido, sino también un medio permanente y eficaz de divulgación de ideas: un órgano de prensa planeado por él cuando menos desde 1889, y que sería síntesis y culminación de su labor periodística. Se hizo realidad el 14 de marzo de 1892, al aparecer el primer número de *Patria*, antes de proclamarse el Partido. A raíz de la publicación de esa entrega, Trujillo la saludó desde *El Porvenir* y le dio la bienvenida como presunto órgano de la organización. Martí agradeció el saludo, y precisó que *Patria* no podía ser el vocero de un partido que aún no existía, al cual le correspondería darse los medios de divulgación que, una vez creado, estimara pertinentes.

Después del rayo, y del fuego, Tendré tiempo de sufrir

Martí sabía que el único propósito que podía ser común a la totalidad de los integrantes del Partido era la independencia de Cuba, mientras que él aspiraba a otras tareas y soluciones de complejidad y alcance todavía mayores. Por eso *Patria* se presentaba como publicación de los independentistas cubanos y puertorriqueños de Nueva York, aunque, por supuesto, sirviera también a los fines inmediatos para los que se gestaba el Partido, y de entrada le aportara a este un valioso estímulo. «Eso es *Patria* en la prensa. Es un soldado», afirmó su creador en el propio rotativo, en una nota dirigida «A nuestra prensa».

De la amplitud de miras con que Martí fundó el periódico hablan la riqueza de su orientación y los temas tratados. Él mismo fue el autor de muchos de los textos, y su prosa tomó la concreción exigida por la urgencia y por el reducido espacio de la publicación, que aparecía una o dos veces a la semana. Su escritura de esa etapa, como en preparativo de guerra, montó a caballo, y pudiera agruparse bajo el título de uno de sus artículos aparecidos en el peleador rotativo: «¡Ah de los jinetes!» Pero no perdió la riqueza conceptual que su integralidad le permitió —o demandó— mantener. Los reclamos de la lucha directa se co-fundían con el interés por la literatura y las otras artes, por sucesos internacionales, por las ciencias y

por aspectos de la vida de hombres y mujeres que merecían elogio y tenían lecciones que ofrecer a los lectores. En diciembre de 1894 —es un ejemplo—, ya Martí en los pasos decisivos previos a la insurrección, *Patria* publicó su artículo acerca del pintor cubano José Joaquín Tejada y su cuadro que desde entonces se iba a conocer como *La lista de la lotería*.

Mientras nacía el periódico y circulaban sus primeros números, las *Bases* y los *Estatutos* del Partido recibían crecientes pruebas de adhesión de los clubes, y Martí siguió mereciendo un respaldo cada vez mayor. El 8 se hicieron las primeras elecciones, y fue elegido delegado por los clubes de Cayo Hueso, Tampa y Nueva York. Hasta su muerte fue reelecto cada año, en todo el ámbito de acción del Partido, que aumentaba. Elegido aquel día también, además del delegado, el tesorero —cargo que le correspondió a Benjamín Guerra—, ya la organización estaba lista para proclamarse.

Se escogió para ello la fecha del 10 de abril: se cumplían veintitrés años de la Asamblea de Guáimaro, así llamada por el lugar camagüeyano donde se reunió en 1869 con el fin de organizar la República de Cuba en Armas y dotarla de Constitución y guía gubernamental. Aquella Asamblea, y después muchos de los encargados de aplicar sus acuerdos, contribuyeron a maniatar a la República naciente con legalismos y procedimientos inadecuados para las exigencias de la guerra; pero había dado lugar a conductas muy dignas en su propia celebración, y en sí misma encarnó un ejemplo de civilidad que la cultura política cubana debía tener presente: asumirlo. Seleccionar el 10 de abril para la proclamación del Partido Revolucionario Cubano significaba, en la pupila de Martí, disponerse a consumir el homenaje que la Asamblea de Guáimaro merecía, incluyendo no reproducir los males que favorecieron el ahogo de 1878, y buscar los nuevos procedimientos necesarios.

La democracia sincera debía ser garantía de acierto desde los preparativos de la guerra, en un camino de institucionalización que no ignorara la importancia de las personalidades ni hiciera depender de las contingencias de estas el triunfo y su calidad. La propia designación del jefe del Ejército, sin perder de vista su especificidad, habría de atenerse a ese principio. Una anticipación la había dado Martí en 1887 cuando se dirigió a Gómez con devoción personal, pero ya en nombre de la Comisión Ejecutiva que en 1892 había venido a convertirse en un fruto mayor: el Partido Revolucionario Cubano. El 29 de junio siguiente a la proclamación de ese cuerpo político, les indicó a los presidentes de los clubes consultar «a todos

los militares graduados en la guerra» de liberación a quién estimaban que debía confiarse, en nombre del Partido, las tareas de «ordenación militar».

Ese proceso de consultas dio poco más tarde como resultado que la elección de los veteranos de la lucha armada para esa responsabilidad había recaído, por contundente mayoría, en el general Máximo Gómez. En septiembre Martí viajó a la República Dominicana para comunicarle personalmente la decisión institucional. La respuesta que recibió del viejo guerrero fue clara y resuelta: del lado de su patria adoptiva. Martí le entregó una carta fechada el 13 de aquel mes, en la cual le hacía saber que no tenía «más remuneración que brindarle que el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres». La contestación de Gómez, también por escrito, estuvo a esa altura moral. Ambas cartas se publicaron juntas como constancia de un decisivo logro unitivo en el movimiento revolucionario cubano: la creciente hermandad entre el fundador de un nuevo proyecto revolucionario y el estratega militar que ya había asombrado a los estudiosos de esa disciplina y entendió que lo hecho por aquel fundador merecía ser seguido. Lo siguió.

Martí publicó en *Patria* una semblanza de Gómez, en la cual evidenció que la elección de este como jefe del ramo de la guerra del Partido, como general en jefe del futuro Ejército Libertador, no había sido cuestión de mera técnica ni, a su juicio, el simple reconocimiento a la sabiduría de un gran estratega. Subrayó las virtudes del hogar de Gómez, adonde no llegaba «ninguna de las envidias y cobardías que perturban al mundo», y en el que un hijo, Máximo, prefería a todas las lecturas el *Quijote*, porque «es el libro donde se han defendido mejor los derechos del hombre pobre».



Con Fermín Valdés Domínguez (a la izquierda) y Francisco Gómez Toro (de pie), en Cayo Hueso, 1894.

El mayor, Francisco, acompañó a Martí en tareas revolucionarias por varios países, y ciertamente fue uno de los vínculos que contribuyeron a que la unidad entre el general y el delegado fuera especialmente entrañable. Martí apreció ese aporte dentro de las virtudes que distinguían a Panchito, acerca de quien el 28 de mayo de 1894 le escribió a Quesada: «me llena el corazón, porque es como si me hubieran devuelto al hijo que he perdido»; y,

tres días más tarde, al propio Gómez: «No creo haber tenido nunca a mi lado criatura de menos imperfecciones». Contaba Panchito entonces dieciocho años: nació mientras la madre, Bernarda Toro, seguía a Gómez en la Guerra de 1868 – 1878; y moriría heroicamente en combate, como ayudante del general Antonio Maceo y junto a él, el 7 de diciembre de 1896. Con apenas veinte años demostró que merecía la confianza puesta en él por Martí.

Las características del hogar de Gómez tuvieron raíz en la abnegación y el sacrificio: en la condición de trabajador que el legendario general no abandonó. En la citada semblanza, Martí afirmó que para comunicarle la decisión adoptada por los veteranos del Partido de confiarle la dirección militar de esa organización, él había querido ir a ver a Gómez «junto a su arado», en la tarea de campesino con que mantenía en pie su hogar.

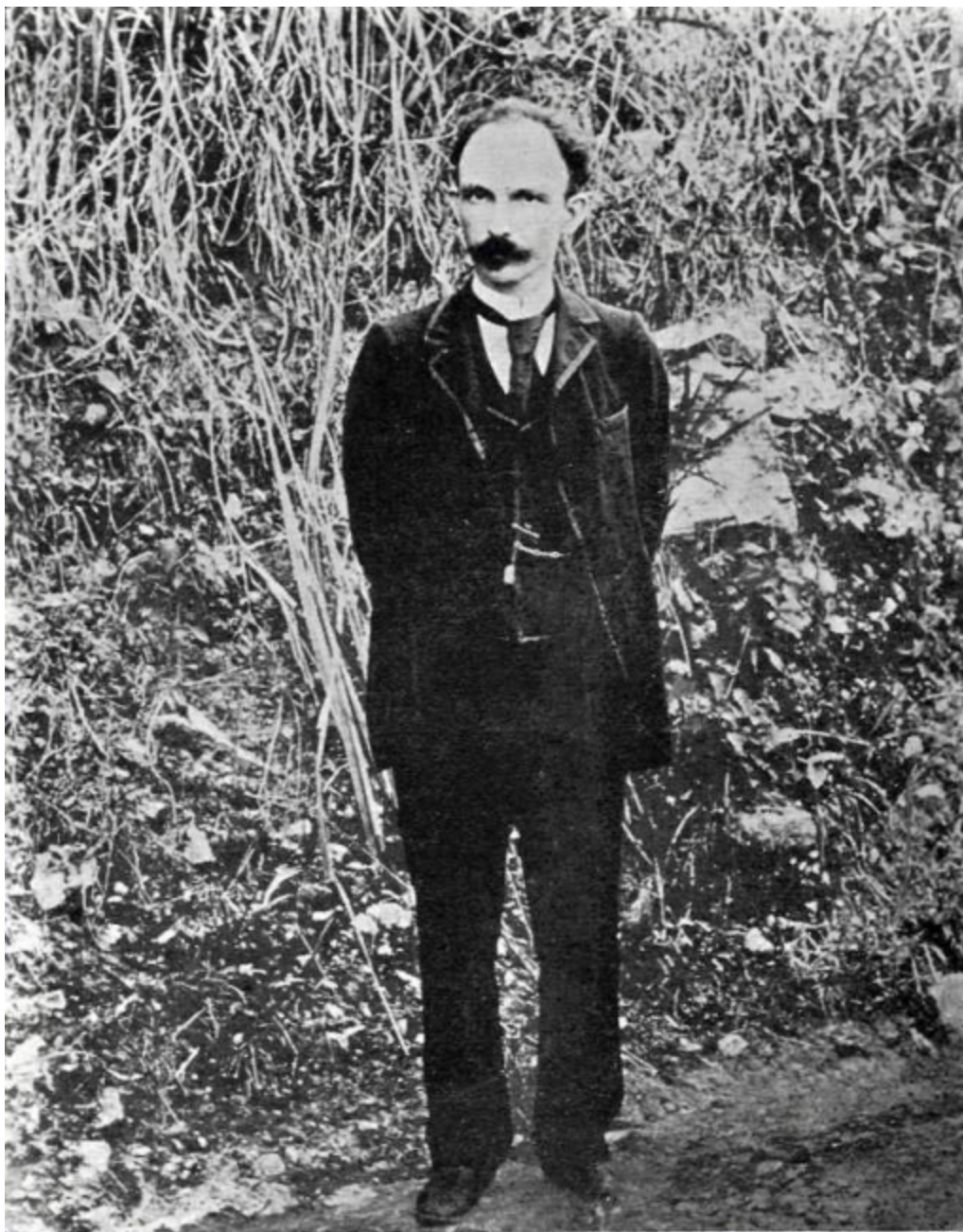
En otro sitio del encuentro sucedió también algo especialmente significativo: ambos conversaban en una «sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas», y se asomaron a una ventana frente a la cual «se apiñaba el gentío descalzo». Al verlo, el General dijo «con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: “Para estos trabajo yo”», y el delegado del Partido desarrolló el sentido de la frase:

Sí: para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida: para los que le sacan con sus manos a la tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola: para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas: para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real: para desatar a América, y desuncir el hombre.

Desde luego, no todas las perspectivas que rodeaban a Martí y a Gómez coincidían con esa en que ambos se hermanaban. Frente a la aceptación que la ejemplar labor unitaria cosechaba, Enrique Trujillo no permaneció indiferente ni resignado. Ahora serán Martí y el Partido los destinatarios de sus impugnaciones. Hubiera dado cualquier cosa por arrastrar a Martí a una controversia de la cual salir él siquiera como un contendiente merecedor de atención y, además, capaz de sacar de sus estribos al único que había dado tantas pruebas de logros en la unidad de sus compatriotas.

Testimonios confiables cuentan que en una oportunidad Martí y varios amigos se hallaban en un restaurante, y Trujillo entró mientras ellos se reían de una ocurrencia de alguien del grupo. El intrigante aprovechó para decir en alta voz que seguramente Martí estaba hablando mal de él. Martí se levantó de su puesto, se le encimó a Trujillo y le respondió con firmeza: «Usted sabe que yo no murmuro de nadie, y, en cuanto a usted, veré si alguna vez puede levantarse hasta mi estimación, para entonces darle una bofetada». El desafío estaba en pie, pero el espíritu hecho a la zapa no podía enfrentarse con éxito al soldado de la luz.

La actividad desplegada por Martí desde su elección para dirigir el Partido llegó a límites proverbiales. Nada más que los viajes dados para ampliar el radio de acción y vida de la organización política, de los preparativos de la guerra y de la república, bastarían para hablar de una vida consagrada a la patria. La simple mención de los puntos de los Estados Unidos, Costa Rica, Panamá, México, Haití, Jamaica, República Dominicana y otros que visitó en sus gestiones de entonces —algunos de ellos varias veces— da una idea de su labor. Añádanse misiones secretas, actos públicos, discursos, entrevistas, reuniones y una ingente labor epistolar que a menudo parece imposible que pueda haber sido escrita por una sola persona y a mano, que era como habitualmente lo hacía Martí, y siempre en las cartas, aunque en su interés por los progresos de la humanidad deba incluirse algún uso de la máquina de escribir, que entonces comenzaba a extenderse.



En Kingston, Jamaica, 1892.

Tanto esfuerzo lo desplegaba a pesar de frecuentes expresiones del deterioro de su salud, que a menudo lo obligó a guardar cama, desde donde a veces dictó las cartas que no podía escribir. Trastornos respiratorios y posiblemente las pertinaces secuelas del presidio se combinaban para exigirle constantes demostraciones de su fuerza de voluntad. En una carta del 25 de julio de 1893 a Serafín Sánchez, general del 68 y compañero suyo en los preparativos de la nueva gesta —en la cual ambos dieron la vida—,

anunció que sería objeto de una operación: «Quiero remendarme a tiempo, y recobrar, si es posible, la salud indispensable a la gran campaña final». No se sabe si entonces llegó a recibir una intervención quirúrgica, pero la posible necesidad de ella habla por sí sola.

A finales del año anterior había sido objeto de un intento de homicidio que le agravó la salud. Durante una de sus escalas en Tampa le suministraron veneno, y todavía un mes más tarde afrontaba las consecuencias. Uno de los protagonistas del intento fue descubierto, y los compañeros de Martí quisieron ajustarle cuentas. Martí, sin embargo, apreció que aquel hombre había sido manipulado por enemigos de la Revolución, y pidió a sus colaboradores que lo dejaran charlar a solas con él. Al cabo de la conversación, quien había intentado asesinarlo salió con lágrimas en los ojos, y resuelto a incorporarse a la obra revolucionaria que preparaba el patriota a quien había tratado de eliminar: se incorporó a ella y finalizó la guerra como oficial del Ejército Libertador. ¿Harán falta más pruebas de la capacidad suasoria de Martí?

Uno de los frentes en los cuales contribuyó a la unidad entre los cubanos dondequiera que estuvo, y sobre todo en los Estados Unidos — donde era especialmente necesario conseguirla—, fue en la lucha contra la discriminación «racial». Más que con palabras, que también utilizó, lo hizo con su propio ejemplo. Sus vínculos con cubanos de distintas «razas» — término que habrá de escribirse así, entre comillas, si se trata de un pensador que reconoció lo esencial de la identidad humana y llegó a negar que las «razas» existieran— contribuyeron de modo natural a barrer prejuicios, o por lo menos a frenarlos.

Entre sus compatriotas de la emigración se multiplicaban las muestras de apoyo: se fundaron clubes revolucionarios con su nombre e incluso, en Ocala, el poblado Martí City. Pero el reconocimiento, ahora como líder político, prosperó también internacionalmente. El 15 de febrero de 1892 se constituyó la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana de Nueva York, que contó con su colaboración. El 11 de marzo del mismo año se le aclamó como uno de los presidentes de honor del club Borinquen, fundado en aquella ciudad por cubanos y puertorriqueños.

Compartió ese honor con otras dos eminentes figuras que no llegó a conocer personalmente pero serían de sumo valor en el proyecto que él fomentaba: los puertorriqueños Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos. El primero de ellos sería el representante del Partido

Revolucionario Cubano —nombre que con razón el propio Betances ampliaba añadiéndole *y Puertorriqueño*— en París, y hacia agosto de 1893 invitó al delegado a visitar la capital francesa, por entender que su presencia entre los antillanos allí radicados sería de gran utilidad para el movimiento que se gestaba. Martí no pudo realizar el viaje, en medio como estaba de una actividad febril.

El 24 de mayo del propio año, en un acto celebrado en el Hardman Hall, de Nueva York, y en el cual pronunció un discurso, le fue presentado Rubén Darío. Para tener una idea de lo que significó aquel encuentro basta saber que el poeta nicaragüense llamó «¡Maestro!» al cubano, y este, en un abrazo, lo llamó «¡Hijo!»

El crecimiento internacional de la figura de Martí incluyó entrevistas de solicitud de apoyo para Cuba con presidentes de dos países hispanoamericanos. En julio de 1893 se reunió con José Joaquín Rodríguez, el de Costa Rica, y entre finales de julio y comienzos de agosto de 1894 parece haberlo hecho con el de México, Porfirio Díaz. En las cartas con que solicitó esta entrevista le reconoció a Díaz «sagacidad profunda y constructiva» y haber dado a México «dignidad y unidad», y lo llamó «pensador americano». Estamos ante juicios que hacen considerar el papel de Díaz en la defensa de su país frente a las amenazas de los Estados Unidos, que intentó frenar dando entrada a capitales de Europa y de Japón, táctica que —ya hemos visto— a Martí le parecía recomendable.

El conspirador cubano se dirigía en 1894, «más que al jefe oficial de la república que luchó ayer por lo que Cuba vuelve a luchar hoy, al hombre cauto y de fuerte corazón que padeció por la libertad del Continente». El sentido de esos reconocimientos —y de otros— que entonces hizo a Díaz, se completa en las palabras con que le expresó el afán de impedir que Cuba cayera, «para desventura suya y peligro grande de los pueblos de origen español en América, bajo un dominio funesto a los pueblos americanos».

Las necesidades inmediatas de Cuba no eran el único motivo para que Martí procurara entrevistarse con el hombre cuya anticonstitucional emergencia al poder, dieciocho años atrás, lo había movido a irse de México. El día antes de morir, Martí dirá a Manuel Mercado, en carta que será ineludible volver a citar, que los Estados Unidos tenían para la presidencia de México un candidato que —es de suponer— estimaban más dócil o afín a su política expansionista y a sus maniobras que el caudillo

Díaz. He ahí otra señal de que este era, en tales circunstancias, una opción de relativa conveniencia para nuestra América.

Con su tenaz labor, Martí logró un enorme respaldo de las emigraciones cubanas en distintos países de nuestra América y en los Estados Unidos. Sus viajes a Costa Rica tuvieron como objetivo fundamental el convencimiento de los generales Antonio Maceo y Flor Crombet, y de otros cubanos que allí se hallaban. El tacto y la firmeza con que reaccionó frente a conatos insurreccionales aislados que, en la Isla, pudieron dar cauce tanto a la desesperación de grupos de patriotas como al empeño colonialista de dispersar, agotar y desacreditar a los revolucionarios, confirmaron la sabiduría de Martí.

Todos los hilos que reunió —fondos, pertrechos, relaciones— le permitieron preparar, para finales de 1894 y comienzos de 1895, un plan expedicionario que hubiera tenido fuerza suficiente para comenzar la guerra en Cuba por sorpresa, sin dar tiempo a que el Ejército español se concentrara en un solo punto: el levantamiento no se haría, como antes, en *un* sitio, sino, de forma simultánea, en la mayor cantidad posible de localidades comprometidas para la acción. A la Isla habían llegado en diferentes fechas comisionados del Partido Revolucionario Cubano, que, además, tenía en ella el auxilio de redes conspirativas y de colaboradores. Entre estos últimos sobresalió Juan Gualberto Gómez, en quien Martí sabía que podía confiar, aunque no había vuelto a verlo desde 1879.

Tres embarcaciones transportarían hombres y pertrechos desde Centroamérica y los Estados Unidos hasta Cuba. Pero en la primera quincena de enero la indiscreción, probablemente la perfidia, de un colaborador cubano —Fernando López de Queraltá, que se había incluido en el plan por sugerencia de Serafín Sánchez, patriota de absoluta lealtad—, reveló el contenido de las cajas de armas que Martí había intentado despachar como útiles de labranza. Dos de las embarcaciones fueron apresadas en el puerto floridano de Fernandina, por lo cual con el nombre de Plan de Fernandina se conocería en lo sucesivo aquel intento expedicionario.

Nathaniel B. Borden, dueño del muelle, trató de oponerse a la acción de las autoridades aduanales, pero finalmente no pudo impedirla. Ya desatado el proceso, Martí recibió la ayuda de otro estadounidense, el abogado Horatio S. Rubens, uno de los frutos de las relaciones que siempre aquel procuró fomentar con los mejores hijos de la patria de Lincoln. Las

gestiones hechas permitieron recuperar los pertrechos incautados, pero se vino abajo uno de los elementos principales en que el delegado había puesto sus esperanzas: *sorprender* a las autoridades españolas con el estallido de una guerra fuerte desde los inicios.

El Gobierno estadounidense daba otra prueba de su carencia de voluntad de ayudar a la independencia de Cuba. Pero el golpe, en cambio, reveló la capacidad organizativa de Martí. Lo que se descubrió en Fernandina fue un plan serio y en grande, y no faltaron manos que dieran su ayuda para que el movimiento patriótico se recuperara tanto y tan pronto como fuera posible, y para que la guerra comenzara cuanto antes.

Martí no cedió ante el desastre. El 28 de diciembre había redactado —y suscrito con José María (*Mayía*) Rodríguez y Enrique Collazo, representantes, respectivamente, del general Gómez y de los combatientes que permanecían en Cuba— el *Plan de alzamiento*, que contaba con el auxilio de los pertrechos que debían llegar a Cuba a bordo de las embarcaciones *Lagonda*, *Amadís* y *Baracoa*. Y el 17 de enero, en medio de la tormenta de Fernandina, le escribirá a Juan Gualberto en términos que pudieran impedir que la desesperación condujese al desencanto, o que los revolucionarios radicados en Cuba se sintieran sometidos a un proyecto insurreccional que en aquellas circunstancias quizás les parecería un fracaso, a pesar de los desvelos de su organizador: «desde principios de diciembre viví en agonía», le dijo.

Pero Martí confiaba en la obra emprendida —«Yo ato en haz aún más fuerte las emigraciones conmovidas y cariñosas, más cariñosas hoy que nunca»— y le preocupaba que se fuera a emprender una acción desordenada entre los patriotas: «Mi opinión personal es que jamás debe [*Occidente*], jamás, empezar sin connivencia previa de [*Oriente*], y alguna sólida conexión en [*Las Villas*], cuyo consejo indispensablemente habrán Vds. de demandar», dijo en aquella carta, y agregó: «No teman desmayo, ni esperas injustas. Andaremos como la luz. Aguardarían y sabrían pronto».

Había ganado con sus actos el respeto y la confianza suficientes para que sus indicaciones se tuvieran en cuenta y no se lanzara por la borda una obra de organización impecablemente concebida y ejecutada. Quedaba ahora, eso sí, no perder ni un minuto. Se adelantaba en la recuperación de los armamentos confiscados, pero Martí continuaba siendo objeto de persecución policial. El 28 de enero, su último cumpleaños en vida, lo pasó

oculto en casa de un amigo y colaborador —el médico cubano Ramón L. Miranda—, y solo pudo recibir la visita de otras pocas personas allegadas.

Al día siguiente escribió —y firmó también con Rodríguez y Collazo— la *Orden de alzamiento*, que envió a la Isla para que el estallido simultáneo planeado se llevara a cabo en la segunda quincena de febrero. El 30 de enero, con aquellos dos acompañantes y con Manuel, el hijo mayor de Manuel Mantilla y Carmen Miyares, partió desde Nueva York en el vapor *Athos* rumbo a Cabo Haitiano. El 3 de febrero hicieron escala en Fortune Island, y el 6 arribaron a Cabo Haitiano. Al amanecer siguiente embarcaron hacia Montecristi, República Dominicana, donde los esperaba Gómez.

A través De las tierras y la mar

En territorio de la República Dominicana y de Haití se mantuvieron bajo vigilancia de espías pagados por el Gobierno español. Desde la llegada a Montecristi los patriotas recorrieron varios puntos y se reunieron con diferentes personas. Hasta lograron —Gómez por medio— algún auxilio del presidente dominicano, Ulises Heaureaux. Uno de los sitios visitados fue Santiago de los Caballeros, donde los jóvenes los agasajaron: le ofrecieron una fiesta a Martí. El 24 de febrero, mientras se hallaban nuevamente en Montecristi, se produjo el levantamiento en varias localidades cubanas, aunque —por diversas razones— no en todas las previstas. Conocieron del inicio de la guerra dos días más tarde, y la noticia, desde luego, debió ser un estímulo para acelerar el traslado del grupo a Cuba.

Ese mismo día 26 Martí se vio en la necesidad de ratificarle a Maceo, quien se hallaba en Costa Rica, que solamente podían enviarle los dos mil pesos que ya se le habían anunciado, no los cinco mil que pedía para garantizar el éxito de la expedición. Quizás Maceo sobrevaloraba los recursos económicos del Partido Revolucionario Cubano, quizás ya había adquirido una noción distinta del dinero en los años vividos como exitoso contratista en Costa Rica. En cualquier caso, con su petición ponía en una situación difícil a Martí, quien estaba completamente seguro de que no podría disponer de una suma mayor para enviarle, pero aún más lo estaba de lo importante que resultaba la presencia del heroico general en Cuba.

Al mismo tiempo, el desenfadado y también heroico Flor Crombet — envuelto con Maceo en un duelo personal que de mutuo acuerdo habían pospuesto para el fin de la guerra, en la cual ambos se sabían necesarios— se ofreció para trasladar a Cuba la expedición con los dos mil pesos disponibles. No quedó a Martí más remedio que tomar una decisión que, a pesar de haberla aplicado con la mayor delicadeza posible, le ganó el disgusto de Maceo, a quien, entre otras argumentaciones, le escribió aquel día:

decido que Vd. y yo dejemos a Flor Crombet la responsabilidad de atender ahí la expedición, dentro de los recursos posibles, porque si él tiene modo de que Vds. puedan arrancar de ahí con la suma que hay, ni Vd. ni yo debemos privar a Cuba del servicio que él puede prestar.—Y él pondrá a las órdenes de Vd. la labor que Vd. me reitera que no puede hacer en su San José, sino por suma hoy imposible,—y que no puede quedarse sin hacer, cuando hay quien la echa sobre sí, por una suma que se tiene y la pondrá hecha en manos de Vd. Ahora, detalles, abnegación, abandono de todo, menos de la idea de subir al tren y a la mar, costo de los pocos de San José que deben bajar a la costa, olvido inmediato de las cosas tentadoras de la tierra, para lo cual se requiere más valor que para encararse al enemigo ¿cómo he de ponerme yo a hablar de estas cosas con Vd.? ¿A pedirle virtud? ¿A permitir que nadie dude de que la mostrará suprema? ¿A creer que hay en nadie más valor y desinterés que en Vd.? Cuba está en guerra, General. Se dice esto, y ya la tierra es otra. Lo es ya para Vd. y lo sé yo.

Después de un salto de pocos días a territorio haitiano, Martí regresó a Montecristi, donde se encontraba cuando el 9 de marzo apareció en *El Listín Diario*, de Santo Domingo, una falsa noticia tomada de *The New York Herald*: que ya él y Gómez se hallaban en Cuba. La especie le sirvió para argumentar una vez más la necesidad de trasladarse a la guerra. Sabía que muchos preferían que permaneciera en la emigración, donde estaría a salvo de las balas y había sido capaz de organizar y viabilizar lo que nadie había logrado antes que él, y tampoco faltarían quienes prefirieran mantenerlo lejos de las operaciones, ya por discrepancias, ya por ver en su pensamiento y en su radicalidad ética un obstáculo para aspiraciones insanas.

Gómez hubiera querido librarlo de las contingencias de la guerra, pero él —afincado en firmes principios— sabía que lejos de la contienda no

podría hacer todo lo que debía para contribuir al encauzamiento de la república. El 25 de marzo terminó de escribir y firmó con Gómez el documento que hizo publicar de inmediato, y que él tituló *El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, pero se conoce con la denominación de *Manifiesto de Montecristi*. Los manuscritos muestran numerosos apuntes, dos borradores y minuciosas correcciones en estos últimos. Fue obra de sumo cuidado en medio de la prisa: se trataba nada menos que del primer programa público de la guerra, y ratificaba en ese plano ideas como las que su autor había expresado en el discurso *Con todos, y para el bien de todos*.

En Montecristi, posiblemente por iniciativa de Gómez ante el deterioro de la indumentaria de Martí, se le hizo a este el último traje que estrenó: tal vez el mismo que usaba cuando murió en combate. Estuvo a cargo del sastre dominicano Ramón Antonio Almonte, quien conservó las mediciones que han ayudado a calcular la estatura y el peso de Martí entonces: unos 168 cm y 64 kg aproximadamente. El 1 de marzo, desde Dajabón, le había escrito a Gómez refiriéndose a su hijo Francisco: «A Pancho, sujetándome el corazón, se lo devuelvo: allá estará a su lado en estos días, y allá puede tener más quehacer en este instante.—Lo que no le devuelvo es su capa, que llevo a que me ampare,— más que a librarme de la lluvia:—ni unos pantalones muy cariñosos y ya amados».

El Partido Revolucionario Cubano a' Cuba.

La revolución de independencia, ^{hoy día, por los hechos de la guerra y por el triunfo glorioso y completo} ha sido el resultado de la lucha en un terreno ^{de guerra} paralizado de guerra, en virtud del orden y acierto del Partido Revolucionario en el extranjero y en la isla, y de la espontánea ^{integración} en él de todos los elementos capaces de servir al desenvolvimiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo, y los representantes electos de la revolución que hoy ^{confirma} sus títulos, reconocen y aceptan su deber, - sin usurpar el nombre y las declaraciones, sola propiedad de la majestad de la república constituida, - de reputar ante la patria, que no se debe ^{debe} avanzar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos pre-^{teritos} ^{teridos}, lejos del juicio y apuro de la venganza, con que se ha ^{comprometido} ^{comprometido}, y llegará a una victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en ^{comemoración} ^{comemoración} y proclama ^{democrática} ^{democrática}, los ^{elementos} ^{elementos} ^{de} ^{la} ^{sociedad} ^{de} ^{la} ^{isla}.

Cuartilla inicial del Manifiesto de Montecristi.

Iba «contento y esperanzado», falto de ropa y hambriento de afecto, pero rico de grandeza y de entrega a la obra en que echaba su suerte «Con los pobres de la tierra», como uno de ellos. Ese fue el ser humano que el 25 de marzo, en Montecristi, escribió varias cartas de despedida en el umbral de la guerra. Una de ellas la dirigió a la madre, y evidenció, junto con el cariño, la persistencia de los comprensibles reclamos que le hacía doña

Leonor a un hijo hecho para tener como madres mayores a la patria y a la humanidad toda:

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Vd. Yo sin cesar pienso en Vd. Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por que nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de Vd. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. Martí

25 marzo 1895

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginar. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.—

En otra de las cartas de esa fecha, la destinada al amigo dominicano Federico Henríquez y Carvajal, insistió en una idea que había expresado desde antes, de modo particularmente claro en «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano», artículo aparecido con el significativo subtítulo de «El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América» en el *Patria* del 17 de abril de 1894. Esa idea es una de las preocupaciones que recorren el *Manifiesto de Montecristi*: la necesidad de una guerra ordenada que no diera pretexto para la intervención de los Estados Unidos, y que, con la emancipación de Cuba, fuese obra de alcance universal.

Al amigo dominicano le advirtió: «Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo». Graves eran los peligros, y ningún capricho o falsa apreciación, viniera de

quien viniese, lo sacaría de su resolución de estar presente en la contienda: «Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar». La agonía íntima —en él, inseparable de la histórica y colectiva— sería en todo caso un acicate: «Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles,—y yo, a rastras, con mi corazón roto».

Martí era, al mismo tiempo, el combatiente revolucionario que en carta de alrededor de 1885 le escribió a Manuel Mercado: «Quiero ver siempre junto a mí color, brillantez, gracia, elegancia. Un objeto feo me duele como una herida. Un objeto bello me conforta como un bálsamo». Su orgánico temperamento estético no le permitiría —ni por la urgencia que él mismo se planteaba, ni por el deseo expreso de ser poeta en actos más que en versos — desechar una obra escrita cuyo extraordinario valor él no podía ignorar, y que era un aporte fundamental dentro de su labor redentora.

El 1 de abril, antes de abandonar definitivamente Montecristi para dirigirse a Cuba, le escribió a Gonzalo de Quesada Aróstegui la carta que se tiene, con razón, como su testamento literario. En ella ofreció un verdadero proyecto editorial para sus textos. Siempre con miras más abarcadoras, instruyó que de lo que pudiera obtenerse con la venta de parte de su biblioteca, se sacara provecho para Cuba. No desatendía nada, por minúsculo que pareciera a otros en las circunstancias en que se hallaba. Encargó a Quesada, por ejemplo, pagar «mi deuda a Carmita [Miyares]: \$220.00», y, lo que pudiera quedar, partirlo en dos mitades: una, para su hijo; la otra, «para Carmita y María», nombres que aquí parecen corresponder a las hermanas Mantilla-Miyares, no a la madre y a la hija menor.

El mismo 1 de abril salieron él y Gómez de Montecristi con otros cuatro expedicionarios: Paquito Borrero, Ángel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario. A partir de entonces afrontaron diversos contratiempos. Entre ellos, el comportamiento poco serio, o desleal, del navegante que se había comprometido a trasladarlos de Gran Inagua a Cuba pero —después de Martí haber logrado que se les librara de un registro por parte de las autoridades portuarias— incumplió su palabra. Al dueño de la embarcación se unieron dos de los tres marineros; pero uno, David Caley, se mantuvo firme y mereció que Martí lo enalteciera —el 15 de abril en carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra; y antes, el 5, en su *Diario*— con palabras que lo inmortalizarían: «el buen David, de las islas Turcas», el que «jamás pidió, y se daba todo».

Otro acto que, además de realidad, fue símbolo de fraternidad caribeña en aquellas circunstancias, ocurrió cuando M. B. Barbes, cónsul de Haití en Gran Inagua, «aquella isla infeliz y sin salida», les extendió documentación de su país y con nombres falsos a los revolucionarios cubanos y dominicanos. Además, los auxilió en el empeño de lograr el valioso auxilio de Heinrich J. Th. Löwe, el capitán del carguero alemán *Nordstrand*. Este marino —a cambio de lo cual hay pruebas documentales de que recibió pago en efectivo y garantía monetaria adicional por si dar ese servicio le costaba perder su empleo en la compañía para la que trabajaba— los trasladó a bordo de dicho carguero hasta relativamente cerca de las costas de Cuba, en la trayectoria que la embarcación seguiría hasta Jamaica.

El 5 de abril abandonaron Gran Inagua y el 6 desembarcaron en Cabo Haitiano. Allí —donde mantuvieron contactos con cubanos y haitianos amigos— permanecieron hasta el 10, y por la tarde de esa fecha partieron hacia la mencionada Inagua, en cuyo puerto de Mathew Town se encontraban el 11.

Los perseguía una embarcación inglesa, que se desorientó buscándolos rumbo a Cabo Haitiano; pero todavía el cónsul estadounidense en Gran Inagua intervino para que las autoridades británicas enviaran desde Nassau el cañonero *Partridge*, con el encargo de apresar a los expedicionarios. Löwe actuó con presteza, y el *Nordstrand* zarpó el mismo 11 hacia Jamaica, país al cual no arribaron todos los hombres que llevaba a bordo al partir: a una apreciable distancia de la costa sur de la actual provincia de Guantánamo descendieron, para seguir hasta suelo de Cuba, en el bote que habían comprado en Gran Inagua, y en el que Martí llevaría el remo de proa, los seis expedicionarios cuya presencia en el *Nordstrand* hizo célebres a esa nave y a su capitán.

De su paso en aquellos dos meses por suelo de Haití, República Dominicana y otros puntos del Caribe dejó Martí constancia en el que se conoce como su *Diario de Montecristi á Cabo Haitiano*. Su condición de poeta, su aguda capacidad de observación y su sed de justicia y belleza dotaron a esas páginas de un especial valor perdurable. En la anotación final, correspondiente al 8 de abril, se lee: «El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda». Es el anuncio del salto a tierra cubana y al *Diario de campaña*.

8

Todo es música y razón

El 10 de abril, a bordo del *Nordstrand*, Martí reveló en carta a la familia Mantilla-Miyares un modo de felicidad que hasta entonces no le había sido posible disfrutar: «Se ha de llegar. Lo que me rodea lleva la misma alma que yo. El riesgo común nos ha unido bien, con ayuda de mi servicio real y manso, y— por ahora—he dejado de sufrir». La llegada a Cuba insurrecta introdujo un verdadero clímax inicial en esa felicidad, como se aprecia en su *Diario de campaña*, monumento poético de la lengua. Después de las alusiones prologales, de impulso versal, a los sucesos del 9 —«Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos»—, la reseña del 10 y, en especial, del 11 es colmación:

Salimos del Cabo.—Amanecemos en Inagua. *Izan el bote*. Salimos a las 11. Pasamos (4) rozando a Maisí, y vemos la farola. Yo en el puente. A las 7 1/2, oscuridad. Movimiento a bordo. Capitán conmovido. Bajan el bote. Lluve grueso al arrancar. Rumbamos mal. Ideas diversas y revueltas en el bote. Más chubasco. El timón se pierde. Fijamos rumbo. Llevo el remo de proa. Salas rema segundo. Paquito Borrero y el General ayudan de popa. Nos ceñimos los revólveres.—Rumbo al abra. La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras, (*La Playita*, al pie de *Cajobabo*). Me quedo en el bote el último, vaciándolo. Salto. Dicha grande. Viramos el bote, y el garrafón de agua. Bebemos Málaga. Arriba por piedras, espinas y cenagal. Oímos ruido, y preparamos, cerca de una talanquera. Ladeando un sitio, llegamos a una casa. Dormimos cerca, por el suelo.

para escenario de un acontecimiento de excepcional trascendencia, como el de aquel 11 de abril. Desde entonces predominó en el ánimo de Martí una felicidad que le dio energía para la acción. Afrontó la vida en campaña con entereza y resistencia que asombraron al fogueado guerrero Máximo Gómez, y ningún esfuerzo pudo vulnerar su felicidad.

El 16 le escribió a la familia Mantilla-Miyares: «Ya se me secan las ampollas del remo con que halé a tierra el bote que nos trajo» —fueron «dos horas de remar» bajo la lluvia, precisó en misiva con fecha del 15 (y terminada el 16) a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra—; y más adelante, en líneas dirigidas expresamente a Carmen Miyares, le dijo a esta: «Es muy grande, Carmita, mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril». Lo que añadió confirma ese estado de dicha en la entrega a la lucha emancipadora: «puedo decirte que llegué al fin a mi plena naturaleza, y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez. Solo la luz es comparable a mi felicidad». A María Mantilla le comunicó en esa misma carta: «Voy bien cargado, mi María, con mi rifle al hombro, mi machete y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas, al otro en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila, con sus dos arrobas de medicina y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho tu retrato».

Seguramente habría sido mayor la dicha si el hijo hubiera estado junto a él: «salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado. Al salir, pienso en ti», le dijo, exigente y triste, en la carta del 1 de abril de 1895, que se lee, según nota de *Obras completas*, en el último folio de su testamento literario, dirigido desde Montecristi a Gonzalo de Quesada, quien se hallaba en Nueva York. Por lo que sabemos, Martí no volvió a ver a su unigénito desde la separación final de la madre en agosto de 1891; y, aunque expresó en *Versos sencillos* la aspiración de que ocupara un lugar en la lucha contra el enemigo, quizás no contaba con que ello ocurriese.

Eso explica su referencia, en una carta citada en el capítulo anterior, «al hijo que he perdido»; y explica asimismo que en la breve nota de despedida desde Montecristi le dijera que la recibiría —junto con la leontina ya mencionada en aquel testamento, donde lo tiene presente—, «si desaparezco en el camino». Todo hace pensar que Martí murió sin la satisfacción de prever que el hijo —quien, al ocurrir esa tragedia, tenía

algunos meses menos que él cuando aún adolescente fue llevado a presidio y trabajo forzado— cumpliría su deber en la contienda emancipadora.

Pero el hijo, de quien era desmesurado esperar que fuese como el hombre excepcional que tuvo por padre, ni viviría luego en una República a la medida de los ideales con que este la concibió, le rindió un digno homenaje. Llevado a los Estados Unidos para que allí estudiara —y probablemente como una medida de la madre, ante el ímpetu que apreciaba en él, para alejarlo de la guerra que ardía en Cuba y en la cual ya el padre había muerto—, escapó a la vigilancia que lo mantenía fuera de la patria y a inicios de 1897, con poco más de dieciocho años, volvió a ella para combatir por su libertad. En campaña ganó el grado de teniente, y terminó como capitán.

Por su parte, Carmen Zayas-Bazán —huérfana de padre desde 1893, y, por tanto, libre del ronzal que él procuraba imponerle— dio a Martí pruebas post mórtem de respeto y acaso de un amor que no cesó. Aunque de hecho el matrimonio estaba roto desde años atrás, ella reclamó legal y resueltamente de las autoridades españolas, en estos términos, «el cadáver de mi marido, para hacerlo enterrar en el panteón de mi familia», aunque le fue negado. Con actitud similar, terminada la guerra entregó al general Máximo Gómez el álbum de bodas que había conservado, y que de ese modo pasaba a formar parte de la documentación de la patria, a la cual pertenece. Ya nada podía hacerse contra el sufrimiento causado a Martí, y a ella misma, por su deshecha vida familiar; pero quedaría en pie el valor de esos gestos.

En cuanto al héroe, ningún desgarramiento le impidió mantener también en la contienda su ejemplar entereza. Su precario estado de salud había hecho a algunos temer que tendría una vida corta, y que no podría resistir los rigores de la guerra. Sin embargo, anotó en su *Diario* el 14 de abril: «Y en todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado!» El 28, casi con tono humorístico —infrecuente en lo visible, como se sabe, en sus textos desde *El Diablo Cojuelo*, pero que de algún profundo modo le enriqueció los umbrales y la consumación de su dicha grande de combatiente—, escribió a los Mantilla-Miyares:

han de saber que me han salido habilidades nuevas, y que a cada momento alzo la pluma, o dejo el taburete, y el corte de palma en que escribo, para adivinarle a un doliente la maluquera, porque de piedad o

casualidad se me han juntado en el bagaje más remedios que ropa, y no para mí, que no estuve más sano nunca. Y ello es que tengo acierto, y ya me he ganado mi poco de reputación, sin más que saber cómo está hecho el cuerpo humano, y haber traído conmigo el milagro del yodo.

No solamente cumplía los requerimientos de la jornada sin el menor asomo de cansancio y con voluntad férrea y eufórica: «Nos caemos riendo. A la hora de alarma, y las ha habido buenas, los seis rifles están juntos», escribió en la carta de fecha 15 de abril a Quesada y a Guerra. También sobresalía por su desvelo y por su labor personal, atendiéndolo todo y preparando cada una de las orientaciones requeridas para el desarrollo de la contienda. El 26 de abril escribió a Carmen Miyares y a los hijos de esta: «Llama a silencio la corneta: mi trabajo no me permite silencio»; y el 9 de mayo: «Todos duermen a mi alrededor: velo».

En esa vigilia se aunaban también su deseo de asegurarlo todo y entrar en acción —en la nota del 17 de abril del *Diario* apuntó: «Me entristece la impaciencia», y en la carta del 26 de ese mes a Carmen Miyares se preguntó: «¿pelearemos hoy?»—, y su sed de belleza. La naturaleza cubana ejercía sobre él una verdadera fascinación. La reseña del 18 de abril en el *Diario* parece incluso ofrecer, por su ritmo, por sus términos y por su atmósfera, una suerte de prefiguración sinfónica de la música cubana que entonces se fraguaba:

La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiea, y su coro le responde: aún se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y *paguá*, la palma corta y espinuda; vuelan despacio en torno las *animitas*; entre los ruidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima: es la miríada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas?

Sobre su febril actividad en las horas de descanso de la tropa dan cuenta, asimismo, las numerosas cartas que escribió en aquellos días a quienes mantenían en la emigración la responsabilidad de atender las tareas del Partido y de *Patria*: «Junten bien, y a constante altura, la acción de Vds. con la nuestra», indicó a Guerra y a Quesada en la carta con fecha del 15 de

abril. No descuidaba detalle alguno, y señalaba las prioridades: «Lo definitivo e imperante ahora es esto: *armas y pronto*, es lo único que aquí se necesita», les comunicó en la del día 26. En esa misma ocasión les precisó: «Mauers,—y ya tenemos muchos,—solo alcanzaron para 5 batallones, y solo 50 000 tiros». El cuidadoso plan movilizador daba frutos, y el 30 les insistió a los mencionados colaboradores en la idea de «crear una tripulación patriota» que garantizara los envíos, y les aseguró: «acá pueden armarse tantos hombres como armas lleguen».

El espíritu de optimismo y devoción que se fomentaba al paso de Martí crecía no solo entre los combatientes de la zona. Quienes entonces eran todavía niños y tuvieron la dicha de estar cerca de él, recordaron siempre esa fortuna, y, aun cuando no hayan ofrecido la precisión histórica difícil de mantener sin merma al cabo de los años, sus testimonios han reflejado la conciencia de que a sus vidas nunca se les dio un privilegio mayor que aquel, sembrado en su memoria, en su espíritu. El propio Martí se percató del deslumbramiento que con su presencia y unas pocas palabras había causado en una joven campesina, casi una adolescente, y desde su intuición y su delicadeza proverbiales le pidió a un campesino de la zona, coetáneo de la muchacha, que le regalara a ella una flor.

Pensé en mi padre, el soldado:

Pensé en mi padre, el obrero

Pero no idealizaba ilusamente, a base de euforia irreflexiva, el entusiasmo que veía y cosechaba a su alrededor. El 28 de abril, después de decirle a Carmen Miyares que había llevado consigo a la guerra «los milagros del yodo», añadió: «Y el cariño que es otro milagro; en el que ando con tacto, y con rienda severa, no vaya la humanidad a parecer vergonzosa adulación, aunque es rara la claridad del alma, y como finura en el sentir, que embellece, por entre palabras picaras y disputas y fritos y guisos, esta vida de campamento».

La magnitud de la misión no le permitía pasar por alto ni lo que a otros ojos pudiera parecer insignificante. Siguiendo los métodos y principios democráticos aportados por él al movimiento revolucionario, se aplicaba a lograr la celebración de la asamblea que debía dar eficaz forma orgánica a la contienda, al país en armas. Quince días después del desembarco por La

Playita, en otra carta a Quesada y a Guerra expresó la necesidad de cumplir ese paso, y su confianza en que se lograría: «En suma, voy condensando métodos, y ahora solo indico. La campaña inmediata de ordenación parece que será realizada sin tropiezo, y de modo viable y satisfactorio».

La gesta debía entrar «pronto [...] en un plan general», como le afirmó a Maceo en carta del 12 de mayo, fecha en que también escribió a Bartolomé Masó, otro general, en estos términos: «deben empezar a nacer las medidas de conjunto, para [las] que ya está madura la revolución». Sobre esa idea fue todavía más preciso en la carta de tres días después al propio Masó: «Ya debe y puede terminar, en este renuevo poderoso de la guerra, el primer período confuso de agregación de las fuerzas». En lo que probablemente sea el borrador de una circular o concreción particular de ella, con fecha 26 de abril, escribió dirigiéndose expresamente al teniente coronel Félix Ruenes, jefe de Operaciones de la jurisdicción de Baracoa:

Los poderes creados por el Partido Revolucionario Cubano, al entrar este en las condiciones más vastas y distintas en que le pone la guerra en el país, deben acudir al país y demandarle, como lo hace, que dé al gobierno que lo ha de regir formas adecuadas a las nuevas condiciones. // El Partido Revolucionario Cubano, acude, pues, a todo el pueblo cubano revolucionario visible, y con derecho a elección, que [...es] el pueblo alzado en armas, y a cada comarca de él pide un representante, para que reunidos, sin pérdidas de tiempo, los de las comarcas todas acuerden la forma hábil y solemne de gobierno que en sus actuales condiciones debe darse la revolución.

Inmediatamente después —desde el sello del plan general— aparecen las instrucciones sobre el modo de asignar la representación que debía enviar Baracoa insurrecta a la que, aún entonces en proyecto, él nombraba Asamblea de Delegados. No se trataba de crear lo que en la tradición política cubana —a partir de la fundadora e imperfecta Constitución de Guáimaro— se entendía por «gobierno civil». Martí, conocedor de las costosas contradicciones militarismo-civilismo padecidas por el movimiento independentista, lejos de definir así la dirección necesaria para el país en guerra, acudió a otras precisiones. En carta del 30 de abril, también a Quesada y Guerra, habló de la necesidad de convocar a «la Asamblea de Delegados de todo el pueblo cubano visible, para elegir el

gobierno adecuado a las condiciones nacientes y expansivas de la revolución»; y se refirió al acuerdo a que había llegado con Gómez, en quien

ha ido cuajando el pensamiento natural, que es el de reunir representantes de todas las masas cubanas alzadas, para que ellos sin considerarse totales y definitivos, ni cerrar el paso a los que han de venir, den a la revolución formas breves y solemnes de república y viables, por no salirse de la realidad, y contener a un tiempo la actual y la venidera.

En esas meditaciones y tareas se hallaba cuando una visita llegada al campamento en la noche del 2 de mayo volvió a asociarle explícitamente la cuestión cubana con las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos. El corresponsal de *The New York Herald*, Eugene Bryson, no solamente le pidió declaraciones sobre la guerra, sino que le informó haberse entrevistado antes con Martínez Campos, y que este había manifestado la decisión de España de arreglárselas con la potencia del Norte antes que aceptar la independencia de Cuba. Martí dictó o hizo copiar su mensaje al *Herald*, y él mismo corrigió cuidadosamente el manuscrito, que firmó como delegado del Partido y con Gómez como general en jefe del Ejército Libertador. Llamó una y otra vez a los Estados Unidos a respetar la causa cubana y no intervenir en ella, y situó sus declaraciones en el amplio conocimiento que tenía de la política y las aspiraciones de aquel país.

Las claves del mensaje se basaban en referencias que concuerdan con premoniciones y desentrañamientos como los que entre 1889 y 1891 había hecho Martí a propósito del Congreso Internacional de Washington y la Comisión Monetaria derivada de este. Pero evidentemente el *Herald* y sus asesores conocían el sentido del código martiano, y al traducir el texto al inglés lo podaron y alteraron, hasta falsificarlo medularmente. Durante años Martí había expresado no pocas aprensiones de fondo acerca del poderoso periódico, donde su mensaje se publicaría el trágico 19 de mayo. Él no alcanzó a leerlo, pues, y parece que sus colaboradores en la Delegación del Partido y en *Patria* se limitaron a reproducir en este rotativo el texto original, sin tomarse el trabajo de compararlo con lo publicado en el *Herald*. De haberlo hecho con un mínimo de atención, habrían comprobado que este último puso a circular una versión gravemente mutilada y tergiversada.

Bajo el efecto de la entrevista con Bryson, se dirigió por carta el 3 de mayo a Maceo. Para entonces tenía la autoridad que le daba ser el delegado del Partido Revolucionario Cubano, y también el grado de mayor general que una junta de jefes presidida por Gómez acordó reconocerle cuatro días después del desembarco. En la práctica, esa investidura podía facilitarle su comunicación con jefes como el héroe de Baraguá, a quien en la fecha mencionada le escribió:

De gobierno, he cumplido por mi parte mi deber, de modo que la revolución se dé el que le parezca, que puede ser sencillo y salvar todo lo esencial, sin peligro de choque. Ante la Asamblea depondré, ya en esta nueva forma, la autoridad que ante ella cesa. Y ayudaré a que el gobierno sea simple y eficaz, útil, amado, uno, respetable, viable. Va la citación. ¿Necesitaré encomiarle, por tantas razones, que envíe muy enseguida, a que nos vean pronto la cabeza, el representante de las fuerzas de esa zona? Demoras son derrotas.

Pero ninguna empresa grande, y menos si se trata de una revolución verdadera, puede intentarse al margen de discrepancias y contradicciones, a veces costosas. La primera amarga desavenencia, en campaña, la padeció Martí el 5 de mayo —en lo que había sido el ingenio azucarero La Mejorana—, y le llegó de nadie menos que de Antonio Maceo. El desembarco de Martí y Gómez juntos el 11 de abril, constituyó una prueba más de la victoria, protagonizada por el primero con el apoyo insustituible del segundo, en el empeño de unir a todas las fuerzas dignas para luchar por la independencia. Pero la misma década gloriosa de 1868 a 1878 —sin descontar lo añadido por la Guerra Chiquita— había fraguado a la vez prestigios y prejuicios de fuerza bastante para facilitar o entorpecer la ordenación requerida. Con Gómez le fue posible a Martí llegar mucho más lejos que con Maceo en el convencimiento de lo necesario que resultaba dotar a la Revolución de los nuevos métodos organizativos y estratégicos.

El bravo Titán de Baraguá sumó a su merecida autoridad —y no hay por qué dudar que a su tesón de mando—, y a su bien ganada leyenda, persistentes aprensiones con respecto a la organización política de la guerra, y quién sabe cuántas tristezas motivadas por la discriminación «racial». En los imprescindibles pasos ordenadores guiados por Martí, pudo ver, más que la sabia eficacia aportada, el peligro de que prolongaran los

inadecuados métodos que contribuyeron al fracaso de la Guerra de los Diez Años. A ello habrá que añadir el episodio de la expedición que Martí se vio forzado a confiarle al también formidable Flor Crombet, aunque con la condición de que Maceo retomaría el mando de las tropas desde que desembarcaran en Cuba. El día de la entrevista de La Mejorana, ya Flor había caído en campaña.

Llegaban momentos cruciales, y su complejidad no sorprendería a Martí, quien sabía que la contienda no podía permitirse —ni él lo deseaba en absoluto— prescindir de Maceo. Para este se presentaba otra ocasión de probar virtudes cuyo reconocimiento no ha predominado en las valoraciones de que ha sido objeto, y que, sin embargo, Martí había sabido apreciar en la estupenda semblanza —sincera como suya— que le dedicó en el *Patria* del 6 de octubre de 1893, y que merecería estudiarse a fondo en comparación con la ya citada que en el mismo periódico le consagró a Máximo Gómez. En aquella puntualizó: «y hay que poner asunto a lo que dice, porque Maceo tiene en la mente tanta fuerza como en el brazo». Sobre la mesa de La Mejorana se puso a debate un tema que exigía pensamiento.

En las anotaciones del 5 de mayo del *Diario de campaña* de Martí se aprecia hasta qué punto fueron injustas y duras para él las palabras que le destinó Maceo:

Maceo y Gómez hablan bajo, cerca de mí: me llaman a poco, allí en el portal: que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes,—y una Secretaría General:—la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como secretaria del ejército. Nos vamos a un cuarto a hablar. No puedo desenredarle a Maceo la conversación: «¿pero Vd. se queda conmigo o se va con Gómez?» Y me habla, cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido—«lo quiero-me dice-menos de lo que lo quería»—por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros.

Martí se sabía en un terreno donde estaban en juego la garantía y la calidad del triunfo, y la seguridad de los principios democráticos de la Revolución. No podía ceder sino con sacrificio de objetivos sagrados: «Insisto en deponerme», no ante ninguna voluntad o capricho individual, sino «ante los representantes que se reúnan a elegir gobierno. No quiere

[Maceo] que cada jefe de operaciones mande el suyo, nacido de su fuerza: él mandará los cuatro de Oriente: “dentro de 15 días estarán con Vds.—y serán gentes que no me las pueda enredar allá el doctor Martí”». Y aún durante la comida resurgió el tema: «En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiere y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar».

Frente a la incompreensión, ratificó su verticalidad: «Mantengo, rudo: el Ejército, libre,—y el país, como país y con toda su dignidad representado. Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir». Para concluir el recuento del día, anotó: «así, como echados, y con ideas tristes, dormimos».

Siempre será aleccionador comprobar hasta qué punto fue ajeno a rencores y resentimientos. El 5 de mayo tuvo aquella discrepancia con Maceo, pero para la persona de este héroe glorioso no mermaron ni su admiración ni su respeto. El 9 siguiente le escribió a la familia Mantilla-Miyares acerca de otro encuentro con él: «venimos de Maceo. ¡Qué entusiasta revista la de los 3 000 hombres de a pie y a caballo que tenía a las puertas de Santiago de Cuba! [...] ¡Qué lleno de triunfos y de esperanza Antonio Maceo!» Ese otro encuentro ocurrió el 6 de mayo, al día siguiente de la tensa entrevista.

Al propio Maceo, como a «general y amigo», le escribió el 12 de mayo: «Tengo mi pena, y es creer que aún no está bien encendido el espíritu que la pujanza de Vd. infundirá en todas partes de un solo paseo». Y como alusión a los sucesos de La Mejorana únicamente pudiéramos leer esta solicitud: «Vea eso en mí, y no más: un peleador: de mí, todo lo que ayude a fortalecer y ganar la pelea». A lo que miraba Martí era a crear métodos y estructuras ágiles y eficaces para impedir que las veleidades y características personales —aunque fueran las representadas en el tesón de mando para el bien y en el gusto por tener adornos de plata en la silla de montar: la silla de combatir y de perecer— estropearan la obra emprendida para independizar al país y desuncir al hombre.

La pérdida, definitiva quizás, y deplorable cualesquiera que hayan sido las causas, de los folios del *Diario de campaña* correspondientes al 6 de mayo, ha dado lugar a especulaciones de muy diverso corte, incluso delirantes. Sobran razones para sospechar que las notas desaparecidas no concernían a Maceo, pues Martí no cocinaba rencores, ni llevaba los

sucesos de un día a la reseña del siguiente. Es fácil apreciar que en la del 5 cerró sus observaciones acerca de la fatídica entrevista de La Mejorana.

En descargo del propio Maceo, además —aunque no nos consta que haya llegado a corresponder al aprecio y al cariño de Martí como este merecía—, es justo recordar no solamente que el 6 de mayo procuró, sin palabras quizás, pero al menos con la revista militar comentada por Martí, compensar de algún modo su comportamiento del día anterior. Debe asimismo tenerse en cuenta que el 14 de julio le escribió a Bartolomé Masó: «si bien es verdad que a la llegada del general Gómez y Martí creí un lujo prematuro la formación del Gobierno, también lo es el que lo crea hoy de imperiosa necesidad como prestigio y conveniencia de la Revolución ya desenvuelta; hecho que pide toda la gente de esta provincia». Había pasado poco más de un par de meses desde el amargo capítulo de La Mejorana, y esas palabras de Maceo reflejan —conscientemente o no— el entendimiento de que hubiera sido bueno tener el Gobierno cuya creación su misma actitud había contribuido a dificultar.

¡Que ya verán mi cabeza Por sobre mi sepultura!

Martí hallaba en la historia del país estímulo bastante para que su honrado optimismo no menguara ante los obstáculos. De eso parece hablar el 7 de mayo en su *Diario*. Con respecto a vicisitudes sufridas por Carlos Manuel de Céspedes —quien murió en el abandono a que lo redujeron—, recogió un testimonio e incluyó seguramente su propia valoración de la ejemplar tenacidad del Padre de la Patria: «El sol, dijo [un personaje, según recordaba Gómez], con todo su esplendor, suele ver oscurecida su luz por repentino eclipse; pero luego brilla con nuevo fulgor», y «así ha sucedido al sol Céspedes». Y sucede al sol Martí.

Con esa luz marchaba hacia la Asamblea que debía constituir el Gobierno. Pero se estaba en guerra, y a la guerra habría de servir en lo directo el Gobierno que se creara, pues ella era el primer deber. Entre las tareas que reclamaban la concentración de Martí se hallaba escribir las circulares que garantizaran la eficacia del frente militar, comenzando por la debida disciplina. El contenido de esos textos sería capaz de tensarle la escritura. ¿Cómo iba a serle indiferente instruir que se interrumpiera el

suministro de alimento a las ciudades? El hambre podía causar estragos en la población civil, y entre los obligados a servir contra su voluntad a las fuerzas colonialistas; pero abastecer al ejército enemigo destacado en las ciudades equivalía a prolongar la guerra y, en consecuencia, a propiciar un costo mayor en víctimas.

El alargamiento de las hostilidades representaría asimismo un plazo más amplio para la consumación de los peligros que acechaban desde el exterior. Esa era una de las razones fundamentales para intentar que la guerra fuese —ya lo había indicado Martí en un artículo de *Patria*, y de diversos modos en varios textos más— «breve y directa como el rayo». Por eso en la circular a los jefes y oficiales que parece datar del 14 de mayo, día en que se refirió a ella en su *Diario de campaña* —y que, al igual que otros documentos propios de la guerra, escribió él y llevó su firma y la de Gómez—, no vaciló en transmitir instrucciones como las siguientes:

El pueblo de Cuba está preparado para vencer en la guerra que ha vuelto a emprender para su libertad; pero será inútil tal vez su sacrificio, o costará demasiado sin necesidad, si todo el Ejército Libertador no obedece a la vez al mismo impulso, si no se hace de todas partes lo mismo a la vez, si no se lleva la guerra adelante con un pensamiento enérgico y claro. El valor suele resolver los encuentros aislados, pero solo el orden en la guerra y la unidad de pensamiento llevan a la victoria final. La victoria solo se puede lograr, o se logra más pronto, con el asedio metódico y unánime que aturde al enemigo por su orden implacable, que lo obliga a empezar de nuevo donde cree que ha terminado, que no le deja reposo y lo compele a emplear y dividir sus fuerzas enfermas y cansadas.

Al mismo tiempo, el espíritu de generosidad para los prisioneros, y de respeto a la integridad humana de los propios enemigos, fue uno de los grandes aportes de Martí —o abonados por él— a la causa de Cuba. Sus textos muestran una lúcida visión totalizadora de la guerra: un claro plan estratégico. No era el civilista iluso capaz de convertirse en un obstáculo para el desarrollo de la gesta, sino el político fundador que percibía a la vez el conjunto y los detalles.

Resultaba natural que una personalidad como la suya ganara una aceptación rápida y cada vez mayor entre quienes lo conocían, y especialmente en las tropas que veían levantarse en torno a él una unión

patriótica y una guerra ordenada como no se había logrado antes en las filas independentistas. A su paso se alzaban voces que, aún más que llamarlo *General*, lo identificaban como *el Presidente*, al igual que desde años atrás sus compatriotas en la emigración lo aclamaban *Maestro* y *Apóstol*. El 28 de abril, aludiendo a sus intensas ocupaciones en el campamento, le escribió a Carmen Miyares:

está serena afuera la noche de este día en que no vi el sol sino cuando las fuerzas formadas quisieron oír hablar al que, con un cariño que en esto rechazo, llaman «el Presidente». Mi alma es sencilla. En vez de aceptar, siquiera en lo íntimo de la conciencia soberbia, este título con que desde mi aparición en estos campos me saludaron, lo pongo aparte, y ya en público lo rechacé, y lo rechazaré oficialmente, porque ni en mí, ni en persona alguna, se ajustaría a las conveniencias y condiciones recién nacidas de la Revolución.

Martí conocía que ese título recordaba vicisitudes de la Guerra del 68, y que en nuestra América y otros lugares se vinculaba con indeseables realidades políticas y sociales. En campaña comprobó que tales circunstancias generaban prejuicios en el propio Gómez. Pero, a pesar de su resolución de rechazar aquel título, no pudo evitar que lo siguieran llamando así, ni que en ello se manifestara el apoyo generalizado que, aun enfrentándose a Gómez, le ofrecían los combatientes, algunos de ellos registrados por sus nombres en el *Diario de campaña*, como el coronel José Miró Argenter, Francisco (*Bello* o *Bellito*) Blanco y Rosalío Pacheco. En las anotaciones del 9 de mayo se ofrece «Un detalle»:

Presidente me han llamado, desde mi entrada al campo, las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llego, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general cariño, y muestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez.—Y al acercarse hoy uno: *Presidente*, y sonreír yo: «No me le digan a Martí Presidente: díganle General: él viene aquí como General: no me le digan Presidente».—«¿Y quién contiene el impulso de la gente, General?»; le dice Miró: «eso les nace del corazón a todos».—«Bueno: pero él no es Presidente todavía: es el Delegado».—Callaba yo, y noté el embarazo y desagrado en todos, y en algunos como el agravio.—

Al día siguiente resurgió en Gómez la aprensión: «“Pues lo tienen a Vd. bueno con lo de Presidente. Martí no será Presidente mientras yo esté vivo”: y enseguida, “porque yo no sé qué le[s] pasa a los Presidentes, que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco, y Washington”». El tenaz Gómez no se percataba de que Martí —además de tener una fibra humana fuerte contra deformaciones como las que él temía— era un fundador irreductible a un cargo u otro. Entre los combatientes, sin embargo, primaba la confianza en Martí, y Bello dio una buena muestra de las razones en que se basaban: «Bello, airado, se levanta y da dos o tres trancos, y el machete le baila a la cintura: “Eso será a la voluntad del pueblo”: y murmura. “Porque nosotros,—me dijo otra vez, acodado a mi mesa con Pacheco,—hemos venido a la revolución para ser hombres, y no para que nadie nos ofenda en la dignidad de hombre”». Todavía el 13 escribirá en el *Diario*: «Voy aquietando: a Bellito, a Pacheco, y a la vez impidiendo que me muestren demasiado cariño».

Si la Asamblea se hubiera hecho con todo el funcionamiento afín a la sincera democracia procurada por Martí, y con él vivo, ¿a quién le habría confiado la guía de la Revolución? Martí podía rechazar *títulos*, que ni para él *ni para nadie más* estimara aceptables, pero no responsabilidades, misiones, y era capaz de crear también los títulos adecuados, como hizo para el máximo cargo de dirección en el Partido. Lo que se decidía era demasiado importante para abandonar el terreno y ceder a caprichos. Los representantes de las masas cubanas alzadas adoptarían las decisiones pertinentes, y para esas masas él era, de hecho, el líder: ¿lo hubieran reducido a mero auxiliador en suelo extranjero, lejos de la posibilidad de conducir realmente la fragua de la república futura?

Pero la democracia nada tenía que ver en él con la demagogia, ni con subterfugios para asegurar su autoridad personal, por muy limpia que esta fuese, como lo era. La institucionalización del Gobierno debía salvar a la patria de los caudillismos que tanto daño habían hecho en otros países de nuestra América y en la propia Cuba. La decisión de deponer su autoridad ante la Asamblea proyectada encerraba riesgos que muchas de las actitudes apreciadas por él en la propia campaña le confirmarían como reales. El 14 de mayo anotó en el *Diario*: «Escribo, poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener

libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo».

El 18 comenzó, y dejó inconclusa, la última de sus cartas a Manuel Mercado. Aunque combatía contra el Ejército español, al inicio de esa misiva declaró:

Ya puedo escribir: ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía, y orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber-puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.

Esa carta se ha considerado con justicia su testamento político. Por la fecha y las circunstancias en que la escribió podría considerarse también su testamento ético —pues quedó trunca en la frase «Hay afectos de tan delicada honestidad,»— y hasta religioso: a propósito de la muerte de Gutiérrez Nájera parece reafirmarse su creencia en que «la tumba es vía y no término», expresada en su prólogo a *El poema del Niágara*. Ahora dirá: «Nájera no vive donde se le vea». Pero es igualmente, y quizás sobre todo, su testamento ideológico.

El dirigente que sabía indispensable la mayor unidad posible para alcanzar la independencia, ya había expresado varias veces una idea que devino central en textos como «Los pobres de la tierra», del *Patria* del 24 de octubre de 1894: la ayuda económica de los ricos a la Revolución no merecía tanto elogio como la aportada por los pobres, quienes la sacaban de sus carencias, no de la abundancia, y se luchaba por una «república invisible y tal vez ingrata», «por la patria, ingrata acaso, que abandonan al sacrificio de los humildes los que mañana querrán, astutos, sentarse sobre ellos». No bastaba que un Apóstol de la libertad estuviera en guardia contra ese crimen y quisiera que a la república futura, por la cual luchaba, nadie llevara «moldes o frenos».

En la carta a Mercado —con términos y perspectivas que recuerdan su *Lectura en Steck Hall*, de quince años antes— confirmó su visión sobre quiénes eran los verdaderos mantenedores del espíritu de la libertad, la base social del proyecto independentista. En medio de referencias a la entrevista

con el corresponsal del *Herald*, y a las maniobras probables entre el gobierno de España y el de los Estados Unidos, así como a las que este último preparaba contra México, Martí relacionó y hasta identificó el destino de los autonomistas y el de los anexionistas. Más allá de salvedades, y de las puertas abiertas para que los confundidos hallaran el camino de la dignidad patriótica, las fuerzas dominantes en unos y en otros merecían la definición especialmente concebida por él para los representantes del autonomismo. Sabía que «la actividad anexionista» era «menos temible por la poca realidad de los aspirantes», y la identificación entre los dos bandos se basaba en que —como dijo dando el ejemplo de no descender ni siquiera lingüísticamente y para desenmascarar al enemigo político— los autonomistas eran

la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le piden sin fe la autonomía de Cuba, contenta solo de que haya un amo, yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de Celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y negros.

Sería absurdo no relacionar esa perspectiva social de Martí con su proyecto de fundación gubernamental para crear lo que en las *Bases* del Partido Revolucionario se define como «pueblo nuevo y de sincera democracia».

Su carta a Mercado quedó trunca, y al día siguiente, o sea, el trágico 19 de mayo, le escribió a Gómez la que hasta ahora ha de tenerse como la última suya. Desde el 17, Gómez había salido de operaciones a zonas vecinas, y él permaneció en Dos Ríos preparando documentos de la guerra. Al General, en aquella breve carta, le recordó que lo esperaba para seguir juntos la marcha. Pero el regreso del heroico dominicano a Dos Ríos tuvo que ser apresurado, porque se acercaba una columna enemiga.

Aún el Delegado del Partido Revolucionario Cubano y el General en Jefe del Ejército Libertador no disponían de la escolta adecuada, y no hubo tiempo de preparar la defensa. En la prisa, quizás Gómez confió excesivamente en que Martí compartiría también la idea de que debía cuidar su vida. El sabio estratega tenía razón: era una vida que debía cuidarse para bien de todos. Pero, por razones superiores, Martí estaba convencido de que

no debía rehuir el combate, y hasta había dado señales de que lo ansiaba. Le sobraban fuerzas morales para combatir, aunque su valor y la capacidad de estrategia que demostró tener no se acompañaban con experiencia directa en el uso de las armas.

General:
Como a las 4 sa-
lidas, p. Masó a tiempo
a la vuelta, adonde pasó
desde las 10 la fuerza de
Masó, a acampar, y refo-
rar en muy cansada en
baterías. Desde noche de-
garon. - No estaré trans-
ginto hasta no verba de-
gar a la de Masó con
cuidado al jolongos...
La fuerza, aunque sin
animales útiles, hubiera
querido salir a seguirlo,
en la busca del bonny;
p. temian confundirse
en idas y venidas, sin
vez de abate útil. - Masó
del violentado a Masó
el viaje inútil de la
Sabana. En Martí
19 Mayo

Nota que Martí escribió a Máximo Gómez el 19 de mayo de 1895. Su último texto conocido.

En la carta de fecha 15 de abril de 1895 a Quesada y Guerra escribió refiriéndose a su vida entre combatientes: «El general [Gómez] les habló en

fila, y yo, y les quedó el alma contenta»; y en la anotación del 28 de ese mes en su *Diario* desbordó la mera circunstancia climática: «Yo hablo, al sol». El 19 de mayo, cualesquiera que hayan sido sus palabras, e incluso aunque no acudiera a ellas en el momento de la arremetida contra el ejército enemigo —toda una columna bien armada y favorecida por la sorpresa—, habló de otro modo, pero siempre identificado con el signo de la luz, y ya para quienes lo rodeaban y para el mundo, y para todos los tiempos. Su gesto fue la perpetuación de una carga *que no cesa*, y una prueba de que en seres como él no es verdad la muerte.

El día antes le había escrito a Mercado: «Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad». Aunque se refería explícitamente a su resolución de deponer su autoridad ante la Asamblea, hacia la cual marchaba, esas palabras revelan un sentido todavía más profundo, al saberlas escritas en la víspera de su «caída» en combate.

Hoy, cuando se llega al cementerio llamado de Santa Ifigenia, en Santiago de Cuba —al cual, tras ocho días de penosa trayectoria, su cadáver fue llevado por el propio Ejército español, que se apoderó de él durante el combate de Dos Ríos—, lo primero que salta a la vista es el Mausoleo que allí se construyó en 1951 para guardar sus restos. El ramo de flores y la bandera que él pidió en *Versos sencillos* acompañan siempre la urna de bronce a la cual, por distintos ángulos del monumento, llegan rayos de sol durante el día.

¿Cómo desaprobamos esa puntual voluntad de homenaje, extendida a las frecuentes peregrinaciones de personas de distintos países que acuden a rendirle tributo? Pero ni la prepotencia de la muerte ni los recursos del arte funerario han de hacer pensar que en aquel sitio —sin duda sagrado— está Martí. Irreductible al mero polvo, es y será siempre, en todo caso, imperecedero polvo iluminado.

En su luz, que señala un mundo como el que la humanidad necesita para continuar existiendo y cultivar la dignidad, es donde hemos de buscarlo, y de hallarlo: se ofrece al encuentro, y nos convoca. Llegar dependerá de nosotros, que no tenemos por qué aspirar a que surjan en nuestro camino menos obstáculos que a él en el suyo. En cambio, contamos con su ayuda: con su luz, que en cien años no ha hecho más que aumentar, ni dejará de hacerlo, por muchas y muy pertinaces que sean las sombras de todo tipo dispuestas a impedirlo. Las hubo, y grandes, cuando su cuerpo andaba por

el mundo; y hoy que nos queda el tesoro de sus ideas, de su obra, se confirma su clara profecía:

*Mi verso crecerá; bajo la yerba
Yo también creceré.*

La Habana, sábado 28 de enero de 1995
(Texto revisado en septiembre de 2012)

Sobre el autor y la obra

Luis TOLEDO SANDÉ (Cuba, 1950). Doctor en Ciencias Filológicas. Autor de los volúmenes *Precisa recordar* (cuento), *Flora cubana* (poesía), *Tres narradores agonizantes* (crítica literaria), *Libro de Laura y Claudia* (relatos y poemas), *De raíz y memoria* (crónica), *Textículos* (epigramas; contiene *Amorosos textículos* e *Infernales textículos*), *De Cuba en el mundo* (ensayo) y varios acerca de José Martí: entre ellos la presente biografía (Premio de la Crítica de Ciencias Sociales), que tiene ahora su séptima salida en español, además de haber aparecido también traducida al inglés y al chino. Múltiples textos suyos han circulado en publicaciones periódicas y en volúmenes colectivos, o como prólogos a obras de diversos autores. Ha desarrollado su labor cultural en numerosos países de América, Europa y Asia. Trabajó en el Centro de Estudios Martianos desde su fundación en 1977 hasta 1990, a partir de 1986 como director. Ha ejercido la docencia universitaria, y fue subdirector de la revista *Casa de las Américas*. Consejero cultural en la Embajada de Cuba en España de enero de 2006 a diciembre de 2009. Desde 2010 se desempeña en la revista *Bohemia* como periodista.

Estimado Luis: Hace algún tiempo, hablando de Martí, el Apóstol, de Mañach, te dije que hada falta una biografía MÁS ACÁ del Maestro, y al fin la tenemos, gracias a ti. En tu libro Martí es de carne y hueso. Vive. Está aquí, con nosotros. [...] Desde ahora tendrá que hablarse de dos libros: Martí, el Apóstol y Cesto de llamas, al hablar de biografías de Martí.

ORLANDO CASTELLANOS

En la palabra justa de Luis Toledo Sandé, nos llega la transparencia del héroe, su virtud ciudadana, su profunda dimensión revolucionaria, que así lo exige la vida del poeta, del artista, del libertador de la patria cubana. Cesto de llamas es biografía y magisterio.

EDMUNDO ARAY

La biografía de José Martí más lúcida y apasionante, quizá, es la del cubano Luis Toledo Sandé, titulada Cesto de llamas, porque se lee como novela y porque presenta a José Martí como un genio rebelde e iluminado, mártir y soñador que encarnó el sueño universal de la libertad.

MÉNDEZ VIDES

Una obra que pese a su carácter ensayístico se lee de corrido, como una buena novela, gracias a la calidad de su estilo y al equilibrio entre lo literario y lo científico logrado mediante una rara mezcla de pasión por el personaje, conocimiento del tema, exhaustividad en el análisis, y amor por la palabra. MARÍA LUISA LAVIANA CUETOS

Toledo Sandé [...] nos introduce en el complejo mundo del poeta con esta biografía [...], en la que el lector se sumerge con pasión, curiosidad y estremecimiento.

DIANA P. MORALES

Llama la atención, además, por la coherencia y concentración de un relato que añade una espiral necesaria al conocimiento de quien nos acompaña en nuestras realizaciones y afanes.

PEDRO DE LA HOZ

Martí sigue siendo [...] una de esas utopías que necesitamos los individuos y las naciones [...] Y es esa configuración del valor ejemplar y utópico —en el más profundo sentido de este término— lo que confiere unidad y trascendencia a esta biografía.

CARLOS JAVIER MORALES

Con justicia ha conocido varias reediciones, en Cuba y fuera de ella. Se trata de la biografía más actualizada que se ha hecho de quien Fidel llamó autor intelectual de la Revolución Cubana; una biografía, por añadidura, realizada en la prosa fuerte que caracteriza a su autor.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Y si alguien opina que esta es la más fiel, lúcida y orgánica exposición de la vida de Martí publicada hasta la fecha, se podrá apoyar con gusto su criterio, y añadir que también es el impresionante retrato espiritual de un hombre ardiente y puro como una llama.

RICARDO REPILADO